

BIBLIOTECA DE "EL MERCURIO"

OMER EMETH

LA

VIDA LITERARIA
EN CHILE

PRIMERA SERIE
1908-1909

"EL MERCURIO"

Compañía N.º 1214

Santiago de Chile.

LA VIDA LITERARIA EN CHILE

BIBLIOTECA DE "EL MERCURIO"

OMER EMETH

LA

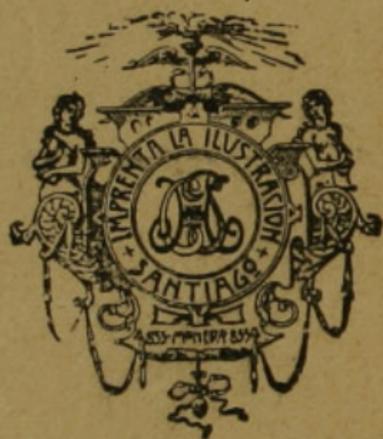
VIDA LITERARIA
EN CHILE

PRIMERA SERIE

1908-1909



Imprenta y Enc. "La Ilustración", Moneda 855





Introducción

Los artículos que *El Mercurio* ha venido publicando con la firma Omer Emeth han llamado poderosamente la atención de aquella parte más selecta del público que sigue la vida intelectual del país y se interesa por las cuestiones literarias.

En realidad, podemos decir que Omer Emeth ha creado en Chile un género periodístico muy delicado y que es propio de los países más cultos: la crónica de la producción literaria con intención crítica.

Tienen esos artículos una importancia considerable en un país como el nuestro, que comienza á formar su literatura y necesita á un tiempo estimular á los primeros y valientes trabajadores, educar al público y separar en las

obras que se dan á luz los elementos de verdadero arte literario de los que no lo son.

No es facil lograr esos fines en artículos que por fuerza deben ser breves, escritos rapidamente para que sigan de cerca á la aparición del libro, y en un lenguaje sencillo que ponga la materia al alcance del gran número, al alcance de ese término medio del lector de diario que los ingleses llaman *the man in the street*, y que nosotros designaríamos en traducción libre con nuestra frase familiar: «el primero que pase por la calle».

No nos corresponde decir hasta qué punto ha alcanzado esos fines Omer Emeth; pero tenemos para creer que ha ido muy cerca de ellos esa opinión del público que los periodistas sentimos mejor que nadie y hasta por una especie de intuición.

Omer Emeth es de ordinario benévolo en sus juicios y francamente alentador para los jóvenes. Siempre, aun en las polémicas á que ha solido ser arrastrado, muestra una profunda tolerancia y una cultura de fondo y forma que elimina en absoluto toda idea de agresión y cuanto salga de las fronteras del buen gusto.

Hay en sus artículos mucha erudición utilizada sin formas pomposas y con discreta oportunidad, y en la serie de ellos será facil probar

que hay doctrina literaria y filosófica, de suerte que el público, receptor de esa gota de agua que cae y cae sobre él, ha podido sufrir la benéfica influencia educadora.

Por último, la facultad crítica, el poder de separar con buen gusto los elementos de arte verdadero de los que no lo son, se halla sumamente desarrollado en Omer Emeth, que posee una extraordinaria fuerza de penetración en el espíritu de las obras y gran refinamiento para apreciar su forma.

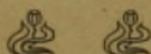
Estos artículos constituyen en conjunto la crónica de la vida literaria en Chile, acaso con alguno que otro vacío, impuesto por su naturaleza periodística y porque fueron escritos al azar de las necesidades del diario; pero que, sin duda, da una idea completa de la actividad del país en ese orden por su producción más importante.

Hemos creído que valía la pena de preservar en forma más duradera que la fugitiva hoja del diario, olvidada apenas nace, esta huella de una labor que tiene un interés más permanente que los artículos de mera actualidad; y hemos hecho la presente edición de artículos de Omer Emeth, independientemente del autor y considerándolos una propiedad del diario para el cual fueron escritos.

La publicación periódica de un volumen como este prestaría un servicio importante, en nuestro entender, á los que en Chile escriben y á los que leen, presentándoles compendiada la manifestación de esa noble actividad, para estimular á unos, para educar á otros, para sembrar una buena semilla de gusto literario, para señalar sin acritud los defectos y encarecer sin lisonja los méritos, para confortarnos á todos con la evidencia, que de este libro se desprende, de que nuestro país tiene una pequeña y valerosa legión que con sinceridad, con tesón inteligente, con estudioso afán, se consagra á estas altas y nobles disciplinas.

Santiago, Noviembre de 1909.

La Dirección de "El Mercurio"



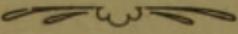
INDICE



I.	Poesía	3
II.	Prosa poética.....	75
III.	Novela, cuento y teatro.....	125
IV.	Historia.....	215
V.	Filosofía científica y sociología	182
VI.	Crítica y filología.....	342
VII.	Tres Maestros. J. E. Rodó, E. Gómez Carrillo, Anatole France.....	381

I.

POESIA



- I. Allan Samadhy
«Horas Perdidas» (1909).
- II. Pedro Prado
«Flores de Cardo» (1908).
- III. Ernesto A. Guzmán
«Vida Interna» (1909).
- IV. Ismael Parraguez
«Poesías Infantiles» (1908).
- V. Ismael Parraguez
«Flora Chilena» (1909).
- VI. Gustavo Mora Pinochet
«Melancolías» (1909).
- VII. Juan A. Chesebrough
«Prosas Rimadas» (1909).
- VIII. Blanca Vanini Silva
«Oda á Italia» (1909).
- IX. J. M. Rodríguez
«Páginas Sentimentales» (1909).
- X. E. Valenzuela Olivos
«Infantiles» (1909).
- XI. Samuel A. Lillo
«Canciones de Arauco» (1908).



I.—Pesimismo y Poesía

(A propósito de *Horas Perdidas*,
volumen de poesías por Allan Sa-
madhy. Santiago, 1909.)

Vivimos, hoy por hoy, envueltos en crisis siempre renacientes: crisis del salitre y cobre, crisis del papel moneda y aún crisis... balkánica. Todo es crisis. La única fracción de la humanidad que permanece en plena posesión de su capacidad productora, es el *genus irritabile* de los poetas.

Para ellos no hay crisis; y, si algo vale la ley económica de la oferta y demanda, es claro que no la habrá. Con regularidad, por decirlo así, astronómica, continuarán los libros de versos asomando día á día su esplendorosa cabeza de meteoros por encima de nuestro horizonte prosaico y derramarán su luz y armonías á raudales sobre el mundo agradecido.

Empero, si así es; si siempre hallan editores

y lectores; si aún no se ha encontrado república que, fiel á los ideales de Platón, los expulse de su seno, ¿por qué son tan pesimistas nuestros poetas y por qué llevan algunos el pesimismo hasta predicar la anarquía?

Hablando de sus propios versos, Allan Samadhy, cuyas *Horas Perdidas* me propongo analizar aquí, dice:

¿Sueñan hallar acaso quienes fijen
en ellos la atención por un segundo?
Loca esperanza, si es verdad que hoy rijen
la codicia y el ajio sobre el mundo...

Poseído del pesimismo más agudo pregunta en seguida el poeta:

¿No habrá ya quien comprenda los lirismos
de las exaltaciones sobrehumanas,
superiores á crasos egoismos:
Aquéllos, cóndores; aquestos, ranas?

La respuesta es fácil: si como lo pretende el poeta, no gustaran de lirismos las «ranas», no leyeran tanto libro lírico, ni lo pagaran; y con sólo quedarse quietas en su prosáico charco, dejarían á los «cóndores» ayunando poéticamente en las puntas luminosas de los cerros.

La verdad es que hay ranas y ranas, y que, entre ellas, algunas ignoran lo que sea ajio y

saben de música lo bastante para apreciar á los poetas...

Allan Samadhy verá pronto que no falta, á orillas del charco, algún batracio (¿un sapo tal vez?) para subrayar en su libro los versos que le agradan...

Horas Perdidas es, en efecto, una colección de composiciones poéticas cuya lectura interesa en alto grado. No todo es allí igualmente perfecto; pero no hay página que no presente algún verso genuinamente bello. Más aún: hay trozos enteros cuya belleza será puesta en duda sólo por esos «albañiles» de que habla el poeta, los cuales, profesionalmente y «con su chato nivel», «del progreso nivelan los ideales» y hacen

de las águilas reptiles
y de las altas torres albañales,

servum pecus, cuya opinión nos deja sin cuidado.

Entre esas páginas señalaré las que llevan los sugestivos títulos de «Fatalidad», «Flor cerril», «Gotas de Hiel», «Hora Negra», «Por la vida», etc.

En todas el *leit-motiv* es, como para la generalidad de nuestros poetas, el amor, aquella quimera de la cual dice A. Samadhy que es

...fascinante,
adorada y aterrante...

Pero, aunque «desapiadada, inasible y adorada,» aquella quimera reviste en este libro formas sinceramente poéticas, y su rostro «fascinante» inspira al poeta, no una alegría de vencedor, sino la melancolía incurable del pesimista. Parécenos oír, al compás de esa música, una voz triste que repite la desconsoladora frase del escéptico Rey: «Vanidad de vanidades y todo es vanidad...»

Nace el hombre... y aspira á algo divino
y sigue en pos de efímera esperanza,
tropezando en las zarzas del camino,
en medio de las sombras por que avanza.

Al fin, la fatal meta se aproxima:
él, que lo ignora, tras su ideal prosigue
y, de súbito... da en el cementerio... (p. 75)

Allan Samadhy, como lo deja presumir su nombre, ha bebido su melancolía en las fuentes de la India. Percíbese un eco «búdico» y cierta aspiración al «Nirvana» en muchos de sus versos...

He dicho al comenzar esta reseña que, á pesar de no existir crisis poética, los poetas se muestran descontentos de la sociedad actual, que tan bien los acoje. Son anarquistas ó, á lo ménos, «anarquizantes...»

A. Samadhy, en su *Vox Multa*, llega hasta decir á la «Sociedad»:

Siglos há que mis hermanos
de penurias—los ilotas—
doblegados bajo el yugo
te piden misericordia...
Mas tú nunca los oíste
é indolente has proseguido
con el infeliz que lazra...
¿Desoirás también mi grito?...

¡Lo que es la imaginación poética!... Nuestro autor ve «ilotas» por doquier y omite decirnos que esos desdichados cobran por su voto de libres ciudadanos hasta \$ 150...

No ignoro, por cierto, que todo ese anarquismo es puro pretexto á versificación; más deplo-ro que se llegue, con tal pretexto, á exageraciones como las siguientes:

Centinela que guardas la carcel
donde sus cadenas arrastran los reos,
criminales burdos, sin nociones claras
de Dios, del deber, de lo malo y lo bueno;
hoy por un mendrugo de pan cohechan tu ayuda
los que dictan leyes contra el paria abyecto
haciendo que olvides que tú también puedes
despertar mañana, como éste, con hierros.

¿*Et après?*, preguntaré yo; supongamos que

el centinela, y con él la lúgubre procesión de peones, carboneros, segadores, mineros, costureras, cargadores, aurigas, prostitutas y marineros que le preceden en «El Rey Talego» (páginas 115-119), escuchan esa voz y convierten en actos los líricos conceptos del poeta; ¿qué sucederá? Sucederá que... *al fin rojeará la alborada de la sacrosanta redención...*; mas, profetizaré sin temor que la procesión acabará con todo... sin exceptuar á poetas y poesía... El poeta es, para el anarquista, un ocioso. A buen seguro que aquella «sacrosanta redención», si jamás «alborea», realizará el voto de Platón!...

Siento que A. Samadhy preste á sofismas tan peligrosos el poderoso encanto de su poesía, y que no eche al mar, una vez por todas, ese humanitarismo ciego que hoy día es una plaga ó, si esta calificación es muy suave, una peste mundial. Seamos humanos, enhorabuena; mas no llevemos la humanidad hasta idealizar al anarquista y á la... ramera (1). No perdamos,

(1) En un hermoso artículo de crítica publicado en *El Diario Ilustrado*, mi distinguido colega y amigo E. Astorquiza dice, á este propósito:

«Estas rehabilitaciones, estas defensas de la prostitución vienen, si no me engaño (y si me engaño, poco importa, por lo demás), de Alejandro Dumas hijo, pero principalmente de los escritores rusos. Ustedes recuerdan en «Crimen y Castigo», de Dostoyeswky, á Sonia, que ejerce la prostitución para dar de comer á sus pa-

en fin, la noción del bien y del mal, y no confundamos al humanitarismo con la humanidad...

Si los versos revolucionarios de A. Samadhy no fuesen, realmente, poéticos y hermosos, no protestaríamos aquí: mas, al ver tanto talento mal gastado, es imposible no señalar el escollo sobre el cual, tarde ó temprano, zozobrará el barco del poeta. Ese escollo es la retórica declamatoria.

— — —
dres. Raskolnikof cae una vez á sus pies, y le dice la frase famosa, que ha quedado como la enseña de los que dan en enternecerse con la mujer pública y en mirar su profesión como un santo sacramento: «No es ante tí ante quien me inclino: me prosterno ante todo el sufrimiento de la humanidad.» La frase es bella, pero de un romanticismo funesto.

Ahora, lo curioso es que á los que no aceptamos semejante manera de ver, se nos coloca en la categoría de fariseos. La rehabilitación de la cortesana, se nos dice, es una consecuencia directa del espíritu de Aquel que perdonó á la Magdalena. ¿Pero qué tiene que ver Magdalena con todo esto? La Magdalena es la pecadora, sí, pero la pecadora «arrepentida». Y este pequeño epíteto «arrepentida» es lo que establece una diferencia esencial entre una desvergonzada de la calle y Santa María de Mágdala, que está en los altares.»

Acepto y, si tal robo es lícito entre colegas, hago mío aquel fallo. Es preciso, de una vez, sacudirnos de la polilla humanitaria que es, por lo general, mero romanticismo y, en algunos casos, solapada complicidad. Agrega E. Astorquiza:

«Pero me estoy enardeciendo en vano. En el fondo, Allan Samadhy está de acuerdo conmigo. Si ha escrito

Escriba A. Samadhy versos «á la Coppée» como los de aquel admirable «Chicolito», modelo de ternura y sencillez, ó versos líricos como su espléndida «Fantasía Magallánica», y olvídense de la «sacrosanta redención roja» ...

los versos «Mártir» fué porque se encontraba en uno de esos momentos, por que todos pasamos, en que nos invade una ternura universal y vaga, una misericordia infinita por todo y por todos, un sentimiento de fraternidad en el dolor con los demás hombres, y en esos momentos los bandidos se nos aparecen inocentes y dignos de lástima, puesto que sufren, como nosotros. Y en seguida, Allan Samadhy sabe muy bien que sus versos no los leerán las mujeres públicas... Que si los leyeran... cómo se pondrían orgullosas de saber que su oficio, no sólo no es malo, sino sublime!»





II.—Flores de Cardo

POR P. PRADO

A propósito del libro de poesías que, con este título, acaba de publicarse en Santiago.—17 Nov. 1908.

Cuando en los escaparates de las librerías aparece un nuevo libro de poesías, es de ver el gesto con que acogen al recién llegado nuestros prosáicos contemporáneos.....

Si algo piensan de él, ó si se dignan expresar la opinión que les merece tan extraño fenómeno, todo puede formularse en una sola línea: «Un poeta más ¿qué importa al mundo?»

Y, en efecto, no se ve de dónde puedan brotar versos en medio de la prosa industrial (ó del prosaísmo) que la vida industrial nos impone.

Brotan, sin embargo; no, por cierto, con la abundancia y lozanía de antaño, mas, sí, con cierto desplante, con un ademán provocador que obliga al más indiferente á preguntar:

¿Quién es él? ¿Quién es el audaz que se atreve á faltar así á las reglas de la vida práctica?

Ese audaz, en el caso actual, es naturalmente un joven, y, para cerciorarse de ello, basta acercarse á esas *Flores de Cardo*..... Es un joven, puesto que para él las reglas de la vieja poética, del añejo clasicismo ya no existen.

¿Atormentarse la vida?—Nó, hijo mío.
Sé como las aves que si cantan
No buscan en sus trinos, nada.
Cantan.....

como les da la real gana. (Esta añadidura es «licencia poética» mía, no del señor Prado, pero traduce perfectamente la idea del autor.)

El poeta, según él, es autónomo. Libre como el ave, no se halla obligado á moverse sobre férreos é invariables rieles.

No liga sus conceptos como nosotros solemos ligarlos.

Ideas, conceptos, emociones, impresiones son cosas que él anota y expresa sin cuidarse de relacionarlas ó asociarlas como lo hace el resto de la humanidad.

Dáles, al contrario, rienda suelta y así las vemos en sus versos correr unas en pos de otras formando grupos del todo imprevistos y sútiles combinaciones que «mistifican» á la generalidad de los lectores.

En una página de versos ¿qué busca un lector no apasionado de poesía? Busca entender, pretende sacar de su lectura alguna *noción clara* ó siquiera un embrión de idea.

Mas, de esto poco se cuidan los poetas modernos.

Atormentarse la vida?—Nó, hijo mío... Bástales cantar; bástales derramar flores y perfumes. Si de ese derroche de armonías, colores y sensaciones no queda en el cerebro del lector resíduo alguno de ideas y conceptos lógicos, peor para el lector!

El poeta se alecciona á sí mismo diciendo:

Sé como las aves que si cantan
No buscan con sus trinos, nada...

Es preciso agregar, sin embargo, que aun cuando nada buscan, algo suelen hallar y ahora nos toca averiguar lo que P. Prado ha hallado.

Si hubiera de atenerme á críticas publicadas en algunos diarios, todo el hallazgo se reduciría á.... nada. Pero debo declarar que, en mi opinión, esas críticas son injustas.

Pese á quien pese, P. Prado es poeta, si para serlo basta haber escrito una página verdaderamente poética.

Y no es una, son varias las que atestiguan la genuina inspiración del nuevo poeta.

Leamos, por ejemplo, la siguiente intitulada «Las Manos»:

Manos de la amada dignas de una reina
si una reina digna de ellas fuera!

.....

Manecitas breves
con florecillas de azul entre la nieve
y con menudos dedos
que en sonrosadas uñas se florecen...

.....

Manecitas mías,
otorgadme mi parte de alegría
y si hadas sois, llenad de flores
nuestro común jardín de los amores...

Hemos entresacado algunas estrofas, omitiendo las demás, en obsequio á la brevedad. Pero transcribiremos la conclusión:

Cuando muera,
haced que mis párpados se cierren,
pero haced que se cierren lentamente,
así mis ojos turbios vuestra imagen lleven
más allá de la muerte...

Mucho nos engañamos si esto no es poesía, y si el joven autor que cantó esas «manecitas breves», carece del «don sagrado»...

Después de leer *Flores de Cardo*, y obedeciendo á un hábito inveterado, hemos querido

clasificar al autor dentro de alguna de las escuelas de la moderna poesía.

¿Será idealista, simbolista ó místico? *That is the question.*

La verdad es que, en virtud de su originalidad, es decir, de sus cualidades y defectos de escritor, P. Prado es inclasificable.

No es ni místico, ni simbolista, ni idealista; es un conjunto, una aleación de estos tres elementos poéticos.

Joven, en toda la extensión de la palabra, nuestro poeta canta sugestionado por aquel «eterno femenino» de que hablaba Goethe, y que, mientras enloquece á los más, aquietta á algunos privilegiados.

Su influencia «quietista» se manifiesta en muchas páginas de *Flores de Cardo*. No es poca alabanza el poder asegurar que, á diferencia de tantos poetas, P. Prado ha hablado del amor poéticamente sin remover en lo más mínimo el cieno en que muchos se revuelcan complacidos y gozosos.

Mis aguas nunca
de las cosas bellas habían ido en busca.
Copiaban, dormidas,
lo que pasaba por alto
ó en los bordes crecía.
Como aún era un estanque nuevo,
No criaba lamas ni tenía cieno.

Poniendo el presente en lugar del pasado, tendremos en estos versos la caracterización moral de su obra.

En conclusión, descartando algunos defectos imputables en gran parte á la juventud misma del autor, diremos que su libro se asemeja á «aquella» á quien van dirigidos los siguientes versos:

En el jardín de tu alma
silvestres florecillas nacen espontáneas,
regalo de tu suelo...
Pero trozos hay que nada dicen,
trozos sin una flor, que riego piden...

Esta es la verdad. Preciso es un «riego completo» para que el «suelo poético» del nuevo autor se cubra de flores y regale cuanto tesoro tiene escondido.

Otra tarea se impone igualmente, y P. Prado la indica cuando dice:

Es llegado el tiempo
de la poda brutal de los sarmientos...

.....
Qué quieres! Las hojas sobrarían;
no es menester de ellas
en vendimia.

(Pág. 14)

Riego completo y poda brutal, tareas son que

sola la juventud puede emprender sin riesgo y con provecho.

Por esto, para los verdaderos poetas, esa edad feliz tiene «las promesas de esta vida presente... y de la venidera.» (1)

(1) Algunos meses después de publicar *Flores de Cardo*, P. Prado sirvió de padrino á *Vida Interna* por el joven poeta Ernesto A. Guzmán. Hemos extrañado que P. Prado haya, con tranquilidad, contraído semejante «parentesco espiritual». Su obra, aunque excepcional en la forma y el fondo, es sana é inteligible. En una palabra, es poética. ¿Cómo pudo hallar, en la de su amigo, alguna semejanza con sus *Flores*, es cosa que no alcanzamos á entender.

(Estudiamos *Vida Interna* en el capítulo siguiente.)





III.—Simbolismo decadente

(A propósito de *Vida Interna*.—*Momentos*, poemas, por Ernesto A. Guzmán. Santiago, 1909.)

Vida Interna es una minúscula colección de poemas en que todo es singular y extraño, desde las ideas hasta la métrica y el idioma. Si, pues, rareza y originalidad fuesen una sola y misma cosa, podríamos saludar en *Vida Interna* y en su autor una obra y un poeta verdaderamente originales.

De una lectura cuidadosa de esos poemas resulta, por desgracia, que todo allí es imitación y, si se quiere, exageración de ideas y métodos harto conocidos.

Puede ser que E. A. Guzmán no haya leído á Verlaine, Mallarmé, Viellé-Griffin ni á Maeterlinck; pero no faltan aquí ó en Europa prosistas ó poetas de habla castellana que, habiéndolos leído, habrán sido para el joven autor

chileno los «vectores» del contagio simbolista y decadente.

Recuerdan, sin duda, los lectores de Maeterlinck cuán propenso es aquel célebre escritor belga á husmear y descubrir misterios en todas las cosas.

Hablando, por ejemplo, de *Melisanda* el viejo Arkel, enseñado por Maeterlinck, dice: «Era ella un pequeño sér misterioso, como lo es cualquiera...» Asimismo uno de los protagonistas dice en los *Ciegos*: «Jamás nos hemos visto unos á otros. Solemos dirigirnos mutuas preguntas y contestarlas; vivimos juntos, juntos estamos siempre, mas no sabemos lo que somos...»

Iguales ideas hallaríamos con facilidad en los poemas de Verlaine, y podríamos confirmar con citas de muchos autores lo vulgar que es hoy en día esa sensación de soledad.

Demostraríamos además, que, á pesar del carácter de novedad que tuvo hace cuatro ó cinco lustros, la tal sensación es hoy añeja, puesto que el Fantasio de Musset, á mediados del pasado siglo, la experimentaba y expresaba con más intensidad que nuestros poetas.

¿No es él quien dijo: «¡Ay, todo un mundo es lo que cada uno de nosotros lleva en sí mismo! un mundo desconocido que nace y muere en silencio! ¡Ay! ¡Qué soledad, esos cuerpos humanos todos!...?»

Con esto, pues, se verá si E. A. Guzmán no es víctima del contagio poético á que acabo de aludir.

Dice, en efecto, su mejor intérprete, P. Prado, en el prefacio de esta obra: «Esa sensación de soledad en que nadie repara, se desprende de cada una de estas páginas. Lector, antes de leerlas, piensa un momento. Considera ese conjunto heterogéneo que forma tu sér; considera el universo que en tí ha penetrado por tus sentidos hacia tu corazón. Echa tus ojos sobre los séres que te rodean y dime, viendo que tus miradas parten unicamente de tí en todas direcciones, que sólo en tí se hace el mundo entero...» (P. 7).

Héla ahí, pues, la sensación de soledad y de misterio, cuya falta de originalidad subrayamos, sin negar por eso su carácter poético. Mas no nos satisface la forma con que la hallamos expresada en *Vida Interna*.

Y para que pueda el lector juzgar si aquella displicencia es legítima, vamos á extractar largos fragmentos del pequeño poema «El Espíritu», en el cual hállase intimamente combinado el simbolismo con el decadentismo.

Dice el señor E. A. Guzmán:

Me ha cogido la hora en esta plaza de mi pueblo:
He sentido despojarse

de su peso mi cuerpo, y me han llenado
Ausencias de raíces el espíritu.

.....

El libro sigue abierto y es su página
itinerario y término de mi hora:
hay hermandad de sangre entre el estado
en las líneas prensado y mi momento.

.....

Y ha llegado aquel joven y en la página
ha mirado un momento, y sonreído
á mi beatitud piadosamente...
Le hablé enseguida de esto que nos hierva
bajo de las cortezas de los cuerpos,
de los pobres rebases hacia afuera,
de los densos rebases hacia adentro,
de lo que me aplanaba en ese instante
haciéndome livianas las entrañas,
y se fué compasivo sonriendo...
No pudieron mostrarme mis palabras!
No logré echar mi sangre dentro de ellas!
Oh! esta mi plaza de mi pueblo interno...!

(P. 87-89)

Estas líneas son verdaderamente típicas y representativas de toda la obra.

Lo que se advierte en ellas es el gastado simbolismo francés con su sólita niebla, su vaguedad y la natural falta de precisión de sus símbolos.

El lector vislumbra algo ó cree, siquiera, vislumbrarlo; pero, como el mono de la fábula, podría amenudo decir:

«No sé por qué causa no distingo bien!...»

Es claro que allí hay algo: ¿sensación? ¿idea? pero ese algo es tan impreciso que bien pudiera ser... nada.

Todo depende del lector y de su aptitud para resolver logogrifos poéticos... Es, en suma, una «cuestión de comentarios» y harto sabemos que un comentador es un Paraf capaz de hallar oro hasta en las arenas del Mapocho. Semejante á esos mineros del Norte que antes de poner en venta su mina, cuidaban de «fusilar con plata las vetas»... el comentador enriquece el texto y halla entre ripios la más auténtica poesía.

Semejante simbolismo no debe, sin embargo, hacernos olvidar que todo en el Universo es profundamente simbólico.

Porque, en verdad, de un piso á otro reina, en esa fábrica inmensa, un visible paralelismo.

En el animal halla el hombre un esbozo de sí mismo o, según lo asegura cierto poeta, «una parábola de su ser». Pero como igual cosa puede decirse del animal comparado con la planta y de ésta comparada, á su vez, con el mineral, dedúcese de ahí que el hombre halla una representación simbólica de su naturaleza hasta en los últimos átomos de la materia y una concordancia misteriosa entre las leyes de su espíritu y las del Universo.

No otra cosa pretendió enseñarnos Carlyle

cuando dijo que «todo lo visible es emblema» y que «la materia existe sólo espiritualmente, siendo por esencia destinada á dar cuerpo á la idea que representa».

Facil es ver el alcance poético de esta doctrina, recordando una hermosa frase de Taine:

«Hay por cierto—dice el gran crítico—una alma en cada cosa, y la hay asimismo en el Universo. Sea cual fuere el sér, bruto ó racional, definido ó vago, brilla más allá de su forma sensible una esencia secreta y un no sé qué de divino que divisamos á la luz de sublimes relámpagos sin jamás alcanzarlo ni penetrarlo».

«Hé ahí—agrega el gran pensador—el presentimiento y la aspiración que impulsan y mueven á toda la poesía moderna».

Esto presente y á esto aspira E. A. Guzmán; pero su simbolismo decadente no le permite alcanzarlo.

Muy al contrario, sírvele de concha, como á su «ceracol», ó de jaula como á su «jilguero», y llega el poeta á escribir versos en que, como en las gavillas de la página 57, hay «lenguas que quisieran gritar y que no pueden, porque tal vez estén apelmazadas en una obscura atrofia de vocablos». (1).

(1) No quiero discutir aquí sobre métrica, gramática ó léxico, aunque abundante sea la materia que este libro presenta. Señalaré sólo el efecto desastroso de las

Menester es, pues, buscar remedio á ese mal y recordar que sólo puede hallársele dentro del marco, infinitamente extensible, del simbolismo racional, advirtiéndolo, además, que será vano todo esfuerzo para crear una nueva lengua poética.

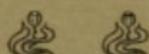
Y ¿con qué fin se pretendería crearla, cuando la poesía castellana posee la más sonora y flexible de las lenguas?

Agréguese á esto que, hace años, el simbolismo decadente murió en Europa y que no hay motivos para resucitarlo en Chile.

Todo aquí se opone á ello: la raza, el idioma, el ambiente y, más que todo, «el cielo azulado», la naturaleza esplendorosa, enemiga nata del «chiaroscuro» y de las nieblas.

Someto estas opiniones á nuestros jóvenes poetas y pido á mis lectores perdonen la desmedida extensión de este artículo.

palabras «sangre» y «sangrar», repetidas más de 100 veces en 80 páginas minúsculas.





IV.—Poesías Infantiles

A propósito de dos libros de don Ismael Parraguez, titulados *Poesías Infantiles* y *Cantos Infantiles*.—Santiago, 1907.

Un crítico inglés declaró á raíz de la muerte de Tennyson que ya «la Poesía había muerto...» y, desarrollando aquella idea pesimista, trató de demostrar que poesía y ciencia no podían cohabitar en el cerebro de una humanidad materializada.

Es de temer, sin embargo, que, al hablar, aquel crítico haya obedecido al *spleen*. Porque, si es cierto que no se divisa hoy en el ancho mundo un solo poeta que merezca el calificativo de grande, vemos, en cambio, que jamás fué más cierto el antiguo adagio según el cual «de poeta y de loco todos tenemos un poco.»

Es que jamás vimos mayor número de versificadores. Quien abre una revista europea ó

americana puede estar seguro de tropezar con versos. Quien recorra catálogos, hallará forzosamente anuncios de nuevos poemas. Es un diluvio de poesía, es una vejetación tropical en que de todo hay, desde el soneto hasta la epopeya en 24 cantos!... Válgame Dios!... Y ¡qué versos!...

Pero hay siquiera un género de poesía que, al menos entre poetas de habla castellana, parece muy descuidado: aludo al género infantil.

Escríbense versos para filósofos, como lo hacía Sully Prudhomme en Francia, pero ¿quién se acuerda de los niños? ¿Quién advierte que el alma infantil es más que cualquiera otra abierta á los rayos de la poesía? No nos faltan pedagogos que descansan de su dura labor versificando y celebrando ideales más ó menos altos; però ¿cuál es aquel que, teniendo á su cargo una clase de pequeñuelos, piensa en versificar para ellos?...

En verdad, no sabrán aquellas inteligencias infantiles recompensar al poeta con pago de lisonjas más ó menos sinceras, pero al ver que con sus versos entra en esas almas el germen de la verdad, de la belleza y del bien, no hay poeta que no debiera darse por muy pagado de sus trabajos.

Así lo ha pensado el señor Ismael Parraguez, profesor de la Escuela de Aplicación anexa á la

Normal de Preceptores, al escribir su hermoso libro de *Poesías Infantiles*.

Conocedor, como buen pedagogo, de lo que agrada y conviene á los niños, ha escrito versos sencillos y claros que, aprendidos de memoria y cantados, no pueden menos de formar el corazón y caracter de sus pequeños alumnos.

La forma externa, estilo y factura, de aquellas poesías es sencillísima y, por tanto, adecuada á su objeto.

La elección de temas es habilísima. Siendo niños (y niños chilenos) los que han de leer sus poesías, el autor ha escogido temas capaces de agradar á los niños de Chile.

Como todos los niños del mundo, los de aquí gustan de animales, flores y frutos; hallarán, pues, en el librito que analizamos, todo lo necesario para satisfacer su gusto, desde los pollitos que dicen:

—Pío, pío, pío
cuando tienen hambre
cuando tienen frío,

hasta el gallo que, cuando clarea el alba,

canta su ¡quiquiriquí!
y si acepta una pelea,
va á vencer ó va á morir.

Celebrados son en este libro todos aquellos

miembros del «quinto estado» que tanto amor y curiosidad despiertan en los niños. Canarios, diucas, chincoles, pececitos, corderitos, etc., etc... allí están todos los compañeros y amigos de la niñez.

Hay una poesía hasta sobre la antipática araña. Y, á este propósito, reprocharé al autor el haber tratado á aquel insecto de «buena arañita», cuando el único animal ponzoñoso de esta tierra es la araña.

Impresión mía será, pero confieso que, por hermosa que sea la tarea de ese bicho y por pasmosa que sea su-habilidad y aplicación en cumplirla, la araña es un tipo de crueldad y de egoísmo.

Hasta su posición en el centro de su red es simbólica de algo muy detestable; aludo al egoísta despiadado que quiere ser siempre el centro de todo.

Pero volvamos á los niños que, después de cantar las hazañas de sus gatos y perros, gozarán cantando sus jardines y flores, y recordarán con placer á frutilleros y uveros...

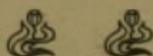
Al lado y en medio de esas poesías inspiradas por la naturaleza tal como los niños la contemplan alborozados, hay otras de índole moral en que los versos sencillos y transparentes se convierten en preceptos de sinceridad, de laboriosidad, de limpieza, de respeto á la propiedad, etc., etc...

Por fin, el soplo moral y cristiano que vivifica este libro no podrá menos de tonificar la enseñanza que con él se dará en las escuelas elementales.

Divididas en tres secciones y acompañadas del correspondiente libro de cantos, las *Poesías Infantiles* prestarán grandes servicios «así para las lecciones de cosas y moral, como para el canto y la recitación.»

Unico en su género en la literatura pedagógica nacional, este libro destinado á formar el corazón de los pequeñuelos, dará á Chile las más hermosas «galas y flores» que puedan

.....tapizar su suelo feraz.





V.—Dos Poetas

Flora Chilena, poesías por Ismael Parraguez.—Santiago, 1909.

Melancolías, por Gustavo Mora P.—Santiago, 6 de Febrero de 1909.

I.

Ismael Parraguez

Entre los muchos títulos que se presentan á la mente, elegir el único verdadero, esto es, el que expresa (ó exprime) en dos palabras todo el jugo y significado de un libro de poesías, es tarea difícil y rara vez acertadamente ejecutada.

Prueba de esto es el nuevo libro del Sr. Ismael Parraguez.

El poeta de *Flora Chilena* no es de aquellos que, según la frase bíblica, «tienen ojos, mas no ven... orejas tienen, mas no oyen...» ó que «tienen narices, mas no huelen...» Sus sentidos

son poéticamente activísimos, como se echa de ver en todas las páginas de su libro.

Ojos tiene; y si no, ¿cómo hubiera podido escribir estos versos:

Galopando, galopando con su cauda
de wagones, por el campo soñoliento
la veloz locomotora vuela rauda
su penacho de humo negro suelto al viento.

.....

Y cortando en dos mitades la campiña,
ya una chacra le abre el seno verde,
ya las filas paralelas de una viña
se despliegan como un rápido abanico?

Hé ahí algo que se llama «visto» y perfectamente descrito. Es una «instantánea» que hace honor á los ojos de I. Parraguez...

Lo mismo podríamos decir de la sensibilidad con que nuestro autor percibe todo lo que es música ó perfume...

Su libro es una colección de «sensaciones» anotadas (y, á veces, analizadas) con tanta exactitud como poesía...

Pues bien; ¿qué título merecía? El Sr. Parraguez, desconociendo totalmente el significado de su obra y la naturaleza de su talento, lo llamó *Flora Chilena*... cuando, en tres palabras podía darle el único título que le convenía, llamándolo *Sensaciones de Chile*..

Al emitir esta opinión no pretendo negar á cada padre el derecho que tiene de dár á su hijo el nombre que le plazca; pero sostengo que el padre de éste ha abusado de su derecho bautizándolo con un nombre que será todo lo «botánico» que se quiera, mas no es ni poético ni exacto...

Sensaciones de Chile... y ¡cuán vivas y dulces son, veránlo aquellos de mis lectores que no han renunciado á la poesía, «á sus pompas y á sus obras!..»

Hay allí trozos hermosísimos como, por ejemplo, la «parábola» del Molino (pág. 55), del cual dice el poeta:

Ví todas las murallas minadas por ratones
que huían espantados al ruido de mis piés:
los vándalos habían vencido á las legiones
y á juzgar por las cuevas ya cien generaciones
moraban el alcázar así sin Dios ni rey.

ó como una de las estrofas en que el poeta nos pinta la sandía:

Ella enseña su carne rosada
que derrama sus frescos efluvios
de brillantes pepitas sembrada,
lunarcitos graciosos y rubios...

No pudiendo citar todos los versos que me parecen merecerlo (ya que aquello equivaldría

á citar más de la mitad del libro), fuerza es contentarme con indicar, además del «Tren», del «Molino» y de «La sandía», ya citados, los trozos intitulados «En el corral» y «Tarde de Octubre en la Alameda». Allí se manifiesta plenamente la aptitud, por decirlo así, «fotográfica» del poeta y, al mismo tiempo, su afinadísima sensibilidad.

Todo, empero, no es igualmente poético en este libro. Paréceme, por ejemplo, que, así como erró el Sr. Parraguez en la elección del título, del mismo modo calculó erradamente cuando dió el primer lugar al «Roto chileno»... Si alguien juzgara á su «Flora» por las cuatro primeras páginas, cometería, por cierto, una gravísima injusticia; pero la culpa sería... del autor.

Por otra parte, el «Roto chileno», aunque amigo de bromas, encontraría talvez pesada la que se le hace al colocarle en una... «Flora»...

II.

Gustavo Mora

El libro del Sr. Gustavo Mora pertenece, como lo indica su título de *Melancolias*, á un género poético muy diverso. Su lectura es facil y agradable; pero de ella poco queda en la memoria del lector. Culpa es del género melancólico y también... del poeta...

Porque, confesémoslo; se ha abusado hasta lo increíble (y hasta lo insufrible) de la «Melancolía»; y sólo en poetas de alto vuelo podemos tolerarla, porque saben darle el sello personal, la intensidad y novedad que la hacen tolerable...

El Sr. Mora dice que

Siempre hay tristeza donde hay ventura.

Es verdad; pero no lo es menos que, cuando las tristezas no son muy poéticas (y cuando prosáicas son las venturas), más vale no versificarlas...

En lo que al caso actual se refiere, creo que el Sr. Mora ganaría inmensamente si se dejara de melancolías ó se contentara con el elegante «mínimum» que gastó en las primeras líneas de «Las Horas».

Dice el autor:

Una aurora estival se reunieron
las horas junto al sol:
anhelaban saber, de todas ellas,
cuál era la mejor.
Subió al zenit y descendió la esfera
el rey del esplendor
y, después de mirarlas, una á una,
cruzar por la extensión,
al reclinarsse en el undoso piélago
el triunfo proclamó
de la que llama á todos al reposo,
mi dulce predilecta: la oración.

Este trozo es de poeta y basta para demostrar que, quien lo escribió, merece (y puede) dejar á otros el cuidado de explotar el ya cansado suelo de la Melancolía perpetua.

Más evidente aún es esto si se tiene en cuenta que nuestro poeta maneja el verso con extremada y elegante facilidad. Es, pues, pecado el detenerse en temas, no diré vulgares, sino gastados, cuando se es capaz de escribir los siguientes versos sobre Santa Teresa de Jesús:

¡Cuál la arrebatan los fervores hondos
que agitan la blancura de su seno!
¡Es que sueña en el dulce Nazareno
de ojos azules y cabellos blondos!
¡Es que sueña en la gloria de otra vida
su alma de virgen al amor nacida!

Y el arranque final:

¡Oh, la fe en el ideal! La ingenua y misma
fe del sublime paladin manchego... (1).

(1) El Sr. A. Orrego Barros, en un artículo de *Las Últimas Noticias* de *El Mercurio* (Abril 28, 1909), se quejaba de que ciertos críticos hubieran menospreciado la obra de Gustavo Mora Pinochet, á quien él, por medio de un elegante prefacio, acababa de presentar al público. Declaramos aquí que, hablando en conciencia, no creemos merecer el reproche del Sr. Orrego Barros, si es que este distinguido escritor haya aludi-

Si, según el adagio, «toda comparación no fuese envidiosa», sumaríamos aquí los respectivos méritos de los dos poetas...

De una justa liquidación resultaría que, si Parraguez posee más sensibilidad verdadera y menos «melancolía», Mora, en cambio, escribe con más elegancia, aunque con menos fuerza.

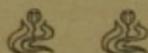
No es Mora quien diría como el Sr. Parraguez que

Inyectándose el sol en la clorosis
de la tarde otoñal, nimbó un instante
la escena con fulgor de apoteosis,
cual olvidado, pero fiel amante ..

Es verdad que el hermoso sol de Chile puede, como un simple poeta, tomarse toda suerte de licencias... mas no... «inyectarse en clorosis»...

«Apoteosis y clorosis» son rimas llenas y ricas; pero, poéticamente hablando, merecen que se diga de ellas: «cela ne rime à rien».

do á O. E. Después de todo, es posible que el Sr. O. B. aluda á algún poeta decadente, descontento de no hallar su imagen y semejanza en Gustavo Mora. En tal caso quedamos libres de sospecha y de cuidado.





VI.—Poesía y Crítica

A propósito de *Prosas rimadas*,
por Juan A. Chesebrough.—Santia-
go. 1909.

«What good came of it all at last?
—quoth little Peterkin...»

(SOUTHEY.)

Es cosa sabida que hay, para la poesía, dos críticas distintas y separables: verbal, una, y real, la otra. Ocúpase aquélla en escudriñar el el estilo y en determinar si (y hasta qué punto) el ropaje con que el poeta viste sus pensamientos es de paño sólido, de color apropiado y de corte elegante... y, como hay modas hasta en poesía, procura la crítica verbal investigar á cuál de ellas (es decir, á qué escuela), ha querido sujetarse el poeta... Atiende además esa crítica á los sonidos que nacen de la refriega verbal, busca saber si aquello es mero ruido, *verba et voces, praeterea que nihil* ó si es música verdadera.

Más atrevida, más indiscreta é insolente que aquélla es la crítica real, puesto que lleva su curiosidad hasta revisar lo que se esconde bajo el ropaje verbal... Para ella, en efecto, el hábito no hace al monje, y de nada sirven las palabras, por abundantes y esplendorosas que sean, si no expresan ideas.

La música misma ó el colorido de la frase no la seduce, ni conmueve... Quiere ella que ambos sean algo más que prestigios encaminados á fascinar el oído ó la imaginación y á encubrir pobreza ó nulidades.

Para conseguir su objeto, empieza la crítica real preguntando por la edad del poeta y por la fecha de su primera obra... Averigua en seguida el tiempo consagrado por él á la actividad poética y, después de recorrer cuidadosamente todas sus obras, pregunta por fin, como el pequeño Peterkin de Southey: en suma «¿qué provecho pudo sacarse de todo esto?»

La pregunta final es, en realidad, la primera y la más importante, ya que es llamada á provocar el fallo definitivo sobre el valor literario del poeta y de su obra.

Porque, si hay provecho en conocer lo que las cuatro primeras procuran averiguar, ésta, en ausencia de aquéllas, lo resuelve todo por aplicación del criterio real, que es el de los frutos. Poco importan, en efecto, la juventud ó ancianidad del poeta, y la mayor ó menor

abundancia de su producción, si al fin sus poesías no dejan rastro, ni fruto en la mente ó la conciencia del lector.

Cuando leemos un libro de poesías hemos de preguntar: ¿Acaso ganamos algo, intelectual y moralmente, al leerlo? ¿Muévase en nosotros alguna pasión á su impulso? ¿Aliviasenos alguna pena ó alijérase alguna carga moral? ¿Purifícase nuestra conciencia é ilústrase ó afinase nuestro gusto? ¿Qué papel desempeña ese libro en nuestra vida?... Si se inspiró aquella poesía en un corazón que sabe amar ó sufrir, ¿podrá un hombre recitarla al oído de una madre, de una hermana, de una esposa ó de una mujer amada y despertar en ellas un eco que traduzca su amor ó su simpatía? Cuando sufrimos, ¿brota entre las líneas del libro «la flor del consuelo» y, en horas de conflictos mentales y de dudas, ¿hallamos en él la paz ó la luz que mendigamos?...

Hé ahí un amplio programa crítico, el que, sin embargo, sólo en parte se aplicará hoy á la obra de J. A. Chesebrough.

Desde luego la edad del autor se deduce con claridad, no sólo del tema escogido por él (y que es «la cansada cuestión del amor»), sino también de ciertas peculiaridades de su estilo, las cuales llevan el sello evidente de la juventud.

Prosas rimadas es hijo primogénito... y ello

se ve en el nombre mismo con que su padre ha querido bautizarlo; nombre llamado á provocar en el lector una protesta admirativa, si aquella pretendida prosa resultare ser poesía, ó una sonrisa de desprecio si la aparente poesía fuere, en definitiva, prosa lisa y llana. Dilema inevitable, á cuyo peligro nunca se expondría un autor más entrado en años...

En verdad, apesar de todas sus imperfecciones, este libro joven vale más de lo que su nombre parece prometer.

Hay «algo» en él, no, por cierto, una poesía de alto vuelo ni de grandes alcances, sino destellos rápidos que anuncian la presencia de una chispa capaz de convertirse, con el tiempo, en foco de poesía y de luz. ¿No dice el autor (página 40) que «Una chispa perdida enciende un sol»?...

Hé aquí una «Tormenta» simbólica en la cual vislumbro algunos destellos:

Bajo un cielo puro
Nubarrón oscuro
he visto cruzar.
En tormenta ruda
la nube se muda...
Se apresta á lanzar
un rayo certero
que potente y fiero
me viene á matar.

Ese cielo eran tus ojos;
la nube eran los antojos
que tu mente se forjó;
el rayo era tu mirada
que, de ternura preñada,
del rayo tiene el fulgor.
El rayo partió derecho
y clavándose en mi pecho
me dejó muerto de amor...

Aquí, por cierto, debió, en mi opinión terminar la simbólica tormenta... Pero el poeta agrega:

Después se oyó el trueno;
Sonoroso y lleno
retumbó y se fué.
El trueno fué carcajada
que tú lanzaste alegrada
al ver que muerto me quedé...

(Mas, oh poeta, si el rayo, al clavarse en tu pecho, te dejó muerto, ¿cómo pudiste oír aquella carcajada?... Ah! juventud!...)

Aunque joven nuestro poeta, es pesimista. Oigámosle profetizar la suerte de la «Última pareja»:

Los sabios, amor mío, han preguntado:
¿Cómo habrá de morir sobre la Tierra
la última pareja entre sus polos?...

«De hambre», «de sed», «de asfixia», han contestado; —otros— «se ahogarán» ó bien «de frío».

Mas recordando nuestro amante brío,
yo les daré contestación que aterra:

¿Hombre y mujer y para siempre solos?

¡Los infelices morirán de hastío! (Pág. 71)

Nuestro poeta es pesimista, pero su pesimismo se casa muy felizmente con sus ilusiones, hasta dejar en plena evidencia el caracter juvenil del poema. *Prosas rimadas* es la realización de una estrofa del mismo autor:

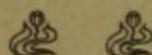
Con curiosidad extrema
leí el papel que encontramos:
en él, con cuatro «te amos»
había escrito un poema... (Pág. 148)

A lo cual sólo añadiré que allí donde dice cuatro, debiera el autor haber dicho «cuatrocientos...y más.....»

Siendo, pues, este libro una casi continua conjugación del verbo amar, ya se ve que la crítica «real» poco tiene que sacar de él. Mas no por eso hemos de rociarle con adjetivos... críticos...

Cuando leo un libro de poesias que, como este, es un «primogénito», no puedo menos de desearle larga vida... por más que haya nacido en una ciudad célebre por su espantosa mortandad de párvulos... poéticos.

Y á los críticos que, como Herodes, quisieran siempre matanzas de inocentes, dígoles: «El que de vosotros esté sin pecado (y sin versos juveniles en la conciencia ó en algún escondite del escritorio), arroje contra él la piedra el primerol...»





VIII.—Italia

A propósito de *Oda á Italia*, por
Blanca Vanini Silva.—Santiago, 1909.

.....
.....
Conmovidada por la terrible desgracia de su «segunda patria», la señorita Blanca Vanini Silva ha compuesto una *Oda á Italia y á sus actuales Reyes con ocasión del terremoto de Sicilia y Calabria*.

Analizar una oda no es siempre tarea fácil, pero en el caso actual, la dificultad se allana, cambiándose en verdadero placer.

Divídese la oda en dos partes, de las cuales la primera es un himno á los grandes hombres nacidos en esa noble tierra llamada por Virgilio «magna parens virum».

Italia!... ¡qué dulzura hay en su nombre!
Es toda luz, encanto, poesía!

Su lenguaje es un himno, una armonía!
 Su belleza no hay nadie á quien no asombre!
 Cuna de genios de inmortal renombre,
 glorias del mundo entero son sus glorias
 que al Arte plugo, al descender del cielo,
 por morada escoger tan bello suelo. (Pág. 6)

Desfila, á raíz de este exordio, una admirable falange de genios encabezada por Dante.

Allí el divino, el super-hombre Dante,
 Sombrío explorador de lo invisible,
 Brilla del genio en la más alta cumbre
 Rodeado por excelsa muchedumbre. (Pág. 7)

A medida que van acercándose al trono del «super-hombre», la señorita Vanini caracteriza, con expresiones de ordinario felices, á cada uno de los grandes hombres de Italia:

Allí pincel en mano,
 Miguel Angel se yergue sobrehumano
 Con Leonardo de Vinci
 Figura colosal, sublime, rara
 Que en su genio abarcara
 Todos los ramos del saber humano... (Pág. 7)

.....

Nadie es olvidado en esa enumeración de glorias que, en llegando Napoleón, se asemeja á revista militar.

Y envuelto en claro oscuro misterioso,
Del siglo diecinueve está el coloso
Napoleón. (Pág. 10)

«Y pasa la visión»... de los heroes antiguos,
dejando el campo libre á las celebridades del
presente, desde Farina y D'Annunzio hasta
Verga y Capuana.

Y cien más que en la dulce poesia
ó en la prosa galana (Pág. 13)

gastan tesoros de ingenio y crean una de las
más hermosas literaturas contemporáneas.

En la segunda parte de su oda, la autora ce-
lebra la «solidaridad» manifestada por sus Re-
yes en Sicilia y Calabria.

Pero sus versos, al llegar á este punto, se
tornan prosa.

Varonil en su estilo, la señorita Vanini ha
perdido aquí una excelente oportunidad de sua-
vizar su lenguaje... ó de callar sus ideas liber-
tarias. Para esto pudo servirle la diplomacia
femenina...

Dice ella á los Soberanos de su «segunda
patria»:

Ante acción tan loable, conmovida,
Reyes, la libre humanidad *olvida*
que lo sois, y magnánima os perdona
la culpa de ceñir una corona... (Pág. 19)

¡Qué consuelo ¿no es verdad? para el rey Victor Manuel!... Pero si sus súbditos, á pesar de aquella absolución,

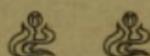
Alzan los pendones libertarios. (1)

como la señorita B. Vanini lo anuncia, y, al parecer, lo desea, la corona de fierro pronto se tornará corona de espinas...

A estos últimos versos prefiero, con mucho, las estrofas dedicadas por la autora á la memoria de su padre.....

(1) Temo que la señorita Vanini no haya medido exactamente el alcance de la palabra *libertario*. *Pendones libertarios* no son pendones liberales ó de libertad. Son anarquistas, ni más ni menos. Alzarlos, es alzarse para poner la anarquía en el lugar de la monarquía. A buen seguro, no quiso la autora significar semejante alzamiento, pues, en caso afirmativo, no hubiera dedicado su oda á los Reyes de Italia. La ironía sería por demás excesiva!...

(2) A propósito de Italia, señalaré aquí las hermosas conferencias dadas durante el curso de este año, en el salón de honor de la Universidad de Chile por el doctor G. Mazzini y el Sr. D. Carlos Silva Vildósola, la una sobre el «*Svolgimento dell'Arte in Italia*» y la otra sobre «*La Difusión del Jenio Italiano*», impresas ambas en elegantes folletos bajo los auspicios de la *Sociedad Dante Alighieri*.





IX. -- "Sentimentales" é "Infantiles"

«*Páginas Sentimentales*», poesías de Juan M. Rodríguez, (Valparaíso, 1909).

«*Infantiles*», poesías de Eduardo Valenzuela Olivos. (Santiago, 1909).

I.

J. M. Rodríguez

En poesía «decadentismo» es sinónimo de decadencia y, practicado por poetas que sólo tienen el nombre de tales, equivale a nulidad.

Viendo extenderse esa plaga en la América Latina, bien podríamos desesperar de la poesía y profetizar, sin gran riesgo, su próxima destrucción.

Felizmente el sentido común, la lengua castellana y la vieja poética de los mayores guardan aún entre nosotros algunos cultivadores que serán, gracias á Dios, la «sal» de la poesía, esto

es, el elemento conservador de la misma, el que alejará y talvez impedirá su completa disolución.

Dos libros de versos acaban de llegar a mis manos, y son ellos los que me sugieren las anteriores reflexiones.

Ninguno de los dos es de primer orden, ni pretenden sus autores haber escrito obras maestras.

Pero son ambos inteligibles; su estilo es castellano, elegante las más veces, y siempre libre de pretensiones; sus ideas, aunque faltas de profundidad, son sanas, simpáticas y populares. Tienen ambos, aunque en grado diverso, lo que han menester para ser leídos con agrado y sin daño.

Con *Páginas Sentimentales* nos hallamos en presencia de la «cansada cuestión» del amor. Todo es allí ojos negros ó azules, que son flores y focos de luz; todo es suspiros y quejas, esperanzas y desalientos: lo de siempre... cuando sólo quiere el poeta recorrer los viejos caminos y repetir las sólitas andanzas de la humanidad.

No sé, en verdad, cómo no se cansan de tanta uniformidad los poetas, y cómo no les invade el hastío al verse reducidos, mal que les pese, a meros ecos de la eterna canción. Si de vez en cuando lanzaran una nota nueva!... Mas nó: todo es lo mismo, «sicut erat in principio et nunc... et semper».

«Brillan tus ojos serenos
Sobre tu rostro divino
Como dos negros brillantes
Sobre la nieve de un lirio. . . » (p. 33),

¡Cuántas veces habremos leído estos versos en castellano!... No quiero, por cierto, decir que su autor los haya plagiado, pero sostengo que ellos son refracción, repetida quizás por millonésima vez, de una imagen ya ajada y vulgar.

Lo mismo diré de esta estrofa:

«Cuando la luna se asoma
al través de mi ventana,
no sé por qué me recuerda
la palidez de tu cara! . . . (p. 33).

Juraría yo que he oído, si no leído, esos versos, ó al menos, que se asemejan á algo muy conocido y corriente en estos mundos... A tan medianos resultados se llega cuando, dejándose vencer por la propia facilidad para versificar, se contenta el poeta con ser eco de lo que rima y canta el vecindario!...

El señor J. M. Rodríguez podría, sin embargo, cosechar mejores frutos, pues tiene en sus manos la herramienta precisa, quiero decir, el verso, y posee siquiera una de las dotes esenciales del poeta.

Tiene el don de ver: la visualidad.

Con este nombre designase una disposición mental, merced á la cual el poeta, obrando como lente fotográfico, percibe y archiva visiones claras y precisas que más tarde, combinándose en imágenes y cuadros, brotarán de su pluma revestidas de todos los colores de la poesía.

Visiones de esta índole, breves y hermosas, hai algunas en este libro.

«Eres un lirio azul!... Sobre tu herida
El dolor desfloró pálidas brumas;
pasaste sobre el charco de la vida
como un girón de cándidas espumas.» (p. 18.)

He ahí un «paisajito» de brumas que puede inspirar á un pintor. Ahora ¿qué diremos del siguiente?

«Campanero, campanero,
toca, toca las campanas;
todo ríe en el ambiente
con el sol de la mañana;
que se asustén las palomas,
que se escapen en bandadas,
que semejen sobre el cielo
rosas blancas deshojadas». (p. 72).

y del «snapshot» con que termina el trozo intitulado: «¡Al pasar!»:

«Te alejas y siempre queda
en el aire suspendido

el frú-frú de tu vestido

 y al pensar.
 en tus pupilas risueñas
 parece que me hacen señas
 las plumas de tu sombrero». (p. 80).

Demuéstrase en estos versos que nuestro autor es un «visual» y que, para él «existe el mundo externo». Debiera, pues, J. M. Rodríguez cultivar ese don de ver y de pintar, dejando á otros menos favorecidos la gastada palabrería sentimental que lleva sin razón alguna el nombre de poesía.

II.

E. Valenzuela Olivos

Si J. M. Rodríguez ha podido con cierta verdad llamar sus versos *Sentimentales*, no alcanzo á ver por qué E. Valenzuela Olivos llama á los suyos *Infantiles*.

Nada tienen, en efecto, de infantil, salvo que este adjetivo signifique sincero, natural y objetivo, lo cual es, por cierto, muy ageno á su verdadero significado.

A fuerza de emplear ciertos vocablos, llegamos á gastarlos de tal manera que pierden su sello y peso primitivos y legales, poco más ó

menos como acaece con las monedas que van rodando muchos años por el mundo. Convertímosles, andando el tiempo, en moneda fiduciaria y sujeta á los altibajos del cambio, y así aceptándolos sin tener en cuenta el verdadero valor, nos engañamos y engañamos al prógimo.

Nó: la poesía de Valenzuela Olivos no es infantil, ni versa su obra entera, como pudiera el título indicarlo, sobre la infancia, ya que sólo una parte de ella es dedicada á pintar escenas infantiles.

En mi opinión, lo mejor de este libro es lo «sentimental», es decir la segunda parte, y lo satírico, es decir, los diálogos, «Después del baile» y «Consulta médica», que forman la tercera.

Valenzuela Olivos versifica con una sencillez complicadísima ó, si se quiere, alcanza á la sencillez a fuerza de trabajo. Su estilo es lo más ageno que quepa á aquel rimbombo romántico cuya naturalización en la América latina es hoy tan completa que, si no supieramos donde nació, podríamos buscar y hallar en las vecindades de los trópicos su cuna y morada de elección. Sencillo como un clásico, Valenzuela Olivos es objetivo como un naturalista, (1) á lo

(1) Empléase aquí este vocablo en el sentido que les da la historia literaria y aludiendo á la escuela naturalista francesa. Equivale á «verista».

menos en aquellos poemas de la segunda parte que son, en mi concepto lo mejor de su obra. Nuestro poeta se ausenta, por decirlo así, de sus versos, ya que en ellos no habla él, sino la realidad misma.

Voy á dar de ello un ejemplo típico.

En «Cosas del Campo» cuéntanos el poeta la eterna historia de los amores campesinos, tronchados por la mano brutal del amo.

Luciano, un pobre inquilino, amaba á «la Juana».

—«¿Se acuerda é la Juana?...

¿Nó patrón? ¿de veras?... Aquella del rancho que había á la orilla del río... ¿se acuerda?

Esa de ojos negros y picarónazos,
esa guainoncita más requetelinda

que la misma Virgen que hay en el Curato...»

«Pus» como diría el inquilino, aquella guainoncita fué vendida por su propio padre al patrón. Un par de cuadras de tierra arrendadas «gratis» pagaron la deshonra de la niña.

Juana vive en Santiago.

«Al fin la ví un día;

(dice Luciano)

Iba muy lujosa, con traje de raso,
montá en breque,—según me ijieron,—

con muchos brillantes... y con él al lao...
Ella s'iba riendo... Me vió... y asustá
se quedó temblando...»

¡Pobre huaso!... Continúa pintándonos su desdicha con toda la elocuencia de la sencillez:

«... Ni supe lo que hice.
Toitito apenao
me golví á esta hacienda. Qué largo el camino
lo encontré!... ¡qué largo!...»

Un día sabe el infeliz que Juana ha sido abandonada por su seductor y, hablando del padre que la vendió, dice:

«No quería pa su hija un huaso
Sino un caballero... ¡Ei tenía el premio,
por ser ambicioso, por ser apretao!
Talvez quiso el viejo arle de puñetes,
pero era imposible. Cómo! si era el amo!»

«*Si era el amo*»... Esto explica la paciencia campesina y demuestra, á la vez, cuán objetivo y natural es nuestro poeta.

Un romántico, un lírico de los de antaño, hubiera empuñado aquí el látigo ó la varilla para castigar, en versos elocuentes, al amo corrompido y cobarde.

Valenzuela Olivos que sabe hasta donde lleva

el huaso en tales casos la paciencia, se contenta con pintarla en esta frase:

«Cómo!... si era el amo!...»

De dolor muere el anciano padre de Juana y Luciano, siempre fiel al recuerdo de aquella que, en Santiago, anda por las calle flaca y ojerosa, pidiendo limosna, con su hijo en los brazos, asiste al moribundo ño Francisco.

Dice este al joven:

«Mira, Luciano, perdóname,
Soy muy desgraciao.
Ella te quería... Yo tuve la culpa
de tóo... Perdóname».

Luciano agrega:

«Yo soltando el llanto,
porque yo no sirvo pa ver estas cosas,
le perdoné tóo... Y murió en mis brazos.»

En presencia de semejante desgracia irreparable ¿qué haría un romántico?... ¿que hace nuestro poeta?

Un romántico declamaría, maldeciría; Valenzuela Olivos empero no se indigna, no se enternece; ve, oye y describe, pero al describir nos enternece hondamente y despierta en nosotros una ira que las declamaciones del romanticismo no lograrían suscitar.

Pero oigamos los últimos versos. Habla el desdichado Luciano:

Y aquí usted me tiene,
viviendo sin alma, patrón, y pensando
en las injusticias que hay en este mundo;
en todas las penas que causan los amos.
Y en que me parece,
patrón, que es muy malo
que Dios dé á los pobres corazón, si sabe
que es pa que se pasen la via llorando...»

Al leer el poema que acabo de compendiar, es imposible no sentirse conmovido y este es el mejor elogio que pueda hacerse del poeta.

Quien lea «Juana y Berta», «En el andén», «El expósito», «De las minas», recibirá en el corazón mas de un golpe que solo la poesía verdadera puede dar. ¿Qué importa después de esto, si ella es «infantil», es decir, sencilla campesina y aún huasa?

Como la Juana de Luciano, aquella poesía es «*guainoncita y más requetelinda que la del curato...*», esto es, que la poesía oficial á la cual rinde el vulgo un culto vulgar.

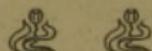
Los cuadros de la vida de familia, las «niñeces» de la primera parte, aunque inspiradas en igual sinceridad, no me impresionan con igual fuerza.

Los diálogos finales pertenecen al género satírico. Con agudez y suavidad al mismo tiempo

critica Valenzuela Olivos la vida de pretensiones y derroches de muchas familias santiaguinas y expone jocosamente los males del cuerpo político y social. Tiene el ojo clínico, pero sus recetas, aunque conformes á las reglas de la terapéutica, no harán el milagro que prometen. ¡Tantos doctores recetaron ya iguales remedios! Más vale confiar en la «vis medicatrix naturæ». De esta fuerza que todo lo sana en tiempo oportuno, es lícito esperar milagros...

«Tenga fe en el porvenir...»

Lo que el jocosos doctor dice á la «Señora» de los diálogos, ¿por qué no se lo diríamos nosotros al poeta?...





XI.—Samuel A. Lillo

A propósito de «Canciones de Arauco»
(Santiago, 1908).

«*Canciones de Arauco*, el hermoso libro del poeta Samuel A. Lillo, ha tenido el privilegio de ser discutido y criticado por E. Astorquiza y R. Maluenda.

Como los artículos de estos distinguidos escritores merecen á su vez una crítica, quiero compendiarlos aquí y discutirlos brevemente seguro de que, por ese medio, alcanzaremos á aquilatar el valor de «Canciones de Arauco».

E. Astorquiza advierte, en el libro de Lillo, un marcado color local, un pronunciado chilenismo.

Dice: «En esta tendencia al arte nacional, el libro *Canciones de Arauco* de Samuel A. Lillo, recientemente aparecido, me parece uno de los esfuerzos más felices realizados en el último tiempo. Si el gran arte, como ha dicho un

escritor, no es sino una perpetua aproximación á la simplicidad, el señor Lillo puede vanagloriarse de haber hecho gran arte con su libro. Ni un rasgo hay en él que revele el propósito deliberado de deslumbrar. La sensibilidad de nuestro autor está á mil leguas de la sensibilidad elocuente que ha caracterizado al romanticismo americano, á los Flores y á los Chocano, á los Díaz Mirón y á los Acuña. En *Canciones de Arauco* no hay epifonemas estupefactantes, no hay efectismo, no hay tiradas. Para hacer más clara la naturaleza particular de la poesía del señor Lillo, no habría más que poner frente á frente el más acabado modelo de énfasis romántico, el «Pára y óyeme, ¡oh soll!» del poeta español, y una cualquiera de las estrofas del poeta chileno, aquella, por ejemplo, que comienza: «Hija de una cautiva y un indio de la tierra...»

Sin embargo, estos versos, que, por su sencillez casi primitiva, podrían figurar sin inconveniente en una edición del «Lector Americano», son el fruto de una concepción del arte poético de lo más refinada y aristocrática.»

Los caracteres de la poesía de Lillo son, según E. Astorquiza, en primer lugar la *objetividad absoluta*, indicándose por este término «la impersonalidad, la falta de confidencia».

Agrega el crítico: «S. A. Lillo no se confiesa, no gime ni llora. Simplemente describe».

Aquí empero vemos empezar entre Maluenda y Astorquiza una divergencia que merece ser señalada.

Maluenda no admite, en tesis general, ni el subjetivismo ni el objetivismo. «La verdad es, dice, que el artifice puede tomar como objeto principal de su obra el «yo» ó cualquiera cosa ajena á él, pero siempre en su visión artística existirá un indivisible consorcio entre su propia conciencia y el objeto sobre el cual se proyecta. Una obra literaria en que el «yo» desapareciera, vendría á ser para la literatura lo que la fotografía para el arte pictórico: una industria (1).

Precisa, para que haya obra de arte, la personalidad, y no cabe argumentar que los que imitan también, hacen obra de arte, porque hasta esos llevan una personalidad: la de otro.»

De ahí se deduce que, al revés de lo aseverado por E. Astorquiza, «se ha confesado» S. A. Lillo en su obra.

Intenta R. Maluenda una demostración tomando por base el poema «El Condor» de Leconte de Lisle y después de transcribirlo, pregunta:

«¿Es posible asegurar que no existe la con-

(1) Protesto á nombre de la fotografía la cual, en manos de un artista como es el distinguido escritor chileno D. Luis Navarrete, llega sin esfuerzo á la altura del arte (O. E.)

ciencia del poeta en esa visión espléndida? ¿Otros ojos que los clarovidentes del artista habrían visto tanta grandeza en ese sueño del cóndor? Mas aún: pudo el poeta no haber visto nunca una tal realidad, pero sentía los rasgos que distinguen la grandiosa ave, se imaginaba la majestuosa cordillera; le bastó entonces proyectar su conciencia y surgió la poesía, porque la poesía estaba en él.

Luego hay que reconocer que cuando el poeta pretende ó no puede hacer otra cosa que devolver idéntica la impresión que recibe, su obra es sencillamenté inútil, y en ningún caso habrá realizado un ideal artístico.

En crítica hecha también á este libro por el señor Eleodoro Astorquiza—espíritu fino y ecléctico, acaso demasiado francés en sus gustos artísticos y demasiado admirador de Doumic—leía que: «se debe mirar á las cosas tales cuales ellas son en sí». A primera vista, advertimos en tal decir el sabor de una paradoja francesa. (1) No podremos jamás mirar á las cosas tales como son en sí, para una visión artística en primer lugar, las cosas son reales desde el primer momento en que entran bajo el imperio de nuestra conciencia; y en segundo lugar, (dado caso de que fuera posible lo que asegura el señor

(1) Esa paradoja no es tal, ni tampoco es francesa. Tiene sus bases en la filosofía de Aristóteles. (O. E.)

Astorquiza), una tal visión sería común á todos los hombres, y no habría para qué expresarla. Si el artífice no ve en las cosas sino lo que todos vemos, si su obra no ha de traer á nuestro espíritu un nuevo sentir, es inútil é injustificado su trabajo».

Hémos aquí en plena filosofía y, advirtámoslo de paso, no es poca honra, para «Canciones de Arauco» el haber provocado ó evocado á la metafísica.

Pero preguntaré á mi vez: ¿ha medido R. Mañueta el alcance del idealismo formulado en las anteriores líneas?

Es claro que no podemos penetrar las cosas llegando al fondo de su substancia así como, partiendo un fruto ó abriendo un vertebrado, llegamos al hueso ó al esqueleto. Pero sentimos y experimentamos la presencia de uno y otro por debajo de la carne ó de la pulpa. Así sucede igualmente con las cosas en general, las cuales realmente «miramos (y debe mirar siempre) en sí».

Por lo demás parece el crítico llevar el subjetivismo hasta hacer depender de nuestra conciencia, no solo la belleza sino la realidad de las cosas.

Porque si puede decirse con verdad: «no podremos jamás mirar á las cosas como son en sí. Para una visión artística, en primer lugar, las cosas son reales desde el momento en que en-

tran bajo el imperio de nuestra conciencia...» es preciso agregar, como los idealistas, que las cosas no existen en sí; sólo existen en nuestra conciencia.

El alcance filosófico de esta teoría es tal que equivale, lógicamente, á hacer coincidir el origen del mundo con el del hombre. En tiempos en que no había hombres en el mundo para someterlo al imperio de la conciencia, no tenía esta realidad!...

Creo que una crítica fundada en semejante filosofía puede ser sutil y denota en su autor inclinaciones metafísicas que le honran, pero nunca llegará á convencer á E. Astorquiza...

Digamos en hora buena que la realidad es superior á nuestros sentidos y que estos no la perciben sino en parte; pero no neguemos la realidad de esta percepción y reconozcamos que ella (la realidad) es lo que vemos, primeramente con los ojos del rostro, como dice R. Maluenda, y en seguida, con los del alma.

Supongo que la objetividad de Lillo es notable precisamente porque es agudísimo su doble visión corporal y mental.

De ello hay pruebas á cada página de su libro, pruebas que no trepido en calificar de «épicas».

Tómese por ejemplo la lucha de los cóndores con los muchachos que, en «La Epopeya» (pág. 13-25) procuran en vano esterminarlos; ó la

pelea de la vaca con el par de buitres que le roban el ternerito, en «Mater» (pág. 34-41).

El poeta deja en esos versos la huella no precisamente de su personalidad, sino de su visión objetiva. En vano buscamos y rebuscamos: su «yo» está totalmente ausente de esas páginas que llamo «épicas» porque en ellas, como en la *Ilíade*, no es el poeta quien habla, son las cosas y los seres mismos que se traducen en palabras pictóricas y vivas.

Razón tiene E. Astorquiza: Lillo es objetivo, es real, es vivo, como lo es la naturaleza que en sus versos se refleja con todo el esplendor de su realidad y de su vida.

Objetivo, nuestro poeta es, al mismo tiempo y por necesidad lógica, verista (naturalista) é impersonal.

Este es el calificativo que más se le reprocha de haber merecido. Pero nace el reproche del confundir impersonalidad con impasibilidad.

Aquella, dice Astorquiza, es «la emoción contenida pero que siempre se trasparenta». De ella hai rastros en la obra de Lillo, como puede verse en «Mater», en el «Rey de Nahuelbuta», en la «Escuela de Antaño» y aún el paisaje intitulado «Tarde de invierno».

Pero añadiré que, aún faltando aquellos rastros de emoción, no por eso dejarían de ser hermosas estas «canciones».

Preguntaré á mis lectores si alguna vez,

leyendo la Ilíade ó la Odisea, han percibido la emoción del poeta que cantó á Ulises ó al sitio de Troya.

Podemos percibir emoción sin que el poeta haga intervenir la suya propia, así como la percibimos en una tarde triste de otoño sin que la tierra esté en lo mas mínimo conmovida.

Basta para ello que el poeta sea objetivo.

Lo repetiré, pues: Lillo es, entre todos nuestros poetas, el que más intensa sensación de realidad imprime en mi alma.

Y ¿cómo no ha de impresionarme una evocación como la del «bubo», el ave fantástica que

semeja desde lejos,
sobre el árbol desnudo,
al fulgor de los últimos reflejos
de un sol de otoño, un nudo
sobre un gancho golpeado
por la lluvia y el viento,
ó algun viejo nidal abandonado
al borde del camino polvoriento.

El sólo es el vidente
en medio de la noche en la montaña;
y mientras todos duermen sumergidos
en las sombras tranquilas,
él camina alumbrado por la estraña
y dulce claridad de sus pupilas.

Posado en el ramaje,
sus dos ojos parecen las verdosas
pupilas temblorosas

de algun puma en acecho entre el bosque,
i al emprender el vuelo,
semejan dos luciérnagas unidas
que en busca de su ruta
van cruzando atrevidas
la negra soledad del Nahuelbuta.

Y cuando el sol derrama,
por sobre la montaña agradecida
los ardientes esfluvios de su llama,
el ave, la cabeza recogida
en su blanco plumón, sobre una rama
tiritando nerviosa se estremece
en su baño de luz y en la risueña
y bulliciosa selva, como antes,
con el silencio y con la sombra sueña.

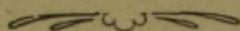
Como esta hay muchas evocaciones en este libro el cual, á pesar de algunas imperfecciones materiales, (1) es el más perfecto de los publicados, no sólo en 1908, sino en varios años de la vida literaria chilena.

(1) «La versificación de «Canciones de Arauco» deja algo que desear.

Hecha esta reserva (inspirada por nuestro deseo de ver perfeccionarse continuamente al autor) debemos concluir estos apuntes diciendo que el libro deja una sensación de belleza, un perfume muy particular, una impresión de que el señor Lillo ha sentido la poesía del sur, logrando hacérsola sentir también á nosotros». (E. Astorquiza en la *Unión* de Concepción, (Mayo 8 de 1908). El artículo del señor R. Maluenda se publicó en *El Mercurio* de Santiago el 10 de Junio del mismo año.

II.

PROSA POÉTICA



I. (Leonardo Penna). Ignacio Pérez Kallens

«Yo» (1907).

«Biblia Profana» (1908).

II. (Shade). Mariana Cox Stüven

«Remordimiento» (1909).





Literatura Patológica

Un Estudio Comparativo.— Yo
por Leonardo Penna (Santiago, sin
fecha). — *Demi-Fous et Demi-Res-*
ponsables por el profesor Grasset —
(París, 1907).

«Riquísimo es el material literario que hay acumulado en nuestro país para el estudio del aspecto artístico en los degenerados».

Con estas palabras empieza un importante artículo de crítica que el señor Luis Ross dedica en su *Revista Nacional* (Mayo 30-1907) al libro de Leonardo Penna cuyo título, reproduciendo más arriba, detiene sin duda *el record* de la brevedad á la vez que de la rareza.

En seguida expresa el señor Ross su deseo de que aquel riquísimo material caiga en manos de un *psiquiatra* de talento capaz de aprovecharlo. No cree, empero, que aquel docto liquidador venga pronto á nosotros. Dice: «es difícil que un hombre semejante surja entre no-

sotros porque sería el blanco de terribles odios de poetas y prosistas, casta de gentes cuya vanidad apénas es comparable a la de los criminales que llaman congénitos».

A lo cual responderé yo que no es sin duda el toro tan bravo como se lo pinta.

No soy psiquiatra ni cosa parecida; no he leído ni leeré aquella «veintena de volúmenes» en que campea la degenerescencia actual, pero he leído á *Yo* y creo poder apostar que, á pesar de pertenecer al irascible gremio, «*genus irritabile vatum*», Penna, prosista y poeta (más exactamente, poeta en prosa), sabrá someterse con paciencia á la crítica.

¿No es por ventura crítico el mismísimo *Yo*, quiero decir, el autor de *Yo*?

Siéndolo como lo es, puesto que critica en su libro filosofías, religiones, música y cuanto hay de criticable en el mundo, Leonardo Penna no puede ser partidario de la ley famosa... del embudo.

Permitirá pues que sometamos su obra, y aun el *Yo* que en ella nos es pintado, á una leal discusión. Téngase además presente que, según reza el adagio francés, *les loups ne se mangent pas entre eux*. Pueden, en efecto, reñir los lobos, (esto es: los críticos) más no por esto se devoran unos á otros.

Y vamos á la crítica de *Yo*. Desde luego hago mía la del señor Ross y me «solidarizo» con

él declarando que para mí los libros de la índole de *Yo* constituyen una literatura enfermiza cuyas consecuencias son por necesidad fatales para el individuo y la sociedad.

No tengo por qué deducir aquí las razones en que fundo esta opinión ya que el señor Ross las ha expuesto con tanta abundancia como lógica en su citado artículo.

Quiero únicamente averiguar si la «degenerescencia» tan visible en *Yo* es natural y sincera. Deseo saber si, por el contrario, no es algo que, como máscara, el autor de aquel libro ha querido echarse encima para diferenciarse del común de los literatos.

Pues bien, declaro que, en mi concepto, todo aquello es mera literatura, literatura mala, á veces, pero en ciertas (y breves) ocasiones, esquisita.

El señor Penna tiene en su mentalidad literaria algo de los romanticistas franceses de 1830 y gusta como ellos de «asustar al burguéés».

Hallándose rodeado de cierto número de seres vulgares, nuestro autor ha querido experimentar con ellos ó en ellos para saber hasta donde llega su «espantabilidad». Ha querido, como el poeta Gautier *épater le bourgeois* y presentar á los asustadizos filistinos un monstruo desconocido y descomunal que turbe su sueño de rumiantes.

No se trata de saber si lo ha logrado. Por mi

parte, opino que los burgueses de la América Latina no son tan espantadizos como Monsieur Prudhomme, aquel legendario burgues del tiempo de Luis Felipe. Los nervios americanos son de mejor temple. Nuestro burgues lee poco y para sustos, bástale Ponson Du Terrail.

Los que leen, son valientes. Han leído á Schopenhauer y á Nietzsche, y con esas lecturas se hallan blindados.

«Illis robur et aes triplex».

Pero, en fin, no se trata de esto, sino de saber ó de adivinar el «proceso» de aquella dejenerescencia artificial y (á veces) artística.

He aquí mi hipótesis. Penna ha leído los autores rusos, y, en particular, Dostoyewski: ha leído á los escandinavos, sobre todo á Ibsen; ha leído á Nietzsche y los laureles del autor de Zaratustra no le dejan dormir en paz. Agréguese á estas lecturas, bastante desequilibradoras por sí sólas, los libros de Maeterlinck, Verlaine, Kropotkine (y unos cuantos más) y se comprenderá cuánta materia prima llevaba el autor acumulada en su activísimo cerebro en el momento de emprender el análisis de su «Yo».

Compréndese igualmente que Penna, succionado por aquella masa de lecturas «yoistas» haya tomado un espejismo, hijo de la fiebre literaria, por el reflejo sincero de su propia personalidad.

Pero pudiéramos dar un paso más en el ca-

mino de la hipótesis y decir que Penna ha leído á Havelock Ellis, á Kraft-Ebbing y, caso de ser estos autores por demás especialistas, á Grasset, el mejor de los psiquiatras ya que reúne en su obra cualidades que le atraen lectores tanto entre literatos como entre médicos.

En todo caso hay un paralelismo y una analogía que asombran entre los síntomas de degenerescencia registrados en el libro de Grasset y los que, hablando de sí mismo, nos pinta el autor de *Yo*.

Empecemos por el novelista ruso Gogol. Según Grasset (pág. 141), «Gogol se considera á sí mismo como el personaje más importante é interesante de la creación; el alfa y omega, el principio y el fin».

¿Qué dice Penna de sí mismo? «Me alegro cuando pienso que soy padre é hijo de mí mismo». (De mi «yo», no debo nada á nadie)...

...Me alegro cuando pienso que la riqueza de mi vida interna es enorme... (pág. 33).

...Siempre me he creído superior á quien se quiera y, debido á esa tácita creencia mía, lograré sobreponerme á todos los demás». (página 57 de «Yo.»)

¿No es este orgullo verdaderamente «gogoliano»?

Voltaire, según Grasset, era neurasténico y pasaba la vida quejándose de su salud, diciendo, sin embargo, que no le gustaba quejarse.

«He pasado mi vida muriendo... soy un esqueleto y más moribundo estoy ahora que nunca». Grasset (pág. 159).

Penna, á su vez, escribe: «¿Y tu actitud ante el dolor?... Durante tantos años te has sentido aquejado por fuerte cefalea: el sufrimiento constituye para tí un señorío. Cada vez que hablas de tus dolencias, lo haces con una especie de vanidad...» (pág. 16).

¿No es esto vanidad «voltairiana»?

Pascal (á quien Penna ha leído) «no podía ver agua sin caer en ataques de ira...» (Grasset, páj. 136). Penna se deja igualmente impresionar, pues nos dice: «Tú, lo único que detestas (en la naturaleza) es el agua. El agua te irrita los nervios, te produce vértigos... etc.» (pág. 26).

¿No es esta una locura «á lo Pascal»?

La curiosa analogía que acabamos de notar entre Pascal, Voltaire, Gogol y Penna existe, igualmente, entre el autor de *Yo* y toda una serie de grandes hombres desequilibrados. Quien lea á Grasset (cap. IV), verá cuan numerosos y asombrosos son los puntos de contacto entre aquellos enfermos célebres y el autor del libro que estudiamos. El apuntarlos aquí sería tarea infinita.

Pero, si así es (y lo verán claramente aquellos que se den el placer de leer á Grasset y á Penna), preguntaré yo: ¿tantas y tan perfectas

coincidencias, tal número de «taras» psíquicas reunidas en un solo hombre, son, acaso, naturales y admisibles?

Semejante fenómeno es por demás «fenomenal»: es imposible. Hay, pues, que buscar su origen en la fantasía y en las lecturas del autor. Hay que admitir que todo aquello es, felizmente, artificial y que las páginas del primer capítulo de *Yo* son una trasposición poética del capítulo IV de Grasset.

He dicho «felizmente» porque, en caso contrario, aquella desdicha que Penna nos describe como propia, sería indecible.

Pero preciso es poner fin á este artículo.

Pocos libros he leído en mi ya larga vida de lector, que me hayan asombrado más que *Yo*.

Lo he leído con ira, placer, lástima y admiración... en grados diversos.

He llegado a convencerme de que Penna es víctima de lecturas mal dirigidas y peor digeridas, y que, si sacrificara todos sus «septentrionalismos» para volver lisa y llanamente al camino real de la literatura razonable é inteligible (tipo France, por ejemplo), podría convertirse en un no despreciable cincelador de frases.

Joven aún, Penna puede con verdad decir de sí mismo: «De pie en el umbral de la existencia, la mano en alto, apoyada en el borde de la puerta misteriosa y la cabeza reclinada sobre el brazo alzado, contemplo la vida...» (pág. 63).

Esperemos, pues, que esa contemplación terminará algún día y que en pos de ella vendrá la acción.

Y la mejor de todas las acciones sería, para Penna, la de no desperdiciar, hablando de sí mismo, el gran talento que Dios le ha dado. No sea que algún día le increpe la crítica como Jesús al siervo inútil que, habiendo recibido un talento, «fue, y cavó en la tierra, y escondió el talento de su Señor...» (1).

II

“Yo” y la crítica

Para completar el artículo anterior, creo útil añadir aquí que *Yo* tuvo lo que los franceses llaman *une mauvaise presse*. Júzguese de ello por la siguiente página de crítica:

(1) A los pocos días de publicadas estas líneas, Leonardo Penna respondió en *La Ley* de Santiago declarando que las analogías apuntadas no eran tales ni tantas como aparecen en este artículo. Declaró, además, no haber leído los «psiquiatras» citados. Acepto la rectificación; pero, entonces, creo difícil explicar favorablemente la degenerescencia del *Yo* que se advierte en el libro de Penna y que Luis Ross y otros críticos señalaron en 1907.

En todo caso, el «sermoncito» con que termina mi artículo no convirtió a Leonardo Penna, como consta por la «Biblia Profana» publicada en 1908. (v. p. 89 y sig.)

«Imagináos un libro—ya que no os he de recomendar la lectura del *Yo*—en que sólo se encuentran afirmaciones aisladas, incoherentes sobre toda clase de temas: afirmaciones que, ó llegan á producir *indignación por la estupidez* que revelan (v. gr. «Amo mi *spleen*», «Amo los seres que nos prestan servicios sin importancia» (pág. 43), «Amo los espejos» (pág. 42), «Amo la línea recta» (pág. 45), «Odio los objetos perdidos» (pág. 47), «Creo en mí» (pág. 64),—ó sencillamente os hacen sonreír como cualquiera perogrullada de almanaque (v. gr. «Creo que las mentes vigorosas prestan servicios positivos» (pág. 57), «Creo en la utilidad de los grandes hombres» (pág. 58),—un libro en que sólo encontraréis consejos de buen comportamiento como los que os daría una buena madre de familia (v. gr. «Creo que los ancianos deben mostrarse respetuosos y deferentes para con la juventud» (pág. 71),—ó pasajes sólo concebibles como producto de la imaginación de un hombre con cuarenta grados de fiebre, v. gr., el que transcribimos: «Temeroso de abandonar la vida antes que logre cruzar el pórtico de la historia, he resuelto hacer mis últimas disposiciones. Hé aquí, pues, mi testamento intelectual, escrito de mi propio puño y letra:

«I.—En el nombre de Homero, del Dante, de Shakespeare y de Víctor Hugo, esos cuatro

puntos cardinales de la rosa de los vientos del Espíritu. Amén.

Muero en la santa religion del arte, única digna de ser amada por aquellos espíritus que tienen sus raíces enredadas en los astros, pues ella infunde tan gran fe en el alma, que no podemos menos de achacarle un divino y sideral origen.

II.—A mi muerte se verá modo de sepultar mis restos en un rincón de la luna, á la sombra del blanco palacio que allí tienen los locos del arte: si esto fuese imposible, que se me entierre entonces en uno de esos bosques shakespereanos que caminan, y, si aún esto encontrase dificultades, deseo que descansen mis cenizas en alguna piadosa pradera griega donde el desnudo sol heleno hará revivir el laurel que coronó á Pindaro, el tripódico, el excelso.

En mis funerales podrán encenderse (porque mis funerales serán de noche) hasta la cantidad de ochenta millones de estrellas, es decir, todas las estrellas del atlas de Chacornac.».....

Imagináos un libro—si es que sois capaces de imaginaros una monstruosidad completa—en que sólo se encuentren estas cosas de que os he hablado, y ya tendreis una idea de lo que es el *Yo*. *En esas trescientas y tantas páginas de Leonardo Penna no encontraréis una sola idea, una sola frase que os empuje á seguir la lectura y que, al ménos, os dé el agrado de un*

oasis en el desierto. Es tal el efecto que este libro produce, que abrigamos la más profunda convicción de que, aparte de su autor, del corrector de pruebas de la imprenta en que se editó y del que escribe estas líneas, no hay otro sér sobre la tierra que lo haya leído íntegro. Los que vieron las opiniones publicadas en *El Ferrocarril* habrán notado que en ellas se cita mucho el primer capítulo de la obra. No es que los autores de esos juicios encuentren ese primer capítulo superior á los demás. Sencillamente, eso se debe á que no han sido capaces de seguir leyendo el libro, y se han quedado en el primer capítulo. (E. G. en *El Mercurio*, 5 de Junio de 1908).

Es opinión mía que E. G. es muy severo.

Después de leer por segunda vez á *Yo*, creo que todos (y yo el primero) nos dejamos, en 1908, llevar demasiado lejos por la natural sorpresa que nos causó libro tan extraño.

En realidad, lo que, según E. G., parece ó es «perogrullada», «incoherencia», «estupidez», etcétera, bien puede no ser sino ironía con ribetes de burla.

Penna, con una solemnidad excesiva, emite proposiciones perogrullescas con el objeto de que el contraste violento entre éstas y aquélla produzca cierto efecto irónico.

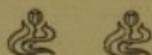
Si no lo busca, es preciso en todo caso reco-

nocer que lo alcanza y, más de una vez, en grado superlativo.

Tal vez con más calma y más psicología hubiésemos todos apreciado mejor ese libro, único en nuestra literatura.

En todo caso sostengo aquí, una vez más, lo que sostenía dos años há, y es, que el talento de Penna es innegable.

Si el autor de *Yo* se resolviera á olvidarse de su *Yo*, tengo por averiguado que, con sus aptitudes de pensador y estilista, nos daría mucho que hacer y, seguramente, no poco que alabar. Dicho sea esto en homenaje á la justicia y á la verdad.





Tiempo perdido

A propósito del libro de Leonardo Penna, intitulado: *Biblia profana*.—
El libro de las siete locuras del amor.
—(Santiago, 1908.)

Entre las diversas enfermedades profesionales, la hipertrofia del yo es notable por su decidida afición á literatos y artistas.

Todos, sin duda, no mueren bajo sus golpes, pero, semejante á la tos convulsiva ó á la alfombra, rara vez deja ella de atacarlos sea en la niñez, sea en la adolescencia intelectual. Si en esa edad feliz, carece de importancia aquel ataque, no sucede lo mismo cuando la enfermedad se declara en plena edad viril. El pronóstico se agrava aún más si se trata de una hipertrofia tenaz que, parecida al tifus de repetición, se adueña de un literato y lo invade para siempre.

En tal caso, aun si no sucumbe el enfermo,

la hipertrofia del yo, el «Egotismo», puede llegar á extremos increíbles.

En la historia literaria hay casos clásicos de la enfermedad que nos ocupa.

El de J. J. Rousseau es el más conocido de todos y basta leer en las «Confesiones» el episodio relativo á Madame de Warens, para medir el grado de gravedad que pueden alcanzar.

Todos esos hipertróficos se parecen en un punto: son invariablemente exhibicionistas, en el sentido que la patología de las enfermedades mentales da á esta palabra. No pueden resistir á la tentación de renovar la involuntaria proeza de Noé y, en la embriaguez literaria en que viven, impúlsales cierta fiebre especial á exhibir en toda su desnudez el cuadro «zolesco» de sus aventuras sexuales.

El «yo», siempre odioso, es en estos casos repugnante y no basta toda la magia del estilo de un Rousseau para «desinfectar» semejantes manifestaciones.

Esta larga introducción me dispensará de insistir en ciertas peculiaridades del libro de Leonardo Penna.

Como su hermano mayor, (es decir, como ese «Yo» que vió la luz en 1907), *El libro de las Siete Locuras del Amor* es simplemente un caso típico de hipertrofia del yo, pero, más que una recaída, es una reincidencia.

Y, entre todos los síntomas que ahí se dejan

percibir, el exhibicionismo es el que mayor disgusto ha producido en mí. (Págs. 29, 69, etc.)

Debo confesarlo: creo en el talento de Leonardo Penna y no temo declararlo, por más que la generalidad de sus lectores (y sobre todo sus críticos) lo nieguen rotundamente ó lo pongan en duda.

Facil sería, en efecto, descubrir en este libro páginas esplendorosas de prosa poética y pensamientos llenos de novedad y brillo.

Más facil aún sería demostrar que Leonardo Penna tiene las cualidades intelectuales que hacen al novelista: don de observación, visión intensa, psicología, pasión y, por más que pretenda lo contrario, «compasión», es decir, la simpatía que le hace cómpadecer al que sufre y hasta al necio y al pretencioso. Posee, además, el don de la invención verbal, el sentido de la armonía y del número... Es, ó podría ser, un estilista..... (Véase, por ejemplo, el *tableautin* del juez del crimen, págs. 35-36).

Mientras tanto, violentando su naturaleza, ¿qué pretende ser?..... Un filósofo á la moda de Nietzsche y un «abstractor de quinta esencia» como Maetterlinck. ¿Qué es, en realidad? Un *naïf* que, con todo su talento, cree en Juan Zorrilla de San Martín cuando este autor califica sus páginas de «muy hondas, muy cósmicas, muy siderales...» (Una verdadera baratatura de calificativos!...)

La verdad es que Leonardo Penna nació poeta y novelista y que lo engañan cuanto's le hablan de honduras cósmicas ó siderales.

Abra los ojos y contemple la realidad que le rodea. En lugar de pintarnos hojas marchitas, pínthenos hombres en marcha. Deje á un lado todo gongorismo, todo refinamiento, toda afectación y cuanto antes olvide, si puede, á Evabel y á María Roxana y á Maria Yolanda..... Esas tres hadas, cuya «hermosura» no negaré, porque sé hasta dónde puede llegar la imaginación de un poeta y la indignación de Don Quijote, concluirían por anonadar su talento... (Si á Hércules bastóle una Omfalia para ablandarle los músculos y el cerebro, ¿qué sucedería, al fin y á la postre, á un autor del siglo XX atacado por tres hadas?...)

No ignoro que aquellas criaturas exquisitas son hijas de la imaginación del autor, pero temo que, viviendo siempre en compañía de ficciones, todo en Leonardo se torne ficticio...

Volvamos decididamente á la realidad y á la vida... y si quiere aceptar mi consejo, dejará Penna su *Biblia profana* en el limbo de los niños que nacieron muertos ó murieron sin bautismo y escribirá cuentos como aquel del juez del crimen ó novelas en que Evabeles, Roxanas y Yolandas, esas sempiternas habladoras y monologuistas, vivirán, amarán y sufrirán como se

sufre, se ama y se vive en el mundo de las realidades humanas.

Y las *Siete Locuras del Amor*, ¿qué diremos de ellas?...

Amigo lector, perdóname si no las analizo. Aunque Leonardo no lo crea, confieso que las he leído desde el principio hasta el fin y que son «inanalizables».

No sé si son siete ó setenta y siete... En todo caso, son muchas y muy hondas... Las hay que son «cósmicas y siderales», como diría Zorrilla, ó sencillamente monumentales...

Algunas, si no todas, eran para calladas y, por cierto, más valía que Leonardo las callara.

Pero ahí están; monótonas son como todo monólogo, y odiosas como todo «yo».

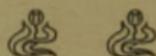
Por fin, esa *Biblia* que las encierra es realmente profana, y muy erradas andarían las madres de familia que la pusieran en manos de sus hijas... Nunca la veremos convertida en «Manual de Lectura» para liceos de niñas. (En esto creo que su autor no me desmentirá.)

Hé ahí expresada con sinceridad la opinión que me merecen esas *Siete Locuras*. Puede ser que el señor Penna incluya esta crítica en el número de los «aullidos delirantes» de que habla á propósito de las que su Yo le atrajo en 1907.

Pero si pudiera persuadirse de lo que entonces intenté demostrarle, á saber, que toda su

actividad literaria será estéril mientras no se transforme radicalmente, no habría yo perdido mi tiempo ni... «mi aullido...»

Cuando pienso en el inútil derroche de talento que esas *Siete Locuras* representan, no puedo alejar cierta asociación de ideas y digo: ¡Quién fuera el Cura ó el Barbero que lograra sacar de la Sierra Morena... á Don Quijote!...





“Un Remordimiento”

A propósito de la obra que con este título acaba de publicar en Santiago la señora Mariana Cox-Stuven (Shade).—(1909).

La distinguida autora de *Un Remordimiento* no es de aquellas que pasan su vida predicando y á la vez eximiéndose de cumplir lo que predicán.

Hablando de los novelistas franceses, la señora Cox-Stuven dice: «Todos ellos, incluso el neo-católico Paul Bourget y cuantos adoptan el sistema de la novela para revelar su pensamiento, bacen de la literatura una obra inmoral, olvidando aquella inquebrantable ley de fisiología que asegura que: «el que aspira á vivir en la voluptuosidad de los sentidos, pierde la sensación voluptuosa». Si la tendencia humana es buscar ansiosamente el goce, ¿por qué los desencantados exploradores del alma íntima

del hombre, no revelan á quien espera de ellos algún bien, otra concepción del placer, alguna idea ó práctica más alta, más noble, más pura que esa cansada cuestión de amor?» (pág. 101).

Obedeciendo á su teoría, la autora de *Un Remordimiento* ha excluído de su novela «la cansada cuestión...»

Reprocharánselo muchos de sus lectores; no, por cierto, aquellos que conociendo su alma de artista, saben que su pluma puede, con solo quererlo, dar vida, color y movimiento á cualquier tema, sino esos que, en la literatura novelesca, buscan un eco de la vida íntima del autor ó un trasunto de los chismes á que suelen dar origen en los pueblos chicos los reales ó supuestos amores del vecindario.

Un Remordimiento nace de una fuente «más alta, más noble, más pura» que el amor, ó si se quiere, es manifestación de un «amor de alma», que no aspira «á vivir en la voluptuosidad de los sentidos...»

Es un cuadro en que dos almas se nos transparentan con claridad cristalina: una (un joven incrédulo) ostenta su agnosticismo, su materialismo, su nihilismo, y la otra, (una joven señora) en quien arde el fuego de todos los ideales y para quien Dios, la verdad, la belleza y el bien son focos concéntricos de luz esplendorosa, lucha por sembrar en la primera los gérmenes de su fe... de sus amores y esperanzas.

Error gravísimo sería el creer que *Un Remordimiento* pertenece á la literatura de propaganda apologética. Fáltanle para ello, entre otros ingredientes necesarios, la «empalagosa dulcedumbre» y el «cant» que distinguen á esa clase de productos manufacturados.

Un apologista le reprocharía precisamente esas faltas y procuraría convencer á la distinguida autora de que el título de *Remordimiento* sabe á excepticismo. (1)

(1) Veo con placer que no he sido el único en advertir el sabor á excepticismo á que aludo en estas líneas. «Iris» (*Mercurio*, Agosto 22, 1909) dice, comparando *Remordimiento* con el célebre retrato de «Monna Lisa»:

«El libro de la señora Cox-Stuven *Un Remordimiento*, me ha hecho la misma impresión que hiciera en mi alma el cuadro de la Gioconda visto en dos épocas diversas de mi vida. Cuando tenía yo quince años, la sonrisa enigmática y burlona de Monna Lisa me presentaba la vida como un sendero de rosas. Aquellos labios levemente picarescos me invitaban á vivir no sé qué voluptuosidades tiernas y deliciosas; el misterio de las pupilas en su misma profundidad me parecía una promesa de infinito... En aquella época durante muchas tardes cayeron las sombras en la sala del Museo del Louvre y yo permanecía ahí, clavada por la sugestión de una sonrisa joven y confiada... Todo eso era el reflejo de mis quince años...

.....

.....

Diez años después volví á colocarme ante la misma tela de la Gioconda, á la caída de una tarde cualquie-

Diríale quizá: Lograsteis sacudir el dogmatismo de vuestro incrédulo..... Despidióse el joven llevando en su alma una flecha ó, si prefe-

ra, creyendo encontrar la dulce emoción de mi primera juventud. El cuadro me pareció oscurecido, un pliegue de melancolía se había dibujado en las comisuras de la boca, un desencanto se reflejaba en las pupilas, y por vez primera reparé en el fondo desolado sobre el cual se destaca la figura... Ese fondo tempestuoso de tarde invernal se me presentaba por primera vez después de tantos años á que vivía interiorizada en el alma de esa mujer misteriosa... ó que por lo menos yo creía estarlo!

.....

«Idéntica impresión he recibido en el libro de la señora Cox-Stuven. Aquel espíritu de mujer, fresco, móvil, riquísimo, que yo admiraba con entusiasmo de amateur en conversaciones, en cartas íntimas, en artículos, ese espíritu «*primesautier*» que, cual la Monna Lisa de mis primeros años, me invitaba á tender el vuelo hacia la inmensidad de un horizonte infinito, hoy se me presenta en el libro que acaba de publicarse con un fondo de melancólico excepticismo, como si todas las rutas exploradas, como si todos los esfuerzos realizados no hubieran alcanzado más que el frío de la duda, la tristeza de un supremo desencanto!

Aquella criatura intuitiva y delicada que posee una asombrosa ductilidad para producir la belleza bajo todas las formas, desde su voz cálida que toma en el canto todos los matices de su espíritu y todos los apasionamientos de su corazón, hasta sus manos flexibles y firmes que saben arrancar del piano las varias melodías, interpretando á los genios del arte musical, pues

rís, un germen de fe..... ¿Por qué os remuerde el haberle quitado la tranquilidad de su joven ateísmo?..... Decís: «Yo experimentaba una es-

esta creatura de selección, en su libro, que no es más que el diálogo de su dualidad interior, nos muestra, también, un fondo de tristeza, que parece contener la interrogación suprema. Ella pregunta y no responde, investiga y no afirma, busca y no halla...

El esfuerzo de sinceridad que su libro denota, complace, por encima de todo.»

.....

.....

«A través de las disertaciones, de los juicios críticos que componen aquel diálogo, se descubre un fondo doloroso que es como la tela sobre la cual se han bordado tantas flores de ingenio y de belleza. De aquel canto á la vida surge siempre como el *leit motif* de una melodía, el desconsuelo de una alma atormentada... Aquella música nos embriaga, nos seduce, pero su cadencia lánguida y triste nos hace sentir el encanto fugaz de una cosa bella que se escapa... á pesar de nuestros esfuerzos para retenerla!

El alma de esa mujer tan exquisita que se ha aventurado en tantos caminos, que ha explorado tantas soledades, se siente triste, no halla la respuesta de sus anhelos inmensos, no está segura de la verdad de sus ideales. La vida de acá no la satisface y la vida de allá... se deja vislumbrar tan sólo, pero no se muestra en la absoluta fe de una creencia! Ella busca, está inquieta: *malgré moi l'infini me tourmente*, parece exclamar entre suspiros con el poeta del dolor... A lo que respondo con las palabras del Cristo del Misterio, de Pascal: *Tu ne me chercherai pas, si tu ne me possédais... Ne t'inquiète donc pas!*»

pecie de necesidad creciente y casi angustiosa, de que la idea divina naciera en aquella alma, que el sentimiento de la inmortalidad perpetuase sus ensueños y sus amores...» (pág. 80). Muy bien.....

Lo alcanzasteis ya ó lo alcanzaréis antes de mucho. ¿Por qué, pues, al final de vuestra novela decís: «Y el recuerdo de este suceso que acaso no ha tenido otro resultado que la horrible duda, el combate desgarrador de dos elementos, y la noción del dolor verdadero en un alma muy joven, pesa hoy todavía, después de tantos años, sobre mi alma como un remordimiento?...» (pág. 95). En verdad, estamos muy lejos de toda apologética.....

El lector que conozca los diálogos de Platón ó de Fenelón hallará, no lo dudamos, cierto sabor platónico á la novela que nos ocupa. Es visible, en efecto, que su autora es del número de aquellos espíritus en los cuales las imágenes, al brotar, presentan todos los colores de la realidad y de la vida, así como las ideas nacen en ellos revestidas de la forma artística que admiramos en el preceptor del duque de Borgoña y en el «divino Platón». Filósofo y poeta, sembrador de ideas que espontáneamente se visten de imágenes, y á la vez productor de imágenes que son gérmenes de ideas; hé ahí, en resumen, cómo concibo al espíritu creador de *Un Remordimiento*. Quisiera discutir sobre

cuál de los dos elementos, filosófico y poético, predomina en Shade. Mi opinión es que poesía y filosofía están de tal manera unidas en ella, que es imposible separarlas... Forman *cor unum et anima una*. (1)

Este libro, apesar de su pequeño volumen, es probablemente uno de los más sustanciales y sugestivos que se hayan publicado en Chile durante estos últimos años y permite augurar hermoso porvenir á la literatura de este país.

La escritora á quien lo debemos posee dotes absolutamente excepcionales que la colocan muy por encima de la generalidad de los escritores americanos. (2)

Entre esas cualidades eminentes hay dos que, por sí solas, son capaces de llevarla á la cúspide de la literatura y del arte: una espontaneidad asombrosa y una comunión fácil é íntima con la naturaleza.

Para Shade, escribir es vivir, ó como decía Marco-Aurelio hablando del genio: es «don de Júpiter, emanación de la naturaleza».....

Es fácil ver, en efecto, que ella piensa y escribe así como el pájaro vuela y canta, ó como la

(1) Ver en este libro además de *Un Remordimiento*, los capítulos «Fleur de Lotus», «Voces de la sombra», «Pescadores de Perlas».

(2) Todos conocemos en Chile sus notables artículos de crítica publicados en *El Mercurio* y *La Unión*.

abeja busca y allega su miel... Es un organismo intelectual que, quiera ó no quiera, se alimenta con realidad, la asimila y la trabaja por medio de un mecanismo misterioso é irresistible, el cual, al fin, la devuelve trasformada en novela, en poesía, en filosofía, en crítica..... en una palabra, en arte.

Y en su afán de realidad, Shade acude siempre á la naturaleza. «Entre las más dulces horas de mi vida—dice la escritora—cuento aquellas demasiado breves que he vivido en el acorde universal; en que he comprendido los árboles, los insectos, las flores y las estrellas; horas en que se vive un momento de la Eternidad»; (pág. 107) horas—agregaremos nosotros—en que el «poeta en prosa» absorbe la realidad viva y la convierte en su propia substancia... (1).

De esa comunión con la naturaleza emanan el colorido, el vigor y, por decirlo todo en una palabra, el encanto del estilo que admiramos en *Un Remordimiento*.

No puedo citar aquí sino unas cuantas líneas; pero bastarán, según creo, para demostrar hasta qué punto Shade «ha comprendido las flores».

Describiendo un jardín en tiempo de prima-

(1) El mejor poema en prosa es en este libro el que lleva el título de «Moriturus». Ver igualmente una imitación de Leopardi intitulada «Sérénade».

vera, nuestro «poeta en prosa» dice: «La juventud del año veíase allí por todas partes; algunas flores respondían á mi interés con una sonrisa de oro... otras inclinaban dulcemente las campánulas de su cabeza, ó bien abrian admirables ojos azules... Las había que temblaban sin que un soplo de aire las rozase... esas eran blancas, con pétalos delicados como gasa. Luego innumerables labios abríanse, frescos y rosados, como un grupo de niños maravillados... y más allá se sentía la mirada de algunos ojos que levantaban penosamente pesadas pupilas de cera, y desde abajo miraban tristemente con sus párpados violeta... y más lejos veía flores que agitaban sus pétalos como mariposas que van á emprender el vuelo».....

«Yo vagaba todas las mañanas y todas las tardes por entre los rosales cargados de flores... veía las largas varillas floridas inclinarse las unas hacia las otras, bajo la brisa ligera, como corazones humanos movidos por una misteriosa simpatía»... (pág. 15-16).

Cuadros como este, los hay numerosos y ricos en este libro; pero no sé si no he de preferir, después de todo, los diminutos *tableautins* en que Shade parece concentrar un mundo de ideas y de visiones. Hé aquí uno: «La gota de agua que tiembla en las hojas del arbusto, es hermana de Sirio, el altivo planeta que brilla

en la dorada franja del cielo: todo se completa, todo se une y se comunica, visible ó invisiblemente, en la Naturaleza»... (pág. 109).

Lamento que la escasez de espacio y de tiempo me prive de analizar aquí la filosofía y agregaré: la teología, de este libro... Hay en él teorías y opiniones literarias que merecerían larga y detenida discusión. Quisiera, en particular, discutir el fallo que Shade pronuncia sobre Bourget, Maeterlink y Blasco Ibañez. Pero hay que limitarse: *ne quid nimis*...

Digamos, sin embargo, que nuestra autora hace combinaciones filosóficas algo inesperadas (por no decir desesperadas), como cuando obliga á vivir unidas en el alma de «Ella», la filosofía de Hegel con el Cristianismo, llamando á la primera «dulce y tranquila filosofía»... (pág. 51).

Y, por fin, subrayemos otros dos calificativos, cuya reunión parecerá extraña á quien sepa la historia de Carlyle.

Este gran escritor es para Shade «el suavísimo y misterioso Carlyle»...

Bien podemos aceptar el misterio, la profundidad y aún la obscuridad del autor del «Sartor Resartus», de la «Revolución Francesa» y de Cromwell; pero no su suavidad... ¡No!... Mistress Carlyle protestaría desde su tumba!...

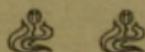
Suelen, en verdad, las abejas convertir en miel el néctar de todas las flores. No es, pues, extraño que una abeja chilena haya encontrado

suavidad en aquella hirsuta flor de cardo que se llamó Carlyle...

Creo, empero, que Shade imita á las abejas bíblicas, las cuales, para saborear miel en la boca de un león, hubieron de edificar en ella sus panales...

Sólo así puede decirse del león escocés lo que Sansón propuso como enigma á los Filisteos:

«Del fuerte salió dulzura»...





“Iris” y los Críticos de “Un Remordimiento”

La distinguida señora que firma en la prensa periódica con el hermoso pseudónimo «Iris» se dignó dedicarme un artículo que, con el título de «Remordimiento», se publicó en *El Mercurio* del 22 de Agosto último.

Si la gratitud, por sí sola, no me obligara á aprovecharlo en esta reseña de la VIDA LITERARIA en 1909, bastaría para obligarme á ello el alcance crítico de esas páginas, en que hallo confirmado y completado mi propio artículo sobre «Un Remordimiento».

Sólo reproduciré aquí la parte defensiva, que es, en mi concepto, la mejor respuesta dada hasta hoy á las críticas menudas que, cual nube de mosquitos, han procurado envolver al libro de la señora Cox-Stuven.

Dice «Iris»:

«¡Cuánto se han comentado alrededor de «Un

Remordimiento» los pequeños defectos de detalle, que en nada alteran la belleza del conjunto! Esos críticos que sólo ven las cosas insignificantes sin percibir las bellezas, me hacen pensar en cierta señora del gran mundo que, ante el más bello horizonte de esta tierra, visto á través del cristal de una ventana, sólo se ocupó en limpiar con su guante albo y fresco las empañaduras leves que los insectos dejaron en el vidrio, sin reparar un instante en el maravilloso paisaje que se desplegaba á nuestros ojos! ¡Cuántos críticos de la señora Cox-Stuven, de los que nunca han manejado pluma, sólo han visto, como la dama de mi recuerdo, las pequeñitas manchas que las moscas dejaron en el cristal de la visión de esa mujer que embellece todo lo que está al alcance de su espíritu! Asimismo se le ha reprochado como un crimen contra la lengua de Cervantes, los títulos, las frases ó las dedicatorias en idiomas extranjeros (1).

(1) Séame lícito confirmar esta opinión, recordando que lo reprochado á la autora de «Un Remordimiento» es pecado habitual en Inglaterra, Francia, Alemania é Italia, etc., esto es, en todos aquellos países europeos que cultivan no sólo su propia literatura actual, sino las literaturas antiguas y las modernas. Tómese, en prueba, un ejemplar cualquiera de la *Revue des Deux-Mondes*, de la *Quarterly Review* ó de la *Edinburgh*, y se verá que allí las citas latinas y aún griegas son fre-

En esa manera particular de sentir sólo han descubierto la más atrevida de las *poses*.

Yo estoy cierta que ningún artista de alma hará honradamente ese cargo, pues los pensamientos ó las emociones que se han concebido ó que se han sentido, quién sabe por qué atavismo ó extraño misterio de intimidad, en una lengua, no se pueden verter á otra sin cometer una profanación de la belleza. Conozco muchos de esos fenómenos que escapan al análisis, pero que se imponen de hecho, ya que en materia de arte no hay más verdad que la emoción propia. Tal persona nacida en país de habla castellana, escribe sus cartas íntimas en francés; tal otra lee el Evangelio ó reza en inglés. ¿Por qué? No lo sabemos; pero el hecho es que la intimidad las lleva á emplear otra lengua que la nativa (1).

cuentísimas y vienen, por lo general, sin traducción. Con mayor razón las francesas en revistas inglesas y éstas en aquéllas.—Es porque los autores de dichos artículos escriben para un público realmente ilustrado. En mi opinión, Shade escribió, ó pensó escribir, para lectores instruidos. Aquello explica ciertas críticas...—

O. E.

(1) Esta aparente singularidad (causa de grande admiración para tantas personas) es algo que sucede con mucha frecuencia fuera de Chile. Ultimamente publicaba la *Revue des Deux-Mondes* una novela escrita en francés (y en buen francés, por cierto), cuya autora es la conocida escritora italiana Dora Melegari, la cual

En todo caso es porque en ese idioma encuentran la expresión más adecuada de su alma.

De lo que estoy segura es de que ningún artista atenúa la belleza de una frase por temor á la crítica, pues no sería artista legítimo el que no sintiera que el arte prima por encima de todas las consideraciones.

Se ha solido reprochar á la autora la abundancia de las citas, pretendiendo que ese afán de erudición es otra forma de vanidad. ¿No encerrará más bien la modestia de dejar hablar á otros que expresan mejor que nosotros lo mismo que sentimos?

También se ha dicho por ahí, no sé dónde, que la señora Cox-Stuven se ha vestido con la sotana de un abate francés. (1) ¡Cuánto más le

prefiere á la lengua de D'Annunzio, que es la suya, la de Anatole France. Nadie atribuye esto *à pose*, sabiendo que igual cosa sucede en Rusia y los países eslavos en general.—(Ver: *Jean Dornis*: «Le Roman Italien Contemporain» p. 264). La *Revista argentina de Derecho, Historia y Letras* publicó en Junio último varias cartas en francés, escritas por una señora argentina en Buenos Aires sobre A. France. (Es cierto que dichas cartas eran francesas... de intención solamente. Pero el hecho de ser publicadas en primeras páginas de tan importante revista, confirma mi opinión.)—O. E.

(1) El abate aludido aquí es el finado Pbro. Carlos Perraud, hermano del Cardenal del mismo apellido muerto no há mucho Obispo de Autun y miembro de la Academia Francesa. El presbítero, muy conoci-

habría valido al abate adornarse con las perlas y con los encajes del estilo de la autora, que á ella trocar la gracia de su atavío por la rigidez de la túnica eclesiástica! Puede que hayan notado en el comentario de las «Siete Palabras», en «Aurora Boreal», cierta banalidad muy extraña en el estilo original y brillante de la autora; pero esa banalidad no creo que se deba atribuir á una imitación, sino más bien á que los textos evangélicos, á fuerza de ser comentados por personas que no perciben todo su alcance, llegan á parecernos desesperantes de vulgaridad, si no nos damos la pena de remontar á su origen, aplicándoles nuestra propia visión interior, en vez de aceptar otra que quizás queda debajo de nuestra facultad comprensiva y es incapaz, por lo tanto, de hablar á nuestra alma el lenguaje equivalente al grado de espiritualidad que poseemos.

Las faltas contra la Gramática que el libro tenga, no las he descubierto porque nunca he sido presentada á tan adusta persona.

No hay tampoco ningún derecho para exigir que las mujeres escriban conforme á las reglas, cuando se nos cierran las puertas de las acade-

do en Francia por sus dotes oratorias, publicó un Comentario sobre *las Siete Palabras* de Jesús Crucificado. A este libro alude «Iris» en las líneas anteriores. A propósito de «plagios», véase más abajo un artículo intitulado: «Imitadores y Plagiarios».—O. E.

mias; y si á eso se añade la deficiencia, por no decir la nulidad absoluta, de la educación que recibimos, queda de sobra demostrada la inferioridad de la mujer para realizar una obra cualquiera respecto del hombre que le lleva toda clase de ventajas (1).

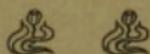
Además, la obra de arte necesita para producirse de una libertad que la mujer no puede tener por razones de su sexo y por las imposiciones sociales, que en este país son más fuertes que en parte alguna del mundo.

El hecho es que, con faltas más ó menos, con giros en francés, con títulos en latín, la señora Cox-Stuven ha escrito un bellissimo libro que nos descubre la vida interior y que nos hace penetrar al santuario inaccesible donde nuestros huéspedes, el joven pagano y la dama cristiana, pelean el gran combate cuyo triunfo definitivo ha de coronar la Fe, que no discute porque posee la plena luz de la Verdad...

IRIS.

Viña del Mar, Agosto de 1909.

(1) Muchos críticos masculinos, «aunque presentados á la Señora Gramática», no dejan de olvidarse de ella en lo mejor. Cuán oportuna es siempre la palabra evangélica, aún en cuestiones gramaticales: «El que de vosotros no tiene pecado, arroje la piedra el primero!...» Hay muchos farisaismos: el gramatical no es el menos pesado... (Ó. E.)





Anarquía crítica

A propósito de *Un Remordimiento*
y de los encontrados juicios por él
provocados.

Habent sua fata libelli.

HORACIO FLACCO.

Si en Roma tenían los «libritos» su suerte á veces tranquila, á veces agitada, es preciso confesar que, en Chile, *Remordimiento* ha tenido, no una suerte, sino muchas y muy variadas y hasta encontradas. *Habent sua fata...*

En ningún caso la crítica ha sido más anárquica que en este.

Si preguntamos, por ejemplo, á qué género literario pertenece *Remordimiento*, la crítica responde llamándolo ora novela, ora cuento, ora tesis filosófico-teológica. Entre esas tres opiniones, es difícil elegir. Parece, sin embargo, que tiene cada una de ellas algo de verdad y que lo más seguro sería combinarlas declarando que *Remordimiento* es una breve novela filosófica

con tendencias teológicas. Pero, ¿es esto muy seguro?... Los partidarios de la «tesis», empeñados en demostrar que en *Remordimiento* no hay novela, pueden valerse de argumentos no despreciables.

¿Hay, en efecto, novela sin amor? Nó, sin duda. Pues bien; en un hermoso artículo de *El Mercurio* leemos que «no hubo amor; positivamente no lo hubo: los diálogos son platónicos en el doble sentido de que son como una reminiscencia de los que escribió el filósofo griego, y que en ellos la pasión amorosa no entra para nada, si no es para examinarla en una mesa de disección, fría y cruelmente.» (C. S. (*Mercurio* del 19 de Junio).

A esta objeción de fondo hay que agregar otras que atañen principalmente á la forma.

«Esta novela que se introduce tan magníficamente, de modo casi maestro, y que se sostiene con firmeza en sus cuatro primeros capítulos, decae desde que comienza el diálogo entre el recién venido y la inteligente dama que lo hospeda en su poética mansión solariega.

Hasta ese momento se siente fluir por las páginas del libro un aliento cálido y perfumado; se ve, se dibuja, ó mejor dicho, se comienza á dibujar el escenario con líneas enérgicas y delicadísimas. Esta evocación queda inconclusa. Fuera del paisaje de cerros lejanos y del maravilloso jardín que está á espaldas de la casa,

no se sabe nada más. Vagamente se vislumbra que se trata de una espléndida casa de campo, porque se halla más adelante de un parque, al fondo del cual cruza un arroyuelo, y de una capilla en la que se oficia misa los domingos.

Y surgen interrogaciones por centenas, interrogaciones necesarias para la comprensión de la psicología íntima de los personajes y del libro entero: ¿de qué edad es la protagonista? Apenas sabemos que posee «la frente helada de la edad madura». ¿Cuál es su estado civil? ¿En compañía de quién vive en la solitaria mansión? Cualquiera que leyera *Un Remordimiento*, podría suponer, sin que nada lo contradijese, que él y ella permanecen solos completamente solos, en aquellas soledades.

Desde el momento en que comienzan á dialogar (¿en donde? en el jardín, en el salón ó en el comedor?), nada se vuelve á saber de la vida que debe de bullir alrededor.

Ni siquiera un gesto se adivina en esta larga, casi interminable conversación, cual si ambos permanecieran rígidos, inmóviles durante todo el tiempo. Al razonamiento de uno sigue el razonamiento del otro, y no hay más! ¡Si al menos tuviera el discurso vacilaciones, algunas de esas debilidades que a menudo dicen más que todos los refinamientos literarios!—Pero nó... ambos personajes se expresan con lenguaje impecable, sin la más ligera reticencia ó incoherencia. El

lenguaje de la vida tiene, apesar de ser aparentemente incompleto, admirable fuerza y vigor. Aparece lleno de coloridos y de imágenes; tan pronto se yergue como se abate con movimientos bruscos, felinos ó suaves, segun sea el carácter que lo expresa. Es por eso quizás, (por no imitar el lenguaje de la vida) que los diálogos de *Un Remordimiento* no alcanzan á herir ni al cerebro ni al corazón.

Si estos diálogos tuvieran el apoyo de la acción novelesca, de la trama, bien podrían quedar tal como están, sin desmedro para el conjunto. Pero ya lo he dicho: aquí no hay casi nada más fuera de ellos.

Una novela, y más aún, una novela tendenciosa, debe dar preferencia á la presentación de hechos, casos, conflictos, y después de ellos, razonamientos, palabras. Se puede prescindir de los últimos.

El escritor que no pueda presentar conflictos escriba mejor tratados científicos, de razón pura» (F. Santivan, *Mercurio* del 1.º de Julio.)

¿Qué es, pues, este libro?...

El distinguido crítico que poco ha nos hablaba del carácter platónico de los diálogos de «Remordimientos» agrega:

«Y cuanto dice él y cuanto ella responde, sus razonamientos elevadísimos y concertados como compases de un mismo canto, todo está tan enlazado y tan íntimamente unido, que á

ratos no parece un diálogo, no parece el producto de dos entendimientos, sino el terrible duelo de dos tendencias dentro de una misma alma, en un mismo cerebro, que lucha, que sufre, que agarra todavía á lo que ama, sintiendo el inmenso desmoronamiento, el crugir de techos y columnas de su edificio espiritual.

De todo ello resulta un canto admirable á la vida interior, á la actividad de la mente que busca la verdad y que sólo se siente en quietud cuando ha creído alcanzarla... si es que alguna vez le está reservada en este mundo esa quietud á quien piensa y elabora dentro de su pensamiento un mundo agitado y sacudido sin cesar como una tierra sujeto á terremotos.» (C. S. V., *Mercurio* 19 de Junio).

«*Canto admirable á la vida interior...*»

A esta caracterización me atengo y en ella encuentro la razón á que he obedecido al clasificar esta obra, colocándola á medio camino entre la poesía propiamente dicha y la novela.

Cuanto á sus tendencias doctrinales, la anarquía de la crítica es aún mayor. Max Jara dice: «Talvez la narración tenga alguna intención tendenciosa, que, por lo demás, es difícil de advertir, ya que en *Remordimiento* todo es impreciso é incoloro».

A esto replica E. de la Barra Orella: «Un análisis frío y calculado encontraría talvez en esta obra un anhelo demasiado vivo de llevar lo que

la autora cree la verdad al espíritu del lector...»

¿A quien atenderemos? ¿Qué creeremos?

Oigamos una parábola:

«Se moría un viejecillo, excéptico, desencantado y algo cínico. A su lado, un amigo lleno de fe en lo sobrenatural y bien seguro de hallar en otra vida mejor una compensación á los dolores de la presente, le hablaba de Dios, de la religión cristiana, de sus esperanzas y consuelos.

En la lucha entablada, el creyente sacaba del fondo de su alma toda su teología y argumentaba:

—Si no tienes fe, debes pedirla, debes disponer tu voluntad, todas tus facultades para recibir este dón de Dios. La Fe es una gracia.

—Cierto—dijo el que se moría—hacemos mucha gracia en creer.

«Esta irreverente pero sincera exclamación se ha venido á mis labios después de leer el libro que acaba de publicar la señora Mariana Cox de Stuken con el título de *Un Remordimiento*, y especialmente después de saborear el delicioso diálogo socrático que dá su título al volumen». (C. S. V., *Mercurio* 19 de Junio).

Más abajo, el autor de la parábola agrega: «Y ante esa inquietante lucha de la duda y la fe, ante la fuerza serena de los argumentos del joven y la poética vaguedad de los de su amiga, malignamente nos asalta la respuesta del vie-

jecillo escéptico y cínico que moría dudando».

De nuevo pregunto: ¿quién acertó á decir la verdad objetiva? ¿Será «K.» quien, en la *Unión* del 4 de Julio, escribía: «*Un remordimiento*»... no es el diálogo de dos personas diferentes, que discuten los grandes problemas de la filosofía. Ese diálogo no es sino una manera artística y delicadísima de expresar el diálogo interior de una alma agitada por la duda. Expresa las reflexiones con que allá en el interior de sí misma se esfuerza en combatir las objeciones con que la incredulidad moderna trata de turbar los espíritus ligeros que le prestan oídos. Se ha dicho que el joven libre pensador, en ese diálogo de *Remordimiento*, aventaja á la joven creyente; que aquel dentro de sus ideas razona, mientras ella únicamente siente, como si la fe no tuviera razones ni fuera sino el fruto del sentimiento... Este ataque á fondo á Shade sería justo si fuera éste el verdadero fondo de ese libro. Su doctrina sería falsa como simple repetición del ya caduco modernismo; los católicos protestaríamos con razón contra semejante teoría inventada por nuestros enemigos, que ignoran en absoluto lo que es el acto de fe, y los fundamentos en que descansa.

Nó; Shade no ha escrito un diálogo, socrático ó platónico, como se ha dicho, un diálogo de tesis, nó; simplemente ha prestado oído á un diálogo íntimo, cuyo eco pudo escuchar en un

momento dado y lo escribió tal como en ese momento lo oyó; repite simplemente lo que oyó, y esto no lo hace suyo; no falla; cuenta sinceramente ese momento de lucha interior bajo una forma original, enteramente nueva, y literariamente primorosa.

Quien pretenda ver una intención apologética de Shade en el diálogo de *Remordimiento*, se engaña del todo,—no son tan deleznable los fundamentos de nuestra fe como los que avanza ahí la joven creyente, ni tan corto el brillante talento de la autora del libro; como se engañaría también, quien malignamente quisiera descubrir ahí, al contrario, embozados ataques á nuestra fe». (*Unión*, 4 de Julio).

Oh! anarquía!... ¿A quién creeremos? ¿Quién tiene las palabras de verdad?

Podría tan notable divergencia de los críticos prolongarse hasta el día del juicio, si el espacio de que dispongo me permitiría trascribir aquí los encontrados fallos que he podido coleccionar.

Baste con decir que, en ningún caso, he visto á la crítica contradecirse con tanta precisión como en este.

En algunos artículos déjase ver que, si á ciertos críticos jóvenes les sobra el «aplomo», fáltales en cambio la modestia y á uno que otro, aún la hidalguía.

Uno de ellos en particular (y porteño, por

más señas) parece empeñado en rebajar a *Remordimiento*, dando á entender que ese libro tiene por «causa real y efectiva la *Vanidad*» y declarando que este debiera ser su título.

¿No podría con igual razón decirse lo mismo de su crítica?... Y ¡qué psicología, la de aquel católico joven que, no satisfecho con juzgar la obra, juzga las intenciones del autor!

Esto no es crítica; es simple insolencia y falta total de hidalguía. ¿No fue Pio IX quien dijo: «Guerra á los errores; caridad á los que yerran?»

Sea de ello lo que fuere, creo que este breve examen de la anarquía crítica provocada por la publicación de *Remordimiento* me autoriza para continuar creyendo en lo que sobre ese libro dije en mi primer artículo. Mis colegas no me han convertido...

Para completar y adornar este resúmen, transcribiré aquí el final de un artículo ya varias veces citado.

«Al pasar una tras otra las páginas de este libro, dice el Sr. C. S. V., yo olvido sus defectos de lenguaje, sus galicismos á veces tan atrevidos que parecen una traducción del francés y no una obra originalmente escrita en castellano, olvido sus faltas de lógica, olvido lo incompleto de muchas de sus disertaciones que hubiéramos deseado menos truncas. Olvido todo eso, porque del corazón de la obra, de su sentido íntimo, se desprende un perfume que ma-

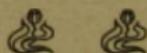
rea y turba los sentidos, y no deja tranquilidad á la crítica. Y es ese sentido íntimo el que uno quisiera descifrar y el que en vano se empeña en definir á través de las formas misteriosas y veladas en que voluntariamente lo ha escondido el artista.

Hay entre los recuerdos de mi niñez un viejo jardín al cual entré muchas veces y que poblé con mis primeros sueños. Era un jardín que había sido cuidadosamente trazado en sus orígenes por un artista italiano que le había dado el encanto artificial de los jardines del Renacimiento, con sus rocas imitadas, sus juegos de agua y sorpresas ingenuas, sus bancos de marmol, sus arbustos recortados en forma de pájaros con grandes colas de abanico.

El viejo jardín estaba largo tiempo abandonado, y de la tierra fértil había nacido una vegetación rica y vigorosa, alimentada por el viento y los pájaros que traían semillas de la montaña vecina, y los cardos, las trepadoras, los retoños de árboles salvajes crecían por encima de las rocas artificiales, las enredaderas silvestres cubrían los bancos de marmol, los arbustos recortados perdían su forma y volvían á su ser natural, las gramíneas invadían los complicados juegos de agua y por el techo roto de una gruta artificial construida para producir sensación de misterio, el sol entraba ahora llenándolo todo de luz y de color.

El libro de la señora Cox-Stuven se me aparece como aquel viejo jardín y no sé por qué siento en él una lucha entre lo artificial, lo aprendido, y el espontáneo brote de un temperamento poderoso de artista literario.

¿Qué hacer? ¿Entrar con las podaderas en la mano para devolver su forma finjida á los arbustos, parchar las grutas y restablecer las ingenuas sorpresas de los elegantes juegos de agua, ó dejar que la tierra fértil reciba semillas del viento cambiante y de los pájaros cantores, y dé sus frutos y sea una selva fuerte y rica unida á la montaña que le envía sus aguas?»
(*Mercurio*, 19 de Junio de 1909.)



III.

Novela, Cuento y Teatro



- I. L. Orrego Luco
«Casa Grande» (1908).
- II. T. Gatica Martínez
«El Gran Mundo» (1908).
- III. “Casa Grande”, “Gran Mundo”
y la Crítica.
- IV. G. Silva
«El Doctor Leroy» (1909).
- V. R. Maluenda
«Cuentos Chilenos» (1909).
- VI. F. Santivan
«Palpitaciones de Vida» (1909).
- VII. Ánjel Pino
«Páginas Chilenas» (1908).
- VIII. M. J. Ortiz
«Cartas de la Aldea» (1908).
- IX. T. Vargas y Vargas
«Expiación» (1908).



“CASA GRANDE”

Estudio sobre algunos tipos y algunas ideas
de la novela de L. Orrego Luco

En su libro sobre Taine M. André Chevillon cita esta frase del gran filósofo y crítico francés:

«Entre nuestros escritores sólo uno posee facultad creadora. En sus libros los caracteres brotan y se desarrollan por sí solos. Es Maupassant, cuyas dotes literarias son superiores á las de Flaubert».

Leyendo *Casa Grande*, la última obra del novelista chileno L. Orrego Luco, y comparándola mentalmente con otras de igual «nacionalidad», volvíome á la memoria la frase de Taine, y más de una vez, en presencia de los caracteres que brotaban en *Casa Grande* y se desarrollaban por sí solos (ó con un minimum de esfuerzo), dije: «Es Maupassant...»

Y, en efecto,

Si parva licet componere magnis;

si, como decía el poeta romano, es lícito comparar autores desiguales, no creo que pueda negárseme el derecho de establecer una visible analogía entre el inmortal escritor francés y el distinguido escritor chileno.

Quien haya leído *Fort comme la Mort* ó recuerde esos tipos inefables que «viven» en los Cuentos del maestro, no podrá negar al «creador» del «Senador» Peñalver, del corredor y agente de negocios Vanard, del reverendo «Señor Correa», cierto parentesco (que mucho le honra y mucho más promete) con Maupassant.

Alguien dirá tal vez que «el Senador» existe aún y «vive siempre sobre el país»; que Vanard vivía hace dos ó tres años en esta ciudad, y que «el Señor Correa» es de lo más vivo y conocido de esta capital, «en que todos nos conocemos»... Orrego Luco no es creador: es fotógrafo...

Sí; pero lo es como Maupassant que «creó» sus caracteres copiándolos del natural, de tal suerte que hoy, al pie de cada retrato y en el margen de cada cuento, se puede escribir con perfecta seguridad nombres propios, fechas exactas y todos los pormenores históricos y geográficos de la realidad allí pintada para siempre.

Es que la fotografía del «Senador» no es retrato vulgar, tomado, desarrollado y retocado según recetas al alcance de todos los aficionados; «es una de esas pinturas que nos dan, de la vida, una visión más completa, conmovedora y probante que la realidad misma».

De estas «fotografías» Maupassant, en su prefacio de *Pierre et Paul*, nos da la fórmula y, por haberla aplicado con éxito en su novela, merece Orrego Luco que le llamémos «creador de Correa, Vanard y Peñalver».

Pero aquí cesa la analogía entre él y Maupassant. Mientras éste, en efecto, guarda sus mejores pinceladas para los verdaderos protagonistas de sus cuentos y novelas, y se contenta con esbozar los figurones y comparsas de segunda fila, el novelista chileno hace todo lo contrario.

En *Casa Grande*, por más que el señor Orrego Luco acumule pormenores y menudee adjetivos, los dos «héroes», Gabriela Sandoval y Angel Heredia, no llegan nunca á imponérse-nos con la fuerza de los tres tipos secundarios que acabamos de nombrar. Viven, sí; viven enérgica y dolorosamente; pero su vida se siente sin que la veamos y toquemos como tocamos y vemos la de Peñalver.

Vuelvo siempre á este «vividor»... que es de todos los personajes de *Casa Grande* el más vivo en todos los sentidos de esta palabra.

Los demás, principiando por Angel y Gabriela y siguiendo con Magda, Sanders, Aguirre, etcétera, etc., hablan, juegan, comen, beben, aman y mueren sin dar á esas manifestaciones de vida otro «cachet» (como diría Sanders) que el de la elegancia «casagrandeña», vulgar por lo común en cierta clase social.

No esceptúo ni al solemne don Leonidas Sandoval, cuya mejor obra en dos tomos fue sin duda ese «par de palmitos» de sus hijas Gabriela y Magda, y no su gran discurso para disuadir á la primera de sus veleidades matrimoniales y prevenirla en contra de Angel Heredia.

Por más que nada de esto diga el novelista, es seguro que Sanders, recién llegado de Paris, le calificaba de *rasseur* y que Peñalver sabía á qué atenerse sobre «el economista» pater-familias.

«¿Economista él, Leonidas? Vamos, en Chile todos se creen economistas y hombres públicos en cuanto llegan á engordar media docena de vacas en un potrero alfalfado! Y qué respeto manifiestan esos imbéciles por el dinero! Si es cosa de morirse de risa! Esos estadistas que, según asegura Marcial, apenas si llegan á estadísticos...»

Razón tienen Marcial... y Peñalver... Don Leonidas no vale sino en proporción de su dinero y en hora oportuna desaparece de la escena.

De los demás no hay uno sólo que tenga

ideas propias, á no ser Magda, siempre fecunda en travesuras. (Ver la aventura de la caída de Sanders y Peñalver á la laguna del Parque). Todos son «ecos», sonoros algunos, apagados los más. El único que posee una filosofía de la vida es mi «Senador»; una filosofía clara aunque profunda; no muy noble, por cierto, en algunas ocasiones; pero siempre práctica y amoldada á la realidad.

«Vivir peligrosamente» decía Nietzsche; «vivir sobre el país», dice Peñalver; hé ahí su doctrina cristalizada en una fórmula.

«Era el «Senador Peñalver» un personaje simpático, interesante y en extremo curioso... Por familia, pertenecía á una de antiguo y honroso abolengo..., era, con todo, aventurero sin profesión, ni fortuna, ni medios conocidos de existencia, ni recursos de alguna especie... ¿Cómo vivía, cuáles eran sus recursos? La gente muchas veces se lo había preguntado, sin alcanzar ni asomos de respuesta. Lo más atinado era lo que había dicho un día Magda: Ese es un misterio—que el mundo para siempre ignorará... Lo cierto es que no daba sablazos, no pedía prestado, ni jugaba en el Club, ni cometía el más leve acto de indelicadeza. Tamopco desempeñaba puesto público ni privado.—«Yo realizo el ideal de la economía política, solía exclamar con su voz agradable de barítono cantante; vivo lo mejor posible y con el minimum de esfuerzo...

vivo «sobre el país...» (T. I. págs. 55-56). No puede negársele al Senador el título de filósofo! y todo el resto de la novela lo demuestra... Tan profundo economista como psicólogo, Peñalver no es, sin embargo, de los que se paran en pelillos cuando se trata de moral. Si hemos de creer lo que nos cuenta de él nuestro novelista, el «aventurero» profesaba teorías algo «aventuradas» en esa materia, y no desdeñaba comunicarlas á la juventud estudiosa.

«Si yo tuviera treinta años y su figura, dijo Peñalver al enamorado Heredia, créame, joven, no respondería de las virtudes conyugales de muchas matronas chilenas. La audacia es gran condición; es preciso atreverse... el mundo es de los audaces. ¿Me entiende?» (Pág. 85).

Sí, entendemos; mas no comprendemos que, con semejantes teorías, el «Senador» se mantuviera firme en el camino de la delicadeza, en que raro es hallar á los audaces... Pero ya lo sabemos por boca de la linda Magda: «Ese es un misterio...»

Otro filósofo hay en la novela y es el autor de la misma. Discípulo de Maupassant en varios momentos de su obra L. Orrego Luco cesa de serlo cuando nos expone sus propias teorías filosóficas.

Maupassant era, como Flaubert, «ausente de su obra». Todos los críticos han notado las peculiaridades que distinguen á ambos maestros:

el no dejar que se manifieste su presencia por la expresión de un juicio y el contentarse con el papel de «biógrafos», dando paso y abriendo campo á los séres y á los acontecimientos, como hace la Naturaleza indiferente y fecunda.

El señor Orrego juzga y funda sus juicios en teorías discutibles.

Tomemos, por ejemplo, la teoría fundamental en que estriba la filosofía de su novela, teoría que asoma en varias páginas y cuya exposición más completa se halla en las páginas 81-82.

Según nuestro autor, «en el criterio social domina, de modo absoluto y sin contrapeso, particularmente en pueblos de raza latina y de origen español, la creencia en la libertad del criterio y de la acción humana, sin lazos atavicos de esos que ligan el hombre á lo pasado, con abuelos y parientes, por lazos misteriosos y ocultos. Y semejante manera de concebir al hombre como unidad aislada... es la manera uniforme de pensar de nuestras mujeres chilenas...», etc.

Dejemos á un lado la manera femenina de pensar y preguntemos al señor Orrego el significado de sus proposiciones.

Lo que él llama «libertad de criterio y de acción» en contraposición con el atavismo, significa, sin duda, el libre albedrío.

¿Cree, acaso, que yerran las mujeres chilenas cuando juzgan imperdonable la traición de un

marido, fundándose en que, á pesar de sus abuelos, éste podía mantenerse fiel á sus deberes de esposo?

Ellas saben, como lo sabe por propia experiencia el mundo entero, que hay tendencias y caracteres heredados; pero saben igualmente que, salvo en casos de degeneración, todo hombre puede y debe reformar á éstos y resistir á aquéllas..

Saben igualmente que, con la teoría que las líneas citadas dejan entrever, no hay crimen que no tenga excusa, ni virtud que merezca alabanza.

Si somos esclavos de nuestros antepasados, la moralidad, la civilización, todo lo que da á nuestra vida su precio y su hermosura desaparece. Nos quedamos prisioneros de lo pasado... y de las circunstancias. «Una queja, un encuentro súbito, leves inflexiones de voz, habian decidido el porvenir de ambos...» (pág. 102), «la noche, los nervios, la temperatura, el calor de otra alma, los sonidos melódicos de un piano, las armonías y tonalidades quemantes de la voz humana»; (pág. 34) hé ahí algunas de las cadenas que, según el novelista, nos quitan la libertad del criterio y de la acción.

Pero la verdad es que si aquello ejerce sobre nosotros tan eficaz tiranía, es porque nosotros libremente lo permitimos. La pregunta de Molière resuelve el caso: «Qu'allait-il faire dans

cette galère?» Todo está en no embarcarse.....

Mas, siendo este asunto de «lata» discusión, lo dejaremos para ocasión más propicia.

Veo al concluir que no he analizado la hermosa y triste historia de amor (y amores) que es *Casa Grande*; historia de fatalidades, diría el autor; de errores, pecados y crímenes, dirá una de esas mujeres chilenas cuya manera de pensar no es aceptada por el señor Orrego.

Ya no es tiempo de emprender ese análisis que, por otra parte, ningún lector nos perdonaría, pues equivaldría a una vivisección ó disección de un cuerpo vivo, es decir, á quitarle á la deliciosa novela su novedad, movimiento y vida (1).

(1) Añadiré aquí el interesante y sustancioso resumen que de esta novela hizo el señor E. Astorquiza en un artículo en *La Unión de Concepción*. (Octubre 4, de 1908).

«Pero á fin de no hacer el papel desairado del que está hablando con un sordo, será necesario explicar á los lectores que no hayan leído la novela, de qué se trata, en substancia.

Angel Heredia, joven perteneciente á una gran familia de Santiago, está enamorado de Gabriela Sandoval, de gran familia también. (Se trata de una novela aristocrática. Esta observación me ahorrará indicar el rango de los demás personajes á quienes tenga que nombrar). Pero á D. Leonidas, padre de la niña, no le gusta el mozo. Sus razones tiene. Gabriela, hija sumisa, se somete y ya no hay matrimonio.

No lo hay, por lo pronto. Pero hé aquí que D. Leoni-



“GRAN MUNDO”

A propósito de la novela que, con este título, publicó el escritor chileno Tomás Gatica Martínez (Santiago, 1908).

El prefacio es para un libro lo que para una casa el vestíbulo, y así como el desaseo de éste indispone al visitante, puede suceder que el desaliño de aquél desgane al lector y le ahuyente. A veces, empero, más vale el libro que su prefacio, como vamos á verlo...

das muere. Con esto, los amores de Angel y Gabriela se renuevan. Se casan. Es un matrimonio de gran resonancia en Santiago: los dos ricos, buena familia, buenos mozos, elegantes.

Según todas las apariencias, debía ser una pareja muy feliz. Sin embargo, comienza el «desacuerdo». Cómo, cuándo, por qué, ni ellos mismos lo saben. (El novelista, por supuesto, lo sabe y lo explica bien). El hecho es que no se entienden. Esta desinteligencia es tanto más grave y profunda cuanto que, no sólo ignoran

A principio de este año llegó á mis manos una novela recientemente publicada, la cual, al revés de lo que habitualmente sucede con esa clase de escritos, venía precedida de un prefacio. Fuerza era, pues, leer á éste antes de engolfarse en aquella, ya que el prefacio puede y debe decirnos si vale el libro la pena de leerlo.

sus causas, sino que tampoco se manifiesta de una manera visible. En suma: son desgraciados, ya no se aman, ya no se quieren.

Un escándalo en que aparece mezclado Heredia con una artista del Municipal, ha hecho más honda la división. Gabriela se va de casa de su marido; va á vivir á la de su madre.

El presbítero señor Correa viene á ver á Angel y le dice que su mujer está muy herida; que al fin se reducirá, pero con el tiempo; y que, por lo pronto, lo mejor es un viaje á Europa. A su vuelta reanudarán su existencia más sólida, afianzada en las lecciones del pasado. Angel acepta el consejo y parte.

A los pocos meses vuelve. Su mujer lo espera. Parece que van á comenzar una nueva vida. Viendo á sus hijos, Angel «se sentía mejor, más sano de alma, comprendía unos horizontes nuevos y puros, dentro del deber y la familia». (t. II, 149). Esta bonanza dura poco. Comienza la misma desinteligencia de antes, agravada ahora con la sospecha de que su mujer lo engaña con Leopoldo Ruiz. Ha recibido anónimos en este sentido. En fin, una noche, al regresar de una comida de etiqueta, Angel (por cuyo cerebro había pasado ya varias veces, aunque vagamente, la idea de desembarazarse de su mujer), le hace una inyección de Digitalina con Atropina, en vez de hacerle una con Morfina que ella pedía. Gabriela muere».

Con todo, más hubiese valido para mí que «Gran mundo» careciera de vestíbulo, ya que de ese modo no me habría por tanto tiempo privado del placer de penetrar en tan agradable morada.

El autor, en efecto, emite, en el prefacio, opiniones que parecen extrañas en un novelista. Dice, por ejemplo: «La escuela naturalista ha hecho avances formidables poniendo en la picota á los ilusos románticos del siglo XVIII.»

Sobre esto es preciso advertir que el tratar de ilusos á los románticos en general, es juzgar con ligereza á hombres como Walter Scott, Chateaubriand, Víctor Hugo, etc. etc., y cometer á la vez un error histórico, pues si bien tuvo el romanticismo sus precursores en el siglo XVIII (uno de los cuales y el principal fué J. J. Rousseau), no se desarrolló propiamente sino en el siglo XIX, produciendo numerosas obras maestras y creando tendencias literarias absolutamente indelebles. Hombres como los nombrados nada tienen que temer del porvenir: para ellos no hay picotas.

Tan es así que, si no bastara con sólo citar á Walter Scott, cuyas novelas románticas se leen aún con delicia en el mundo entero, demostrando así que, á pesar del fallo de González Serrano, el romanticismo «da resultados,» podríamos poner en claro el influjo de aquella escuela literaria, descubriendo en los más crudos

adeptos del naturalismo (y en el mismo Zola) rastros no escasos ni despreciables de romanticismo. Tan cierto es que en literatura nada se crea ni se pierde...

Pero como la tesis del romanticismo inconsciente de los naturalistas exigiría «data» discusión, nos contentaremos por hoy con enunciarla y pasaremos á ocuparnos de otro error.

Después de distinguir con razón y gusto entre el naturalismo «posible» es decir, decente, y el pornográfico, emite el autor un juicio verdaderamente digno de admiración. Hablando de Zola, dice que el naturalista degenera con el «en abominaciones enfermizas», juicio perfectamente fundado en razón; pero, pasando de Zola á Maupassant, pronuncia una palabra inesplicable cuando á las obras de este último aplica el calificativo de «boberías malsanas!»

¡Válgame Dios!... No soy yo quien, por cierto, olvide ó deje de censurar lo que hay de innecesariamente crudo ó deshonesto (y por ende malsano) en las novelas y cuentos de Maupassant, más no por esto callaré ante tamaña ofensa inferida á la belleza artística... «¡Boberías!...» Si tal nombre le merecen al autor de «Gran mundo» las páginas más absolutamente perfectas que, después de muerto Flaubert, se hayan escrito en Francés, ¿qué nombre daremos al resto de la producción literaria? En verdad, puede nuestro autor felicitarse de haber «acu-

ñado» un juicio crítico imperecedero y aún exclamar con el gran crítico latino: «Exegi monumentum...»

Pero todo tiene su explicación...

Este «monumento» es probablemente fruto de las «traiciones» (que no traducciones) con que los libreros de Barcelona ó Madrid nos disfrazan al pobre Maupassant, y en efecto, aquellas versiones pretendidamente castellanas suelen quitarles á los «naturalistas» franceses (sin excluir al mismo Zola) toda la elegancia que encubre sus enfermizas abominaciones, pres-tándoles, en cambio, con largueza, una brutalidad que nadie en Francia podría tolerar. Ahí tenemos, en prueba de esto, «La tierra» de Zola, obra indecentísima en francés y perfectamente abominable en castellano...

Hechos estos reparos, deber mio es agregar que la novela de Tomás Gatica Martínez vale más, mucho más, que su prefacio, como he podido comprobarlo venciendo, aunque tarde, las prevenciones, á mi juicio ilegítimas, originadas en mí por los errores apuntados más arriba.

Gran mundo es una galería de cuadros santiaguinos en que, como en rápido cinematógrafo, pueden los que viven en ese «mundo» contemplar sus diversiones, sus amores, y naturalmente (estaba por escribir: naturalísticamente) sus... errores... Es también un fonógrafo

fo que todo lo repite, sin exceptuar chistes ni chismes...

Una representación teatral, un gran baile aristocrático, una luna de miel en Viña, unas carreras: he ahí lo que, en estilo de teatro, podríamos llamar las principales «toiles de fond» de esta novela. Bien dibujados y mejor pintados, aquellos cuadros tienen tanta precisión como colorido. Tanto abundan en claridad que, según algunos entendidos á quienes, por cierto, quiero dejar la responsabilidad de su opinión (ya que no soy yo «de hoc mundo»), más parecen fotografías de la realidad viva y concreta que creaciones del novelista.

Como quiera que sea y prescindiendo de la protesta final del prefacio á la cual puede talvez sin mucha injusticia aplicarse el conocido axioma del derecho romano: «excusatio non petita accusatio manifesta», reconozco que la novela desarrollada en aquel escenario es interesante y sugestiva.

Podría el tema formularse en una conclusión práctica que se deduciría de esta novela como de las premisas de un silogismo.

He aquí la conclusión: Toda mujer hermosa que se casa «porque quiere ser millonaria... nada más... (pág. 49) continuará con millonarios aquel «ejercicio», á escondidas primero, y con anuencia del marido después... con tal que

«se guarden las conveniencias sociales y se evite el «qué dirán...» (pág. 167).

Blanca, la protagonista de esta novela, casa con Félix en las condiciones que acabo de apuntar y ocupa precisamente los ocios de su luna de miel en verificar la conclusión indicada.

Durante un gran baile, dice el novelista, «Misia Rosita»,—la madre de Blanca,—traba conversación con un político ultramontano que goza de la confianza más amplia y...del prurito de las buenas ocurrencias.

—En un rincón del Olimpo, Venus y Baco,—dice este al oído de su compañera, señalando la pareja (es decir, á los novios Blanca y Felix) y aludiendo especialmente á las aficiones alcohólicas de Felix.

—Es un buen matrimonio, ¿no?...

—Ya lo creo, dice el político socarronamente... (pág. 52).

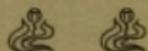
Venus y Baco, riqueza material y pobreza espiritual! («Blanca es una mujer que aprecia más á un fox-terrier que á Victor Hugo» (pág. 51), he ahí la clave de una novela que, a pesar de un desafío «gilguericida» (pág. 166) se soluciona pacíficamente por medio de un concordato de viva voz entre marido y mujer garantizándose mutuamente la libre disposición de sus personas...

No quiero entrar en pormenores para no quitar al lector el placer de descubrirlos.

Entre aquellas gentes hay, sin embargo, un tipo simpático, cuyo entrañable amor por Blanca es correspondido con desprecios eterna y estoicamente aceptados. Si ese modelo de paciencia, si ese «Job del amor» fuera persona de carne y hueso, holgaríame de serle presentado para presentarle á mi vez mis sinceras felicitaciones por su perseverancia á toda prueba. De eso y mucho más son capaces los poetas a los veinte años, y Gastambide es poeta... y joven... ¡Pobre Gastambide!

Si este artículo no llega ya tarde, creo que quien lea la novela en él brevemente analizada, percibirá las cualidades que me he complacido en reconocerle.

Más de uno talvez al cerrar el libro después de ver cuánta indigencia moral y mental se disfraza con las apariencias (y aún las realidades de la riqueza), preguntará: ¿Es eso el *Gran Mundo*?...





“Casa Grande” “Gran Mundo” Y LA CRÍTICA

«On ne peut contenter tout le monde et son père . . .»

LA FONTAINE.

Es imposible negar á *Casa Grande* el calificativo de interesante, y, para convencerse de ello, bastaría recordar que, de todas las novelas publicadas en Chile y por chilenos, ella es la que ha provocado más viva discusión en nuestro mundo intelectual y en la sociedad.

El señor Orrego Luco podía esperar mayor suma de alabanzas, pero difícilmente mayores y más intensas discusiones. Puede, como novelista, aplicarse el principio de Descartes: «Pienso; luego soy»; es decir: «Piensan en mí, puesto que me discuten: luego existo» (1).

(1) Hubo, en verdad, algo más. Dice el señor Orrego, en su *Historia* (ó defensa) de *Casa Grande*:

No hacía falta *Casa Grande* para esta comprobación: pero la discusión que ha provocado demuestra con una claridad ya irresistible la existencia en Chile de un verdadero y real novelista chileno.

Por otra parte, si la novela y el novelista son interesantes, no lo son menos las críticas que éste y aquella han provocado en nuestro «piccolo mondo moderno...»

De la lectura de los diez ó doce artículos críticos publicados, con ocasión de *Casa Grande* en la prensa santiaguina, hemos sacado algunas conclusiones que creemos oportuno comunicar á nuestros lectores.

La primera es que, en Santiago, al juzgar por las opiniones vertidas en aquellos artículos, no hay actualmente materia prima para una novela de costumbres.

Según algunos críticos, la vida que llevan

«Me llovían los ataques en pos de las alabanzas, me insultaban, me calumniaban, me formaban escenas en los bailes, y sentía en la atmósfera los signos que anuncian escenas tempestuosas;... Cuando el mundo se me desplomaba encima y sentía, cerca de mí, la angustia profunda del que se ve desconocido, no faltaron personas respetables que me detuvieran en la calle, con palabras de aliento, á darme un apretón de manos». *Mercurio*.—Julio 6 de 1909.

Esta «Defensa» fue ocasionada por una carta pública del Sr. R. Huneeus de la cual hallará el lector algunos extractos en el capítulo siguiente.

hoy en día las familias aristocráticas, es mero trasunto de la vida europea. Tal es su carencia de originalidad y «cachet», que el describirla es condenarse á copiar malamente las obras y «la manera» de los novelistas franceses.

Esto significaría, sin duda, que aquella vida aristocrática debe clasificarse en el número de las cosas á que Don Quijote aplicaba el principio: «Peor es meneallo...»

Según otros, lo único digno de tentar la curiosidad de un novelista, es lo que nos queda aun de la vida colonial.

Parecen creer que algo queda de esa época original; algo, quiero decir, que sea característico de este pueblo y de esta aristocracia.

Pero nadie se digna decirnos cuáles son estas notas distintivas, cuáles esos resíduos y resabios de antaño.

A la verdad, podría un novelista dedicarse á pintarnos la vida colonial de Chile así como Walter Scott nos pinta la vida medioeval europea, y, particularmente, la inglesa. Pero no reparan estos críticos en que, hoy por hoy, la novela histórica es muy desacreditada. No ven que el público busca realidades ó, como dicen los italianos, «verismo», es decir, cosas vividas tanto por el lector como por el escritor.

No es preciso tener el sentido crítico muy aguzado, para sospechar que la novela histórica no es ni novela ni historia...

Esto es, además, fácilmente averiguable, ya que tenemos á mano novelas de esa clase (y novelas chilenas) cuya característica consiste en carecer tanto del elemento histórico como del novelesco.

Querer, pues, obligar á un hombre de talento, como es el señor Orrego Luco, á pintarnos la vida colonial que él no ha conocido, es exigirle un anacronismo. Pídasele en hora buena un libro de historia verdadera, como son los de Houssaye sobre los últimos años del Imperio de Napoleón, ó como los de Massón sobre el gran Emperador. Sus dotes descriptivas, su poder imaginativo tendrán allí materia prima en que ejercitarse, y veremos resucitar los viejos Presidentes, los oidores, los conquistadores del principio y los libertadores del fin de la época colonial.

Falta únicamente saber si los historiadores, al tratar de esos tiempos y de esos hombres, no han hecho lo del caballo de Mahoma, que esterilizaba el suelo con el simple contacto de su uña.

Otros críticos reprochan al señor Orrego el haber imitado á Maupassant y copiado de la realidad chilena contemporánea ciertos tipos como el «senador» Peñalver, el corredor de comercio Vanard, y el reverendo «señor Correa».

Sobre esto se acude á consideraciones elevadísimas y se llega á negar que el novelista ten-

ga el derecho de fotografiar seres reales y personajes conocidos. (1)

Háblase á propósito de Vanard de la paz del sepulcro... etc... etc...

Pero no se tiene en cuenta que el autor de *Casa Grande* no ha hecho más que imitar modelos clásicos y ejercitar un derecho universalmente reconocido en todas las literaturas contemporáneas.

Fácil sería demostrar que, en Francia, por ejemplo, no hay novelista de primer orden que no haya fotografiado algunos Peñalveres, Vanards, ó Correas de su tierra.

Fácil sería igualmente contestar á la objeción que se nos haría á este propósito. Diríase, sin duda, que en materia de novelas, Francia no es siempre digna de imitación.

Pero, diríamos nosotros que si A. Daudet, al pintar su «Académico», y L. Daudet, sus «Mortícolas»; si Bourget y otros, al describirnos del natural tipos aristocráticos ó burgue-

(1) Dice, sin embargo, el Sr. Orrego en la citada carta: «*Casa Grande* no es la novela en clave que ha creído leer una parte del público por cierta mistificación bien fácil de explicar; no se refiere á cierta dolorosa tragedia..... y sus personajes, si bien reales, son enteramente diversos de lo que se comenta sottovoce....»

Esto, empero, no impide que, en mi opinión, los personajes de esta novela sean más reales que la realidad misma.

ses, conocidísimos en París, han procedido con ligereza y laxitud francesa, es natural que busquemos modelos en Inglaterra, país de rigidez moral y de novelas siempre ajustadas á los diez mandamientos de la ley de Dios. (1)

(1) Me agradecerá el lector una nueva cita de la *Historia de «Casa Grande»*:

«Alguna de las Manuelitas Vasquez de nuestra pequeña Metrópolis, se creyó herida, pidió á una amiga su coche prestado, y se echó á la calle clamando venganza y diciendo á gritos en todos los salones, que era la novela un relación de cierto doloroso episodio real. Alguna Magda, con igual ligereza ó talvez mayor, creyó verse pintada «élla» sola, haciéndose otra gira de visitas de protesta: y algunos amigos imprudentes acudieron, en mi contra, á las columnas de los diarios. Moviéronse los amigos y las familias con tal tino que á poco, y sin mucho esfuerzo, hasta los más reacios vinieron á convencerse de la efectividad de la leyenda improvisada por la chismografía y convirtieron, con la imaginación, en gigantes á los molinos de viento y en ejércitos á las manadas de carneros.

Ayudaban á esa acción perturbadora la innegable realidad de algunas anécdotas, de muchas frases y de no pocos perfiles cogidos del medio ambiente. Al reproducirlos, como elementos artísticos de verdad, quedé muy lejos de lo que hacen los grandes escritores, no sólo en la factura misma, sino en la completa reproducción de los modelos. Daudet, en «Numa Boumestan», pintó á Gambetta; en el Duque de Mora, al de Morny; en Felicia Ruys, á Sarah Bernhardt; en Monpayon, al Marqués de Massa. Benjamin Disraeli ha retratado en sus novelas á Peel, á Lord Grey, á Palmerston, á Lady Avondale y á casi toda la alta sociedad inglesa de su

Sí, en efecto, tomamos uno de los novelistas ingleses más conocidos que, además de escritor, fue uno de los grandes políticos del siglo pasado: á Disraeli, conocido bajo el título de Lord Beaconsfield, tendremos un escritor que no pintaba sino personajes de carne y hueso y tan vivos que la misma Reina Victoria les po-

tiempo. Thackeray hizo lo mismo en sus novelas. Acaba de hacerlo María Corelli, en otra novela ruidosa, como el Padre Coloma en «Pequeñeces».... Lo mismo hizo Guy de Maupassant, y también Pablo Bourget. En el baile dado en Cannes por la princesa del «Idilio Trágico», aparecen, entre otros personajes claramente pintados, el coronel Marchand, explorador africano, y el propio Guy de Maupassant.

Bastaron algunos perfiles verdaderos y algunas escenas reales, para dar á *Casa Grande* tal vibración de vida que muchos creyeron ver cosas que yo no había pintado, y la maledicencia completó la obra de perturbación horrible y para mí desesperante.

Mientras se desencadenaba en contra mía una tempestad social; cuando todos se creían aludidos, dándose nombres de personas á quienes no conozco ni de vista, y hasta cuya existencia ignoraba, pues era moda creerse retratado en *Casa Grande*; cuando se desconocía en absoluto mis propósitos y mis ideas; cuando una parte de la prensa me asaltaba, surgió de repente otro peligro. Mi libro se convertía en cuestión religiosa. Ciertos respetables sacerdotes, cuyos méritos y virtudes soy el primero en reconocer, pero cuya infalibilidad tengo el derecho de discutir, encontraron que mi obra era inmoral y contraria á los principios de la Iglesia. La prensa católica se aprestó á combatirla y recibí la noti-

nía el verdadero nombre que llevaban en la realidad de la vida aristocrática.

Así, por ejemplo, el Lord Cadurcis de «Venetia», es Lord Byron; Lord Henry Sydney en «Coningsby», es Lord John Manners; el cardenal Grandison de «Lothair», es el cardenal Manning; el duque que aparece en esta última no-

ficación en una carta hidalga y franca del director de *La Unión*, el habil y distinguido periodista señor A. Cariola. A vuelta de algunas alabanzas generosas, y acaso excesivas, á la parte literaria, colocándola junto á las mejores novelas de América, me decía: «¡Qué interesante, mejor dicho, qué emocionante!».....

«Perdone, mi estimado amigo, que lo diga con ruda franqueza... Su obra, para quien, prescindiendo de las exterioridades, la juzgue á fondo, es una tremenda diatriba contra el matrimonio indisoluble, es decir, contra el matrimonio cristiano. Deja la lectura de *Casa Grande* un fondo tal de amargura en el alma, de excepticismo de la vida, que da ganas de huir hasta de su recuerdo.

«Su novela va á merecer los más entusiastas elogios del mundo literario, de ese mundo que poco se preocupa de la moral, y para el cual el arte es el todo. Pero entre los nuestros, entre los católicos de Chile, levantará una tempestad y merecida, porque Ud. ataca nada menos que al sacramento base de la familia y de la sociedad cristiana.

«¡Cuán grato hubiera sido para mí que *La Unión* hiciera coro á las alabanzas tributadas á su libro! Veo, sin embargo, que ello no será posible...»

En efecto; luego apareció una serie de artículos en que se demolía *Casa Grande*, negándoseme el agua y el

vela es el duque de Abercorn; el marido de Myra, en «Endimión», es Napoleon III... etc., etc.

Sí, pues, es admisible que Disraeli apunte su aparato fotográfico sobre hombres como los nombrados, no vemos por qué razón pecaría el

fuego. Guardé silencio, profundo silencio, en los momentos en que me asaltaban de todas partes convirtiendo mi persona en blanco de todo género de ataques y casi transformado mi modesto libro en cuestión religiosa, en ariete social que planteaba en Chile, por primera vez, la cuestión del «divorcio». Dijeron otros que era un libro de escándalo y de negocio, cuando no podían ignorar que se ha vendido «á precio de costo», sobre poco más ó menos. Nadie me sacó de mi silencio: no pedía cuartel, ni trataba de explicar mis intenciones. El libro debía defenderse solo y en esa hora de prueba, de ataques despiadados y sin ejemplo en Chile, debía yo hacer la defensa interior y callada de la palabra evangélica: «No vacilemos... arriba, Dios nos ve y nos juzga...»

Pasará el tiempo, se calmarán los nervios de los que tengan algo de razonables y tranquilos. Muchos permanecerán siendo injustos; acaso algunos mirarán con odio, ninguno con indiferencia, al autor y al libro de *Casa Grande*. Pero estoy seguro de que pocos, en Chile, podrán olvidarse del grito de agonía, de la emoción muy honda que brotan por sí solos de las páginas del libro y que corresponden á un estado del alma.

Y algunos meditarán sobre los problemas hondos y graves que comienzan á diseñarse en nuestra sociedad y en nuestra vida. Son semillas arrojadas al surco. Germinarán en su día—en un día de verdad y de justicia».

señor Orrego retratando del natural á los tres tipos antes designados.

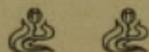
Es indudable que en esto, como en todo uso de un derecho, hay límites que merecen respeto; pero dentro de esos límites que son la decencia y la justicia, el novelista puede y aún debe copiar todos los personajes que, en grado apropiado, sirven para representar un país, una época ó un momento determinado.

Al hacerlo, y sean cuales fueren los cuidados y restricciones que se imponga, el escritor no logrará aprobación universal. Bastará, sin embargo, para su consuelo y satisfacción, el haber dado vida, y vida permanente, á tipos que, sin él, no dejarían rastro visible en la historia. (1)

En esto sucede lo que La Fontaine describió en su fábula del «Molinero, su hijo y el Asno»:

«On ne peut contenter tout le monde et son père...»

(1) Creo que, antes de muchos años, este libro será el mejor documento histórico que tengamos sobre la vida social chilena en los años 1900-1908. Todo historiador lo tomará en cuenta y entonces se verá cuán importante es *Casa Grande*.





Una carta del Sr. Roberto Huneus al autor

A propósito de "Casa Grande"
y de "Gran Mundo"

A mediados del pasado mes de Junio, publicó *El Mercurio* una larga é interesante carta del Sr. R. Huneus á Omer Emeth, de la cual extractamos las siguientes líneas:

.....
«*Casa Grande*, que empieza con excelentes descripciones de algunas costumbres y de algunos tipos nacionales, es una novela desorganizada en su plan; escasa de unidad; menesterosa de escenas; los personajes no se mueven por sí mismos; el autor medita, actúa y comenta en nombre de todos ellos; y, por eso, la obra resulta monótona, á pesar de las incidencias con que ha procurado el autor amenizarla.

Aisladamente considerada, merece *Casa Gran-*

de elogios análogos á los que pudiera motivar el examen de una casa que, con más de una habitación hermosa, careciese de unidad y de proporción en la mayoría de ellas. La escena en la Alameda, la muerte de don Leonidas y el luto de las Sandoval, son cuadros de mucha observación y de verdadero mérito. Hay que elogiar también la descripción de Granada, si bien esa descripción encuadra tanto en la historia de Heredia como si dijéramos en la historia de don Bernardo O'Higgins. Ese capítulo es tan bello como postizo. Hace el efecto de un anillo colocado sobre un guante.

El conjunto de la obra es inarmónico y su solución, aparte de falsa, es profundamente desagradable. Es forzoso agregar que Orrego no ha sido ni discreto ni piadoso en la presentación ó exhumación de algunos de los personajes de su novela.

Si tantos reproches me ha ocasionado, aunque muy á mi pesar, la concepción y la forma de *Casa Grande*, no puede á usted, mi distinguido señor Emeth, parecerle extraña la sorpresa que el elogio de usted á esa novela me produjo. Y para conservar á usted dentro de la situación en que sus demás escritos lo han colocado, debo suponer: ó que ignora usted la verdadera psicología de la sociedad de Santiago, ó que es usted extranjero, ó; por último, que ha antepuesto usted las benevolencias de la

amistad á las austeridades de una crítica que tanto tiene de sacerdocio.

A pesar de todo esto, convengo en que, aún espíritus superiores como el suyo, se perturben en el juicio acerca de novelas del relativo mérito y de las bulliciosas proporciones de *Casa Grande*; pero lo que no puedo explicarme hasta ahora, es que haya usted caído en el elogio de *Gran Mundo*, de don Tomás Gatica Martínez. Los defectos literarios y la falsedad absoluta de semejante novela, se sustraen á todo sentimiento de benevolencia crítica.

Gran Mundo, si es la obra de alguien que comienza, paréceme el fruto de alguien que no debe ser estimulado en el cultivo de un género literario para el cual no ha demostrado aptitud alguna. Es esa una novela embustera, casi calumniosa; carece de observación y de originalidad; no tiene ilación; no discurre, en todo el libro, ni un sólo personaje medianamente trazado; y no ameniza la relación de los episodios que la constituyen, ni una reflexión que no sea vulgar, ni siquiera alguna de esas frases de *esprit* que suelen disculparnos de una mala lectura.» (1).

(1) El señor T. Gatica Martínez respondió en *El Mercurio* del 22 de Junio.

Entre otras cosas dijo en defensa de su libro:

«¿Llama usted calumniosa y embustera la historia de Blanca Urriola? ¿No conoce usted ninguna mujer frívo-

Justo era dejar constancia de la respuesta del señor T. G. M.

la, ninguna mujer que se haya casado en esas condiciones, ninguna mujer que sea infiel á su marido? ¿Cree usted que es tan uniforme y estupenda la virtud de la sociedad santiaguina, que no puede sufrir las caídas, las mismas caídas que experimentan otras sociedades? ¿Se ha figurado usted que esté «confirmada en gracia», como los ángeles fieles al Señor? ¿Piensa usted de buena fe que es la mujer bíblica el único tipo social que pueda hallarse entre las damas santiaguinas?

Pero no sólo es usted galante con el bello sexo, señor Huneus; también se enfada usted porque hago dos calaveras cínicos de Félix y de Octavio, tipos muy vulgares, cuya identidad es demasiado facil de probar? ¿O cree usted que en la juventud santiaguina nadie puede delinquir tampoco?

El país que usted sueña no existe, por desgracia.

Los vicios sociales nos enervan cada día más. La galantería femenina, la coquetería social, se refinan; y las infidelidades conyugales no son tan escasa excepción que, al señalar una de ellas en las páginas de una novela, pueda decirse que eso significa una calumnia contra la sociedad.

Pero no, señor Huneus; usted conoce que la sociedad tiene caídas. Y entonces, ¿por qué llama embustera y calumniosa á mi novela, cuando sólo pinta á una de esas caídas?

¿Son burdas é incompletas las descripciones del baile de máscaras del 20 de Setiembre, de la charla con las bailarinas, de la *garçonnière* de Alcorta, de la casa de Nini, del Teatro de la Opera, etc., etc.?

Anteriormente hemos visto que en cuestión de gustos



Respuesta de Omer Emeth al señor R. Huneeus

Junio 20 de 1909.

Mi distinguido señor:

Antes de empezar la discusión á que me convida la interesantísima carta que usted acaba de dirigirme por conducto de *El Mercurio*, es deber mío no sólo agradecer los elogiosos conceptos que usted se ha dignado formar sobre mi humilde colaboración á este diario, sino protestar de lo que en ellos juzgo excesivo é inmerecido. Nunca he pretendido dar «vistos bue-

no puede sentarse el criterio personal como norma infalible.

Precisamente, señor, lo que usted halla inexacto es lo que otros han encontrado «demasiado real» y lo que usted cree «burdo», lo que muchos han considerado demasiado sutil para ponerlo en boca de mis aristocráticos personajes».

nos» ó clavar bandera amarilla sobre las obras que critico. Mucho menos he pensado en conceder absoluciones sacerdotales... He querido únicamente expresar con absoluta independencia la opinión que me merecen los libros recién nacidos. Mis críticas sin hiel ni miel (y agregaré sin dogmatismo), no tienen más valor que el de las razones en que procuro fundarlas y nada deben á mi carácter, profesión ó nacionalidad. Sí, como es inevitable, les sucede á veces andar erradas, ellas tienen su excusa en su sinceridad y en el amor á Chile, á las letras y á la verdad que las inspira.

Dicho esto, agradeceré una vez más aquellos elogios y los aceptaré, distinguido señor, sólo como estímulo para permanecer fiel á esa inspiración, seguro de que, por tal camino, manifestaré á usted y á cuantos me leen, la gratitud á que me obliga su benevolencia.

En esta discusión voy á invertir el orden de los factores, empezando por *Gran Mundo* y dejando á *Casa Grande* para el fin ó, como dicen los franceses, «pour la bonne bouche...»

Confieso, señor, que la novelita del señor T. Gatica Martínez merece gran parte de las críticas que usted hace de ella, pero debo advertir que, en el artículo dedicado por mí á dicha obra, insinué ideas muy parecidas á las que usted expresa en su carta. Insinuélas, es verdad, blandamente, y sin detenerme mucho en ellas,

pero allí están y creo que usted no dejaría de percibir las. Si, en aquel caso, practiqué el precepto de «Glissez, mortels, n'appuyez pas», fué únicamente porque el tema era vidrioso.... y resbaladizo como piso de Skating Ring.

Fuí indulgente (y talvez con exceso) moviéndome á ello no la amistad, puesto que no tengo el honor de conocer al señor Gatica, sino las conclusiones prácticas que, en mi opinión, brotan de aquella novelita. Podría una de ellas formularse más ó menos así: «¡Cuidado con Blanca y sus semejantes!...» No pregunté ni alcancé á saber si tales tipos de nulidad moral femenina existen o nó en el *Gran Mundo* de esta capital, ya que, como le confesé humildemente en el citado artículo, «non sum de hoc mundo...» Contentéme con suponer que aquellas nocivas muñecas pueden existir aquí como es fama que existen en otras partes y, dada esa hipótesis, concebí que fuese lícito escribir su vida y milagros, no para edificación, sino para escarmiento de los que alguna vez se sintieran inclinados á jugar con ellas.

Pudo, es cierto, el señor Gatica gastar en su libro más aticismo, más verismo, mayor elegancia... Lo confieso, pero su pecado, por grave que sea, no es irremisible, sobre todo si el pecador cuida en adelante de evitar una reincidencia.

Creo, distinguido señor, que la lectura de la

carta de usted le inspirará serias reflexiones y que, en otras obras anunciadas por él, obtendremos ambos plena satisfacción. Para algo habrán de servir la justa severidad de usted y mi relativa suavidad crítica...

Llegamos ahora á la obra del señor Orrego Luco.

He leído, señor, una y otra vez los considerandos del fallo que usted pronuncia sobre *Casa Grande*, y encuentro en ellos los elementos de mi justificación.

Complácese usted en reconocer el talento del señor Orrego y en suavizar sus críticas, admitiendo que *Casa Grande* «empieza con «excelentes descripciones de algunas costumbres y de algunos tipos nacionales». Prosiguiendo y dando pormenores, dice usted: «La «escena en la Alameda, la muerte de don Leonidas y el luto de las Sandoval, son cuadros «de mucha observación y de verdadero mérito. Hay que elogiar también la descripción «de Granada, si bien esa descripción encuadra «tanto en la historia de Heredia como si dijéramos en la historia de don Bernardo O'Higgins. Ese capítulo es tan bello como postizo». (1)

(1) En este último punto opino exactamente del mismo modo. Pero el señor Orrego podría vindicarse del reproche de «posticidad» (perdóneseme el neologismo)

A estas alabanzas agregaría yo algunas más si no fuera por el temor de repetir lo que en otros artículos he dicho ya varias veces.

Es, pues, cierto, mi distinguido señor, que *Casa Grande* no carece de valor literario y, por tanto, si atendiendo á sus diversos méritos, creí poder alabarla, estimo no haber procedido sin fundadas razones...

Considerándola en conjunto y aplicándole el criterio de Jorge Sand, digo que ella me «sedujo», (es decir, me interesó en alto grado), y que además me «conmovió», poniéndome en presencia de la ruina paulatinamente creciente de un hogar. No me «consoló», pero ¿cuál es la novela que pueda de veras consolarnos, si en ella sólo se refleja la realidad?...

He leído últimamente el hermoso libro de J. Merlant sobre «la Novela Personal, desde Rousseau hasta Fromentin», (1) y he podido ver, en las reseñas de todas las novelas francesas escritas desde 1750 hasta 1853, que el elemento consolador falta tanto en la ficción como en la realidad de la vida.

aduciendo precedentes de gran peso sacados del Quijote, de la Divina Comedia y de un sinnúmero de novelas reputadas como obras maestras... Esa «posticidad» se perdonará siempre que vaya unida con la belleza.

(1) Publicado en París, Hachette et Cía., 1905, libro importantísimo.

Sí, como usted lo reconoce, el pesimismo domina en la literatura actual chilena, es probablemente porque las condiciones morales de la sociedad no permiten soñar con arcos iris ni con rosados optimismos.

No es extraño, por consiguiente, ni es, en mi sentir, censurable que la novela de Orrego Luco deje al lector una sensación de amargura y desconsuelo.

Repito, mi distinguido señor, que viviendo, como el Silvestre Bonnard de Anatole France, recluso en la «Cité des livres», no puedo juzgar de la absoluta exactitud fotográfica ó pictorial de la novela que nos ocupa. Juzgo «á priori», y por tanto puedo y temo errar. Pero hay algo que me anima á sacudir parte siquiera de mi temor...

Cuando, en *Casa Grande* encontré al senador Peñalver y reconocí en él á un hombre cuya «conversión» me fue en cierta ocasión encomendada por una de las más distinguidas y venerables señoras de la sociedad santiaguina, (1) paré la oreja y pensé que Orrego Luco podía ser un buen pintor de la misma sociedad...

(1) En homenaje á la verdad, debo agregar que el senador resultó ser «un gros et dur morceau...» y que su «conversión» superó mis escasas fuerzas. Por poco nõ me convirtió en admirador de su oportunismo!... Cosas de antaño!...

Avanzando en la lectura yo, aunque ermitaño, reconocí algunos tipos más y me ví obligado á creer que *Casa Grande* era un edificio construído con trozos de realidad.

Estas son mis excusas...

Volviendo á los argumentos de usted confesaré, mi distinguido señor, que ellos me impresionan sin convertirme. Diré de ellos lo que Hume dijo de los del obispo y filósofo Berkeley: «Sus razones son sin réplica, pero no me « convencen... »

Conocedor de la sociedad santiaguina, usted puede, con un derecho que yo no tengo, calificar la exactitud de las pinturas que de ella trazan nuestros novelistas. Esto admito, así como me complazco en admitir la absoluta sinceridad y altura de miras de sus críticas.

Pero... no me rindo!... En estas materias en que, bien lo queramos ó no, impera el subjetivismo, el crítico que se dejó «seducir» por una obra literaria, puede decir á los que no comparten su admiración, lo que Palmerston dijo un día á uno de sus amigos que de repente se le había tornado reacio é inconvencible: «Well, since it is so, we must agree to differ...» (1)

(1) Espero que el señor Orrego Luco saldrá por fin, á campear por su *Casa Grande*... Entonces, sí, sabremos á qué atenernos y leeremos algo que merecerá llamarse un alegato «pro domo sua...» (20 de Junio)

(Ya ha visto el lector, en las citas hechas más arriba,

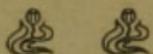
Al concluir expresaré á usted, mi distinguido señor, todo el placer que he experimentado en la lectura de su interesantísima carta.

Considérola como un síntoma y un ejemplo. Sí, en efecto, entre nuestros literatos, algunos, con la preparación y el talento de que hay tan preclaras pruebas en la carta de usted, se dignarán á veces terciar en nuestras discusiones críticas, la literatura nacional ganaría inmensamente. Por desgracia prefieren los más encerrarse como Vigny, en su «tour d'ivoire...» Quiera Dios que la intervención de usted sea la primera de una larga y valiosa serie!...

Soy de usted, mi distinguido señor, Atto. y S. S. (*El Mercurio*.—Junio 20 de 1909.)

OMER EMETH.

que el señor Orrego ha publicado aquel alegato. Es fama que muchos de sus críticos se han declarado vencidos y convencidos por tan brillante defensa).





“El Doctor Leroy”

A propósito de la novela que, con este título, acaba de publicar en Valparaíso el señor Gustavo Silva.

El epígrafe de *El Doctor Leroy* es, probablemente, el resumen de la filosofía de su autor.

Dice el señor G. Silva: «Porque creo en el Bien, porque concibo una vida ideal, por eso vivo.»

Aunque merezca algunos reparos, esta frase es de buen aspecto y habla en favor de quien la escribió. Vivir, en efecto, es algo muy inútil, muy sin sentido y sin frutos, si el que vive no concibe una vida ideal y si el ideal concebido no es el Bien creído, amado y buscado ó, más exactamente, intentado.

Pero lo curioso es que, en esta novela, ninguno de los personajes creados por G. Silva obedece á la filosofía de su creador. Hay allí un ministro de Corte, campechano y vividor, que

es un verdadero modelo de «paterfamilias». Si alguna vez se preguntó á sí mismo: ¿por qué vivo? es de creer que respondió sin filosofía, aunque no sin verdad: «Vivo, dijo sin duda don Maximiliano, no porque creo en el Bien (con mayúscula), ni porque concibo una vida ideal, sino porque, siendo padre de familia, es deber mío vivir para que viva la familia...» Añadiré que don Maximiliano habría vivido de todos modos, aunque el bien no hubiese existido y por más que su intelecto no hubiese concebido ideal alguno... Los hombres como él viven... sin motivo... ni escrúpulo.

En cuanto al doctor Leroy, su respuesta habría sido más imprevista aún...

Pero analicemos la novela y deduciremos cuál pudo ser la respuesta de Leroy.

En casa de don Maximiliano, ministro de la Corte de Apelaciones de Valparaiso, vivía desde su más tierna niñez una huérfana, Laura, á quien doña Teresa, esposa del magistrado, hubo de revelar cierto día su verdadera situación. Laura, en efecto, había llegado á los dieciocho años sin sospecharla. Creía ser hija de don Maximiliano y doña Teresa, mientras, en realidad, era una extraña, una allegada en ese hogar.

Desde el momento en que su orfandad le es revelada, Laura empieza á perder la alegría y la salud. Marchítase la hermosa niña cual flor

traidoramente alcanzada por la hoz del segador...

Vienen las vacaciones del verano que la familia de don Maximiliano pasa en Serena. Encuéntrase allí el doctor Leroy, condiscípulo y amigo del magistrado porteño...

Es este doctor un solterón de 48 años, bien conservado y perfectamente *entrainé*, cuyas aptitudes quedan lo bastante explicadas por el curioso apodo de «Doctor Cupido» que le dieran sus admiradores coquimbanos.

Leroy examina á la enfermita y mientras escucha el latido de ese corazón virginal, siente su propio corazón de soltero empedernido rejuvenecerse á su contacto... Leroy, cincuentón y todo, se enamora de Laura, la pide en matrimonio y la... obtiene...

Laura acepta; don Maximiliano acepta; la señora Teresa acepta... y aquello se resuelve en un abrir y cerrar de ojos...

El doctor Leroy, después del casamiento efectuado en Valparaiso, vuelve con su esposa á la Serena... Todo parece favorecer á ese viejo conquistador; no es él quien diría con G. Silva: «porque creo en el Bien, porque concibo una vida ideal, por eso vivo...» Leroy diría sencillamente: «Nunca supe de Bien ni de ideales; pero si existe algún bien ó algún ideal, Laura es para mí ese ideal y ese bien... Por ella vivo...»

(El infeliz doctor hubiera podido agregar: «Por ella moriré...»)

La realidad fué lo que debía ser: nunca pudo Laura amar á su doctor... Ese Cupido devastador de Coquimbo, cuyas flechas hicieran tantas y tan crueles heridas en innumerables pechos femeninos, era para ella... un viejo... No tardó, pues, la desdichada joven en encontrar en un baile al hombre que merecía, más que su marido, el mitológico apodo...

Inde irae... Nunca dió Laura motivos para que Leroy dudara de su fidelidad... pero, ¿cómo podía el doctor no sospechar algo al verla triste, silente y pálida? ¿Cómo evitar que se alzara en su imaginación esa X que busca todo hombre cuya esposa vive envuelta en semejante *spleen*? Una carta anónima despejó aquella incógnita, quiero decir, aquel «incógnito» y supo el doctor, por confesión de parte, que su mujer amaba á Lucio Fernández...

El infierno entró en casa á raíz de la confesión de Laura...

Poco después parte el doctor con su mujer á Valparaiso, embarcándose en el mismo vapor Lucio Fernández... naturalmente... Allá, en una dulcería, continúan las pláticas cupidinescas... y vuelven más enamorados que nunca Lucio y Laura á la Serena... y el doctor cada vez más celoso...

Laura siempre impecable (así lo cree ella, po-

bre sepulcro blanqueado), es ya tísica. Leroy la lleva á Vicuña y allí muere esa víctima del matrimonio, muriendo allí mismo y repentinamente el doctor, al anunciársele la muerte de Laura...

Mientras agoniza su «amada», Lucio Fernández procura olvidar su pena en la casa hospitalaria de doña Sabina Contreras... «Las horas transcurrieron alegremente, como era propio (notad, lector amigo, esa propiedad verdaderamente especial en aquel momento), como era propio donde había también hombres y mujeres jóvenes, mesa buena y abundante, disposición para gozar de la vida, arpa, guitarra y piano...»

Dios mío! ¿Y el epígrafe?... ¿Qué respondería don Lucio á la pregunta: ¿por qué vivo?...

En verdad, *El Doctor Leroy* se lee con placer y pena á la vez: con placer, porque la narración es rápida y viva; con pena, porque no hay, en toda esa novela, un solo tipo, sin exceptuar á la misma Laura, del cual no pueda decirse: «Un cadaver más, ¿qué le importa al mundo?...» ¿Qué falta, en efecto, pueden hacernos tipos como Lucio, capaces de acudir á la crápula más vil en horas de angustia y agonía en que todo debía hablarle de abstinencia y pureza? Nunca mejor que entonces pudo aplicarse el dicho de los estóicos: *Abstine, sustine?* ¿Qué falta nos hacen los doctores Leroy, seductores profesionales, incapaces de amar, sino á impulsos de

los celos, y cuando éstos son ya inexcusables y cómicos? Y los demás fantoches, desde ese magistrado sin sesos que une en matrimonio absurdo los cincuenta años del decadente y decaído Leroy con los veinte abriles de Laura, hasta esa beatísima y ciega doña Teresa, que da gracias á Dios de ver á su paloma en las garras «benditas» del gavilán conservador y amigo de Andacollo, ¿qué nos importan?...

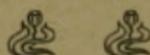
Nos importarían si G. Silva hubiese analizado esos caracteres como Flaubert analizó á Bouvard y Pecuchet...

Es verdad que G. Silva no pudo darse el campo ancho que para semejantes análisis es preciso. Su novela corta sólo le permitió esbozos rápidos é incompletos.

Así y todo, ella demuestra que su autor podrá, cuando lo quiera, ser un verdadero novelista.

Pero dése el tiempo y el espacio necesarios... Si en la próxima novela de G. Silva, el protagonista es médico, preciso es hallemos en ella la psicología de un médico, no la de un vividor cualquiera, sin sello profesional alguno; si es francés, llámesele Dubois ó Leroy, en hora buena; pero conózcase su nacionalidad en su genio, en su ingenio ó siquiera en... su acento; porque si nada de esto tiene, no veo por qué no se le llamaría sencillamente Rey ó Silva; si, por fin, es serenense y si la novela se desarrolla en la

provincia de Coquimbo, désenos á contemplar algo más que las humaredas de Guayacán... No carece de poesía esa vieja ciudad de Serena ni le falta caracter propio á Vicuña, por no citar sino á dos puntos de esa provincia fértil en tipos, en escenas y en paisajes capaces de tentar la pluma y el pincel del novelista...





CUENTOS CHILENOS

A propósito del libro de R. Maluenda intitulado «Escenas de la Vida Campesina».—(Santiago, 1909).

El cuento es uno de los géneros literarios que más han tardado en aclimatarse en Chile. Pero si nos atenemos á publicaciones periódicas y libros de fecha reciente, es claro que la planta, con tanto éxito cultivada por Maupassant, está en vías de darnos antes de mucho abundante y valiosa cosecha. Ya, en efecto, tenemos el cuento «nacional»...

Para demostrarlo bastará nombrar á algunos de nuestros jóvenes escritores: R. Piwonka, E. Monge Wilhems, F. Santivan, Rafael Maluenda y otros.

Como llegó á nacionalizarse aquí el cuento francés y como podemos hoy en día «contar cuentistas» entre nuestros más amenos escritores, es problema fácil de resolver, si se advierte

que tanto este diario como *Zig-Zag* han venido despertando el gusto del público por esta clase de escritos.

Al principio los «cuentistas» chilenos solían contentarse con pálidas y tímidas imitaciones de los franceses. Para ellos Chile no ofrecía temas dignos de tentar el pincel del escritor. Pero no faltó alguno que abriera los ojos y viera que esta tierra, nueva y por decirlo así vírgen, abunda en tipos, escenas y paisajes, cuya plenitud de vida y perfecta originalidad ofrecen materiales inagotables.

Uno de los autores que, con más éxito, supieron aprovecharse de las riquezas de su tierra, es R. Maluenda.

Sus *Escenas de la Vida Campesina* son como un efluvio de los campos de Chile. Todo en ese libro es netamente chileno: los mozos valientes y las mozas retozonas, los impertérritos bandidos y sus tenaces y tantas veces burlados perseguidores... los gendarmes. Amores y odios, paciencia fatalista y valor indomable, todo allí brota de la tierra chilena y lleva indeleble el sello de su origen.

El lenguaje mismo del señor Maluenda (ó más exactamente, el de sus protagonistas), guarda en toda su fuerza lo que los franceses llaman «le goût du terroir», sin que por esto pueda tachárselo de incorrecto. Muy al contrario, el autor ha sabido, como pocos, permanecer fiel

á la verdad chilena y á... la castellana. Para pintar sus *Escenas* bástale la rica paleta que se llama «*El Diccionario de la Academia*», y si en su libro algún chilenismo asoma la cabeza, es de aquellos que merecerían título de ciudadanía castellana.

No se crea, sin embargo, que R. Maluenda no sacude de vez en cuando las cadenas académicas. Aunque sus veleidades de independencia sean raras, he notado algunas que no puedo dejar de señalar.

Describiendo un «rodeo» (y, entre paréntesis, diré que esa descripción es admirable), nuestro autor llega á acuñar un verbo cuando dice: «...se quitan entonces las trancas y casi atropellándose «irrupen» los ginetes en el recinto... (p. 8). Del mismo modo, cuando escribe esta frase: «Excitado por el vino y como si deseara «espandir» ante su mujer y su hijo aquella íntima satisfacción, continuó el labriego bromeando...» (p. 202). Al lado de esos verbos hállase un adjetivo de nueva fabricación: «...los pálidos colores de los campos se desleían en el vaho «neblinoso» que lentamente envolvía los objetos...» (p. 87).

Hé ahí tres vocablos de nuevo cuño cuya presencia, en un libro tan esmeradamente correcto como éste, parecerá imperdonable á un «purista», pero los tres son muy aceptables y merecerían figurar en el diccionario de la len-

gua. Sí, en efecto, admitimos los sustantivos «irrupción y expansión», ¿por qué rechazaríamos los verbos que les corresponden? y si decimos «lluvioso», ¿por qué no tendríamos el derecho de decir «neblinoso»? En verdad, el acuñar nuevos vocablos ha de ser lícito siempre que ellos ostenten intacto su parentesco con los que ya existen en el lenguaje aprobado. (1)

Pero el señor Maluenda ha llevado la independencia á un extremo muy cercano de la licencia. En un caso, si no en dos, sus creaciones verbales son antojadizas como cuando, en una frase por lo demás elegante y gráfica, dice: «...todo eso que «jesta», que fluye, que vibra bajo el inmenso manto de la noche...» (p. 27) ó, cuando nos habla del sol que «fulgera» en lo alto...» (p. 4). En ambos casos, un error tipográfico puede explicarlo todo, pero lo que es muy probable en cuanto á «fulgerar», lo es menos si bien se mira al verbo «gestar» cuya significación no vislumbro... (Pensándolo bien, llego á creer que ese «mónstruo» filológico es... «gestación» de algún cajista...)

Sea de esto lo que fuere (y en verdad es mera pequeñez), no terminaré este artículo sin expresar el agrado con que he leído las XIII *Escenas de la Vida Campesina*.

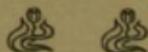
(1) Debiera empero decirse *espander* y no *expandir*, pues así parece exigirlo el latín *expanders*.

Lo dicho hasta aquí explicaría de sobra este placer; pero agregaré á los motivos ya apuntados, una razon que pocas veces tengo igual oportunidad de manifestar, y es que R. Maluenda, diferenciándose de muchos escritores jóvenes, respeta á sus lectores y se respeta á sí mismo.

Hablando de «cuentos» y recordando los de Maupassant, creo alabar suficientemente los presentes, diciendo que se leen con tanto agrado como los del insigne escritor francés, pero sin el rubor que conocen los lectores de *La Maison Tellier* y otros cuentos por este estilo.

Agregaré que R. Maluenda ha sabido respetar su propio talento, no sucumbiendo, como lo hacen otros, á la facilidad y verbosidad que son la plaga y tentación de la juventud inteligente. Su libro denota, á la vez que talento, laboriosidad.

Con estas dos armas, el joven escritor puede caminar más seguro que «El Perseguido», de su cuento, porque, si hay en literatura una verdad definitivamente comprobada, es la que un filósofo expresó diciendo: «Le génie est une longue patience».





Palpitaciones de vida

A propósito del libro que con este título acaba de publicar el autor chileno F. Santivan.

En mi artículo sobre las «Escenas de la Vida Campesina» de R. Maluenda, híceme reo de un olvido que quiero hoy reparar. Dije, al calificar esa preciosa obrita, que ya teníamos «cuentos y cuentistas nacionales».

Dije mal. Las «Escenas Campesinas» no son cuentos, ni son novelas; son lo que en francés suele llamarse *nouvelles*, es decir, composiciones que ocupan un lugar intermedio entre la novela propiamente dicha, cuyo desarrollo exige un grueso volumen, y el cuento, naturalmente breve y rápido. Son, en realidad, cuentos que evolucionan hacia la novela verdadera y participan de ambos géneros; lo que explica la preferencia que por ellas tienen hoy en día los lectores, ávidos de goces literarios que no exijan

mayores gastos de tiempo y atención. Es la novela corta un auténtico producto de la ley del «Menor esfuerzo», hoy más que nunca tiránica en el mundo automovilista en que vivimos.

Pero al hablar de «menor esfuerzo», no se crea que sea intención mía aludir á autores como R. Maluenda y F. Santivan. Aquella ley no rige para ellos, puesto que la brevedad y concisión en una «novela corta» y, sobre todo, en un cuento digno de ese nombre, no se obtienen sino con ímprobo trabajo. *Faire court*, ser breve y hacer breve produciendo al mismo tiempo obras verdaderamente literarias, es tarea difícil cuyo peso conocen sólo aquellos escritores que se han propuesto poner á raya su propia fecundidad verbal.

Los demás, ó si se me permite un neologismo muy sugestivo, los enfermos de «melanorrea» (1) nunca sospecharán la suma de trabajo que puede exigir una novelita ó un cuento perfecto... Estas consideraciones brotaron en mí al leer las *Palpitaciones de vida* de F. Santivan.

Este joven escritor nos presenta en su obra una hermosa serie de novelas cortas, cada una de las cuales es copia fiel de un «trozo de vida» real. Equivale esto á decir que los cuadros de Santivan son llenos de colorido y movimiento

(1) Es vocablo griego, como todo término técnico que se respeta. La primera parte significa «tinta».

y que en ellos cierto pesimismo responde á la realidad triste en que, al fin, viene á sumirse nuestra vida.

Todos los lectores de Maupassant habrán percibido el dejo amargo que les queda siempre, á pesar de la risa, al final de sus lecturas.

Santivan no busca el efecto cómico tan á menudo excesivo en el autor francés; pero lo alcanza á veces como en «El Beso», en el que vemos desfilar, ante el pseudo-cadaver del cataléptico general Gomero Velasco, todas las vulgaridades y todos los egoismos humanos. Sólo «el beso» de una mujer que no supo olvidar los puros amores de la adolescencia, viene á suavizar ese cuadro tétrico.

Del mismo modo la «Rebelión» de un infeliz «chuzo» provoca la sonrisa del lector, mas al mismo tiempo despierta en su corazón una simpatía que no puede menos de merecer todo animal (y todo hombre embrutecido y explotado por su amo).

Y ¡qué amargura no sentirán los lectores al contemplar las sucesivas escenas de «Ráfagas del campo», en que el trabajo brutal y una sensación de esclavitud irremediable destruyen poco á poco en los corazones el sentido moral y hasta el pudor femenino! Bien están allí los versos de Pezoa con que se encabeza esta novela:

«...Llora,
Llora. Allá en la inmensidad
La casa en que el amo mora,
Se alza; su provocadora
Techumbre suda crueldad. »

Es imposible, en el corto espacio de que dispongo, analizar una por una las composiciones de que consta este volumen. Basta con decir que, si todas hablan elocuentemente á favor del talento del escritor, algunas como «Era tan lindo...» y «Mala sombra» no hacen menos honor á su corazón. Pocas cosas he leído más enternecedoras que esas páginas en que dos madres lloran sus hijos con la intensidad que nos pinta la Biblia al hablar de Raquel y de esas madres inconsolables que «no quisieron ser consoladas porque sus hijos perecieron»; pobres corazones heridos que ya no conocerán dicha alguna en el mundo...

Hay, por fin, en Santivan una aptitud para la ironía cuya presencia no se adivinaría si no halláramos en su libro ese «Amor al campo», del cual bien podría darse por resumen el conocido verso:

La donna e movile...

No quisiera concluir esta crítica sin quejarme de la primera novelita «Palpitaciones de vida»,

la cual ha servido de título para todo el volumen.

No sé si el lector compartirá mis escrúpulos; mas declaro que esta composición, aunque materialmente irreprochable, no lo es desde el punto de vista moral. Allá verá quien la lea si, humana y femeninamente hablando, aquello es posible. Tampoco admito que el amor sea tan autónomo que no reconozca ley alguna, fuera de su propia satisfacción. Esto es puro nitzscheismo... Cosas de la juventud que poco ó nada significarían si no apareciesen en letras de molde y no estuvieran así al alcance de almas jóvenes, inexpertas y... tentadas... Después de todo, ese cuento puede servir para quitar á muchas madres la cándida confianza que tienen depositada en sus hijas, máxime cuando éstas estudian... matemáticas... en la falda del cerro San Cristobal (1).

(1) El 27 de Mayo leí, sobre este libro, en *Las Últimas Noticias de El Mercurio*, un artículo de E. G. (E. García) del cual extractaré las siguientes líneas:

«¿Qué cúmulo de ideas no sugiere, por ejemplo, el primero de los cuentos que figuran en el libro. Hé ahí la historia de los cortos amores de dos seres ansiosos de una vida intensa, completa, y que se ven impedidos por los convencionalismos sociales á dar libre vuelo á sus sueños de ventura. Han elegido la soledad de una montaña como lugar de cita de sus amores, porque allá en la altura se respira un aire más puro, no contami-



“PÁGINAS CHILENAS”

POR

“Angel Pino” (Joaquín Díaz Garcés)

Muy incompleta resultaría esta *Vida Literaria* si nada dijéramos de *Páginas Chilenas* por Angel Pino.

Acogido con universal aplauso de la prensa y del público, este libro sería el más chileno de

— — —
nado de los miasmas asfixiantes de la ciudad que se divisa allá en el plano como «una ancha boca de tumba». Pero, más poderoso aún que el lazo que une sus almas, triunfa, por fin, la invencible fuerza que se ha interpuesto entre ellos, y hélos ahí bajando la pendiente —el mismo camino que otras veces hicieron lanzando locuras y gritos al viento — sumidos en la tiniebla, comprimiendo los sollozos, en dirección hacia la mancha negra que se extiende á sus pies, hacia la ciudad inmensa cuajada de luces inmóviles, que se los traga esta vez para siempre... ¿Acaso no es este un poema de corte ibseniano?

Se comprende que á Omer Emeth, el cultísimo escri-

los publicados en estos últimos años, si casi al mismo tiempo no hubiesen salido á luz las hermosas *Cartas de la Aldea* de Ortega.

Es, en todo caso, chileno hasta la médula y realiza, en mi concepto, el tipo del libro ade-

tor que cada vez se conquista mayor autoridad, no le haya parecido este cuento tan bien como á nosotros, porque él, á pesar de su talento, en cuestiones de moral sufre una verdadera agarofobia—horror á los espacios abiertos—(ah! las influencias ancestrales!...) y no se siente *a son aise* leyendo la obra de un artista que, por el contrario, se eleva (ó desciende, como se quiera) á regiones infinitas, donde el pensamiento se dilata libremente, sin encontrar escollos, á regiones situadas «más allá del bien y del mal», para usar una hermosa expresión de Nietzsche que, á nuestro entender y dicho sea de paso, no corresponde al concepto nietzscheano de la moral. Pero no se comprende tan fácilmente cómo es que ese mismo cuento haya podido merecer las observaciones que leemos en el interesante artículo del señor Latorre Court (*Ultimas Noticias* del día 20), con quien lamentamos estar en el más franco desacuerdo. Omer Emeth no acepta la tendencia de «Palpitaciones de vida» que está en pugna con su criterio filosófico. Con lo cual reconoce, como no podía menos de hacerlo, que hay en este cuento todo un problema de moral muy digno de discusión y que, de hecho, el mismo discute. Pero esto pasa desapercibido para el señor Latorre Court, y donde Omer Emeth y nosotros creemos hallar ideas y doctrinas, él sólo ve «un producto de lecturas de Trigo, de acuerdo con la avidez sensual de un corazón de veinte años». Francamente, no se nos alcanza cómo en una obra seria que suministra tema para hondas meditaciones, pueda sospecharse la influencia de

cuado al suelo, al cielo, á la raza, al ambiente y, si se quiere, al momento. Taine hubiera hallado en él una excelente comprobación de la tesis sobre que está edificada su célebre *Historia de la Literatura Inglesa*.

un espíritu superficial como es el de Felipe Trigo, cuya pretendida filosofía no pasa de ser un cándido pasatiempo de erotomano. Y, por otra parte, ¿qué tienen de sensual esos tiernos amores del San Cristobal? En tal caso, aparte de los amores de Leonardo Penna con Santa Teresa y otros por el estilo, todos los amores del mundo serian sensuales».

De estas interesantes consideraciones sólo una me afecta seriamente, y es cuando E. G. me cree atacado de *agorafobia*. No tengo temor alguno á los espacios vacios: pero sí temo á agujeros abiertos, por ejemplo, en el cerco de una casa, bien sea mía ó ajena.

El cuento aludido abre un forado (no pequeño) en una de las principales murallas del edificio social, esto es, en el matrimonio, poetizando los amores de un hombre casado con una joven bachillera que, á sabiendas, consiente y persevera en ello.

Esto no es *agorafobia*, es simple respeto hácia una institución respetabilísima. No; no me siento *a mon aise* leyendo ese cuento, porque allí, después de todo, hay algo de desleal de parte del hombre que, no sólo engaña á su propia mujer, sino se aprovecha también de la «casquivanidad» (perdóneseme el neologismo) de una desdichada estudiante. Por fin, ¿qué provecho puede sacarse de aquel cuento, á no ser el que apunto al terminar mi artículo?... Felizmente, Santivan, en los demás, compensa los defectos del primero...

Entre los numerosos artículos de crítica dedicados á esta obra, el más completo es, á todas luces, el del señor Benjamín Vicuña Suberca-seaux en el cual hallamos un eco fiel no solo de la opinión general sino de la misma verdad crítica. (1)

Dice B. Vicuña S:

«En la joven pero abundante literatura chilena, en el vasto campo de la inteligencia americana, muchos han cultivado el cuento, la narración pintoresca del hecho aislado. No sé de ninguno que lo haya hecho con más acierto y brillo que «Angel Pino».

«Sus cuentos,—*Páginas Chilenas*,—forman la primera parte del libro. Son escenas y paisajes del campo y de la vida.

Juan Neira es el tipo perfecto del capataz chileno, «deal como un perro, bueno como la leche, y valeroso como el tigre»; ha sido soldado del Buin y del Valdivia, y como tal se defiende cuando unos peones criminales lo asaltan cuchillo en mano. Destrozado á puñaladas,

(1) Al ver cuan numerosos y minuciosos eran desde el primer momento los artículos de crítica dedicados á este libro, en todos los diarios de Chile y reproducidos en éste, me resigné á no hablar de él temiendo que, por llegar tarde, viera yo verificarse en mí el viejo proverbio: *Tarde venientibus ossa*. Por esto cedo aquí la palabra á mis dos excelentes colegas de *El Mercurio*, Dn. B. Vicuña S. y Cristobal Zárate.

Neira se esfuerza por llegar hasta las casas, como todos los días, á decirle al patrón que «no hay novedad en el ganado»... En lo mejor de la terrible pelea, sobre la loma, en la cual los peones lo han sorprendido, «Neira lanza una mirada abajo, á la llanura, y recuerda á la vieja (su mujer), que probablemente cuelga en ese momento la ropa en el cordel» (pág. 7)... Más tarde, en el camino de las casas, sobre el cual ha dejado un reguero de sangre, cae exánime, pero alcanza á ver las luces de los que han salido á buscarlo «como ánimas errantes que lo llaman»... «Sus labios convulsos, ensangrentados, querían en vano responder: «¡Aquí estoy!» Pero la voz moría en su seca garganta, y sus palabras eran como un secreto, como una confesión». (pág. 11).

«Son esos toques breves y precisos, esa intensa noción de lo dramático, que otro escritor encarecería buscándolos, y que á Angel Pino le brotan, los que ponen en sus páginas tanto movimiento y tanto sabor de realidad.

«Una noche, en las casas de la hacienda, está desvelado y escucha esos «lejanos clamores del campo, que forman un confuso y apagado murmullo sin que se sepa si es el rumor del silencio ó el silencio del rumor». (pág. 13). ¿Puede darse algo más exacto, más real, más admirablemente evocador?

«En el cuento titulado *Segovia*, hallamos la

historia conmovedora de ese «huaso» fiel á su amo, á don Ignacio García, el bondadoso y patriarcal dueño de «La Quebrada». Don Ignacio ha muerto y sus entristecidos inquilinos llevan sobre los hombros el pesado ataúd del viejo agricultor. El cementerio está distante muchas leguas. De trecho en trecho los cargadores del ataúd se remudan. Segovia, en toda la jornada, no quiere dejar la carga. Llega extenuado, rendido, y cae junto á la loza con el ataúd de su patrón.

«Me saldría del marco de un artículo de prensa si continuara anotando las observaciones felices, los rasgos exactos, los caracteres profundamente humanos y chilenos que viven en las doscientas páginas que forman los cuentos de «Angel Pino», en esas *Glorias de la chicotera* en que dos bandos de «huasos», enardecidos por una «cuestión de aguas», pelean á «pencazos» frente á la iglesia del pueblo, sin que el viejo cura logre imponer concordia. Pero llega la policía á establecer el orden y entonces al momento, los bandos irreconciliables se ponen de acuerdo y le dan á los «pacos» una «batida de chicotera» que los hace correr fuerte. Todo acaba en una común y fraternal borrachera. Y ese cuadro magistral é imponente de *La Trilla* (pág. 53), á la manera antigua, con una ronda desenfrenada de yeguas salvages, en medio de un ensordecedor chivateo de voces

españolas y araucanas. Y la *Figura de Antaño* (pág. 54), ese retrato de don Pedro Castro, «el hombre más embustero que ha nacido bajo el cielo de Chile», genuino representante de la imaginación nacional, que tenía un loro «sabio como una persona, y que rezaba como el mejor cristiano». Un día se le voló el loro á don Pedro Castro. Al poco todos los loros de la comarca, todos los «choroyes» del valle, pasaban por lo alto, en bandadas, rezando en un clamoreo inmenso, «Padre Nuestro»... y «Dios te salve, María»... Por fin esas páginas de guerra, vibrantes como el patriotismo exaltado, sonoras como el batir de los tambores, nostálgicas de las glorias pasadas y que, parece, ya no volverán: «El capitán Araneda, que dirigió sus soldados en el glorioso combate de Sangra, sirve hoy en el Congreso un puesto de edecán y es mudo testigo de la transformación de los chilenos que se dejaban matar hace treinta años por la patria, y que hoy, al asaltar con denuedo las arcas fiscales, no se dejarían cortar un dedo sin hacerse pagar cada gota de sangre con una libra esterlina. (*Sol y Sombra* (pág. 189).

«Nadie ha pintado mejor que «Angel Pino» el carácter y el humor del «roto chileno», ladino y valiente, leal y vengativo, chistoso y, en el fondo, melancólico y fatalista; ni Barros Grez, en sus cuentos de provincia; ni Blest Gana, en

sus novelas; ni Román Vial, en sus comedias y cuadros de costumbres.

«A esta maravillosa intuición del alma nacional, á esos dones de artista preciso y vigoroso, «Angel Pino» agrega un profundo sentimiento de la naturaleza, un colorido intenso, y no sé qué vaga tristeza que lo hace ser un paisajista admirable: «¿Quién no ha visto,—dice en la narración de *Juan Neira*,—los cerros chilenos, cubiertos de boldo? Es un faldeo gris en el cual las teatinas ponen manchas doradas; algunos quiscos se levantan como brazos que amenazan; y los boldos, de un verde tan intenso, parecen penitentes escalando el cerro». Más adelante, página 8: «Es la campana del fondo que toca el Angelus, y cuyas vibraciones el viento trae á ratos como un gemido, á ratos como una voz de mujer que llama»... Ved la pintura de una alborada en cuatro líneas: «Prendía ya en el oriente cierta claridad indecisa, semejante á un vapor amarillo, surgiendo de la tierra como una gasa que desplegara el viento. Un gallo aleteó sobre un matorral, lanzando al aire frío su cacareo vigoroso, alegre, argentino. A lo lejos sonó otro canto más apagado; y en la vasta extensión otros se sucedieron, precursores infalibles de la cercana aurora». (Pág. 14).

Muchos de los cuentos que forman las *Páginas Chilenas* de «Angel Pino», humanos y tristes por la observación, simpáticos por la índo-

le, sabrosos por el ingenio, ricos de color, los hubiesen firmado sin vacilar Merimée, Tourguenief y Maupassant, los príncipes del cuento literario».—(*Mercurio*, 6 de Junio de 1908).

A las anteriores líneas pido el permiso de agregar las siguientes cuya importancia crítica es visible:

«Ningún escritor chileno antes que él, dice Cristobal Zárate, *ha sabido darnos la sensación exacta de la naturaleza nacional*; ninguno nos ha puesto con tanta verdad delante de los ojos la visión de nuestros campos y de nuestras ciudades, tales como son. Posee el alto y raro dón de reproducir como un solo rasgo, con un detalle materialmente nimio, todo un aspecto de nuestra vida. En un artículo habla, por ejemplo, de la muchacha que, por la mañana, en una casa de calle de segundo orden, toca algo al piano y tiene los cabellos ensortijados con papel de estaño. Toda una categoría social retratada en dos líneas. El artículo *En marcha*, —que pudiéramos *calificar de estudio de psicología descriptiva*,— está lleno de observaciones como aquélla. Son observaciones hechas al vuelo; pero felices por su admirable oportunidad. Pocas páginas más sabrosas, en este sentido, que las que con el título de *Me mata tu indiferencia* consagra á la memoria del compositor Lucero, de cuyos vales dice que son «una especie de diccionario cursi del amor».

«El pobre y fecundo maestro, proveedor filarmónico de Chile y de toda la costa del Pacífico, pagó á Angel Pino una contribución bien dura en el curso de su asendereada vida. Más ó menos es la contribución que ha pagado hasta hace poco don Franco Zubicueta, y todos los que por algún modo *simbolizan la cursilería nacional en ciertos círculos ó profesiones*. La innata distinción de su espíritu, sensibilizada por la constante cultura del buen trato y de los buenos libros, se rebela contra esas manifestaciones sociales que Angel Pino ha podido conocer y analizar muy bien. Si está familiarizado con el modo de ser de todo Chile, más debe estarlo aún con el de la capital.

«Humanamente imposible resulta hacer el análisis de *una obra miscelánea* de seiscientas páginas en un artículo que no debiera pasar de la columna. Tengo, pues, que contentarme con la ligera síntesis contenida en los párrafos anteriores, no sin pedir excusas al autor por no haber podido expresar, ni siquiera someramente, mi impresión respecto de la parte más trabajada de su libro,—ó por lo menos de la que parece más reposada. Me refiero á sus narraciones y cuentos, algunos sobre base histórica, otros puramente imaginativos que ocupan la primera sección. Creo que son tan suyos como el resto de los trabajos y que tienen sobre éstos

la ventaja de que están destinados á más larga vida...

«Alguien que me oía emitir verbalmente mi opinión sobre *Páginas Chilenas*, me decía:

—Es una lástima que sea una simple colección de artículos publicados en los diarios...

«Y expresaba, en seguida, su creencia de que este libro valdría mucho más si hubiera sido elaborado pacientemente, á lo largo de diez años, en el silencio del gabinete de trabajo. No le dejé terminar. Porque estoy convencido de que obras como éstas deben escribirse así, ante el fuego del vivac, como pudiera decirse, recibiendo cada día la palmada de aplauso ó el gesto de censura del público para quien van siendo hechas. De otra manera podrían ser, según la frase-cliché, un objeto de arte, pero no palparían en las manos del lector ni llevarían á sus sentidos la poderosa impresión de la naturaleza que guardan estas páginas.

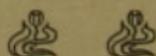
«No da el espacio para reproches, ni se podría hacerlos. De todos modos, apuntaré dos observaciones, una que se refiere al procedimiento y otra al espíritu mismo de la obra. ¿No le parece, por ejemplo, á Angel Pino, que ha cargado la mano en los *matices despectivos* para determinados tipos, barrios ó calles, á los cuales zarandea á la vuelta de cada página? ¡No será poca la tirria que le tengan, entre otras, las niñas de la calle de Eleuterio Ramirez!

«Comprendo que eso proviene de la improvisación, y que es defecto que no se nota sino en el volumen. Y termino con la otra. Y es que, por una de esas paradojas tan comunes como extrañas, este libro ameno, grato de hojear y de leer, resulta *un disolvente formidable*. Quiero decir que este filósofo, tan lleno de travesura y bonhomia es, á la postre, un *anarquista espiritual*, cuyo contacto descalabra, desarma y aniquila. En efecto, después de leer uno de esos artículos en broma, creí muchísimo menos en la respetabilidad de ciertos ideales morales y políticos. Aunque, después, eso podría merecer agradecimientos y no reproches». —(*Mercurio*, 15 de Junio de 1908).

Creo que con las dos hermosas páginas citadas bastará para que el libro de Angel Pino reciba aquí la «caracterización» á que tiene derecho.

Nada agregaré, á no ser que, á mis dos colegas Cristobal Zárate y B. Vicuña S., pido perdón por haber practicado para con ellos la máxima del derecho natural: «En caso de extrema necesidad, *omnia bona fiunt communia*»...

Este «comunismo» me será perdonado por sus víctimas y por mis lectores, en atención á su oportunidad y utilidad crítica.





Cartas y Cuentos

Cartas de la Aldea, por Manuel J. Ortiz (*M. J. Ortega*).-Santiago, 1908.

Si un libro no valiera sino á proporción del ruído «periodístico» por él provocado, el de Manuel J. Ortiz no sería, como lo es en verdad, uno de los mejores y más genuinamente chilenos que se hayan publicado en este país.

Distinguido por los cuatro costados, este libro ha adquirido, además, la suprema distinción, que consiste en agradar sin pretenderlo y en abrirse paso sin que ningún heraldo trompetee sus méritos á lo largo de la Vía Sacra.

Ya, en efecto, estaba agotada ó muy cerca de agotarse la edición de *Cartas de la Aldea*, cuando escribí las breves líneas que vienen en nota al pie de esta página (1).

(1) Sobre las *Cartas de la Aldea*, cuya primera publicación se hizo en este diario, diré únicamente que son

Y sucedía lo mismo cuando el señor don Carlos Silva Vildósola publicó en *El Mercurio* las hermosas páginas de crítica que reproduzco enseguida:

«Tres ó cuatro años han pasado desde el día en que hallé una mañana entre mi correspondencia una carta enviada desde Chillan y firmada por M. J. Ortega, sobre la mala situación pecuniaria de los preceptores de la República, tema que era en esos momentos de mucha actualidad y que, por desgracia, sigue siéndolo todavía, y lo será hasta que Dios no lo remedie, que ya se van perdiendo las esperanzas de

encantadoras, como lo saben ya los lectores de *El Mercurio*.

En mi opinión, ese libro merecía una edición lujosa como el de Angel Pino, con el cual es digno de ser comparado.

Entre los libros de 1908, ambos ocupan un lugar de preferencia.

En medio del «plagiarismo» que cual diluvio amenaza ahogarlo todo, las *Cartas de la Aldea* demuestran que, en caso necesario, Chile se basta á sí mismo y que, sin salir de «la aldea», se puede ser escritor original.

Quien sepa mirar y describir lo que ve, hallará tipos como el alcalde Don Faustino, que vivirán siempre en la memoria de los lectores encantados...

Dos reproches haré al autor de las cartas: uno, por haber «muerto» á Don Faustino antes de tiempo, y otro, por no habernos pintado al cura de la Aldea...

Falta allí un hermoso capítulo sobre las relaciones de la Iglesia con el Estado.

que lo remedien los hombres públicos encargados de ello por las leyes.

El tema vulgarísimo me hizo pensar en el primer momento que se trataba de una de tantas quejas como llegan cada día á los diarios; pero luego que hube leído la carta de Ortega, escrita en un estilo correcto y elegantísimo, con tan buena gramática y tan culto y castizo lenguaje, como raras veces se escribe en Chile, pensé que aquel nombre era un seudónimo de un buen escritor ya muy experimentado, ó que, si existía el preceptor Ortega, debía de ser un caso rarísimo y singular de preceptor con más literatura y más talento que la mayor parte de los profesores de aquel ramo, y que muchos Ministros de Instrucción.

Entré en correspondencia con el autor de aquella admirable carta, lo estimulé á que siguiera escribiendo, hízolo él y desarrolló los tipos de aldea que había creado en su primera carta y resultó de todo ello una de las colaboraciones de mayor mérito que ha publicado *El Mercurio*, y ahora uno de los libros más hermosos que se hayan impreso en nuestro país.

M. J. Ortega era, en efecto, el seudónimo del profesor don Manuel J. Ortiz, de la Escuela Normal y el Liceo de Chillan, hombre de rara y exquisita cultura literaria, profundo conocedor de la lengua castellana y dotado de facultades tan extraordinarias como artista literario

que, para hallarle puntos de comparación en nuestra naciente historia literaria, hay que subir hasta Jotabeche, al cual aventaja con mucho en la corrección del lenguaje y en la profundidad y «verismo» de la observación, sin serle inferior en la gracia del decir, la intención y la bondad del alma, ingenua y sana, con que están escritos sus artículos.

A medida que las «Cartas de la Aldea» iban apareciendo en este diario, se despertaba entre el escaso público aficionado y entendido, un interés profundo, y recibíamos preguntas incessantes acerca de quién era Ortega, quién era ese nuevo gran escritor que comenzaba de tan admirable manera, con un estilo verdaderamente propio y original, sin sombras de imitación, sin amaneramientos de ninguna especie, con un buen gusto refinadísimo y con un poder de observar y describir que, podemos decirlo sin temor de equivocarnos, no tiene precedentes en nuestra literatura.

Reunida en un libro la labor del señor Ortiz, ella queda desde el primer momento clasificada entre lo mejor de su género que se haya escrito en Chile, y como una de las obras más genuinamente chilenas, más características de nuestro país y más honrosas para nuestra cultura, por la lengua y el estilo, que haya salido de manos de un chileno.

Ortíz ha vivido, sin duda alguna, esa vida de

aldea que describe en sus cartas y, ciertamente que, al escribir, ha debido tener en su memoria con incomparable frescura el recuerdo de casos, de cosas y de personas que acaso conoció en la primera juventud, que pasaron á su lado en esa edad en que el verdadero artista acumula sensaciones para toda la existencia.

La aldea de Ortíz tiene bellezas y tiene fealdades; tiene tipos de encantadora ingenuidad y sórdidos y embusteros personajes; tiene inocencias idilicias y tiene maldades de pueblo chico. Es la aldea viva y verdadera, sin atenuaciones en las sombras, ni exageraciones en los colores risueños. Pero todo ha sido visto á través de un temperamento sereno y nobilísimo, en el cual no hay una gota de hiel, ni un recuerdo amargo, ni uno de esos sedimentos de mal sabor que los aluviones del dolor y de los desencantos dejan en almas más débiles.

Respira todo el libro un olor de yerbas silvestres, vuela por sus páginas el aroma de los campos y pasa entre ellos el viento de los valles chilenos, cargado de polvo de los caminos escabrosos.

El caracter nacional está pintado en la obra de Ortíz con una verdad asombrosa. El chileno socarrón, desconfiado, marrullero, con muchas buenas virtudes, pero con una moral poco firme y poco alta, politiquero y enredoso, patriota y egoísta á la vez, resignado como un árabe y

valiente como un araucano, está en las «Cartas de la Aldea» más vivo, más espontáneo, mejor observado que en otro libro alguno de cuantos se han escrito por chilenos ó extranjeros sobre nuestras costumbres.

Y, si como observador de costumbres pudiera tener el señor Ortíz otros escritores chilenos que soportan la comparación con su deliciosa obra, sin duda alguna que nadie puede comparársele en el estilo y el lenguaje.

En estos dos puntos el autor de «Cartas de la Aldea» ha llegado á una perfección rara y difícil, que supone larguísimo estudio de la lengua, lectura profunda de clásicos y, sobre todo, buen gusto y talento literario de primer orden.

Es castizo sin amaneramiento, es cervantesco con naturalidad, es correcto con espontaneidad, es clásico, si se nos permite la expresión, sin caer en las afectaciones ridículas en que van á parar los que de tal presumen en nuestros días. Ser, en suma, muy moderno, muy nervioso, muy brillante, muy ameno y liviano, escribiendo al mismo tiempo una lengua irreprochable desde el punto de vista gramatical y en un estilo que recuerda el movimiento amplio y solemnemente elegante de los grandes maestros, es haber realizado una obra extraordinaria en cualquiera parte y milagrosa en Chile.

Es punto menos que milagro sustraerse en Chile á la invasión de los extranjerismos de toda especie y los vicios del estilo y la lengua que se han ido introduciendo so capa de naturalidad, cuando no son más que necias afectaciones, y con el pretexto de independencia y acentuación de la propia personalidad, cuando no pasan de ser más que viles imitaciones de escritores de segundo orden de España ó de la América tropical.

La obra de Ortíz marca una reacción saludable hacia la lengua castellana que hablamos mal y escribimos peor. Por ello sólo, aunque no tuviera otros y muy altos merecimientos, bien valdría la pena de que se difundiera.

Pero, como ya digimos, es, además, un libro amenísimo y fresco, de facil lectura, lleno de chistes de buena ley, con cuadros y tipos en que todos hemos de reconocer á antiguos amigos.

.....

No titubeo en decir que este libro, publicado con tanta modestia y alrededor del cual no han sonado las trompas de la fama ni se han estremecido los bombos, es una de las obras literarias más considerables y que más nos honran de cuantas se han publicado en los últimos años.

Desde luego, es un libro escrito en Chile que puede ser enviado sin temor á otros países de habla castellana con la seguridad de que han

de entenderlo, lo que no ocurre con todo lo que aquí escribimos».

*
* *

A estos elogios tan merecidos como autorizados sólo agregaré, para demostrar hasta qué punto tiene razón el señor Silva Vildósola al hablar del silencio de «las trompas de la fama», que, alrededor de «Cartas de la Aldea», todo el ruido periodístico se redujo, en Chile, á tres ó cuatro artículos bibliográficos publicados, principalmente, en diarios de provincia (1).

Es verdad que, con la crítica del señor Silva Vildósola, puede y debe consolarse el señor M. J. Ortiz del injusto silencio de la prensa.

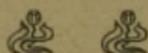
De lo que no se consuelan los amigos de las letras es del silencio que, desde 1908 hasta ahora, viene observando el autor de las «Cartas...»

A nombre de aquellos desconsolados le pido la resurrección del alcalde Don Faustino ó, si tamaño milagro no estuviese al alcance del distinguido escritor chillanejo, le pediré nos diga qué suerte corren hoy por hoy, en esos mundos, el simpático preceptor y los muchos amigos y amigas que tenemos en la «aldea» de las «cartas...»

(1) En *El Comercio* de Chillan, por Susano Derval; en *El Gorreo de Valdivia*, por Josías Paredes; en *La Prensa*, de San Felipe, por Víctor Célis M.

Mueren los alcaldes, mas no las alcaldías ni las aldeas... y no deja de tejerse allí mucho paño para cartas y cuentos...

Terminaré, pues, este artículo con la palabra sacramental: «Continuará...» ¡Dios quiera que M. J. Ortíz la oiga!...





UN DRAMA EN TALCA

A propósito de «Expiación», drama en 3 actos, por Manuel T. Vargas y Vargas. (Talca, 1908).

No se asuste el lector: no se trata aquí de alguna repetición provinciana del crimen que inmortalizó á Beckert. Trátase únicamente de una obrita dramática escrita por autor talquino y representada en Talca.

Estrenóse *Expiación* á mediados del año pasado, en esa ciudad, y tuvo un éxito más que lisongero, triunfal. Dos ó tres artículos ditirámicos publicados á raíz del estreno por nuestros colegas *La Libertad* y *La Mañana*, demuestran que ha dejado de ser verdadero en Talca el bíblico adagio, según el cual «nadie es profeta en su tierra».

Si, como se colige del prefacio de su obra, el señor Vargas no careciere totalmente de pretensiones, me sería grato desempeñar, en medio

de su triunfo, el papel del esclavo que acompañaba al triunfador romano y le repetía durante el destiempo por la Vía Sacra: «Acuérdate que eres hombre»...

Pero, á fuer de crítico sincero y no obstante el aludido prefacio, es deber mío decir al autor que su obra, muy lejos de ser drama, es simple melodrama.

Tomando como tipo á alguno de los dramas que cada año se estrenan en París, es cosa fácil ver que *Expiación* no tiene con esa clase de obras literarias ni el más remoto parecido.

Un drama exige psicología, arte, estilo. No se lo concibe sin situaciones «fuertes», naturales y opuestas, ni sin caracteres adaptados á ellas y al ambiente en que se desarrollan. Allí el diálogo ha de ser siempre conciso y real, y la emoción que brota del conjunto ha de ir en un crescendo que no admita interrupción. Todo esto, por fin, debe conseguirse por medios que no desdigan, ni de la verosimilitud, ni de la vida real.

El melodrama es otra cosa. Su «fabricación» no exige ni el mismo talento ni la misma verdad.

Vive y se desarrolla sin «verismo» apelando directamente á las emociones populares, las cuales, para nacer y llegar á su paroxismo, no piden sino sacudones violentos. Asustar al espectador, llorar á gritos en el proscenio para que plateas y palcos se deshagan en llanto, ha-

cerle violencia al vulgo por todos los medios, hé ahí el melodrama. Si, después de esto, se averigua que los hechos son inverosímiles y que el diálogo carece de estilo y naturalidad, aquello no importa un ápice. El público tiene miedo, llora y se ríe á gritos y por turnos; el «melo» está hecho.

Por lo visto, corrieron lágrimas en Talca el 15 de Julio de 1908, pero bastaría ver los rastros que sus raudales dejaran en las columnas de nuestros colegas para convencerse de que «las compuertas de la sensibilidad» cedieron allí, no al embate de un drama, sino al peso abrumador de un melodrama.

Hé aquí los hechos: En una ciudad que bien pudiera ser Talca, París ó Lóndres, ya que el autor no se sirvió indicarlo, vive una familia compuesta de los esposos Eduardo y Elvira y de un pequeñuelo Gastón, hijo de ambos. Sin saber cómo ni por qué Elvira se prenda de cierto joven Osvaldo y, sin más ni más (es decir, no habiendo aún ocurrido hechos irreparables), se resuelve á abandonar el hogar en su compañía. Sorprendidos uno y otra por el marido en el acto de iniciar ese abandono inexplicado, empieza el drama. Lo humano sería que, sabedor de su incompleta desgracia, el marido perdonara, después de imponer á la esposa y al burlado traidor el merecido castigo. Lo verosímil pudiera ser tal vez que el marido favoreciera la fuga

de ese par de... palomitas, dándose por feliz con su libertad reconquistada...

Pero el señor Vargas no lo entiende así, y Eduardo, «sganarelizado» á medias, huye del hogar y desaparece del todo. Queda Elvira con su hijo, sumida en el mayor abandono, mientras anda su marido rodando tierras adentro, el niño crece y, á los diez años, cansado de ayunar en compañía de su desdichada madre, huye á su vez. La *Expiación* que empezó para Elvira con la huida de su esposo, continúa agravándose con la de su hijo. Pasan diez años más y la pobre madre, caída en la última miseria, se aparece en Villiers (¿será en Francia?), pidiendo amparo á la puerta de un hospicio. Admítela allí el hermano Miguel, director del asilo, sin averiguar sus antecedentes, y la inscribe bajo el nombre simbólico de Magdalena, que ella se atribuye.

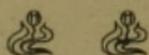
A los pocos días la ciudad de Villiers presencia la ejecución de un joven bandido, que muere con insolencia y que blasfema, en presencia del hermano Miguel, como el más feroz anarquista. Curioso tipo de hermano es este que, por una simple corazonada, se prenda de aquel bandido y, cual un radical francés de 1909 ante la ejecución de un «apache», se enternece y maldice de la crueldad judicial!... Llega el médico del asilo y lee, en presencia del hermano, la carta que el criminal entregó al juez en el

acto de la ejecución. ¡Horror! El hermano se turba, empalidece, cae. El asesino cuya cabeza acaba de rodar, en infame caldalso es Gastón: es su hijo. El religioso director no es otro que el marido fugitivo. ¿Quién será, pues, la Magdalena? Ya lo adivina el lector: es Elvira. Todo en el drama se precipita entonces hacia la solución expiatoria: Miguel-Eduardo muere de dolor y vergüenza y Magdalena-Elvira, ante el cadáver de su esposo, identificado por ella, cae á su vez exclamando: *¡Horrible expiación de mi pecado!...*

Hé ahí el drama, cuya intriga es, como se echa de ver, de una sencillez insuperable. El señor Vargas, que la concibió, pudo haberle dado mayor vida, más intensidad y «verismo», si hubiese situado la acción en plena realidad chilena... y humana. Las cosas suceden, en su drama, sin que el lector pueda asignarles razón alguna. ¿Quién admitirá, por ejemplo, entre otras imposibilidades, que un «hermano» Miguel, un religioso, hable de la pena de muerte como un humanitario ramplón y alumno del inefable obispo que Víctor Hugo creó en sus «Miserables»? Semejantes hermanos no han existido ni existen... entre católicos. Otra falta de verosimilitud es que, en una orden religiosa contemporánea, pueda profesar sin tropiezos un hombre casado, un desertor del hogar. En fin, abundan en este melodrama pecados contra

la realidad y la vida. ¿Por qué, á pesar de su visible inteligencia y buena voluntad, no pudo el señor Vargas dar á su obra el caracter de un drama verdadero? La respuesta es facil: porque, además, de las razones ya indicadas, situó su acción en Francia, país que ignora, y porque aún no conoce la vida humana. Culpa es de su juventud: «felix culpa», de la cual los años no tardarán en absolverle y curarle.

Mientras tanto, fundándome en el derecho que aquellos me dan, le exhortaré á estudiar psicología en los dramas de la realidad diaria y en las obras maestras que nos la pintan. Con el excelente hábito, que él confiesa haber contraído, de apuntar día á día sus impresiones, con el progreso y afinamiento que aquel trabajo diario no puede menos de promover en un alma joven, inteligente y ambiciosa, como la suya, con perseverancia, por fin, llegará el señor Vargas y Vargas á ser un «dramaturgo»...



IV.

HISTORIA



I. José Toribio Medina

Sus obras.

II. El R. P. Crescente Errázuriz

«Historia de Chile durante los Gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada (1908)».

III. L. Galdames

«Estudio de la Historia de Chile» (1907).

IV. El Pbro. D. Luis Silva Lezaeta

«El Conquistador Francisco de Aguirre» (1907).

V. D. Amunátegui Solar

«Las Encomiendas de Indígenas en Chile» (1909).

VI. E. Poirier

«Chile en 1908» (1909).

VII. H. R. Guiñazu

«Los Frailes en Chile» (1909).



El historiador chileno J. T. Medina

«Muy amenas son las bagatelas de que están llenos los libros de historia, en los cuales siempre se está seguro de encontrar una infinidad de cuentos agradables..... Allí hay piezas de elocuencia muy hermosas, mas no busquemos en ellos la verdad».

¿Quién creyera que el autor de las anteriores líneas es un historiador célebre?

Por suerte, á pesar del excepticismo de Anatole France, hay historias en que bagatelas y cuentos brillan por su ausencia, y cuyo tema fundamental, aunque interesando en alto grado á todo hombre inteligente, carece por entero de esa «amenidad» tan irónicamente celebrada por el escritor francés. Careciendo, asimismo, de elocuencia literaria, ellas nos presentan hechos de tal suerte expuestos y encadenadõs, que su fuerza sugestiva sobrepuja hasta anonadarla

toda la elocuencia de las arengas de Tito-Livio y de Mariana.

Mientras los artificiales y hermosos discursos de estos historiadores nos dejan sólo una impresión de belleza literaria y de leyenda, la acumulación de documentos colocados en su debido sitio é iluminados por crítica sincera, nos pone aquellas historias delante de la verdad. Y en la franca desnudéz de ésta el lector que posee la ración normal de imaginación é inteligencia, halla la única elocuencia histórica digna de ese nombre, que es la de los hechos.

Esta es, en todo caso, la única cultivada por el eminente historiador chileno, cuya obra analizaremos en el presente artículo.

Verdadero benedictino laico, el señor J. T. Medina, prescindiendo de toda pretensión artística y buscando sólo la verdad, ha edificado un monumento histórico, cuya amplitud, solidez y altura honrarían al más entusiasta y constante discípulo de Mabillón.

Su obra es, en verdad, enorme, como que es fruto de la incesante labor de toda una vida; mas, antes que enumerar sus libros (1), prefiero, por decirlo así, pesarlos, pues son de aquellos que *non numerantur, sed ponderantur*.

(1) La lista de ellos es tan larga que, al darla aquí, tendríamos que ocupar gran parte del espacio reservado á este artículo.

Pueden comodamente repartirse en tres clases: obras históricas, bibliografía y crítica.

A esta última categoría pertenece un trabajo recién publicado, el cual, á la vez que joya tipográfica capaz de enamorar á un bibliófilo, es modelo de verdadera erudición: aludo á la edición de «La Araucana» de Ercilla.

A la bibliografía pertenecen las publicaciones que, en los «Anales de la Universidad de Chile» ha dedicado nuestro autor á la historia, minuciosamente expuesta, de la imprenta en los diversos países de América. Trabajo ingente es este, y de cuyo costo, en cuanto á investigación, constancia y dinero, se darán cuenta aquéllos que sepan que el señor Medina escribe..... en Chile. La enorme distancia que separa á este país de los grandes centros literarios crea, para los investigadores nacionales, tantos y tan grandes obstáculos, que sólo un valiente puede vencerlos. Preciso es, en efecto, no olvidar que, geográficamente hablando, vivimos en una región á la cual se aplica con exactitud perfecta el verso de Ovidio:

«Haec igitur regio magni pars última mundi...»

Pero la obra principal del señor Medina, el «monumento» que asegura para siempre su nombre contra todo riesgo de olvido, es su «Historia de la Inquisición» en la América española.

En todas las capitales de los antiguos virreinos tuvo su asiento un tribunal del Santo Oficio, el cual nombraba delegados en las ciudades más importantes. Obedeciendo al impulso del gran inquisidor de «la Suprema», esos tribunales implantaron en la América colonial las leyes y usos del Santo Oficio español. Aquí como en la Península no faltaron durante tres siglos denunciaci3nes de judaizantes, herejes y brujos; enjuiciamientos secretos, con las acostumbradas torturas; reconciliaciones con ó sin sambenito ó coraza, y, finalmente, relajaciones al brazo seglar, es decir, autos de fe.

Esta tétrica historia nos es contada en numerosos volúmenes consagrados por nuestro autor al Perú, á Chile, México, etc., etc., y llenos de documentos trascritos por él mismo en los archivos de Simancas, Sevilla, Alcalá de Henares y Madrid.

En el prefacio de los volúmenes dedicados á la Inquisición peruana, dice el señor Medina: «Aquí no hallará el curioso doctrinas, sino sólo hechos, que apreciará conforme á su criterio, á su educaci3n y á las tendencias de su espíritu». (pág. VIII).

Justo es reconocer que, por lo general, el autor ha sido fiel á la imparcialidad que promete en la declaraci3n anterior.

De vez en cuando, aunque muy á lo lejos, el señor Medina cede á la tentaci3n «terrible» de

que habla A. France en el prefacio de su historia de Juana de Arco. «Lánzase, en efecto, á la batalla», no por cierto, con las ya gastadas declamaciones que la Inquisición suele inspirar á escritores partidaristas, sino con uno que otro adjetivo cuya dureza parece desentonar en el concierto habitualmente tranquilo de su relato. «Creo, dice A. France, que á riesgo de no manifestar cumplidamente la belleza de su alma, más vale que el historiador no se entrometa (con apreciaciones) en los asuntos que relata».

Razón tiene el escritor francés, mas confesemos una vez por todas que la paciencia del más moderado de los hombres (y el señor Medina lo es esencialmente), tiene sus límites.

¿Quién podrá guardar completa calma leyendo autos como, por ejemplo, los que se refieren al infeliz judío Duarte Enríquez, denunciado en Santiago por su propia hermana y llevado á Lima, en cuyas cárceles secretas quedó encerrado por años hasta que su delirio místico, nacido en Chile, se tornara locura cabal en el Perú?

Pues bien, á pesar de su evidente trastorno mental, cuyas pruebas abundan en autos, Duarte, «recibió nueve vueltas de mancuera y á la segunda del potro, confesó que creía que el Mesías no era aun venido. Condenado á relajación con confiscación de bienes, se le aplicó nuevamente el tormento para que declarase sus cóm-

plices, y lo venció». (Autos, p. 338 del tomo I).

En lugar, de encerrarle en un hospital, enviáronle los inquisidores al quemadero.

Y si á veces se indigna el lector al ver tan extraña ceguera, en otras ocasiones diviértese no poco ante la estupenda candidez de esos terribles jueces. Verdadero sainete es la causa del francés César Baudier, sacerdote, filósofo, médico y preceptor de los hijos del virrey del Perú. Nadie contó mayores embustes ni más sabrosos cuentos al sagrado tribunal que ese precursor de Fígaro y Tartarin. (Tomo II, p. 192 y sig).

Pero, más que las comedias «á lo Baudier», abundaban entonces las tragedias y, si es cierto que el presente es hecho en gran parte con herencias del pasado, comprendemos á la luz de esos autos, que aún hoy existan atavismos inquisitoriales en los más encarnizados enemigos del Santo Oficio, y que las llamadas luchas teológicas originen, en ciertos países, tantas violencias y tan terribles odios.

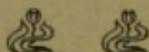
En suma, el señor Medina nos ha proporcionado, con su historia, la clave de muchos problemas morales, psicológicos y políticos que encontramos en la historia americana y aun... en la Europea.

En adelante, sin acudir á sus libros será imposible escribir seriamente esa historia.

Yá puede el señor Medina cosechar el fruto

de su larga y vasta labor. Fuera de Chile su prestigio es grande y de ello es prueba bastante el hecho de que el gran historiador norte-americano, H. C. Lea, lo cite como una de sus mejores autoridades en su Historia de la Inquisición.

Nada diré por ahora de su obra sobre Sebastián Caboto, (2 vols. gran in-4.º), y de otros libros sobre los navegantes que, en el siglo XVI, recorrieron las costas del Brasil y Argentina. Sólo agregaré, al terminar, que la lectura de tantas y tan sólidas obras demuestra cuán errada va la ironía del abate Jerónimo Coignard, cuando A. France le hace decir: «Señor, la musa de la historia, Clio, es una embustera, y os presenta un espejo faláz».





“El Temblor de Lima de 1609”

Por el licenciado Pedro de Oña.
Edición facsimilar precedida de una
noticia de «El Vasauro», poema inédito
del mismo autor; reimprimelo J.
T. Medina. (Santiago, Agosto 21 de
1909. Tirada de 250 ejemplares).

Una vez más los bibliófilos americanos están de pláceme. Después de publicar su espléndida edición de la *Araucana*, el eminente historiador chileno señor J. T. Medina ha querido sin tardanza renovar el gusto y acrecentar la gratitud que le deben todos los aficionados á libros de antaño y á la historia de los orígenes americanos.

Hasta hoy no poseían nuestras bibliotecas edición alguna del poema de Oña sobre *El Temblor de Lima de 1609*, y de las demás obras del mismo poeta, esto es, del *Vasauro* y del *Ignacio de Cantabria* (S. Ignacio de Loyola), sólo teníamos muy escasas noticias.

Nacido en la ciudad de «Los Infantes de Engol», (hoy Angol), el poeta chileno Pedro de Oña se educó en España y volvió á su patria donde, mientras ejercía varios cargos de escasa importancia, acostumbró emplear los largos ocios de la vida colonial versificando con abundancia.

No carecen sus obras de valor literario. Escritas en el siglo de oro, algún rastro tenía que dejar en ellas la inspiración de los grandes clásicos contemporáneos. Empero su valor documentario sobrepaja su importancia poética, al menos en el Poema de 1609.

Las citas de los otros dos que hallamos abundantes y escogidas en la Noticia Preliminar de esta publicación, nos demuestran que sólo el citado poema tiene importancia para la América.

Panegírico del marqués de Montesclaros, virrey del Perú, esta obrita pone de relieve la actividad de aquél magistrado en las terribles circunstancias en que dejara á Lima y al Perú el famoso terremoto de 1609.

Sin este poema, nada ó casi nada sabríamos de aquel seísmo. Pero merced á Oña, nos damos cuenta de su magnitud y tenemos una descripción gráfica de un temblor.

Fácil es ver, leyendo á Oña, que las escenas de Valparaíso y Santiago durante la desgracia de 1906 fueron simple copia del «tipo» de 1609.

Todo allí es idéntico desde el estado de la

atmósfera hasta el de las almas antes, durante y después de la catástrofe.

Dice Oña:

Ya diez y nueve bueltas avia dado
de las que debe el sembrador octubre,
acá tan garuoso, y anublado...»

cuando á la entrada de la noche se sintieron los primeros estremecimientos del suelo en la ciudad de los Reyes.

Zimbra toda pared, cruxen los techos,
Agudo pulsa, y late el suelo apriessa,
saltan los hombres en pavor deshechos;
y el alarido mugeril no cessa;
dan voces, tuercen manos, hieren pechos,
y aun la curada crin alguna messa,
rezelando quizá de sus cabellos,
que es el presente mal, castigo de ellos.

A una con hombres y mujeres, los animales domésticos sucumben al terror:

Creciendo va el terrible terremoto,
açorase el cavallo, el perro aulla,
y sin saber adonde, el vulgo ignoto
corre mezclado en confusion y trulla...

Todo está descrito: el repentino fervor religioso, el desamparo de ricos y pobres en la húa-

meda noche triste y, después de pasado el miedo, las cavilaciones de los sabios y aficionados.

En el siglo XVII, así como en el XX, quisieron los hombres saber las causas de los temblores y sus remedios.

Compendia Oña las teorías seismológicas de entonces, diciendo:

Pues ora del temblor la causa sea
el fuego, en las cavernas encendido,
(que es plácito comun); ora se crea
ser viento como algunos han sentido;
si el passo por aquí se le franquea,
no pretendiendo mas que aver salido,
una de dos, que; o no vendrá se infiere
o que vendrá sin fuerza, si viniere.

El virrey consulta á todos los sabios de la tierra:

Véñse para esto historias, véñse autores
y apúrase la gran filosofía...

Mas, á pesar de la filosofía (con M mayúscula) y de todas las investigaciones vice-reales, la causa quedó ignota... hasta el día de hoy. La «gran filosofía» no ha avanzado mucho en cuanto á terremotos durante el tiempo que corrió desde 1609 hasta 1909.....

¿Convendría poner por obra la sugestión del

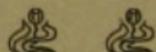
marqués de Montesclaros?... Según él (ó su panegirista) sería menester

.....abrir con diligencia
en ella (*esto es, en la tierra*) pozos, a una y a otra
lo natural venciendo con el arte... [parte,

dando así paso al fuego ó al viento de que hablaban los seismólogos de 1609!...

Digno de ser leído y admirado es el libro de Oña cuya reimpresión; (sin hablar de la disertación inicial), honra al distinguidísimo historiador chileno.

Como lo decíamos al empezar, todo bibliófilo americano (ó americanista, y mejor dijéramos «filamericano»), agradecerá al señor Medina el gusto de poseer, en tan hermosa reimpresión, la fotografía perfecta de un libro cuyo ejemplar original único se halla hoy en la «John Carter Brown Library» de Estados Unidos.





El R. P. Crescente Errázuriz

A propósito de la «Historia de Chile durante los gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada. Santiago, 1908.

En una de sus *Cartas al Excelentísimo señor don Pedro Montt*, publicadas últimamente en Valparaíso, (1) dice el doctor J. Valdés Cange: «¡Nuestros literatos!.... ¡Oh! ¡nuestros literatos!... Todos los años aparecen por docenas las obras nuevas... Tal vez no hay país tan fecundo como el nuestro en producción literaria, porque nos conformamos con poco: lo importante es que rechinen las prensas y salgan libros á millares, aunque éstos no hayan demandado de su autor ni pizca de trabajo intelectual. Diccionarios biográficos, colecciones de leyes,

(1) Valparaíso, 1909, primera parte. Folleto in. 16, publicado por la Sociedad Imprenta Universo.

coordinaciones de Códigos, simples índices de otras obras, guías profesionales ó comerciales, bastan en nuestro país para granjear al que los hace, fama de hombre de letras. Nuestra especialidad son los libros hechos con libros, el trabajo mecánico de la comparación de textos, ó de registrar archivos y mamotretos. Por eso la rama de la literatura que ha dado más fruto ha sido la historia; y ha sido tanto, que ya no queda hecho, por insignificante que fuera, que no esté completamente esclarecido y comentado. Así, sabemos con exactitud cuántos botones tenía la casaca de don Pedro de Valdivia y cuántos puntos calzaba el pie de doña Inés de Suárez. Si bien es cierto que, con ser estas obras tan minuciosas, ninguna consigue elevarse á la categoría de la verdadera historia...» (págs. 30-31).

He querido transcribir aquí estas líneas, primeramente por lo curiosas y, en seguida, por lo justas. Es claro, en efecto, que, quitándoles algo de su universalidad, podemos aceptarlas, al menos en cuanto á historia, como ajustadas á la verdad.

Salvo unas pocas excepciones que podríamos enumerar sin excedernos mucho del número de dedos de una sola mano, la literatura histórica es, en este país y en algunos otros de la América latina, «toute une histoire...», mas no historia. Es algo que no tiene nombre y que, si

hubiéramos de bautizarlo al gusto del doctor Valdés, se llamaría merecidamente «mamotretología» y talvez plagio.

Cazadores de «botones» históricos, como Tartarin lo era de gorras, los mamotretólogos (andando sin perro, esto es, sin crítica), cazan sólo menudencias y nimiedades, con las cuales una vez lleno el morral, á éste llaman libro y á sí mismos se intitulan historiadores.

No así los libros del eminente escritor nombrado en el encabezamiento de este artículo. (1)

Aunque su objeto haya sido contarnos la historia de solo ocho años (1604-1612) de la vida colonial chilena; aunque, por ende, el autor haya de registrar innumerables mamotretos y apuntar hechos menudísimos, con todo ha logrado unificar esa inmensa variedad y dar vida intensa al cuadro histórico de tan cortos años. No es él quien merecerá se le aplique, como á cierto historiador inglés, el reproche de que «los árboles le han impedido ver al bosque...» Por el contrario, vélo en su conjunto y en sus detalles, sin que éstos perjudiquen á aquél. En los tallares del tupido bosque ábrenos caminos el historiador y vemos, no sólo á los árboles (esto

(1) Refiérese este artículo á los dos últimos volúmenes de esta obra. Los dos primeros fueron publicados en años anteriores. Existe de ellos una segunda edición de fecha 1908.

es, á los hechos principales), sino también á la menuda y espesa vejetación de hechos minúsculos que crece á la sombra de los grandes. Al R. P. Crescente Errázuriz no podría el crítico decirle:

«Usted no ha nacido historiador; no sabe condensar los hechos; de muchas circunstancias no alcanza á formar un suceso; su misma variedad le desorienta y descamina. Jamás usted abraza el conjunto; avanza poco á poco, á tientas y á obscuras; discurre de todo por lo primero que toca; anticipa los fallos, embrolla los juicios definitivos, quedando á veces mal fundados, á veces contradictorios y casi siempre falsos.» (1).

Estas líneas, escritas en defensa de su *Historia de los Agustinos en Chile*, por un historiador que sabe su oficio, cítolas aquí porque, negando donde afirma el autor de ellas y afirmando donde niega, tendremos calificado y, por decirlo así, pintado al historiador cuya obra estudiamos.

Las primeras impresiones que recibe el lector al recorrer este libro, le mueven á preguntarse: *Ut quid perditio haec?*

No parecen, en efecto, los hechos allí narra-

(1) «Revista Católica» (Santiago, 2 de Octubre de 1909, págs. 338-339). Las líneas citadas son del R. Padre Víctor Maturana.

dos merecer el trabajo que el autor hubo de imponerse para recojerlos, criticarlos y exponerlos con proligidad digna de acontecimientos trascendentales.

Previendo, sin duda, esta objeción, dice el P. Errázuriz en las primeras líneas del prefacio: «Precisamente los pormenores, los hechos de secundaria importancia, el mayor desenvolvimiento y minuciosas narraciones suelen prestar su mayor amenidad á la historia y contribuyen de ordinario á poner en claro una época, los hábitos y costumbres de ella y, sobre todo, el caracter de personajes á quienes vemos figurar en primera línea y dirigir, más ó menos largo tiempo, los destinos de un pueblo. Por eso las historias particulares, aunque no ofrezcan novedad en el fondo, presentan con gran claridad los cambios sociales, suministran á cada paso materia de comparación entre otras edades y la nuestra, embellecen áridos estudios y sirven de clave para descifrar acontecimientos que parecían oscuros y quizás inexplicables. De ahí su gran utilidad: mientras más se multipliquen, mejor conoceremos hasta en sus ápices la vida de una sociedad y de un pueblo.» (Tomo I, páginas VII-VIII).

Aunque natural, la objeción refutada en las líneas anteriores, carece de fundamento, ya que, por pequeños que sean en general los hechos de esta historia, son antecedentes que nos dan

la clave de la psicología del pueblo chileno.

Es visible en este pueblo la propensión hacia las armas. Del chileno puede con propiedad decirse, imitando una frase de César, que entre sus ocupaciones favoritas está el hablar de la milicia y contar historias bélicas: *Rem militarem et argute loqui.*» (1).

Cualquiera que no sepa la historia antigua de este pueblo, creará que su afición á temas bélicos es hija de la guerra del Pacífico. Grave empero sería el error, pues la historia demuestra que aquello es herencia de más de dos siglos de guerra con los araucanos.

La Historia de Chile durante los Gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada, podría intitularse con más concisión: «*De Bello Chilensi*» ó «Comentarios sobre la guerra araucana», así como César intituló la suya: «*De Bello Gallico*».

Todo allí es preparación para la guerra, combates, emboscadas, victorias y derrotas, paces intentadas y buscadas, mas nunca logradas.

La gran cuestión en esos años fue la de la «Guerra Defensiva». Cansado de ver correr inútilmente tanta sangre española, propuso un antiguo oidor de Lima, y procuró el jesuita

(1) Con esta frase caracterizaba César á los Galos, amigos de chistes ingeniosos, de elocuencia y cosas militares.

Padre Valdivia, «señalar línea divisoria entre los dominios del Rey de España y el territorio ocupado por el independiente indígena chileno y prohibir á las tropas españolas traspasar esa línea».

Aquello equivalía á «reconocer como beligerantes á los indios, hasta entonces denominados rebeldes». (Tomo II, pág. 362). Era, como diríamos en lenguaje de hoy, establecer un turbulento «Marruecos», con su Magzen, al lado de una incipiente «Argelia», que no tenía menester de semejante rémora para su progreso.

Aunque anacrónica, esta comparación explica, según creo, la peligrosa posición en que semejante política había de colocar al entonces *Reino de Chile* enfrente de la Araucania independiente y levantisca.

Algo de esto entrevieron los españoles y criollos de esta tierra cuando, desde el principio, se opusieron todos al proyecto pacífico del Padre Valdivia y lograron desbaratarlo. Obedecían, sin saberlo, á un instinto natural y á una ley de la historia, puesto que es ley que una raza inferior ceda sus dominios á la raza superior vecina, y es instinto de ésta el oponerse siempre y por todos los medios á la consolidación de aquélla. En vano puso el P. Valdivia su piedad religiosa, su caridad y diplomacia de parte del infeliz araucano. Todo fue inútil. Aunque preparada, meditada y discutida en los

consejos de Madrid con una seriedad que ignoran los Gobiernos parlamentarios de hoy día, aunque decretada por un Rey absoluto, la «Guerra Defensiva» fracasó, continuándose la conquista y reconquista del suelo chileno hasta llegar al término que hoy contemplamos.

Si es digno de ser meditado aquel fracaso del padre jesuita en tan humanitario empeño, no lo son menos las estrepitosas reyertas entre el obispo don fray Juan Pérez de Espinosa y las autoridades municipales y judiciales de Santiago.

Suele decirse que en esos siglos la Iglesia era omnipotente y ejercía una dictadura absoluta, tanto en lo temporal como en lo espiritual.

Vemos, sin embargo, á todo un obispo (y á un obispo muy venerable, cual era el Illmo. señor Espinosa), insultado y golpeado, en su mismo palacio, por un alcalde de Santiago.

Vemos al más alto tribunal de la colonia amparar al brutal insultador de un anciano prelado.

Es cierto que la excomuniación obliga, al fin, al alcalde á hacer las paces con el obispo; pero, ¡cuán largo es aquello y cuántas tinterilladas no preceden y acompañan esa mal parchada reconciliación!...

¿Dónde está, preguntaré yo, el decantado predominio religioso, cuando tanto le cuesta al obispo el reducir al alcalde á dar una satisfac-

ción de pacotilla por algo que era entonces y sería aún hoy un verdadero crimen?

Así como se exajera en cuanto al poder externo de la Iglesia durante la época colonial, exajérase no poco en lo de su poder interno, esto es, en lo de su influjo en las almas y de la eficacia práctica y universal de sus enseñanzas.

Movido de caridad cristiana, quiso el Padre Valdivia ser el *Las Casas* de Chile; la Iglesia, representada por sus obispos y su doble clero secular y regular, quiso obligar á los encomenderos á tratar con justicia y misericordia á los indios; hombres, por fin, como ese misterioso «innominato» que se hacía llamar por todo nombre «El Gran Pecador» y poseía tal vez más influjo espiritual que muchos padres maestros y aún obispos, quisieron á su vez predicar á los soldados de Felipe III y á los vecinos de Chile la caridad. Todo fue vano: el interés egoísta más pudo que la fe. Continuaron españoles y criollos rezando credos á destajo y explotando con infernal habilidad á «sus» indios, sin que esto fuese estorbado por aquello.

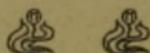
Sí; se ha exajerado mucho; y, aunque parezca esto una paradoja, puede decirse que el influjo de la religión es hoy mayor que entonces, puesto que la beneficencia supera actualmente á la avaricia y las leyes permiten al pobre librarse del exceso de la opresión.

Por otra parte: ¿qué alcalde, qué caballero

de hoy día quisiera echarse encima la inaudita vergüenza con que cargó el muy cristiano alcalde de Santiago, insultador del obispo Espinosa? y si lo hiciera, ¿hallaría amparo en los tribunales y en la sociedad culta? Preguntarlo es responder.

En verdad, mucho era el barniz religioso, muchas las apariencias en el siglo XVII, mas la realidad era poca.

Esta es una de las lecciones que podemos aprender en este libro, el cual, si tuviera índices alfabéticos completos en que fuese facil hallar todos los nombres de personas y lugares indicados en estos dos volúmenes y en los anteriores del mismo autor; si, además, llevara en el margen las fechas de los hechos narrados ó discutidos, sería uno de los más hermosos y útiles que se hayan escrito en Chile, y uno de los que más permiten penetrar en la psicología del pueblo chileno. Tal como es, honra igualmente á su autor y al clero á que este pertenece.





L. GALDAMES

«Estudio de la Historia de Chile»
(1907).

Tres cualidades bastan para que cualquier hijo de vecino se lance á «fabricar» una Historia de Chile y logre implantarla en los colegios de este país. Consiste la primera en saber leer y escribir, no, ciertamente, en grado superlativo, sino de tal manera que deletreando uno ó más testos, de los que ya pululan en las librerías, se pueda plagiarlos con tanto descaro como impunidad. La segunda cualidad es de índole económica y consiste en poseer recursos financieros que basten para adquirir la muy valiosa obra de Barros Arana. Sin esta, en efecto, no hay (y, al parecer, no habrá) fabricación de testos históricos. El insigne historiador chileno es la providencia de los fabricantes. Es su libro, perdónesenos la expresión, vasto almacén histórico «al por mayor» del cual los aludi-

dos autores sacan al fiado, y sin modificarlas, todas sus «historias». La tercera cualidad es de orden moral y de naturaleza negativa. Consiste en cierta extraña combinación de desprecio hacia el público y de inconsciencia literaria, merced á la cual el más indecente plagiario puede á la vez echarlas de autor y «sablear» al fisco nacional.

Cuanto á plano, á método, á crítica y á criterio filosófico propios, si algo hay de ello, mejor es «no meneallo»... Por lo general todo aquello brilla por su ausencia...

Algunos de esos pseudo-historiadores siguen paso á paso el orden cronológico adoptado por Barros Arana, omitiendo, por cierto, esos admirables capítulos en los cuales, como en cuadros sinópticos, supo el ilustre maestro condensar, por decirlo así, todo el jugo de su obra. No gustan de síntesis y aborrecen todo lo que huele á vida y á movimiento, esos afortunados plajiaros cuyo mayor empeño parece ser el de convertir la historia de Chile en una serie de cuentos sin ton ni son.

Otros, más desdichados aún que aquellos, no siguen orden alguno, llegando á producir libros que tanto se asemejan á una historia como puede parecerse á una casa un simple montón de piedras.

¿A cual de esos gremios pertenece el señor L. Galdames? A ninguno de ellos, pues la sinceri-

dad me obliga á declarar desde luego que es «suyo» su *Estudio de la Historia de Chile* y que ese libro merece verdaderamente llevar el nombre que le diera su inteligente y laborioso autor. Estudio es, en efecto, ya que visiblemente ha costado trabajo personal y permite á otros estudiar con provecho la historia de este país.

Como todos los historiadores chilenos, el señor Galdames ha acudido al señor Barros Arana, pero la deuda que contrajo con él para la composición de su libro, es una de esas que tanto honran al acreedor como al deudor. Aquí no hay plajio, sino utilización inteligentísima de los materiales inmensos acumulados por el gran historiador nacional. Hay plano, hay método, hay pedagogía. El autor se deja guiar por una filosofía que, sin ser la mejor de todas ni la que más exactamente explica la evolución histórica de Chile, ilumina sin embargo este *Estudio*, dándole significado y alcance. En fin, merced á todos esos factores el libro del señor Galdames merece «estudio», por ser obra original y personal.

Divídese en dos tomos de los cuales el primero es consagrado á la pre-historia araucana y á la historia colonial desde la Conquista hasta fines del siglo XVIII. El segundo nos presenta la historia moderna de Chile y llega hasta el año de 1906.

Toda la obra consta de 12 capítulos, y cada capítulo se subdivide en siete artículos. (¿Por qué siete?... es secreto del autor)... La ejecución tipográfica es metódica, puesto que toda frase importante, viniendo impresa en caracteres que llaman la atención del lector, se graba fácilmente en la memoria.

Mucho deseáramos poder analizar con detención este interesantísimo estudio. Mas, la escasez de espacio nos obliga á contentarnos con unas cuantas observaciones.

Ante todo, es preciso confesar que el primer tomo es muy superior al segundo, tanto en su plano como en su ejecución. El primer capítulo sobre los «*indígenas*», el cuarto sobre «*régimen colonial*» son los mejores y más sugestivos de los siete que forman ese tomo. Cada uno de ellos es un cuadro sintético, lleno de exactitud y de vida, en que el autor parece haber concentrado, como con lente poderosa, los hechos históricos difundidos y dispersos en los libros de sus predecesores. Falta, sin embargo, en el capítulo primero, algo que, en mi opinión, es esencial en semejante cuadro. No nos dice el señor Galdames nada de la lengua araucana y, con todo, no cabe duda que la lengua es factor esencial y característico de una raza. Es, (me atrevería á decirlo) el más característico de todos, ya que el vocabulario de una lengua es una verdadera enciclopedia popular, mientras

la gramática es la quinta-esencia de la lógica de un pueblo. Importa, por consiguiente, conocer siquiera en sus elementos, la lengua de una raza, y ese conocimiento es más sugestivo que el de sus utensilios de cocina ó de caza... Sea de ello lo que fuere, el señor Galdames ha omitido describir la lengua araucana, pensando quizás, que aquello es inútil en este país. Más no ha tenido en cuenta que su libro puede salir de Chile y que, aún en Chile, la mayoría de sus lectores ignora esa lengua tanto ó más que la lengua china ó japonesa.

El segundo tomo consta de cinco capítulos que tratan sucesivamente de la Independencia, de la organización republicana y del régimen conservador, liberal y parlamentario.

El cuadro de las causas de la Independencia chilena sería completo si no faltara allí una de las que parecen haber tenido mayor importancia. Refiérome al papel desempeñado á fines de la Era Colonial y á principios del siglo XIX por las «Sociedades Secretas». Juzgando por analogía (y este es uno de los procedimientos lógicos más seguros en todo estudio verdaderamente científico), es probable que esas sociedades han sido uno de los elementos más importantes de la revolución chilena, como lo fueron de la americana y la francesa. Punto es este que ningún historiador ha estudiado detenidamente y que, tratado con calma y crítica, podría explicar mu-

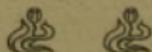
chos y muy importantes acontecimientos. De todos los libros relativos á la Independencia Americana que he podido estudiar, sólo uno (la *Historia del general San Martín*, por Mitre) dedica á esas sociedades alguna atención.

Al concluir y después de felicitar al autor por la relativa perfección de su trabajo, le dirigiré dos reproches que, emitidos con toda lealtad, quedarán entregados á su apreciación.

El primero es relativo á su criterio religioso. Era, por cierto, imposible no emitir juicios sobre hechos en que la religión tuvo mayor ó menor intervención. Pero pudo el autor juzgarlos con criterio histórico y positivo, es decir, con el criterio de sus autores y de sus testigos. Claro está que ciertos hechos del siglo XVI, juzgados como hechos del siglo XX y con *criterio* de hoy día, toman un aspecto que nunca tuvieron. Hay, en este procedimiento, una falta de crítica que vicia á la historia. Con más atención, con más imaginación histórica, el autor habría podido modificar su «ecuación personal» y alcanzar á la plena equidad crítica. En estas cosas, como en muchas otras, «conocer es perdonar». Macaulay, cuyo liberalismo es indudable, nos da de esto una explicación, que todo historiador debiera saberse de memoria. (*Ensayo sobre la Historia de la Revolución de Sir James Mackintosh y sobre la Historia Constitucional de Hallam.*)

El segundo de mis reproches se refiere al estilo... Verdad es que quien tiene techo de vidrio no debe lanzar piedras al huerto del vecino... Pero esto no quita que el señor Galdames pudiera haber dado mayores cuidados á la «toilette» literaria de su libro. Escrito únicamente para sabios, un libro de historia puede, hasta cierto punto, prescindir de elegancias y formas; Si, empero, se le destina á servir de testo, su corrección y elegancia no podrán nunca descuidarse sin daño.

Este defecto (secundario, al fin) podrá subsanarse con facilidad en las ediciones que, sin duda alguna seguirán á ésta. Si el autor corrije algunos de sus juicios en materia religiosa (ó los suprime pura y simplemente, allí donde son absolutamente innecesarios, como por ej. pág. 470 del tomo II, etc...); si además vigila de cerca á su corrector de pruebas el cual, en esta edición, se quedó dormido más á menudo que el «buen Homero», su *Estudio de la Historia de Chile* merecerá aceptación unánime.





El Pbro. D. Luis Silva Lezaeta

«El conquistador Francisco de Aguirre».—Santiago 1907.

Todo se está transformando en el mundo y, como decía un filósofo antiguo: «todo fluye»...

La historia, con ser cinematógrafo que reproduce á nuestra vista todo aquel incesante movimiento evolutivo, se halla, á la par que el resto de la actividad humana, sometida á esa ley.

Basta, para convencerse de ello, leer nuestros antiguos historiadores y comparar sus obras con las que producen los de hoy día.

El libro del señor vicario apostólico de Antofagasta, puede servirnos de término de comparación.

En tiempos no muy remotos, nuestros historiadores fiaban mucho de su imaginación para llenar en sus escritos los huecos ó lagunas de-

bidos á la carencia de documentos originales ó á la falta de investigación crítica.

¡Cuántos no habia entre ellos que se valían del sistema del abate de Vertot!

Aquel historiador (célebre en el siglo XVIII y hoy totalmente olvidado), no solía padecer de los escrúpulos que afligen á los nuestros y hacen de sus investigaciones y estudios una tarea verdaderamente dura.

Cuéntase de él que, después de describir el sitio de una fortaleza, hallóse de manos á boca con un oficial que, por haber tomado parte en aquella acción de guerra, conocía al dedillo todos sus pormenores. El abate le leyó su «sitio», pero como el oficial protestara que las cosas habían sido en la realidad muy diversas de lo que contaba el historiador, éste le contestó con desenfado: «Tant pis, mon siège est fait!» «Mi sitio está hecho»...

No hay para qué decir que Vertot lo publicó tal como lo había soñado...

Pues bien, muchos eran los «Vertots» en tiempos no muy remotos, y hasta en Chile hemos tenido alguno (ó algunos), cuyo «sitio» no les costaba penosos trabajos de investigación.

El señor Silva es todo lo contrario de un Vertot, ya que en su historia del *Conquistador Francisco Aguirre*, no enuncia ni describe hechos que no pueda probar con documentos originales críticamente interpretados.

No creo necesario compendiar aquí el libro á que aludo, pues, obligado á mantenerme en generalidades, nada diría que no sea conocido del público inteligente y estudioso.

El señor Silva nos da una «monografía» completa del citado conquistador, al que sigue desde la cuna hasta la sepultura.

Nada de lo que atañe al fundador de Copiapó y Serena falta allí y se nos colma de detalles interesantísimos sobre aquellas ciudades y sus primeros pobladores.

Muchas familias hallarán en este libro por menores fidedignos acerca de sus antepasados y no pocas, acostumbradas hasta hoy á vivir de leyendas, podrán en lo sucesivo fundar en la historia de Aguirre auténticas genealogías.

Merece el señor Silva que se le coloque (y en buen sitio) entre los mejores historiadores de Chile, y su monografía viene oportunamente á completar, sin desdecir de ella, la gloriosa lista de las que debemos á los señores Barros Arana, Crescente Errázuriz, Amunátegui Solar, Cortes Monroy y Prieto del Río.

La historia general deberá á nuestro autor un servicio de primer orden, pues ninguno de los historiadores que hasta ahora han tratado de las expediciones efectuadas para conquistar el Alto Perú (y de las cuales nació la de Pedro de Valdivia á Chile), lo ha hecho de un modo tan completo y sintético como el señor Silva.

Bajo este punto de vista, el capítulo III, á pesar de constar solamente de 13 páginas, es un verdadero modelo de crítica histórica.

Igual juicio merece el capítulo IV, en que el autor describe la marcha de Pedro de Valdivia desde el Cuzco á Santiago. Allí destruye, al parecer definitivamente, la leyenda de los 150 hombres con que vino á Chile el fundador de Santiago.

Interesantes, aunque no divertidos, son los capítulos XI y XII, en que presenciarnos uno de los más repugnantes espectáculos de la historia, es decir, las tres prisiones de Aguirre por causa de herejía.

Ya conocíamos (con perdón sea dicho) aquella increíble «canallada», merced á los admirables libros del señor J. T. Medina sobre la Inquisición. Pero preciso es confesar que nuestra mala impresión no se ha disipado al leer la relación que de aquellas prisiones hace nuestro autor.

Teniendo en cuenta la profesión del historiador de Aguirre, uno se siente gratamente impresionado al ver que los hechos no se metamorfosean bajo su pluma.

Créese, sin embargo, el señor Silva obligado á agregar en nota, al pie de la pág. 241, una cita del historiador eclesiástico Rohrbacher que transcribo íntegra: «En cuanto á su naturaleza, la Inquisición de España era un tribunal, no

papal ó eclesiástico, sino político y real, dependiente tan solo de los Reyes, quienes nombraban á los jueces y hacían ejecutar sus fallos. Era (el tribunal inquisitorial) compuesto de consejeros clérigos y consejeros laicos, como los Parlamentos de Francia. De los ocho consejeros, seis eran laicos y dos seculares, de los cuales uno, tan sólo uno, dominico, en virtud de un privilegio concedido por el Rey Felipe II».

Creemos, con todo, que valdría la pena preguntar al señor J. T. Medina, especialista en esta materia, su parecer sobre la cita de Rohrbacher...

Por nuestra parte, después de leer las obras del abate Vacandard y de monseñor Douais, actual obispo de Beauvais, sobre la Inquisición (París, 1907), creemos que Rohrbacher yerra lamentablemente y, que sin quererlo, deja en el espíritu del lector una impresión que no corresponde á la realidad histórica.

¿Hasta cuándo durará una apologética que, iniciada en mala hora por José de Maistre y Hefelé, es hoy totalmente desautorizada, como lo sabe todo aquel que haya hojeado un solo proceso inquisitorial?

Menester es no echar al olvido las palabras de León XIII en su encíclica sobre la Historia. El glorioso Pontífice, hablando de los deberes de un historiador, hace suya la palabra de Cicerón:

Ne quid veri non audeat; es decir, que quien escribe historia, no debe temer de decir la verdad... cualquiera que ella sea.

Y ella es, en este caso, muy triste, como sobradamente lo demuestra la increíble odisea del anciano conquistador, llevado á las cárceles inquisitoriales de Lima al través de todo un continente, para satisfacer la sed de venganza de sus enemigos personales.

Un detalle sabrosísimo hay, con todo, en el primer proceso de Aguirre. «Repróchasele haber dicho que Platón había alcanzado el evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum*. (pág. 204).

Esto prueba que Aguirre, conquistador y todo, era hombre «leído» y que, en medio de sus incesantes y poco literarias tareas, tenía tiempo para recordar á Platón y á San Juan, aunque no talvez de leerlos. A no ser que aquel capítulo de acusación sea simple parto del ingenio malévolo de sus enemigos.

De todos modos, nadie esperaba encontrar á Platón en este muy poco platónico negocio, y mucho menos á San Juan, el apostol del amor y de la caridad...

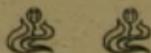
Pondremos fin á estas reflexiones declarando, una vez más, que el libro del señor Silva le honra en gran manera y que sería perfecto si se le agregara un índice alfabético completo de to-

dos los apellidos y nombres de lugares que en él aparecen.

Con este suplemento (de que carece, por desgracia, la inmensa mayoría de las historias y monografías sud-americanas), esta se convertiría en obra de fácil consulta para los aficionados á historia y á genealogías, que tanto abundan en este país.

De las erratas nada diremos, sino que su «fe» es incompleta y que la culpa de ello no es del autor. No puede, efectivamente, ser muy fácil el corregir pruebas cuando se escribe en Copiapó, mientras los cajistas hacen de las suyas en Santiago. Dése el señor Silva por dichoso al ver que aquello no alcanza á desfigurar su obra. (1)

(1) Del Norte nos llegó ultimamente un grueso volumen publicado en Arica (1909) é intitulado: *El Corregimiento de Arica (1535-1784)*. Su autor, el señor Vicente Dagnino, ha acumulado, sin mucho orden ni mucha crítica, cuanto dato puede existir sobre aquella ciudad en archivos y libros. ¿Por qué no tomaría por modelo á la obra del señor Silva Lezaeta, que le ha merecido tan justas alabanzas? De todos modos, esa monografía será útil para los historiadores de Chile, y es de desear tenga el señor Dagnino imitadores en el resto del país.





D. Amunátegui Solar

«Las encomiendas de indígenas en Chile». Tomo I. (Santiago 1909).

«El señor don Domingo Amunátegui Solar acaba de dar á luz el primer tomo de una obra titulada *Las encomiendas de indígenas en Chile*, memoria histórica presentada á la Universidad, en cumplimiento del artículo 22 de la ley de 9 de Enero de 1879. (1).

El autor es suficientemente conocido en el campo de las letras nacionales, á las cuales ha contribuído con varios trabajos de importancia, particularmente en el ramo de investigaciones históricas, y ocupa un alto lugar entre los servidores de la instrucción pública del país.

Su último libro, que consta de cerca de quinientas páginas, representa un serio estudio

(1) Este artículo es del señor don Juan Larrain.—*Mercurio*, Octubre 26 de 1909.

sobre una de las cuestiones más interesantes del período de la dominación española en Chile, el de la colonización de los territorios arrebatados á los nativos. La obra trae una introducción acerca de los dos sistemas que se emplearon en América para colonizar, el de los anglo-sajones en el norte y el de los españoles, tres capítulos que sirven mucho para ilustrar de antemano el criterio del lector.

El señor Amunátegui Solar estudia la naturaleza de los primitivos habitantes de Chile y se entra en las rancherías de los araucanos para describirnos sus costumbres domésticas; luego pasa en revista los primeros encomendados y las primeras industrias, trabajos agrícolas y lavaderos de oro establecidos en el país. En seguida refiere las crueldades empleadas por los conquistadores para someter á los indios, y al mismo tiempo consigna las ordenanzas, cédulas reales y decretos á favor de los indígenas que la lejana corona impartía á sus tenientes de América.

Dentro de un estudio de tal naturaleza era justo dar toda importancia á la historia de las gestiones humanitarias de algunos buenos religiosos que pudieron apreciar personalmente los padecimientos terribles de los indígenas en las faenas á que los condenaban los conquistadores, y que iniciaron la caritativa empresa de rescatar á los indios, y así lo ha hecho el señor

Amunátegui Solar abriendo un interesante capítulo sobre el primer defensor de los mapuches, el fraile Jil de San Nicolás.

Ese buen hombre emprendió la tarea y logró ver realizadas sus esperanzas de mejoramiento de la condición de los indígenas por medio de la adopción de procedimientos para regularizar el trabajo que hicieran menos cruel la dependencia del indio de los encomenderos. Pero el interés logró vencer los dictados de la humanidad y de la justicia, hasta el extremo de que algunas veces las mismas autoridades se convirtieron en patrocinantes de las resistencias de los dueños de encomiendas de indios y los encomenderos iniciaron una cruel persecución de fray Jil de San Nicolás consiguiendo hacerlo salir del virreinato. El señor Amunátegui Solar dedica diversos capítulos al estudio de la cuestión hasta llegar á la acción del venerable padre Luis de Valdivia, el gran protector de la raza indígena de Chile, y á la historia de principio de la guerra defensiva en Arauco.

El primer tomo de la obra *Las encomiendas de indígenas en Chile* termina con la actuación del Padre Valdivia en España cerca de la Corte en pro del bien de sus amados indios, y la historia de las resoluciones del Gobierno de Felipe IV, para contener la audacia de los araucanos envalentonados, y la autorización para emprender en Chile la guerra activa y resta-

blecer la esclavitud sin limitaciones contra los rebeldes.

Un estudio del género del realizado por el señor Amunátegui Solar es del más alto interés histórico, dada la importancia del tema que se ha propuesto desarrollar, acerca del cual aún no ha venido el verbo sereno de la justicia á proclamar la verdad definitiva.

Durante más de un siglo se ha acusado á España de haber procedido á la colonización del nuevo mundo violando todas las leyes humanas y divinas; de que sus agentes fueron salvajes y torpes; de que sólo cuidó de explotar las riquezas de los territorios sometidos á su dominio, sin dar nada á la civilización; de que su interés mismo por cristianizar á los salvajes de América no fue sino la máscara que ocultaba su avaricia y el pretexto que consagraba los más horribles crímenes y expoliaciones. Al mismo tiempo se han comparado los procedimientos de la colonización anglo-sajona, justificando por el esplendor de las nacionalidades que de ella se han formado al través de los tiempos, un sistema acerca del cual habría que decir tanto ó más que de la colonización española.

Cuál de las dos políticas de colonización, la de los Monarcas de España ó la de los ingleses, franceses, holandeses, etc., que vinieron al Nuevo Mundo á establecer la civilización europea parece al criterio de la cultura moderna más

sábía y digna de la aprobación universal, es asunto que aún está por resolverse, pero respecto al cual comienza á hacerse luz que permite ver claro acerca de muchos errores y de muchas injusticias tradicionales.

Por eso los trabajos de la índole del que ha empezado á realizar el señor Amunátegui Solar con su obra, sobre las *Encomiendas de indígenas en Chile* son de un gran interés y significan un valioso elemento para la prosecución de la verdad histórica definitiva. Y en el caso particular que consideramos, la seriedad y laborioso espíritu de autor, abonan el mérito del libro ante el criterio de la jente estudiosa de este género de cuestiones».

*
* * *

A las alabanzas que tan merecidamente tributa el señor Larrain á la obra del señor Amunátegui, agregaré sólo una breve crítica que me es sugerida por la Introducción (pág. 1-26) de este libro.

Deseando poner de manifiesto los caracteres distintivos de la colonización anglo-sajona y los de la colonización española, acude el señor Amunátegui al célebre historiador alemán Gervinus y cita una página, curiosamente declamatoria, de la cual extraeré el párrafo final.

Hablando Gervinus de los inmigrantes anglo-

sajones que poblaron el Norte de este continente, dice: «Los inmigrantes manifestaban ese carácter exclusivo y de gran pureza, especial á las razas germánicas que profesan la fé protestante, carácter que no les permite unirse con los indígenas, considerados por ellos como seres inaccesibles á la verdadera naturaleza humana; pero, en cambio, se descubrían bastante concienzudos para comprarles las tierras que querían cultivar, en vez de hacerse dar por el Papa, como un regalo, el derecho de propiedad sobre ese mismo suelo».

Con razón crítica el señor Amunátegui la conducta de los anglo-sajones en lo relativo á la «total separación establecida desde el primer momento entre ellos y los indígenas», calificándola de «conducta esencialmente contraria al cristianismo y opuesta del todo á la de los latinos».

Esto empero es, á mi juicio, insuficiente. Falta, en efecto, demostrar la realidad de la compra á que alude Gervinus. Hasta hoy sólo conocemos algunas compras aisladas cuyo origen se debió, no á la observación del mandamiento que prohíbe «no hurtar», sino á la prudencia más calculadora y egoísta. Falta además saber cómo y con qué fueron pagados los vendedores. ¿No se les pagó con barriles de aguardiente ó con cuentas de vidrio?

Porque si, como lo confiesa Gervinus, esos indígenas eran, para los anglo-sajones, «seres

inaccesibles á la verdadera naturaleza humana» ¿cómo creemos que aquellos contratos de compraventa hayan podido ser «humanos» y serios?

Y, además, ¿cómo pudieron ser verdaderos dechados de colonización perfecta, los mismos anglo-sajones que lucieron sus dotes colonizadoras en la desdichada Irlanda?...

En verdad, esa página de Gervinus puede ser «hermosa y elocuente», más, me atreveré á decir que es falsa, histórica y moralmente...

Históricamente es falsa, pues, para los anglo-sajones, colonización y exterminio fueron sinónimos.

Y lo es moralmente porque, si bien puede ser calificado de «exclusivo», el carácter de los inmigrantes anglo-sajones no merece llamarse «puro». Es verdadera *tartufferie* el hablarnos de «gran pureza, especial á las razas germánicas que profesan la fé protestante».

¿A quién lo dice Gervinus?... Verdad es que aquel historiador murió hace muchos años y no pudo leer las edificantes revelaciones del proceso Harden-Moltke...

Hoy por hoy, me asiste la convicción de que ningún historiador anglo-sajón se atrevería á hablar de la «gran pureza especial á las razas germánicas que profesan la fe protestante»...

Nó... Antes preguntaría con Racine:

Comment en un plomb vil l'or pur s'est-il changé?



“CHILE EN 1908” y “LOS FRAILES EN CHILE”

El libro del señor Poirier: *Chile en 1908* —El bluff del señor Guñazú: *Los Frailes en Chile al través de los siglos*.

Santiago, 1909.

Chile en 1908 es obra de mucho aliento que honra á su autor, el señor Eduardo Poirier, á sus numerosos colaboradores y á los talleres tipográficos que supieron darle la espléndida forma que la distingue.

Aunque ya, en estas mismas columnas, hayan nuestros lectores hallado una excelente reseña del libro del señor Poirier, creo útil insistir sobre el caracter peculiar de tan magna obra.

Llámola magna, no tanto por su grueso volumen, cuanto por la abundancia é importancia de datos históricos, geográficos, financieros, comerciales, etc., de que es riquísimo y bien ordenado emporio.

Quien poseyera en su memoria la décima parte de aquella documentación, podría vanagloriarse de conocer este país bajo sus principales aspectos.

Hay allí un compendio de la historia de Chile cuyos juicios no me atrevería yo á endosar en todos los casos, mas cuya facilidad y amenidad son innegables. (Hay igualmente una excelente geografía elemental con sus mapas.)

Careciendo de competencia para apreciar en todo su valor la parte estadística y puramente técnica de este libro, creo bastará el nombre del Excmo. Ministro de Guatemala para abonar su exactitud. (1)

Lo que no temo asegurar es que esta obra merecerá el aplauso de todos los que desean ver á Chile conocido y apreciado en el extranjero, no sólo como nación productora de salitre, sino también como foco de actividad intelectual.

Para ello servirán las catorce monografías que forman otros tantos apéndices de *Chile en 1908*.

(1) Hay, sin embargo, algunas inexactitudes inexcusables como, por ejemplo, la que consiste en hacer figurar como repórter al redactor de este diario, señor don Juan Larrain, y como colaboradores á otros que no lo son. Todo esto á pesar de haber obtenido en la propia dirección de *El Mercurio* la nómina exacta del personal del diario.

Escritas con ocasión del pasado Congreso Científico Pan-Americano, aquellas monografías, obra de nuestros más autorizados especialistas, dan mucha luz sobre la vida científica de este país.

Trátase en ellas del estado actual de los estudios é investigaciones en Chile en lo relativo á matemáticas puras y aplicadas (doctor R. Poenisch); ingeniería (don Víctor Santa María); ciencias físicas (doctor Ducci); ciencias naturales, antropológicas y etnológicas (doctor F. Philippi); botánica (C. Reiche); geología y mineralogía (L. Sundt); ciencias antropológicas (C. Porter); ferrocarriles (S. Marin Vicuña); medicina (doctor G. Amunátegui); higiene pública (doctor R. Dávila Roza); beneficencia pública (M. Guerrero B.); ciencias jurídicas (M. L. Amunátegui R.); derecho procesal (M. E. Ballesteros); Biblioteca Nacional (L. Galdames), é instrucción primaria (A. J. Ramírez).

Aunque talvez falten algunas especialidades que pudieran hallar colocación entre ellas, estas monografías honran tanto al país como á sus autores (1).

Por fin, dos votos emitiré, antes de terminar con este libro.

(1) ¿Sería mucho pedir que se publicara una bibliografía metódica de la producción anual de libros, folletos y revistas de caracter literario ó científico propiamente dicho?

El primero es que algo análogo á *Chile en 1908* se publique cada año, cuidando especialmente de las monografías y procurando mantenerlas exactamente «al día». Así tendríamos un espléndido inventario anual y una historia de vida intelectual chilena.

El segundo es que ese «algo» se publique en inglés y francés (así como en castellano) porque, como dice el evangelio: «No se enciende una lámpara para ponerla debajo de un almud, sino sobre el candelero». Es incontestable, en efecto, que, escrito únicamente en castellano, semejante libro quedará sumido en la sombra del almud. Por desgracia, fuera de España y de la América latina, nadie ó casi nadie lee y entiende la hermosa lengua de Cervantes.

Con el libro del señor Guñazú nos quedamos siempre en Chile, aunque cambiando de atmósfera.

Los frailes en Chile es, en verdad, una obra de difícil clasificación. Aseméjase, á primera vista, á un diccionario de biografías religiosas, análogo al que P. P. Figueroa dedicó á las «notabilidades» contemporáneas de este país; pero carece del orden, concierto y método propios de tales obras, ya que, entre otras muchas cosas útiles y necesarias, fáltale lo más indispensable, que es un índice alfabético.

Por otra parte, leído con atención, este libro deja la impresión de un himno de alabanzas.

Es, en efecto, una mera colección de adjetivos, calificativos, de términos elogiosos que, partiendo de los más elevados superlativos, se encumbran hasta alcanzar «potencias» desconocidas en las más altas matemáticas. Leyéndole, ocurrióseme, al final de cada párrafo, que no ha de faltar, entre los hermanos elogiados, quien repita con cierto escritor antiguo: «De mis amigos, líbrame, Señor; pues mis enemigos corren por mi cuenta!...» La verdad, más aún cuando alaba que cuando vitupera, ha de vestirse modestamente, so pena de provocar la sonrisa, madre del escepticismo y de la sátira.

No quiero, por cierto, acriminar la veracidad del autor ni la autenticidad de los hechos narrados; pero, si he de ser sincero, me es forzoso declarar que este libro, aunque «empedrado con buenas intenciones», se asemeja a aquella pedrada de que habla La Fontaine en una de sus fábulas (1).

Sí; *mieux vaut un sage ennemi!*

No carece, empero, esta obra de cierta utilidad, por más que le falte el imprescindible índice alfabético...

Desde luego podrá ella inspirar á algún historiador que sepa su oficio el deseo de rehacerla, y á fe que el tema es de los más interesan-

(1) «El Oso y el Horticultor». Libro VIII, fábula X.

tes, si se lo estudia con la detención y simpatía que merece.

La vida religiosa en Chile, durante el tiempo de la colonia, tuvo un colorido, una variedad y aún una actividad verdaderamente tentadoras para un escritor. Basta para sospecharlo leer, por ejemplo, la espléndida *Historia de los Agustinos en Chile*, escrita por el R. P. Víctor Maturana. (Santiago, 1904).

El mismo señor Guñazú, por ciertas omisiones en que ha incurrido, nos lo hace adivinar.

En un capítulo dedicado á los escritores ilustres de la orden de San Agustín, pregunta el autor: «¿Qué, no sabéis que hace casi un siglo, un fraile preocupaba sus ocios en Chile tras el secreto de la navegación aérea, y que él, convencido de la eficacia de su invento, hizo una solicitud al Gobierno, solicitud que debe de existir en el archivo ó en la Biblioteca Nacional?»

No, señor; yo no lo sé... pero usted que lo sabía—responderá el lector—¿por qué no se dignó buscar aquella solicitud que, por cierto, no carecería, hoy por hoy, de interés? Esto suelen hacer los verdaderos historiadores, no contentándose como el señor Guñazú con desperatar inútilmente el apetito del lector.

En la biografía del P. Simón de Lara nombra el autor á cierto padre Domingo de Andía, calificado por Vicuña Mackenna de «Paraf chileno».

¿No era esta la ocasión de explicar detalladamente las razones que tuvo el citado historiador para calificar así al P. Andía? El espacio que hubiese ocupado en darnos pormenores curiosos y talvez importantes sobre aquel punto, el autor prefiere cubrirlo con una selva verdaderamente ecuatorial de frondosos adjetivos admirativos...

Y nos quedamos en ayunas...

A esta evidente carencia de investigación personal hay que añadir la de proporción y armonía.

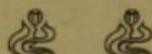
¿Cómo es, por ejemplo, que la Compañía de Jesús ocupa sólo 22 páginas, mientras otras órdenes merecen, en concepto del autor, 64 páginas, llegando una de ellas á 164?... Bien haría el fiel ejecutor en revisar aquellas balanzas, máxime si se tiene presente que los PP. Valdivia, Molina y Lacunza fueron jesuitas. Este era el caso de aplicar la regla: *Non numerantur sed ponderantur*. No se trata de contar, sino de pensar...

Por fin, tales son, por su número é importancia, las refacciones necesarias en el edificio de este libro, que más vale hablar de una reedificación completa, la cual, por cierto, exigiría talento, preparación histórico-crítica y tiempo... mucho tiempo.

En manos del autor está el emprender aquella noble tarea. Fáltale, por cierto, la prepara-

ción; pero con el talento que ha malgastado en este trabajo y con alguna aplicación, podría, mejor que muchos, adquirirla...

Para algo habrían de servirle su facilidad verbal y su tropical imaginación, si de veras se resolviera algún día á enfrenar á ésta y á desconfiar de aquélla.





H. R. Guiñazú

Lo que debió y pudo ser el libro de H. R. Guiñazú.—Lo que es.—Como debiera escribirse la Historia de *Los Frailes en Chile*.

En un artículo intitulado «Dos Palabras á Omer Emeth», y publicado en *El Chileno*, el autor de *Los Frailes en Chile* hace algunas insinuaciones que creo necesario, ó al menos útil, discutir brevemente. (1)

Dice el señor Guiñazú:

«Cuando por espíritu de justicia se ha emprendido una obra como la que yo he hecho, sin tener el honor de pertenecer tan de cerca como el señor O. E. á la colectividad que he querido colocar en la altura que le corresponde, es penoso y desconsolador encontrar censuras

(1) Ver la segunda parte del artículo inmediatamente anterior.

en donde parece que no debieran hallarse sino voces de aliento....»

Examinemos, pues, con calma la insinuación contenida en estas líneas.

Según H. R. Guiñazú, el honor de pertenecer de cerca á una colectividad me obliga no sólo á ser apologista de ella en todos los casos, sino también á aprobar todas las apologías y todos los apologistas que se presenten á defenderla ó á enaltecerla.

No es este mi parecer. Antes y por encima de cualquiera colectividad está la verdad, sin la cual toda apología se reduce, en el mejor de los casos, á pura palabrería, y en el peor, (que es el más frecuente) á un ataque tanto más eficaz cuanto más indirecto é involuntario. A esto aludí en días pasados cuando recordé la *«pedrada del oso»*, tan graciosamente contada por el fabulista La Fontaine. (1)

Y ya que el señor Guiñazú ha recordado los lazos que me unen á la colectividad que él cree haber «colocado en la altura que le corresponde», declararé aquí, sin rodeos, que los tales

(1) Un oso agradecido al jardinero que lo crió solía velar por el tranquilo sueño de su amigo y amo. Cierta día, durante la siesta, una mosca se encaprichó en molestar la nariz del jardinero. Indignado el oso, cogió una piedra y queriendo aplastar la mosca, aplastó en cambio la cabeza de su bienhechor. Más vale, dice la moraleja, un enemigo cuerdo que un amigo imprudente.

lazos, cuya honra sé apreciar en lo mucho que vale, lazos son, más no vendas que me cubran los ojos.

Muy al contrario, por el sólo hecho de tener vivísima conciencia de ellos, suelo leer con especial cuidado cuanto escrito puede directa ó indirectamente rozarse con ellos. Procuro, en casos como el de *Los Frailes en Chile*, mantener mis ojos de par en par abiertos y muy despiertos, recordando que mientras los apologistas profesionales son más de una vez enemigos involuntarios de la verdad. que defienden, los aficionados casi siempre son sus inconscientes verdugos. Abogado es el apologista, y sabemos que hay abogados hasta para los peores pleitos, así como nos consta que los hay capaces de averiar, sin quererlo, á los mejores. ¿No será el señor Guiñazú uno de estos últimos?

En mi opinión no debía este autor lanzarse al «ring» en son de apologista. Bastábale presentarse y obrar con la moderación y calma del simple historiador, dejando que los hechos, críticamente expuestos, hablaran con la elocuencia que sólo á ellos pertenece.

Para esto era preciso citar documentos fehacientes, analizarlos con claridad y esperar el fallo del lector el cual es la mejor de las apolo-gías y en verdad, la única apetecible.

H. R. Guiñazú canoniza, (es decir, califica de santos) á muchos miembros de las comunida-

des religiosas. En horabuena!... Pero, en mi concepto, los ditirambos, en tal caso, debían ceder el paso á los hechos, los cuales, en los archivos de los conventos ó del Estado, y en la memoria de los hombres, no pueden dejar de ser abundantes y notables. Hechos concretos, digo, hechos individuales, anécdotas, peculiaridades psicológicas, merced á las cuales la santidad toma una fisonomía especial que interesa y provoca, ora la admiración, ora el deseo de imitarla. Si, en lugar de esto, sólo se nos dá generalidades vagas aplicables al común de los santos, ¿qué interés despertará su lectura, y qué provecho espiritual reportaremos de ella?

Hai en el libro del señor Guñazú una multitud de teólogos que él califica de «eminentes» y de los cuales, según él, quedan obras impresas ó manuscritas dignas de su admiración y de la nuestra. En horabuena! diré otra vez; pero ¿por qué se contenta H. Guñazú con calificar así á esos teólogos sin darnos prueba alguna fehaciente de que merecen tan eminente calificación?

Hay, por ejemplo, en la biblioteca ó archivo de cierto convento un Tratado de Dios ó del Amor Divino, escrito á mediados del siglo XVII, por un teólogo místico «eminente».

En tal caso, según parece, debió H. R. Guñazú citar, comentar y discutir las mejores páginas del viejo autor, aquellas particularmente

en que brillan la originalidad del pensador y la profunda penetración del místico.

¿Qué, vale en efecto, la opinión personal de un escritor cuando, por sí y ante sí, sin documentos ni pruebas, califica de eminente á un teólogo hasta hoy ignorado del todo y de todos, fuera de los claustros en que brilló?

Si el señor Guiñazú fuese algo más que un «outsider» en esta clase de investigaciones, habría pintado en su libro un cuadro del movimiento intelectual en Chile durante los pasados siglos, ya que sólo en los cláustros hubo entonces estudios relativamente dignos de ese nombre.

En lugar de esto, nos ha dado una prosopopeya de 351 páginas!...

Es poco... en presencia de lo mucho y muy bueno que pudo haberse escrito, no digo en apología, sino en historia de los *Frailes en Chile*.

¿Por qué hablar de apología? ¿Por qué salir al palenque con el yelmo de Mambrín, cuando no hay á la vista enemigo alguno que merezca ser atacado ó cuyos ataques merezcan noticia?

En verdad aquí *los Frailes*, si se me permite emplear el vocabulario de Guiñazú, no tienen más enemigos que algunos sectarios tan ignorantes como empecinados en su ódio.

Si, (lo que yo dudo) hay entre éstos alguno cuya alma sea aún accesible á la verdad histórica, ¿cree el señor Guiñazú que su libro pueda alguna vez convertirle?...

Conozco la psicología de esos hombres y me atrevo á declarar que, si lee las diez primeras páginas de *Los Frailes en Chile*, se aferrarán más y más á su intransigencia hostil. Es de apostar que más de uno le aplicará el axioma del Derecho Romano:

Is fecit cui prodest...»

Cuanto á los demás, es decir, á los católicos, no hay entre ellos quién no sepa que, sin santos, y talvez sin teólogos más ó ménos eminentes, las órdenes religiosas no habrían ganado el corazón de las gentes y el respeto público, bases de su tranquila y activa existencia en Chile durante más de tres siglos.

Nada aprenderán los católicos en este libro que ya no lo sepan ó no lo crean á priori. Con panegíricos sin sustancia ó declamaciones sin tasa ni medida, no se acrecentará en lo más mínimo el caudal de amor y respeto tradicional á que acabo de aludir.

Venga un verdadero historiador y escriba á la sombra de esos mismos cláustros, asilos del estudio y de la paz. Entónces, sin palabrerías huecas, los hechos históricos, científicamente investigados y expuestos, proclamarán por sí solos las alabanzas de *Los Frailes en Chile*. Entonces, si hay que enaltecer á algún teólogo del pasado ó del presente, se emprenderá tan noble tarea por quién sospeche siquiera lo que es un teólogo, y, sobre todo, un teólogo eminente.

te. Y si se tratare de Santidad, el historiador sabrá, no sólo aquilatarla, sino esponerla de tal manera que aquel fermento sobrenatural de otros tiempos penetre en el corazón de las nuevas generaciones.

Tendremos así una demostración histórica de lo que, por lo general, sólo sospechamos ahora, quiero decir, sabremos hasta qué punto *Los Frailes en Chile* han sido factor esencial en la lenta elaboración del alma chilena. (1)

(1) Al final de esta sección, se agrega como complemento, un breve *compte-rendu* que se publicó en *El Mercurio* del 29 de Octubre de 1909.

El obispo Salas—Acaba de publicar en Concepción el señor presbítero don Esperidión Herrera, una «*Vida del Ilustrísimo señor obispo de Concepción, don José Hipólito Salas (1812-1883)*».

La figura del obispo Salas es de las más brillantes de la historia nacional. Orador elocuentísimo, talvez el primero de los oradores sagrados de Chile, escritor elegante y nervioso, gran carácter batallador, hombre de una virtud austera, patriota ardoroso, cultivador de las ciencias y letras, humanista eminente, el obispo Salas parece un padre de la Iglesia de los grandes tiempos, de esos que resumían en sí toda la cultura de su tiempo y que eran á la vez defensores de su fe y conductores de su pueblo.

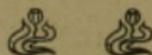
El señor Herrera ha hecho un libro documentario y que, por lo mismo, contiene materia interesante para los futuros biógrafos del obispo Salas. Ha expuesto y documentado su labor sacerdotal y episcopal, reproduciendo grandes trozos de sus cartas, pastorales, etc.

Esta es la única apología deseable y eficaz. Por lo demás bueno será no perder de vista que las órdenes religiosas, así como Dios á cuyo servicio están consagradas, no necesitan de nuestra mentira. Así lo aseguraba en plena Edad Media San Pedro Damiano: *Deus mendacio nostro non indiget.*

Verdad siempre antigua y siempre nueva!...

Más tarde se hallarán ahí los elementos para que un hombre de letras haga la semblanza del grande obispo y trace como artista la personalidad vigorosa de rasgos fuertes y hondos de aquél hombre que tuvo una positiva influencia en su época.

La obra del señor Herrera es un trabajo muy laudable y de mucha utilidad, y constituye una valiosa contribución para la historia eclesiástica de Chile, y el estudio de las grandes cuestiones que se ajitaron en torno del célebre obispo.



V.

FILOSOFÍA CIENTÍFICA y SOCIOLOGÍA



- I. J. E. Lagarrigue
«Su obra»
- II. Enrique Molina
«Un Pensador Norte-Americano:
Lester F. Ward» (1908).
- III. B. Vicuña Subercaseaux
«El Socialismo Revolucionario» (1908).
- IV. J. Saavedra
«Repeliendo la invasion» (1908).
- V. T. Pinochet Lebrun
«La Conquista de Chile en el Siglo XX» (1909).
- VI. V. Brandau
«Caracteres mentales de la Mujer, según
la Psicología Contemporánea» (1908) y
«Política Criminal Represiva»
(Tomo I. (1909).
- VII. Una controversia:
«El Darwinismo»



J. E. LAGARRIGUE

Propagandista incansable del positivismo en Chile, el señor J. E. Lagarrigue imita á los apóstoles de todos los tiempos dirigiendo cartas doctrinales «á las iglesias», es decir, al público.

Más afortunado que San Pablo, el apóstol chileno publica sus «epístolas» en los diarios y, más precavido quizás, las recopila todas anualmente en un folleto que les asegura una circulación más efectiva y una definitiva conservación.

El de este año lleva por título: *En Servicio de la Doctrina Altruista*, y consta de 23 cartas, en las cuales hallamos formuladas con perfecta claridad las teorías altruistas del autor, al mismo tiempo que se deja entrever el carácter del apóstol.

Fiel al lema de Comte, el señor Lagarrigue

tiene *el amor por principio, el orden por base y el progreso por fin...*»

Todo, en este folleto, obedece á ese triple objeto, pero, de los tres elementos, uno domina á los demás, demostrándonos que en el alma del escritor el papel principal pertenece al primero, esto es, al amor.

En esto el autor es verdaderamente apóstol. Por amor á la humanidad, el señor Lagarrigue, como sus predecesores en el apostolado, «predica la palabra, insta á tiempo y fuera de tiempo, redarguye, reprende, exhorta con toda «paciencia y doctrina», obedeciendo así al mandato que San Pablo daba á su colaborador Timoteo. Puestos los ojos en lo que él juzga verdadero y bueno, deseoso además de fomentar el amor y el orden para acelerar el progreso humano, no repara en que la sociedad actual es para su predicación un verdadero desierto. ¿Qué puede, en efecto, esperarse de un mundo «anarquizado», en que el egoísmo es el principio, la astucia ó la fuerza, el medio y la riqueza ó el placer el único fin?

Es evidente que el señor Lagarrigue ha previsto la esterilidad relativa de su trabajo y que no se asombrará si, su voz, es como la de aquel que «clama en el desierto: Aparejad el camino».

Pero es, precisamente, lo que me confirma en mi opinión acerca de su caracter apostólico.

Como todos los apóstoles, éste ve cada vez

más cercano el triunfo de ideales. Por poco diría: «El Señor está cerca!...»

En una carta provocada por un artículo de O. E., sobre el progreso moral, pregunta: «¿Quién se atrevería á desconocer ahora que la verdadera santidad consiste en abnegarse por el bien de nuestra especie?» ¡Qué ilusión!... El señor Lagarrigue cierra los ojos ante el espectáculo que le da el mundo y juzga, no con la fría razón, sino con su propio corazón abnegado y bueno. Mientras tanto hay «quien se atreva á desconocer» lo que á él le parece (y es en realidad), la mismísima evidencia. Hay Nietzsche y toda su escuela hoy tan audaz como numerosa, cuyo dogma fundamental elimina absolutamente á la abnegación cristiana ó positivista. Hay un sinnúmero de hombres que viven en plena contradicción con ese principio y que, si no de palabra, lo niegan y reniegan de hecho.

En el prefacio de su obra dice nuestro autor: «Hoy se aspira á arreglar las cuestiones entre pueblos por un noble espíritu de concordia, y de ningún modo por el propósito egoísta del predominio de cualquiera de ellos sobre los demás. Esto revela que un glorioso porvenir se aproxima... De uno y otro lado del Atlántico se evoluciona hacia el rumbo altruísta en las relaciones internacionales».

¿Cómo creeremos en esa aspiración, en esa

evolución, y en la proximidad de la anunciada edad de oro, cuando no se trata en todas partes sino de preparativos bélicos y de guerras inminentes?

¿Qué sinceridad atribuiremos á los Congresos de la paz, cuando son sus promovedores los primeros en violar los pactos de paz en el intervalo de esas pacíficas asambleas? En presencia de las tres guerras, de Cuba, Transvaal y Asia, y ante las violaciones del derecho internacional que se han cometido impunemente en cada una de ellas, es preciso poseer una robusta fe de apóstol para creer que «un glorioso porvenir se aproxima...»

Si «saber es prever», como lo enseñaba A. Comte, lo que sabemos del pasado nos permite prever que la «agresividad» será mañana lo que fué siempre: el más irreductible de los sentimientos humanos.

Como lo dice con exactitud perfecta M. J. Bourdeau: «La concurrencia entre los seres, la «competencia cuya forma primitiva y aguda «es la guerra, será siempre ley ineluctable de «la naturaleza. Nada de rectilíneo hay en el «progreso de la humanidad. En vísperas de las «masacres y hecatombes de la revolución francesa, nuestros abuelos creían vislumbrar la «alborada de una era idílica...»

Hoy, como entonces, y en Francia particularmente, no se habla sino de humanidad y de

«guerra á la guerra». Y, mientras tanto, hay partidos políticos activamente empeñados en predicar y preparar «la guerra de clases» ó lo que es lo mismo, la guerra civil, hermoso y lógico exordio de la paz humana en el universo.

Otra ilusión del señor Lagarrigue es la de «París, metrópoli universal».

Dice en efecto: «La verdadera luz nos viene « de París, que es sociológicamente la metró-
« poli universal. Por lo mismo le toca presidir
« la eterna armonía de las naciones...» Parece que el distinguido apóstol del positivismo no leyera las revistas, periódicos y libros que nos vienen de París ó que los lee al través del cristal dogmático y optimista del comtismo.

En realidad, París provee al mundo de algunas verdades y de muchos sofismas, siendo, en mi opinión, el peor de estos el del humanitarismo tal como lo exponen allí Hervé, Jaurés y su escuela, y tal como lo van adoptando muchos incautos, fuera de Francia.

Es imposible analizar aquí las 23 cartas del señor Lagarrigue, ya que en ellas se agita un mundo de cuestiones, muchas de las cuales merecerían larga y especial discusión.

Quizás algún día discutamos los principios fundamentales del sistema filosófico y religioso que se nos predica en este folleto. En todo caso, sería posible, según creo, demostrar al señor Lagarrigue que la originalidad de Comte

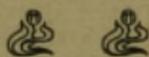
en algunas de las verdades tan hermosamente enseñadas por él no es tanta como se cree...

Sea de ello lo que fuere, debo reconocer que, á pesar de sus ilusiones, ó de lo que me atrevo á llamar así, merece el señor Lagarrigue el respeto de todos y particularmente el de los adversarios de sus ideas.

Es imposible, en efecto, ser más moderado, leal y sincero que el apóstol chileno del positivismo. Aunque carezca de verdad y solidez la base doctrinal en que se funda, el solo hecho de haber formado el concepto (no diré el ensueño) de una humanidad santa y feliz habla muy alto en favor de la bondad de su alma.

Poseedor de un nobilísimo ideal, de un carácter perseverante y de una pluma esperta, el señor Lagarrigue es un apóstol, y aunque vivamos filosófica y religiosamente en polos opuestos, me complazco en expresarle aquí el respeto sincero que me merece.

Leyendo sus cartas y viéndolas impregnadas de un cristianismo involuntario é impensado, protesto siempre de la definición que Huxley dió del positivismo cuando dijo: «Es un catolicismo sin cristianismo». Nó!... Por más que quiera ser positivista, no deja de ser el señor Lagarrigue *anima naturaliter christiana*...





Enrique Molina

A propósito de su obra intitulada
Un Pensador norte-americano.—Ensayo sobre la filosofía social de Mr. Lester F. Ward.—Santiago, 1908.

Se dice muy á menudo que, en la América latina, no hay verdadera vida intelectual. Los que profesan esta opinión se fundan en la relativa escasez de publicaciones filosóficas y científicas en esta parte del continente é insistir en la falta de originalidad que caracteriza á las que llegan al conocimiento del público.

Es innegable que muchos de los libros que se imprimen en estas tierras son textos de estudio hechos con tijera y á veces con la más desvergonzada de las tijeras. Literatura utilitaria, esas publicaciones no denotan verdadera actividad intelectual. Son simples apropiaciones del trabajo ajeno y lo único que ellas demuestran en los que se titulan sus autores es, de cuando en cuando, el sentido de lo útil.

Esto es, después de todo, un indicio claro de lo que podría hacerse si, en lugar de la tijera, aquellos autores se armaran de una pluma ó de un instrumento de observación científica. Con estudios, es decir, con esfuerzo propio, esos «sastres remendones» de la intelectualidad podrían dotarnos de una literatura filosófica y científica latino-americana, y cortarían... en paño nuevo.

Para esto sería menester eximirse valientemente de la ley del menor esfuerzo y resolverse á trabajar.

Modelo, en este sentido, es el señor Enrique Molina G., cuyo estudio sobre Lester F. Ward, demuestra no sólo aptitudes notables para la especulación filosófica, sino originalidad é independencia de criterio. Denota además una total carencia de miedo hácia el esfuerzo...

Es preciso, en efecto, confesar que la lectura y meditación de los libros de Ward analizados y criticados en el folleto del señor Molina no es tarea fácil, ni, literariamente hablando, agradable. Tampoco es empresa cuya buena ejecución dependa únicamente de la voluntad y esfuerzo de quien la toma á su cargo.

Para empezarla, y particularmente para continuarla, es menester una larga preparación.

El novicio que se echara á nadar en ese mar magnum de conceptos profundísimos, se ahogaría á las pocas brazadas...

El señor Molina recorre en su folleto la obra entera de Ward, y la compendia con toda la claridad de que es susceptible.

No sé si, después de leerlo, muchos se atreverán á imitarlo. Creo, en mis adentros, que, por su misma profundidad y amplitud, los conceptos del sociólogo americano darán mucho que pensar á los lectores de este folleto,— y que, en consecuencia, las obras de Ward continuarán siendo el alimento de algunos privilegiados, como es el señor Molina.

Pero ¿quién es Lester F. Ward?... Para contestar á esta pregunta habría que compendiar el presente folleto; y la tarea sería ingrata, pues es cosa sabida que nada es más duro que compendiar un compendio.

Mejor será citar las conclusiones de nuestro autor. «De caracter enteramente científico y positivo, levantada sobre una concepción del mundo exclusivamente monista, esta filosofía,—dice el señor Molina,—lleva en sí doctrinas muy alentadoras. Cualesquiera que sean las ideas del que llegue á conocerla, debe inspirar respeto é invitar á la reflexión. No contempla la existencia, ni con el injénuo optimismo de los bienaventurados, ni con el estéril pesimismo de los débiles y de los fracasados.

«Su divisa es el «meliorismo», el mejoramiento del mundo por medio de la acción humana inteligente, y gracias á la educación científica

ámpliamente difundida que haga que las ideas positivas que hoy inspiran la mente de unos pocos, lleguen á ser posesión de la masa humana completa, y procuren la existencia de un Gobierno que sea la expresión de la conciencia social entera y liberte á las democracias actuales de las redes de la plutocracia.

Con tal fin preconiza, sin duda, nuestro autor la extensión de las funciones del Estado». (pág. 72).

En resumen, Ward es un sociólogo de tendencias netamente socialistas.

Lo que más llama la atención en su doctrina es su desprecio hacia el individuo, y cierta tendencia, más que positiva, á «realizar» el Estado, es decir, á darle una especie de realidad personal, olvidando totalmente que el Estado es la simple suma de numerosos individuos y voluntades individuales.

Es curioso ver la facilidad con que la sociología lesteriana personifica conceptos y materializa metáforas. Entre otras ¿qué son sino metáforas esa «conciencia social» que se trata de crear é ilustrar, y esa «naturaleza» de quien, después de hablarnos de sus despilfarros biológicos (v. g., los 600,000 huevos de la Doris, de los cuales unos pocos dan resultado) se nos dice que es extremadamente práctica aunque no económica? (pág. 46-47).

(Si aplicásemos semejante criterio á un ha-

pendado que sembrase 600,000 granos de trigo para cosechar un mil, en vano hablaríamos de su sentido práctico: ¿quién no entendería?).

El «metaforismo» es el gran defecto de toda sociología positiva y del mismo positivismo. Ambas doctrinas prescinden de una realidad que salta á la vista, á saber que el mundo, la sociedad y la humanidad constan de individuos y que, en último análisis, solo el individuo es positivamente real. Todo lo demás es mero concepto.

Otra peculiaridad de esa sociología consiste en dar al Estado todo lo que se quita al individuo, y, especialmente, la libertad.

¿No es, hablando moderadamente, una teoría de inquisidor la siguiente: «La razón y la inteligencia, poderosos factores de civilización, no deben ser desalentadas, pero es conveniente que se las despoje de sus uñas y de sus garras?...» (pág. 56).

L. Ward tiene un modo de «no desalentar» que es un verdadero hallazgo. Faltaría únicamente aplicarlo á un león para ver sus resultados...

Nuestro autor agrega: «Un arma tan poderosa como la razón es peligrosa en manos de un individuo que la maneja en contra de otro individuo»...

Si esto es cierto, ¿de qué sirve toda la propaganda educativa? Cerremos las escuelas y

así cortaremos esas terribles uñas y garras...

En verdad, esto es sencillamente asombroso y nos promete días apacibles si la muerte no nos arrebatara antes de la implantación definitiva del socialismo.

Más extraño aún es hallar en la obra de Ward una explícita condenación de la persecución religiosa, ya que ésta era precisamente una operación destinada á cortar «uñas y garras», (y á veces, cabezas), de acuerdo con el dictamen de la «conciencia social» del Estado perseguidor (pág. 61).

Lo cual demuestra que, bajo el imperio del socialismo, la libertad individual será como lo declaró un socialista francés en pleno Parlamento en tiempos del Ministerio Combes, *une jolie balançoire...*

Si hubiera en los libros de L. F. Ward, muchas «balançoires» de esta especie, el señor Molina habría perdido su tiempo y su esfuerzo al analizarlos. Felizmente, al lado de errores fundamentales como el indicado, hay verdades demostradas con «positiva» maestría. Una de ellas es la esterilidad de la guerra, bajo el punto de vista sociológico, y muchas otras adornan particularmente su libro *The Psychic Factors of Civilization*.

Aunque en contradicción fundamental con las opiniones y creencias de la generalidad, las obras de Ward, preciso es reconocerlo, son de

un pensador, más que notable, eximio. Quien, á imitación del señor Molina, las estudie con un espíritu filosóficamente preparado y con la debida libertad crítica, cosechará en ellas una riquísima mies de hechos y de ideas.

Antes de concluir y á riesgo de alargar este artículo más allá de lo permitido, haré notar que, así como es adicta al metaforismo, la filosofía de Ward gusta de generalizaciones hechas sin que preceda examen verdaderamente científico de los hechos particulares en que se pretende fundarlas.

Dice el señor Molina: «Ya nadie,—queremos decir ninguna persona culta y estudiosa,—piensa que los Gobiernos puedan tener religión, y al Estado se lo concibe como una entidad laica». (pág. 73).

Este es un error de hecho formulado en términos injuriosos.

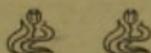
Porque la opinión censurada allí con tanto desenfado es la de todos los conservadores alemanes, ingleses, franceses, españoles, japoneses, etc., etc., sin contar á los latino-americanos, ¿No habrá entre ellos personas cultas y estudiosas? ¿No eran cultos y estudiosos, hombres como Cánovas en España y Salisbury en Inglaterra? No lo es hoy J. A. Balfour, el futuro jefe del Gabinete Inglés?

Nunca creeré que los hombres inteligentes y cultos, como L. F. Ward y su vulgarizador chi-

leno, puedan con tranquilo dogmatismo y plena convicción, expulsar del gremio de las gentes cultas y estudiosas á todos los que no comparten, en esta ú otras materias, la totalidad de sus opiniones.

Es de suponer que fuera de la iglesia lesteriana, hay todavía salvación, inteligencia y cultura y que, en la escuela del señor Molina, no rige la máxima: *Nul n'aura de l'esprit, hors nous et nos amis*. Así lo cree sin duda el señor Molina y si parece dudarlo es simplemente porque la expresión ha traicionado su pensamiento.

Pensó y quiso únicamente decir que, en esta materia, su opinión difiere de la de sus adversarios... Es verdad que pudo haberlo dicho en términos más..... «parlamentarios».





B. Vicuña Subercaseaux

El Socialismo revolucionario.

(Santiago 1908.)

Aunque nacidos y, por decirlo así, criados en un mismo hogar, los dos libros cuyo título encabeza estas líneas, son tan absolutamente diversos, que mis lectores extrañarán el hallarlos reunidos en un mismo estudio crítico.

El del señor Vicuña es de índole filosófica, y el del señor M. J. Ortíz, es puramente literario. (1)

Mientras el primero recorre la historia del socialismo y se propone inculcarnos ideas claras sobre los más intrincados problemas sociológicos, el segundo hace pasar á nuestra vista una serie de cuadros cinematográficos en que

(1) Alúdese en estas líneas á *Cartas de la Aldea* por M. J. Ortíz.—(Ver pág. 199-207).

toda una fase de la vida chilena nos es pintada con los más vivos colores de la realidad.

Ambos libros hacen pensar, y me atrevo á decir que el segundo, á pesar de carecer de toda pretensión filosófica, encierra más filosofía que el primero.

De las *Cartas de la Aldea* podría deducirse toda una sociología que tendría, sobre la que se nos expone en *El Socialismo Revolucionario*, la no despreciable ventaja de ser chilena, es decir, original, y sin el menor dejo de revolución.

Pero antes que engolfarnos en demostrar esta tésis, analizaremos, siquiera brevemente, el libro del señor Vicuña.

El *Socialismo Revolucionario* consta de cuatro partes, de las cuales, en mi juicio, la más importante es la primera, que trata de la historia del socialismo y de la cuestión social en general.

En la segunda parte aparecen, unos en pos de otros, seis capítulos, cuyo objeto consiste en intentar una exposición de las «falsas afirmaciones y consecuencias del socialismo».

«El progreso social» es el tema de la tercera parte y, según nuestro autor, consiste en adoptar todo cuanto sea útil en las instituciones de mutualidad, en las asociaciones y en las teorías de Le Play.

Por fin llega el señor Vicuña á estudiar la cuestión social en Chile, dedicando á tan im-

portante materia las 34 últimas páginas de su libro, y la casi totalidad de la cuarta parte.

Para caracterizar esta obra bastará, si no me engaño, citar una página en que el autor expone en compendio todas sus ideas sociológicas.

En la página 208 dice el señor B. Vicuña:

«Cuando algún espíritu sensato me pregunta qué soy: ¿conservador, socialista, utilitario? «Sí, soy de todo!...—le contesto.—Soy conservador cuando se trata de abolir el derecho de propiedad ó de suprimir el interés del capital, cuando se quiere minar las bases de la libertad y de la justicia; soy socialista cuando se quiere extender el capital por medio del ahorro y de la baja del interés, cuando se propende á la mutualidad, cuando se ve en la huelga una manifestación legal del poder del trabajo; cuando, en una palabra, se hace justicia; soy utilitario, cuando se trata de defender la libertad del trabajo y de fomentar las iniciativas individuales... ¿Tengo ó no razón? ¿En vez de criterio partidarista, no es más inteligente y más útil esta vasta concepción de los intereses humanos?»

En una palabra: el señor Vicuña es ecléctico... y su libro lo demuestra claramente... (1)

(1) Ese «eclecticismo», si no es científico, es siquiera muy cómodo y permite á quien lo practica amoldarse á todas las situaciones. Es una aplicación de la conocida

Una buena definición hace falta allí. Con ella podríamos saber cuáles son las teorías socialistas que nuestro autor adopta, y cuáles las que rechaza.

Decir: «soy socialista... cuando se hace justicia», equivale á decir que sólo el socialismo es el partido de la justicia social, ó que todo hombre, amante de dicha justicia, es socialista.

Esto puede ser ecléctico, pero no es ni lógico ni claro.

El señor Vicuña me perdonará si agrego que es injusto el hacer de la «justicia» la Dulcinea del Quijote socialista... Esa «señora» es como Penélope: tiene tantos pretendientes como hay partidos políticos... ¿Cuál de ellos sea el Ulises de su corazón?... *That is the question...*

Estas críticas no impiden que, en mi concepto, el libro del señor Vicuña sea interesante y útil. Demostrarán, siquiera, que en *El Mercu-*

fábula del *Murciélago* de La Fontaine. En poder del gato, dice aquel animalejo:

«Je suis oiseau; vivent les chats!»;

pero si cae en medio de ratas crueles excláma:

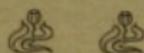
vivent les rats!
Jupiter confonde les chats!

Llámase esto, oportunismo, mas no ciencia.

rio (en cuyas columnas *El Socialismo Revolucionario* fué publicado en forma de artículos antes de reaparecer en forma de libro), practicamos la «ley antigua» de la libertad crítica: *Amicus Plato: magis amica veritas...* (1)

.....

(1) El fin de este artículo se halla pág. 199 y sig.





“Chile Invadido” y “La Conquista de Chile”

El folleto del profesor J. Saavedra intitulado: *Repeliendo la invasión*.— (Santiago 1908).—Y el libro de T. Pinochet Le-Brun intitulado: *La Conquista de Chile en el siglo XX*— (1909).

Entre las máximas evangélicas hay una que los escritores llevan grabada en el corazón: «Recojed los pedazos que han quedado porque no se pierda nada.»

Pero hay pedazos y pedazos, como así mismo los hay que no sólo «se han quedado», sino que «han sobrado» y... sobran.

Entre sus diez ó doce artículos de periódicos ó revistas que el señor Saavedra ha recogido en folleto, algunos merecían, á mi juicio, la resurrección que su autor les ha impuesto. Otros, empero, se hallaban muy bien en su sepulcro, siendo el más conspicuo de éstos el que lleva por título «Barajando palos de ciego»...

El señor Unamuno, á quien van dirigidas esas páginas, sabe ya, si antes lo ignoraba, que los poetas no son los únicos á quienes puede aplicarse el calificativo de *genus irritabile*... Hay profesores que en esto son poetas, pero lo que es perdonable en estos no lo es en aquellos, cuando discuten temas filológicos y gramaticales.

En páginas de índole científica, extraña el ver que un profesor llame «palos de ciego» los argumentos de un rector de Universidad, y concluya su discusión diciendo: «Total: hay que arropar á don Miguel»... (Pág. 137).

Don Miguel es aquí el señor de Unamuno, cuyas opiniones son, sin duda, discutibles, pero cuyo talento y situación debían eximirlo de semejantes «palos de ciego»...

El artículo del señor Saavedra me hace acordarme de los dos sabios que Daudet puso en escena en su *Tartarin sur les Alpes*; pero conste que el sabio español no se asemeja ni al académico Astier Rehu, ni al *herr Professor*.

Semejante método de discusión pudo ser tolerable, y hasta divertido, en la época del Renacimiento, cuando se escribía en latín y los odios teológicos enardecían á los contendores. Pero hoy en día tanta nerviosidad es inadmisibles en discusiones científicas que exigen calma perfecta. Tolerémosla y perdonémosla sólo en discusiones... parlamentarias.

El resto (es decir, la parte principal) del folleto del señor Saavedra, es mucho más interesante, pues versa sobre materias importantes y muy discutidas, como son, por ejemplo, la Educación Utilitaria y la Educación Cívica en Chile, la formación de un plan de estudios de idioma patrio, etc., etc.

El autor, como buen chileno, ama á su patria con ese amor que los alemanes expresan diciendo: *Deutschland über alles*.

Pero esa pasión, infinitamente loable en sí misma y en los fines que persigue, toma, en este folleto una forma que no es natural en los escritos de un hombre instruído como lo es el señor Saavedra.

El patriotismo de nuestro autor se presenta en forma de «xenofobia», de una xenofobia benigna, por cierto, pero cuya sola existencia en un espíritu cultivado y en libro destinado á un congreso internacional, es difícilmente explicable.

El señor Saavedra ve á su país invadido por extranjeros, y cree que esta invasión puede antes de mucho convertirse en absorción.

«Si—dice—persistimos en nuestra olímpica
«indiferencia hacia la absorción lenta, pero
«continua y segura, del ávido forastero que
«pisa nuestras playas, si no nos armamos con
«sus propias armas, día llegará en que sólo él
«será el amo y poseedor de nuestras riquezas,

« y en que la épica simiente del Auca se extin-
« ga en eterna servidumbre». (Pág. 27).

Hermosa frase oratoria... y nada más.

Mirando el asunto reposadamente, se ve desde luego que Chile, en lugar de ser absorbido por el forastero, lo absorbe; y de esto nos convencemos fácilmente cuando vemos á tantos chilenos ostentar apellidos enteramente «forasteros».

Que algunos, y aún muchos extranjeros, sean ávidos, es cosa difícilmente discutible, pero lo que el señor Saavedra llama «avidez» es, si no yerro, sinónimo de lo que, en esa misma página 27, lleva el nombre de «justipreciación del dinero»... ó, simplemente, es la humilde y fundamental virtud llamada laboriosidad.

Es cierto que algunos forasteros son, hablando moderadamente, un tanto indigestos, como lo es, sin duda, aquel profesor calificado por nuestro autor de «respetable por muchos conceptos» y que, sin embargo, emitió un concepto irreverente diciendo cierta vez: «Dos cosas me disgustan en Chile: hay mucho barro y muchos chilenos»... (Pág. 35).

Pero, ¿no ve el señor Saavedra que esto no pasa de ser un simple cuento alemán?... Puede, igualmente, desagradar la ingenuidad (un peruano diría: la lisura) del profesor á quien se le preguntó «si la sociedad que patrocina al *Santiago College* envía también misiones á Eu-

«ropa» y respondió: «No; como esas misiones «son civilizadoras, sólo las mantenemos en los «países sud-americanos y en los del Africa y «del Asia»... (Pág. 35).

Esto es netamente desagradable; pero Chile puede consolarse considerando que aún en Europa hay países, como Francia, por ejemplo, ó España, que reciben de Inglaterra misioneros de la misma «denominación», sin perder por esto la plena conciencia que tienen de ser naciones civilizadas. (1)

Semejante apreciación carece de importancia. Es simplemente un síntoma de preparación defectuosa y de «farisaismo» inconsciente por parte del misionero... Nada más...

El forastero que no es ni profesor, ni «civilizador» al estilo de los aludidos, viene á Chile á trabajar, no á hacer discursos; á juntar dinero, no prosélitos; á educar una familia que, generalmente, es chilena; y si, á su laboriosidad se une la honradéz (su habitual compañera), civiliza y «profesa» con un éxito que ignoran esos profesores y civilizadores sin gusto, ni tacto...

El nacionalismo, en su forma «xenofoba», es natural ó perdonable en países conquistados

(1) Léase en el *Correspondant* de Octubre 10 de 1909 un artículo intitulado: «*Une Congrégation Protestante: le Méthodisme en Angleterre et en France*» por Oscar Havard.

como Irlanda ó Filipinas. No lo es en Chile, nación independiente y respetada, á la cual ni en sueños se pretende invadir.

Mientras los extranjeros que «pisan estas playas» acaten la soberanía nacional y paguen los impuestos legales; mientras trabajen y den trabajo, ahorrando dinero y enseñando á ahorrarlo; mientras la mayoría de ellos se arraigue en esta tierra hospitalaria y, para emplear una frase bíblica, continúe como hasta ahora «comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento», la invasión de que se nos habla en este folleto será una verdadera bendición para Chile.

El patriotismo es fácilmente ciego y, á veces, extremándose en el aprecio, se convierte, sin quererlo, en desprecio; es decir, en desconocimiento de los méritos y atractivos de la patria.

Sostengo, y no temo se me contradiga con hechos, que un forastero radicado en Chile por sus intereses (sea profesor, misionero ó comerciante) concluye siempre radicándose por el corazón.

Al fin estaba en lo cierto aquel romano que dijo: *Ubi bene est, ibi patria*. Allí donde estamos felices, es decir, libres y respetados, ahí está la patria.

*
* *

El señor Tancredo Pinochet Le-Brun, al escribir sobre *La Conquista de Chile en el siglo XX*, se ha propuesto poner á sus contraccionales en guardia. Anibal, es decir, el extranjero, está... *ad portas*; peor aún, está dentro de Roma (quiero decir, de Chile); y cual manga de langostas, tala nuestros campos y absorbe el fruto del sudor chileno.

En 1908 el folleto del señor J. Saavedra me proporcionó la ocasión de estudiar y criticar las ideas nacionalistas que se reeditan y amplifican en este libro. (1)

Creo siempre que los señores Saavedra y Pinochet están en la razón cuando deploran que muchas industrias se hallen en Chile en manos de extranjeros, pudiendo estar en manos de chilenos.

Creo asimismo que debe trabajarse por medio de la instrucción y, sobre todo, de la educación, para conseguir esta nacionalización comercial é industrial.

Creo, por fin, que esto se conseguirá porque, con el inevitable desarrollo de esta joven nación (100 años para un país son como 10 años para un hombre), el capital moral, intelectual y

(1) Ver pág. 303.

financiero acumulado dispensará á Chile de acudir al extranjero.

Esto sucederá aquí como sucedió en Estados Unidos y en todos los países del mundo, sin exceptuar Inglaterra, Alemania y Francia. (Y es fácil demostrarlo acudiendo á la historia de la industria «textil», metalúrgica ó ferrocarrilera en los citados países.)

Todo lo demás, en mi concepto, es exajeración y, si he de ser sincero... declamación. Bien lo saben los europeos que leen la prensa nacionalista de Francia, imperialista de Inglaterra y «jingo» de Estados Unidos.

El libro del señor Pinochet no carece, sin embargo, de interés, y revela en su autor aptitudes de publicista.

Alabo su patriotismo, pero le preguntaré si cree que, llevando un apellido doblemente extranjero, pues es dos veces francés el suyo, aquello no desvirtúa un tanto su demostración. En verdad, mientras los extranjeros funden en Chile familias que en nada son inferiores á las más araucanas ó godas, no hay por qué temer *«la Conquista en el siglo XX»*. El conquistador será Chile y el conquistado el extranjero, como puede verlo el señor Pinochet Le-Brun en su propia casa y en su misma inteligente y patriótica persona.





VALENTIN BRANDAU

«Caracteres mentales de la mujer,
según la Sicología Contemporánea».
—(Santiago, 1908).

¿Tendremos algún día en Chile una «cuestión feminista», á imitación de los escandinavos é ingleses?

A esta pregunta hay que responder negativamente, puesto que, á juzgar por las actuales apariencias, nada es más ageno que el feminismo á las preocupaciones y cuidados de la sociedad chilena.

Si, empero, llegara hasta Chile la epidemia que azota al norte de Europa y aún á Francia, tendríamos en el libro del señor Valentín Brandau un antídoto perfectamente eficaz.

En un pequeño volumen de 144 páginas el autor ha logrado concentrar y exponer con absoluta claridad cuánta razón sea posible hallar en los libros científicos modernos para demostrar la inanidad del feminismo.

El dogma fundamental del «credo» feminista, es la igualdad de los sexos.

El señor Brandau demuestra, á mi modo de ver, irrefragablemente, que aquella igualdad es puramente imaginaria.

Veamos cómo logra destruir los cimientos del feminismo.

Adoptando el verdadero método científico y dejando á un lado todo sentimentalismo, nuestro autor acude á la biología para pedirle hechos y datos en qué fundar las premisas de su silogismo.

La ciencia biológica demuestra los tres hechos siguientes: 1.^o que las fuerzas físicas de la mujer son comparativamente inferiores á las del hombre; 2.^o que, mientras en éste predomina la ley de la variabilidad, en aquélla rige tiránicamente la ley de la herencia; y 3.^o que la mujer es ménos sensible que el hombre.

De esos tres hechos, el primero, aunque evidente y admitido por todos, da lugar á una demostración detallada cuya lectura será, sin embargo, muy provechosa.

En las páginas 1 á 45 dedicadas á analizarlo, vemos desfilar la flor y nata de los biólogos y filósofos modernos desde Darwin y Lombroso, hasta Mingazzani y Morselli. La tarea que se ha impuesto al señor Brandau al leer tantas y, permítaseme decirlo, tan pesadas obras, es enorme. En estos tiempos de pereza intelectual se-

ría apenas exagerado el calificarla de hercúlea.

El segundo y tercero de los hechos apuntados, le obliga á esbozar un breve tratado de psicología femenina cuya originalidad es digna de especial alabanza.

El caracter «conservador» de la mujer le merece las siguientes reflexiones: «La mujer, desde el punto de vista físico, representa lo pasado, lo viejo, lo vulgar; es, pudiera decirse, orgánicamente tradicionalista y conservadora. En el hombre, por el contrario, hay una mayor fuerza de expansión biológica: los moldes de la especie le aprisionan menos duramente, por lo que, con mayor facilidad, logra romperlos, quebrantarlos ó sobrepasarlos.»

Y tan es así, según opina nuestro autor en otra página de su libro, que si la mujer chilena tuviese derechos políticos iguales á los del hombre, Chile se tornaría convento antes de mucho... (p. 48).

Agrégase á esto, la trivialidad de las inclinaciones de la mujer, su carencia de ambiciones y su religiosidad, particularidades que, según el señor Brandau, la colocan en estado de inferioridad relativa.

Si, por fin, advertimos que en virtud de su debilidad física, la mujer es menos inteligente que el hombre y más inclinada á la simulación y al engaño; si, de su menor sensibilidad física, deducimos como consecuencia científicamente

demostrada, su menor sensibilidad sexual, tendremos el cuadro completo de los caracteres mentales y, (añadiremos nosotros,) de la inferioridad femenina.

Pero, como el respeto que nos infunden las autoridades citadas por el señor Brandau, no nos priva del placer y del derecho de discutir-las, observaremos que algunas modalidades, consideradas por él y los autores alegados como causas de inferioridad, son, en opinión de algunas gentes, todo lo contrario.

Tomemos por ejemplo el espíritu conservador, quitando á esta palabra todo su significado «político-chileno».

Parece que lejos de inferiorizar á la mujer, la enaltece. ¿Qué es lo que ella conserva ante todo? Es su hijo, es la especie humana entera personificada en ese pequeñuelo. El señor Brandau sabe mejor que yo que el macho, en toda la escala zoológica, se distingue por su carencia más ó menos completa de amor á sus hijos, á quienes, en muchos casos, devorara si la hembra no cuidara de ponerlos á salvo de aquel mónstruo...anarquista.

Todo, en la naturaleza femenina desde su «conservantismo» hasta su espíritu religioso, tiene relación con el «hijo pasado, presente ó futuro».

Pero esto es precisamente lo que coloca á la mujer muy por encima del hombre cuyas pa-

siones brutales y egoísmo habrían, sin el espíritu conservador femenino, (y desde mucho tiempo), dado cuenta de la especie humana...

Por lo que respecta á la debilidad intelectual de la mujer y á su consecuencia inmediata, esto es, su inclinación á simular y á mentir, creo con Stuart Mill que aquéllo no depende de su constitución física. «Lo que hoy se llama *naturaleza de la mujer*, dice el filósofo inglés, es un producto eminentemente artificial; es el resultado de una compresión forzada en cierta dirección y de un estímulo en otra. En lugar de dejar que la mujer se desarrolle espontáneamente, se la ha mantenido hasta ahora en un estado tan contrario á su naturaleza que ella ha llegado á modificarse artificialmente». (St. Mill: *L'Assujétissement des femmes*, pág. 46).

El espíritu religioso de la mujer comparado con la indiferencia del hombre para con todo lo que se relaciona con la religión, dista mucho de colocarla en un nivel inferior.

El señor Brandau dice en su prefacio: «Lejos estamos, sin embargo, de creer (con Anatole France) que el culto masculino á la mujer marche á su ocaso como todos los otros viejos cultos...»

Ahí está la raíz del mal. El señor Brandau cree en la caducidad de la religión y, por ende, en la inferioridad de quien adhiere á ella.

No participan de su opinión hombres como

Ribot, el gran psicólogo francés, y Vanderwelde, el distinguido jefe del socialismo belga, autores ambos de libros que nada tienen de clerical.

Dice el primero: «Inclino á pensar que la actividad religiosa es la manifestación la más completa de la lógica de los sentimientos»; pero «esa lógica no podría desaparecer sino en la quimérica hipótesis de volverse el hombre un sér puramente intelectual». Y en otra página: «¿Desaparecerá ó se atrofiará la lógica afectiva? Digan lo que quieran muchos filósofos intelectualistas, yo no hallo razón que favorezca la afirmativa» (*Lógica des Sentiments*, p. IX. 45. 194).

Vanderwelde, por su parte, dice: «Mientras existan hombres, esto es, seres reducidos, por la constitución misma de su espíritu, á no conocer científicamente más que el mero aspecto fenomenal del mundo, las cuestiones religiosas conservarán su actualidad». (*Essais Socialistes*, pág. 180).

Parece, por estas citas, que tanto el peligro de la inferioridad religiosa como el «ocaso de los cultos», son bastante lejanos...

Todo esto no impide que el libro del señor Brandau sea en sumo grado interesante.

Además del espíritu fisológico que en él se manifiesta, vislúmbrase en su autor una valentía nada comun y una originalidad rara vez hallada en nuestros escritores serios.

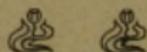
El señor Brandau, aunque no merezca el calificativo de «misojino», habla como el «misántropo» de Molière, en términos que parecerán duros y de mal sabor á los «fetichistas» de lo «Eterno Femenino».

Gústale tener razón y, cuando la tiene ó cree tenerla, habla con una claridad digna de Alcestes...

No faltará quizás un psicólogo para decirle, parodiando un verso de La Caussade:

Ton ideal trompé fait ta misogynie... (1)

(1) El señor Brandau, de acuerdo con una ortografía que deploro y cuya general adopción es una desgracia, escribe «Sicología» en lugar de «Psicología». *Sycon* en griego significa «higo»: y el verbo *Sykologéo* significa *yo cosecho higos*. De tal suerte que «Sicología» equivale á *discurso sobre los higos...ó á cosecha de brevas!...* Semejante ortografía, aunque la aprueben todas las Academias del mundo, es una... barbaridad.





“Crímenes y Castigos”

A propósito del libro recién publicado por V. Brandau, con el título de *Política Criminal Represiva*.—(8.º, Tomo I.—Santiago, 1909).

Publicase en Londres (ó se publicaba años atras) un diario calificado allí de «racionalista» y que nosotros llamaríamos sencillamente anti-clerical. Su nombre es *The Clarion, El Clarín*. Su objeto es (ó era) de difundir entre los obreros anglo-sajones las enseñanzas de la ciencia moderna con el objeto (según opinión y deseo de sus redactores) de destruir en ellos toda fe en el cristianismo.

Naturalmente, la creencia en el libre albedrío debía ser blanco de sus ataques ya que, si el hombre no es moralmente libre, cesan de obligarle las leyes del decálogo, desaparece su responsabilidad y, por vía de consecuencia, bórrase la noción del pecado y se tornan absurdas

las nociones de la vida futura y de... la presente.

Pero, si he de creer á un crítico inglés de quien tomo estas noticias, no son los redactores de *The Clarion* alumnos de Oxford ó de Cambridge. Declaraba uno de ellos que es sencillísima la cuestión del libre albedrío: «Todo esto, decía el periodista anti-clerical, se reduce á advertir dos cosas muy evidentes, siendo una que yo en todos mis actos voluntarios obedezco al atavismo, al ambiente ó á ambos á la vez, y la otra, que siempre puedo escojer entre dos actos y preferir uno de ellos, si así se me antoja».

«Oh, dialéctica!... Oh, lógica!... exclamaba el crítico al citar las anteriores líneas, y ¡cuán ilustrados van á quedar los infelices obreros con esos toques de clarín!...»

Pues bien; diga lo que quiera el crítico, para mí es más aparente que real la incoherencia de ese redactor (un obrero, probablemente) y en ella se retrata, en último término, la realidad misma de la vida. Esa frase, cómicamente contradictoria, es, en mi opinión, lo más exacto que hasta hoy se haya dicho sobre uno de los problemas más difíciles de la ciencia.

Basta, en efecto, observarse á sí mismo y darse cuenta de sus actos, estudiando el origen, motivos y desarrollo de ellos, para ver que, en una multitud de casos, si no en todos, ora el

atavismo, ora el ambiente, ora ambos á la vez, nos dictan con mayor ó menor imperio nuestras decisiones.

¿Quiere esto decir que somos esclavos de ellos hasta el punto de no poder escojer, en ciertos casos, entre dos actos de los cuales uno es ó nos parece bueno y el otro es ó nos parece malo?

No; porque nos es forzoso reconocer que, en nuestra vida, hay con alguna frecuencia momentos psicológicos en que tenemos plena conciencia de nuestra libertad.

En esos momentos (que para algunos hombres son muy raros y para otros son más ó menos frecuentes, según lo permiten las diversidades de caracter, educación, salud, profesión, situación, etc.), en esos momentos—repito—sabemos que está en nosotros el poder de elegir. Nos hallamos como el caminante, en un punto en que se bifurca la ruta y nos reiríamos de quien viniese á decirnos que no nos es dado preferir el camino de la derecha al de la izquierda, y vice-versa...

Esto, empero, no quita que pasemos horas, días y talvez tiempos largos, sin ejercitar esa facultad, siendo, como somos, en virtud de la humana naturaleza, «animales de hábitos»...

Y hasta tal punto llega esto, que la perfección misma (la perfección moral) consiste, precisamente en hacer el bien por hábito y sin discu-

sión, connaturalizándonos con él, al extremo de hacerlo como, por ejemplo, la abeja su miel. A esa perfección llegan los santos, en algunos de los cuales es cosa sabida que la antedicha «connaturalización» es el estado habitual de su voluntad.

Pero el estado de incertidumbre é inestabilidad es el de la parte sana, aunque imperfecta, es decir, de la mayoría de la humanidad, la cual, siendo de ordinario víctima y esclava de lo que San Pablo llamaba «la carne» ó el «hombre animal», sabe, sin embargo, que su esclavitud no dura sino por el tiempo que el hombre consiente en ella.

En resumen: la cuestión del libre albedrío podría formularse en una breve frase, diciendo: «No tanto, ni tan poco».

No tanto es el libre albedrío, como lo quieren aquellos que, al ver á un obrero beodo obstruirles la vereda ó al oírle palabras inmundas, se indignan copiosamente y no reparan en que, según todas las probabilidades, aquel infeliz nació de padres borrachos, se crió entre borrachos, trabaja y vive en un ambiente en que hay talvez más abundancia de alcohol que de aire puro y de pan. ¿Creen, acaso, en la plenitud real y práctica, en la perfección absoluta del libre albedrío de ese hombre? *Risum teneatis...*

No es «tanto»... pero no es «tan poco» como lo creen otros, pues sabemos que en ese infeliz

sobrevive aún la raíz (la potencialidad) del libre albedrío, la cual cultivada, protegida y dirigida como se debe, podrá revivir, rejuvenecer y devolver á ese infeliz la plena libertad moral que caracteriza al hombre sano, restituyéndole á la vez la responsabilidad personal y social.

Se me perdonará esta larga introducción, si se tiene en cuenta que el autor del libro con cuyo título se encabezan estas líneas, no admite siquiera el «mínimum» á que acabo de aludir.

V. Brandau es pura y simplemente determinista: lo es completamente y hasta el punto de que, según él, no existiendo en hombre alguno el libre albedrío, tampoco existe la responsabilidad moral, de lo cual se deduce que es absurda é injusta la responsabilidad penal. (1)

Empeñado en criticar la política criminal represiva ó, en otros términos, el código penal con que se rige la humanidad civilizada, V. Brandau ha escrito un libro cuyo primer volumen tenemos á la vista, y al cual podemos y debemos considerar como á la más abundante an-

(1) No quiere esto decir que, según V. Brandau, la sociedad quede desarmada é imposibilitada para precaverse de los criminales. Como lo veremos más adelante, aún sin responsabilidad penal, los criminales serán tratados de tal suerte que no vuelvan á dañar á la sociedad y, si fuese preciso emplear medios radicales, como por ejemplo, la muerte, se los empleará cada vez que sean necesarios.

danada que hasta hoy haya el libre albedrío recibido en América.

La erudición de nuestro autor es considerable; su método, lógico y su lenguaje, claro, de una claridad que no trepido en llamar francesa. Si á esos tres factores se añade la fe, una fe ciega y entusiasta en la ciencia ó en lo que lleva ese nombre, se comprenderá que el libro de V. Brandau sea notable, interesante y... provechoso. Y al decir «provechoso», aludo á los lectores intelectualmente preparados, los cuales, en mi concepto, serán los únicos capaces de aprovecharse de tan abstrusa lectura ó de tomar parte en la batalla, defendiendo ó atacando al libre albedrío. Creo aún que, al presenciar lo que bien podría llamarse el bombardeo de aquella vieja fortaleza, sus defensores se convencerán de la necesidad ó, al menos, de la utilidad que habría en defenderla con armas modernas ó argumentos apropiados á la táctica nueva.

Consta este volumen de tres capítulos, intitulados: *La Responsabilidad moral y la negación del libre albedrío*; *La Responsabilidad moral aplicada* y *La doctrina metafísica de la Represión*.

Dos son las bases filosóficas sobre que descansa el sistema penal vigente en Chile y en todos los países civilizados: 1, «el libre albedrío» origen de la responsabilidad moral, la que, á su vez, origina la responsabilidad penal; y 2, «la

proporcionalidad» del daño causado por el criminal y de la pena que á éste se aplica.

Dice V. Brandau: Se castiga á los criminales porque se les considera responsables, y se les considera responsables porque se les cree libres. Esta es la primera base del código.

Y se les castiga tanto más cuanto mayor sea el daño, y tanto menos cuanto menor sea el daño. Esta es la segunda base.

Critica el señor Brandau al libre albedrío intentando demostrar que éste no existe ni puede existir.

Es, según él, una ilusión, la cual no puede servir de base racional para el sistema de defensa de la sociedad contra los desmanes de los criminales. Agrega, además, nuestro autor que, por más real que fuera la existencia del libre albedrío, éste sería siempre inútil como base; en primer lugar, porque una responsabilidad fundada sobre él no es susceptible de aplicaciones concretas, cosa evidente (según él) para quien advierte cuán numerosas son las restricciones del libre albedrío y cuán imposible es tomarlas «todas» en cuenta; y en segundo lugar porque, en todo caso, el fundar sobre el libre albedrío la responsabilidad penal, tiene consecuencias funestas para la sociedad. (Capítulos I y II.)

Hecha ya la crítica del libre albedrío, empieza el señor Brandau la de la proporcionalidad entre el delito y la pena (cap. III), exponiendo

que la tal proporcionalidad es pura y simplemente derivada de la ley del talión. No estamos tan libres como lo creemos de la barbarie antigua, para la cual rezaba la ley: «Ojo por ojo, diente por diente».

Investiga en seguida el autor el objeto á que tiende esa proporcionalidad, haciendo ver que es prácticamente irrealizable y que, muy lejos de ser un principio defensivo de la sociedad, lo es, al contrario, de los malhechores. Por último, esa proporcionalidad no es sólo antisocial por el motivo ya indicado, sino que es también anti-sociológica, puesto que está reñida con las más elementales inducciones de la sociología.

De todo lo anterior deduce el señor Brandau que el sistema penal vigente en los pueblos civilizados tiene dos defectos: es anti-social á la vez que contrario á la ciencia.

Ya se ve, este primer volumen es esencialmente crítico y destructor, lo cual, en mi opinión, es uno de sus defectos.

Estamos aquí como en un astillero, en el cual sólo divisamos embarcaciones desarmadas y destruidas. Bueno fuera que, al lado de las «astillas» del «Libre Albedrío» y de la «Responsabilidad penal», pudiésemos entrever el plan siquiera de los dos «buques» destinados á reemplazar á los criticados.

En otro artículo examinaremos algunos de los argumentos del señor Brandau.



Hemos analizado anteriormente el libro de V. Brandau. Tócanos hoy estudiar, en parte siquiera, los principales argumentos con que el distinguido autor defiende al determinismo.

Desde luego, no es tanta la fuerza «determinista» del atavismo y del ambiente como lo pretende el señor Brandau. Basta, para demostrarlo, ver con qué frecuencia nos sustraemos á la tiranía de ambas fuerzas, no sólo en la vida corporal, sino en la vida espiritual.

Más de una vez, descendientes de criminales han sido hombres honrados y hasta santos; rodeados de tentaciones y sumergidos en atmósfera saturada de vicios, se han sobrepuesto á ella de tal suerte que, en virtud de cierta alquimia, cuyas pruebas abundan en la historia, muy lejos de ser criaturas de su ambiente, merecen que los consideremos como sus transformadores y aún sus verdaderos creadores.

Es un hecho, en efecto, que, si no nos es dado escoger nuestros padres, en cambio podemos, hasta cierto punto, elegir nuestro «medio» ó ambiente, y si no alcanzamos á prescindir de él podemos, siquiera, vencerle ó modificarle oportunamente.

¿Sucedería esto si el determinismo de la herencia y el del ambiente fuesen leyes tan des-

pólicas y férreas como las de la física y química?

Mucho se ha hablado y se habla aún de atavismo y, en términos más generales, de «herencia»... ¿Qué valen en realidad, esas teorías lanzadas, aunque no inventadas, por Darwin, en su libro *La descendencia del hombre*?

Si yo dijera que poco ó nada valen; á buen seguro que el señor Valentin Brandau me escucharía compadecido y me diría que, al hablar así, confirmo las teorías que pretendo atacar.

Pero, hay quien lo diga en mi lugar, con una autoridad de que carezco y una imparcialidad que, por miedo á no ser creído, no me atrevería yo á reivindicar.

Conocido es, como sabio y como político, el señor J. J. de Lanessan, director de *Le Siècle*, «órgano» principal del radicalismo francés. En una serie de folletines científicos, publicados bajo el título de *El triunfo del transformismo*, hablando de la «herencia» darwiniana, decía, el 26 de Septiembre último: «Ningún hecho positivo, ninguna observación probante, ningún experimento demostrativo, apoya á esas aserciones. En todos los ejemplos de pretendida herencia es, por el contrario, muy fácil descubrir claramente el influjo de la educación. Consideraciones análogas se aplican á los criminalistas, los cuales, tomando por base la teoría moral de Darwin, ora pretenden que el asesinato, el robo y, en general, la criminalidad, de-

penden de degenerescencias, más ó menos mórbidas, de los órganos cerebrales; ora, viendo á cierto número de epilépticos ó de tuberculosos, tornarse criminales, creen poder deducir de estos hechos, que el crimen es consecuencia de la epilepsia ó de la tuberculósis, como si no existieran millares de individuos que, atacados de aquellas enfermedades, son, sin embargo, gentes de las más honradas que hay en el mundo». (*Le Siècle*, Septiembre 26 de 1909).

No se nos diga, pues, que el crimen preexiste siempre y brota fatalmente á modo de conclusión silogística, cuyas premisas lleva el hombre en su sér heredado y amoldado por el ambiente físico y social.

No creo, además, que el mundo todo, del cual forma el hombre una mínima parte, sea un sistema ó cadena de causas y de efectos, que no admite interrupciones ni excepciones.

Toda la cuestión yace, en efecto, en lo de saber si el hombre no forma un mundo aparte en medio del «Cosmos», y como una isla maravillosa (y hasta milagrosa) en el océano infinito de los séres cognoscibles.

Se me objetará talvez que al «singularizar» al hombre de esta manera, al «aislarse» así, le atribuyó un carácter sobrenatural y lo convirtió en «milagro ambulante».

Pero contestaré que no me espantan esos vocablos ni la realidad designada por ellos.

Porque si se compara al hombre con el resto de *La Naturaleza*, es forzoso admitir que, á primera vista, hay en él algo que sobrepuja infinitamente á ésta, de tal suerte que, siendo superior a los demás séres naturales, bien puede en cierto modo el hombre ser calificado de sobrenatural.

Y si me atrevo á adoptar semejante calificativo, no se crea que esto hago sin tener autoridades científicas en que fundarme.

Es sabido, en efecto, que hay filósofos para quienes el atributo divino llamado omnipotencia ó poder creador, tiene, en el hombre, su «contra-parte», que es el libre albedrío, atributo análogo al divino.

Existía hace poco un sabio de fama «mundial» Lord Kelvín, quien no encontraba en la ciencia positiva razón alguna para rechazar la idea de creación ni de libre albedrío.

Cuenta el sabio inglés, en cartas publicadas en 1901 y 1902, por la *Nineteenth Century*, lo siguiente: «Hace cuarenta años paseándome en el campo en compañía de Liebig, pregunté á aquel maestro si creía que las flores, cuya hermosura contemplábamos en rededor nuestro, crecían en virtud de fuerzas puramente químicas. Liebig contestó: «Nó; creer eso equivaldría á admitir que el libro de botánica que las describe, pudo crecer en virtud de fuerzas puramente químicas». — «Todo acto del libre albedrío,

(agrega Lord Kelvín), es un milagro para la ciencia física, química y matemática».

En otro remitido publicado en la citada revista, el mismo sabio declaraba que, muy lejos de ser muda tocante al poder creador, la ciencia lo afirma positivamente. Decía con toda claridad: *Science makes everyone feel a miracle in himself.*

Según Lord Kelvín, todo hombre es obligado por la ciencia á sentirse superior al orden habitual de la naturaleza, á considerarse como excepción, esto es, como milagro.

Tenemos por consiguiente, quien nos abone cuando, al tratar del libre albedrío, hablamos de milagro.

Hé ahí, pues, una objeción que para el sabio inglés (así como para Herschell, Faraday, Clerk Maxwell, Stokes y tantos otros que podríamos nombrar), es un golpe en falso, *telum imbelles, sine ictu...*

Es, por fin, inútil aplicarnos el tormento de la «cuestión científica» y probar de tomarnos con las tenazas del silogismo ó enredarnos en las redes de la dialéctica.

Sí, en efecto, lo que es cierto de todos los séres conocidos no lo es del hombre, ¿qué hemos de hacerle?

Si, además, mi conciencia, si la conciencia de todos los hombres, me dice que soy libre, molesto me dejará talvez la dialéctica, pero repe-

tiré, en medio del tormento: *E pur si muove...* Dueño soy de mi voluntad; mío es mi «Yo»; soy libre... Es un hecho. ¿Qué hemos de hacerle?

Y así es, en verdad; y así lo creen y lo sienten los mismos deterministas.

Bastante conozco, por ejemplo, al señor Brandau para saber que, á pesar de su determinismo, no solo habla como todos los «libre-arbitristas» del mundo, sino que siente y juzga y obra como ellos.

No haré caudal de los argumentos morales que nos hacen ver, en la noción del determinismo, la ruina de la moral y de la sociedad.

Es claro, sin embargo, que, si el mundo todo llegara á creer que el libre albedrío es pura ilusión, nuestra civilización sería totalmente revolucionada y pervertida, cambiándose nuestros conceptos y afectos, nuestras leyes y hasta nuestro lenguaje. La Literatura del pasado, así como sucedió con los textos de cosmología del siglo XIII, perdería todo interés y significado. Sería el mundo una «Babel»...

No creo, empero, que, desapareciendo la actual noción de responsabilidad moral y penal, el robo, por ejemplo, ó el asesinato fuese tolerado por una sociedad determinista.

Libre-arbitrista ó nó, una sociedad, como un hombre, un animal ó una planta, como cualquier organismo, en fin, quiere vivir y toma,

quiera ó no quiera, las medidas que conducen á la conservación y fomento de su vida. (1)

Por consiguiente, el asesino sería, no digamos castigado (pues la ciencia determinista ignora los castigos) sino puesto en el caso de no asesinar más.

Y si para lograr este objeto fuese preciso matar al asesino, se le mataría sin escrúpulo, como suele hacerse hoy en día en pleno libre-arbitrismo; solo que ya no hablarían los diarios ni de la «vindicta social», ni del «peso de la ley». No habría abogados ni jueces: sólo habría médicos y no se trataría de fusilamientos, sino de una operación médica, recetada, preparada y talvez efectuada por facultativos, análoga á una amputación.

Dubois no sería fusilado: pero gracias á un método científico espeditivo y limpio, un cirujano le cortaría á la sociedad un miembro podrido llamado Dubois. «Mutato nomine...»

Cuestión de palabras; solo se trata de entenderse, y por su parte los criminales lo entenderían muy bien, aunque talvez no sin protestar.

Lo que no se entendería ya sería el amor, la caridad, el perdón de las injurias, el heroísmo. Todo aquello perdería el color poético, la fuerza simpática y el poder de contagio que her-

(1) Esto se ve claramente en el tomo I de este libro, y se verá mucho mejor en el segundo.

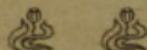
mosea, purifica y vivifica al hombre. Los «valores» de vida habrían cambiado...

Se viviría, empero, salvo que, por vía de atavismo, en vez de progresar, «regresara» el hombre á la animalidad primitiva.

¿Quién puede asegurar que, habiendo progresado hasta hoy en virtud de nuestra creencia en el libre albedrío, progresaríamos igualmente creyendo y practicando el determinismo?... El mundo entero cree hoy lo contrario, y *securus judicat orbis terrarum*.

De todos modos, si V. Brandau logra, aunque partiendo de principios que estimo falsos, desterrar de la legislación penal algunos errores y no pocas injusticias que la afean, no habrá el joven y distinguido criminalista perdido su tiempo.

Esto veremos cuando nos sea dado leer el tomo II de su obra.





UNA CONTROVERSIÀ

Si el Darwinismo es verdad científicamente demostrada.—Lo que piensan sobre este punto los profesores L. de Launay, E. Picard y E. Bouty.
—Una opinión de Henry Drummond.

No sé si abuso de la paciencia de mis benévololectores volviendo por tercera vez á tratar del Darwinismo; pero, si así fuera, les rogaría se sirvieran perdonarme este nuevo pecado, en atención á la importancia de los puntos en discusión. (1)

Es posible que, en anteriores artículos, no haya el autor de estas líneas gastado toda la necesaria claridad. Menester es, pues, subsanar una vez por todas esa deficiencia.

¿De qué se trata? No se trata, por cierto, de demostrar aquí la verdad ó el error del Darwi-

(1) Se alude aquí á otros artículos que no reproduzco por falta de espacio.

nismo. Lo único que pretendo es demostrar que la explicación dada por Darwin tocante al origen y formación de las especies animales, no equivale á una demostración científica, definitiva y perfecta.

¿Cómo lo demostraré? Hay para ello dos métodos: el de la discusión de las teorías de Darwin ó el de autoridad.

Dejo el primero á los especialistas, únicos competentes para resolver en esta materia que, por más «perogrullesca que le parezca al señor V. Braudan, es, para mí y para la inmensa mayoría de los hombres, una de las más arduas. Si así no fuese, ¿sería admisible que, desde 1859 hasta hoy; tantos hombres inteligentes la hubiesen estudiado sin advertir su caracter de verdad de Perogrullo?...

No siendo especialista, prefiero el método de autoridad, que consiste en exponer las opiniones de los sabios más autorizados. Si éstos son elegidos por mí en el campo evolucionista y particularmente entre aquellos que prescinden en absoluto de toda teología, creo que mi opinión, corroborada por ellos, será inatacable.

Sostengo, pues, que el Darwinismo, sea cual fuere su definición verdadera y su relación con el evolucionismo, no es una verdad científicamente demostrada.

Para ello me fundo en los siguientes autores, todos sacados de la anti-teológica colección lla-

mada «*Biblioteca de Filosofía científica*», publicada en París por el editor Flammarion, bajo la dirección del sabio doctor Gustavo Lebon, cuya libertad de criterio es conocida.

Mi primer autor es L. de Launay, profesor en la Escuela Superior de Minas de París. En un capítulo intitulado «Historia de la vida sobre la tierra», dice el eminente sabio: «Vino, á partir del año 1859, el periodo darwiniano, durante el cual se ha dado de todos los fenómenos vitales una explicación diferente (de la de Cuvier) aunque todavía muy «simplista»: una cadena continua y única de séres paulatinamente seleccionados por «la lucha por la vida» y por las necesidades de la reproducción sexual, con un sér ínfimo como punto de partida y con un *aboutissement* ó llegada, por una propágine progresiva, al sér superior que es el hombre. Pero, en presencia de la complejidad de la naturaleza, las teorías quedarán, hasta el día en que la ciencia se acerque á un término, siendo simples «andamiajes» provisionales, apoyados de ordinario sobre un número insuficiente de observaciones... *La teoría darwiniana, á su vez, ha pasado de moda; y, por más que el fermento depositado en los espíritus por el genio de Darwin, permanezca presente en el origen mismo de las teorías que la contradicen, solemos de ordinario mirar los hechos bajo un aspecto muy diferente y más de acuerdo con la teoría*

primitivamente formulada por Lamarck». (*L' Histoire de La Terre*, por L. de Launay. París, 1906. P. 279-280).

Supongo que el profesor L. de Launay conocía la «perogrullada de la selección» cuando escribió las líneas anteriores. ¿Entonces?...

El segundo autor es el ex-Ministro del Gabinete Clemenceau, M. Emile Picard, profesor en la Sorbona y miembro de la Academia de Ciencias.

En el capítulo dedicado á exponer las teorías transformistas, Picard analiza el estado actual de ellas y, llegando precisamente á la cuestión de la selección natural, dice: «Pocos son los biólogos que atribuyen hoy en día á la selección natural la importancia que le atribuía Darwin: ella es un «proceso» conservador y acelerador, mas no edificador». (*La Science Moderne et son état actuel*, par Emile Picard. París, 1905. P. 272.)

Sobre lo cual advertiré que si tal como la enseñó Darwin, la selección natural fuese una verdad perogrullesca demostrada y tuviese la eficacia que le atribuyen algunos, no se comprendería que la mayoría de los biólogos actuales la miraran en menos... Una verdad «verdaderamente» demostrada no conoce esos altibajos, propios de una mera hipótesis.

Sí, empero, la autoridad de M. Emile Picard es innegable, creo que, prácticamente, no lo es

menos la de M. Edmond Bouty, profesor en la Sorbona. En un hermoso libro sobre *La Verdad Científica y su adquisición*, el profesor, llegando á los «Orígenes de la Vida» y particularmente á las teorías de Darwin, de las cuales da un compendio admirablemente claro y completo, dice textualmente, á propósito del darwinismo: «Nos hallamos, es cierto, en el dominio de la hipótesis»... (Pág. 329). Y, al terminar ese capítulo, agrega: «Sin embargo (de todas las pruebas en favor), el transformismo, considerado en su más amplio significado, no tiene, ni tampoco tendrá, probablemente, por mucho tiempo más, la precisión de un cuerpo de doctrinas basado en pruebas experimentales tan sólidas como las que exigimos en las partes más antiguas y mejor afianzadas de la física». (Página 333 de *La Vérité Scientifique*. París 1908).

Ahora pregunto: ¿Dije yo otra cosa?...

Todo lo que sostuve se reduce á esto: la hipótesis darwiniana, aunque utilísima, no es verdad demostrada como lo es, por ejemplo, la doctrina de Newton sobre la gravitación ó atracción universal. (1)

No emprenderé aquí la defensa de Stanley Jevons respecto de la confusión pretendida-

(1) Se me ha objetado que Newton decía: «Hypotheses non fingo...» Precisamente! ¡Ojalá Darwin y sus discípulos imitaran á Newton!...

mente cometida por él entre el Darwinismo y el Evolucionismo. Sería entrar en pormenores que nos llevarían más allá de los naturales límites de un artículo. Pero diré, sí, que aquella defensa sería fácil. (1)

Confesemos de todos modos que, cuando se habla de un espíritu tan sutil como era St. Jevons, es menester pensarlo antes de atribuirle una «confusión» de cierto tamaño. Si él juntó el Darwinismo con el Evolucionismo, es probable *a priori*, que el evolucionista Jevons, contemporáneo, compatriota y consocio de Darwin y Spencer, sabía lo que hacía...

Cuanto á H. Poincaré, uno de los cerebros más receptivos y más afilados del mundo, si así puede decirse, extraño que pueda sospechársele de no entender lo que entienden simples alumnos de historia natural.

Seamos francos: todo esto es, en sus grandes líneas, materia de libre discusión, aún para los que no son especialistas, sobre todo cuando se llaman Bouty, Picard y Launay.

Añadiré: mi confianza va con más libertad hacia hombres como los que acabo de nombrar y, en lo relativo á filosofía científica, los prefiero á naturalistas-especialistas arrinconados en un ángulo de las ciencias naturales.

Estos suelen con frecuencia carecer del espí-

(1) Alusión á un artículo anterior no reproducido aquí.

ritu crítico y de la amplitud de información que tanto abundan en otros, menos especializados y de saber más enciclopédico, como demuestran ser los tres eminentes profesores arriba nombrados. (1)

Tengo, pues, tres hombres intachables cuya opinión está en plena concordancia con la mía.

Seguiré, por consiguiente, creyendo que el Darwinismo es una mera hipótesis y sosteniendo que todo profesor honrado, sean cuales fueren sus opiniones religiosas ó anti-religiosas, está obligado á no dejar ignorar á sus alumnos que, si el Darwinismo cuenta con creyentes dispuestos á aceptarlo con «la fe del carbonero», cuenta igualmente con otros menos crédulos que, á imitación de los intelectuales de la Roma pagana en sus relaciones con sus dioses, creen en él por lo útil, se valen de él en lo posible y lo juzgan...

P. D.—Terminado estaba mi artículo cuando, recorriendo el libro de Henry Drummond inti-

(1) Puede objetárseme que los tres autores nombrados son, á su vez, especialistas en otras ciencias. Esto no obstante, no siendo naturalistas, expresan mejor que los demás la *opinión corriente* en el medio intelectual (París) en que viven. Por otra parte, tienen en estas materias controvertidas tanta autoridad, por lo menos, como el 99 por ciento de los aficionados que hablan del darwinismo... Es todo lo que quiero decir en estas líneas.

tulado *The Ascent of Man*, hallé las dos citas que traduzco á continuación.

Dice en una de ellas el célebre naturalista escocés: «La mayor alabanza que pueda hacerse del Darwinismo es el haber durado lo bastante para merecer la crítica (de Spencer, Weismann, etc...). Mientras tanto, todo hombre prudente no puede menos de «mantener su juicio en suspenso», tanto respecto del Darwinismo, como respecto de los factores y causas de la Evolución. Nadie actualmente pide á la Evolución otro permiso fuera del de emplearla como teoría útil, *as a working theory*». (Pág. 8).

La segunda es interesantísima. Dice Drummond:

«Tanto por su misma profesión cuanto por las herramientas que ésta le obliga á manejar, así como por la inteligencia que él posee tocante al lugar continuamente movido que el mismo ocupa en este mundo siempre movable y cada vez más misterioso, el Evolucionista, entre todos los hombres, tiene la obligación de ser humilde, tolerante y no dogmático». (P. 9).

Muy bien. Estas palabras son muy oportunas y su autoridad es tanto mayor cuanto más evolucionista fué quien las pronunció. No las echaré en saco roto... (1).

(1) «Of all men the Evolutionist... must be humble, tolerant, and undogmatic».—(H. Drummond, *The Ascent of Man*, 1899. Pág. 9).

VI

CRITICA Y FILOLOGIA



I. El Pbro. D. M. A. Román

«Diccionario de Chilenismos» (Tomo I.
Santiago, 1901-1908).

II. E. Astorquiza

«La Literatura Francesa en Chile»
(Concepción 1907).

III. Amanda Labarca Hubertson

«Impresiones de Juventud» (Santiago 1909).

VI. Imitadores y Plagiarios



Chilenismos y Galicismos

«Diccionarios de chilenismos y otras voces y locuciones viciosas», por Manuel Antonio Román. Tomo I. —Santiago, 1901-1908.

«¿Hasta cuándo se han de aumentar los diccionarios de chilenismos? ¿No basta y sobra ya con el de Zorobabel Rodríguez, el de Camilo Ortúzar, el de Echeverría y Reyes, el de Lenz y tantos otros, aunque no menos estensos, que han salido á luz...?»

Con estas dos preguntas empieza el prólogo del libro cuyo título encabeza estas columnas.

A la primera podríamos responder que, mientras exista Chile, irán aumentando los chilenismos... por ley natural. y aunque diccionarios como este tengan precisamente por objeto acabar con ellos, es muy de temer que se sucedan unos á otros en número indefinido hasta la consumación de los siglos.

Por otra parte, esta «perspectiva» no tiene por qué asustarnos, si, como es de esperarlo, los diccionarios venideros imitan, aunque de lejos, al que el dignísimo maestro-escuela de la Metropolitana de Santiago acaba de publicar. Y con esto dejamos contestada la segunda pregunta. Los diccionarios en ella enumerados tendrán, en efecto, todos los méritos que se quiera: serán, como el de Lenz, obra de un verdadero filólogo, ó, como el de Zorobabel Rodríguez, demostrarán en sus autores un perfecto conocimiento de la lengua castellana. En ninguno de ellos, empero, brilla, como en el que nos ocupa, el saber filológico unido á la pureza, á la elegancia y á la exactitud del lenguaje.

Aunque el señor Román proteste en su prólogo contra «esos escritores que no pueden terminar una línea sin intercalarle una palabra francesa, inglesa ó italiana, por pura pedantería», me atreveré á terminar ésta intercalándole cuatro palabras inglesas que califican exactamente la posición de su su obra respecto de sus predecesoras y diré de ella que es *last, but not least*. (1)

No sé si en ello puede haber alguna pedantería; más, en todo caso, hay mucha verdad.

(1) El eminente autor de este diccionario ha sido nombrado en 1909, Académico Correspondiente de la *Real Academia Española*.

puesto que, comparado con sus predecesores, el diccionario del señor Román, aunque el último... por la fecha de su publicación, es indudablemente el primero por su extensión, exactitud y riqueza.

Hay, sin embargo, en la segunda página del prólogo una indicación que vale la pena recoger y en que se nos dice que la publicación de este primer tomo «ha durado al rededor de siete años»... Allí está el único defecto de esta obra... Breve es la vida humana sobre la tierra, y su brevedad no permite espera tan prolongada como la que semejante modo de publicación impone al lector. Basta, en efecto, una sencillísima operación aritmética para ver que, á este paso no llegaremos á la letra Z antes de sesenta y cinco años, más ó menos. (1)

¡Es mucho esperar!... Si se tratara de una obra sin utilidad práctica, tendríamos paciencia, y mucho más aún, si el libro del señor Román fuese una compilación sin originalidad ni valor real. Pero trátase aquí, como se dice en el mismo prólogo, de «un bien nacional» que, por ende, no puede permanecer en su actual

(1) Sigue publicándose este Diccionario en la *Revista Católica* de Santiago, con el título de *Apuntes sobre chilenismos y otros vocablos*. En el número 197 (2 de Octubre de 1909) la última palabra explicada es el adverbio *Donde*.

estado de... *incompleteness*... (otra palabra inglesa, dicho sea de paso, que no tiene traducción castellana, y hace falta en el rico idioma de Cervantes).

Por lo demás, un diccionario como éste es, por definición, una herramienta, pero por valioso que sea en sí, pierde gran parte de su utilidad si permanece inconcluso. A todos en Chile, y particularmente á los escritores de la prensa diaria, hace falta... (y mucha) semejante instrumento de trabajo, puesto que de ellos dice con razón y severidad á la vez el señor Román que «empuercan el castellano con todo género de galicismos, barbarismos y absurdos». Pero el reproche, por muy merecido que sea, á poco ó nada conduce si, quedando el diccionario por mucho tiempo inconcluso, no tienen aquellos infelices quien les ayude á enmendar su reprochado y reprochable estilo.

Imposible es analizar un diccionario y, sin embargo, la importancia de éste me induce á tentarlo, aunque sólo en parte y muy superficialmente.

Fuera de los chilenismos propiamente dichos que podríamos dividir en necesarios, excusables é intolerables, hay en esta obra toda una mies de galicismos que despertaría, sin duda la envidia del mismo Baralt, si viviere aún aquel enemigo personal de «la galiparla...»

El señor Román admite que «todos andamos

como codeándonos con los galicismos que pululan en lo escrito como flotan en lo hablado, y por eso no sería raro que, andando uno entre tanta miel, algo se le unte la piel, como dice el refrán. Testigos, Baralt, Cuervo y otros que, persiguiéndolos á sol y sombra, no obstante, los muy tenaces y cachazudos se han escapado por entre los puntos de la pluma».

Esto, á mi modo de ver, significa que el mal de que nos habla el distinguido autor del Diccionario es irremediable.

No es extraño, pues, que hombres de poca fé, presenciando las caídas en el error de escritores como Cuervo y Baralt, se crucen de brazos y pierdan toda esperanza...

Sí, como de los animales de la fábula francesa azotados por la peste, puede decirse de los pueblos de habla castellana que

«Ils ne mouraient pas tous, mais tous étaient frappés...»

parece inútil por lo tarde cuanto se emprenda para «expulsar los franceses (quiero decir: los galicismos) de la Península», ó del continente americano...

Así algunos hombres ven en esa invasión francesa el efecto de una ley natural que, en la presente situación de los países latinos, es absolutamente irresistible y fatal.

El señor Román nos proporciona, sin em-

bargo, armas bien templadas para combatir los invasores.

Prescindiendo, por falta de espacio, de todo lo que nuestro autor dice en numerosos artículos sobre galicismos, de vocabulario, haré notar la importancia de los que dedica á galicismos de sintaxis. Véase, por ejemplo, las cinco columnas, tan interesantes como nutridas, en que se explica los varios galicismos ó locuciones viciosas á que se presta la preposición *bajo* (págs. 135-137).

Allí encontramos «horrores» como: «bajo el aspecto, bajo la base ó pié, bajo de estas bases, bajo el punto de vista, bajo el respecto» y tantos otros «bajos» ó bajezas de estilo, malamente imitadas de un francés que no es ni clásico ni elegante. Y esto digo porque las expresiones *sous cet aspect, sous ce point de vue, etc.*, aunque sean hoy muy comunes, son tan ajenas á la elegancia clásica del francés como su traducción literal lo es á la pureza del castellano. De semejantes expresiones puede decirse que son inexcusables, precisamente por ser inútiles y gratuitas.

Otros galicismos hay que parecen no solamente excusables, sino necesarios, pero son «de vocabulario», como, por ejemplo, la palabra *calambur*. De ella dicen el autor que «no tiene por qué figurar en castellano. El castellano no castizo es «juego de palabras»... Pero, en mi concepto, esta sentencia de exclusión es por

demás severa, porque, si bien todo calambur es juego de palabras, no todo juego de palabras es calambur. Ejemplo de este es el gracioso «Alábate, Molina», que cita el señor Román en la página 37 (y buen calambur es, aunque fabricado á orillas del Mapocho)... Ejemplo de aquél es talvez cierta frase del prólogo, ya citada: «no sería raro que, andando uno entre tanta «miel», algo se le unte la «pie!».

Sea de esto lo que fuere, repito que nada será más útil ni más interesante que artículos como el aludido.

Siento haber agotado el espacio de que puedo disponer, pues quedan aún muchos artículos de esta índole, que es fuerza dejar sin su merecida mención. Otros hay, como el que trata del «Caleuche», cuya importancia desde el punto de vista del «Folklore» (perdóneseme este nuevo pecado) será debidamente apreciada por todos los aficionados al estudio de las ideas y creencias populares de la América latina. «Caleuche» nos permite esperar que tendrá muchos hermanos ó primos en los volúmenes venideros.

De éstos sólo diré: vengan... pero vengan pronto...

Cuando el último salga á la luz pública, el dignísimo Maestro-Escuela de la Metropolitana de Santiago podrá exclamar como el poeta romano: *Exegi monumentum.*



La literatura francesa en Chile

Literatura Francesa, por Eleodoro Astorquiza.—Concepción, 1907.

Hablando de Chile y de los chilenos, el autor del libro cuyo título encabeza estas líneas dice: «Desde hacía años, nos preocupaba sólo la política; últimamente nos ha comenzado á interesar la Bolsa. Ya este es un progreso. Sería mayor el progreso si de la Bolsa pasáramos á interesarnos algo por las ideas.....»

Hay en estas dos frases un error y una verdad, ó, más exactamente, una verdad casada con un error.

Es, en efecto, indubitable que habría progreso en el hecho de colocar el valor de las ideas muy por encima del de las acciones y bonos que se cotizan en la Bolsa, ó, por decir lo mismo en otros términos, si el ajiotismo cediera el paso al culto de lo verdadero y de lo bello.

Pero soy de parecer que no hay progreso al-

guno en preferir la Bolsa á la política. Podría de ello dar muy buenas razones que talvez convencerían al señor Astorquiza; pero como aquí no tratamos de política ni de bolsa, sino de literatura y de «ideas», me concretaré á rogar al autor de las líneas citadas, pida su parecer al venerable «abate» que tan atinadamente raciocina en su libro.

El digno «abate» resolvería toda la cuestión con la frase bíblica: «*Por sus frutos los conoceréis*». Hemos visto los frutos de la política: Hoy cosechamos los de la Bolsa. «Causa finita est...» diría el abate y, acudiendo á reminiscencias clásicas, diría que aquello no es progresar, sino caer... de Caribdis en Escila, ó más prosaicamente, de las llamas en las brazas. Y si no, que me desmientan las víctimas de la actual crisis económica!...

Consistiría el verdadero progreso en multiplicar el número de aquellos hombres que como el «abate» del presente libro, el *Saint-Cyr* y el mismo señor Astorquiza (tres personajes distintos y un sólo autor, no más), prefieren las «ideas» á la política y á la bolsa. Mas, como una y otra son necesarias en Chile, el *dernier cri*, la perfección del progreso sería que pudiésemos combinar en nuestras almas el amor á las letras con la actividad político-comercial que distingue á muchas naciones del Viejo Mundo... como, por ejemplo, Francia.

Y puesto que hablamos de Francia, digamos que el señor Astorquiza se ha propuesto, en su libro, demostrarnos que estas tres cosas pueden perfectamente hallarse unidas, sino en un mismo hombre, al menos en una misma nación.

Literatura francesa es libro netamente francófilo, ó afrancesado en grado superlativo. Es una «revista» de la actividad literaria francesa de estos últimos años en que hallamos analizados y discutidos todos los libros y autores contemporáneos de primer orden.

Desfilan á nuestra vista Bourget, Barrés, Rod, Brioux, Lemaître, Faguet, Doumic y muchos otros. Algunos hay, como León Daudet, hijo del inmortal autor de *Tartarin*, que merecían ser «revelados» al público intelectual de Chile, obstinado en ignorarlos.

Leemos aquí autores franceses de vijésimo orden como Ohnet y C.^a, verdaderos zapateros remendones de la literatura, y desdeñamos al autor de los *Morticolas* cuyo único defecto es, literariamente hablando, de no igualar á su padre. Mas todo el que en adelante lea las novelas de León Daudet (y sus artículos de la *Libre Parole*) deplorará el haber vivido sin conocer á uno de los mejores escritores contemporáneos.

Al señor Astorquiza reprocharé, sin embargo, el poco aprecio en que le tiene y el olvido cometido al no analizar dos de sus mejores

obras: *Le Partage de l'Enfant*, en que demuestra Daudet que la principal víctima del divorcio es el niño, y *Les Primaires*, en que estudia la mentalidad socialista. Hay allí páginas dignas de la historia y retratos de prohombres políticos cuya intensidad de vida es asombrosa. ¿Por qué no se conoce en Chile á León Daudet?... Misterio... En todo caso, si alguno de mis lectores quiere conocer personalmente al gran orador socialista Jaurés, lea los *Primarios* y podrá en seguida discutir sobre cuál de los dos «Daudet» pintó con más fuerza y realismo á un gran «leader» ó jefe de partido. León, en este punto, sobrepuja á Alfonso: su retrato de Jaurés es superior al de «Numa Roumestan» es decir, de Gambetta... Pero, inútil es insistir: nadie lee aquí á León Daudet.

¿Quién lee á Huysmans?... Otro misterio... ¿Será, talvez, porque Huysmans escribió *Las Muchedumbres de Lourdes* ó porque no basta para entenderlo el haber recibido tres votos de distinción en el examen final de francés?... Todo puede ser.

En todo caso, el señor Astorquiza no se deja gobernar, como tantos, por los gustos ó las modas del vulgo literario.

A pesar del desprecio (asombroso... ó, quizás, muy natural) que Brunetiere cosechó de dicho vulgo, nuestro autor dedica al finado director de la *Revue des Deux-Mondes* un estudio

muy completo y digno de aquel grande hombre. Es el primero que se haya escrito en Chile y el único. (1)

El señor Astorquiza manifiesta, en su libro, un conocimiento, rara vez igualado entre nosotros, de la literatura francesa contemporánea y un amor á Francia que se hace cada vez más raro, desde que autores franceses se empeñan día á día en imposibilitarlo. Su amor no es ciego, pero es fiel y, al analizarlo, vemos que consta en sus tres cuartas partes de la natural gratitud despertada en su alma por la intensidad del placer estético.

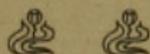
Conozco franceses que sin admirarse de él, saben apreciar semejante amor á la literatura de su patria.

Después de todo y hechos, al final del balance, los castigos necesarios, puede sostenerse que la literatura francesa contemporánea es, digna de ser amada por todo hombre inteligente, y que más vale leer una novela del mis-

(1) No me canso de admirar en esto la fuerza y la lógica instintiva del sectarismo. A E. Zola, por el solo hecho de su dreyfusismo se le perdona sus innumerables defectos y hasta su ignorancia. A Brunetière, por haberse convertido al catolicismo y haber hablado de la *quiebra de la ciencia* se le niega hasta la inteligencia. Y quiénes la niegan...? Mejor es no *meneallos*, ni nombrarlos.

mo Zola que los *Comptes Rendus* del proceso Harden-Moltke... (1)

(1) Colaborador de varios diarios, el señor Astorquiza ha publicado, durante estos dos años, numerosos artículos de crítica cuya reimpresión en forma de volumen sería un verdadero beneficio para las letras chilenas.





La novela española contemporánea Y LA CRITICA

A propósito de *Impresiones de Juventud*, por Amanda Labarca Hubertson.—(Santiago, 1909).

No sé quién dijo, hace algún tiempo, que hay dos clases de críticos: la clase feroz y la clase domesticada. (1)

A la primera pertenecen esos desalmados que, como «el león rugiente» de que habla la Biblia, «andan alrededor buscando á quién devorar»...

La segunda clase es más simpática y consta de los críticos amigos de la paz, para quienes es ley, hasta en cosas literarias, la palabra evangélica: «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y

(1) El Sr. Blasco Ibañez no admite esta clasificación. Para él todos los críticos son... tiburones. Ver su tercera Conferencia de Santiago.—(*El Diario Ilustrado* de 14 de Noviembre de 1909).

seréis perdonados. Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando, darán en vuestro seno; porque con la misma medida que midiéreis, os será vuelto á medir»...

Hermoso programa de crítica es este, y sin riesgos... Pero, ¿no sería más conforme á todos los ideales, un programa que combinara en debida proporción la ferocidad y la dulzura? ¿No nacería acaso de semejante combinación, la verdad crítica, es decir, la justicia literaria?

Porque, menester es no olvidarlo; esa justicia es de absoluta necesidad, y si no hubiera de ejercitarse en la sociedad intelectual, más valdría que no existiese crítica.

A esto objetan algunos, que la producción meramente literaria, la novela, por ejemplo, ó la poesía, carece de importancia. Hoy en día esa literatura es, según ellos, mero pasatiempo sin resultado práctico. Poco importa, pues, que se la juzgue con severidad ó con dulzura. De ella, después de hojearla en horas de ocio, se dice como de la hija de Herodias: «Danzó en medio y agradó...» y el lector vuelve á la tarea diaria, olvidándose de cuentos, novelas, poesías y... críticas.

Error grande y grave... Quien así opina está en contradicción con los hechos más evidentes de la experiencia cotidiana.

Es un hecho evidente que la literatura en general (y la novela en particular) son, en cuan-

to á costumbres, efecto y causa al mismo tiempo.

Efecto es la novela por cuanto en ella no se pintan sino hechos copiados con mayor ó menor exactitud en la vida real, y es causa, pues aquella pintura de las costumbres equivale á una predicación y á una enseñanza de las mismas. Retrato y modelo á la vez, la novela, tratando especialmente del amor y del matrimonio, puede ser y es corruptora ó purificadora de las costumbres y, en último término, desempeña un papel de edificación ó desquiciamiento, según sea su manera de tratar la cuestión de la familia, primera célula, como suele decirse, del cuerpo social. Hé ahí por qué, en mi opinión, la crítica caritativa, afectiva y admirativa, es inoportuna y aún nociva, cuando el amor, el matrimonio y la familia son el tema fundamental de la novela.

Puede ésta, desde cierto punto de vista artístico, ser una obra maestra y, en tal caso, debe el crítico declararlo; mas, si las flores que la adornan, aunque bellas, son venenosas, ¿cómo podría el crítico dispensarse de colocar sobre el libro en que las halla, la etiqueta que dice: «Veneno»?...

Y no se diga que aquella severidad es contraria al precepto de «no condenar», porque, al lado de éste encontramos, precisamente en el mismo capítulo del libro sagrado, la célebre pregunta: «¿Puede el ciego guiar al ciego? ¿no

caerán ambos en el hoyo»?... Y, en otra parte, leemos una frase que debiera ser ley en crítica literaria, señaladamente al tratarse de novelas: «Cualquiera que escandalizare á alguno de esos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno y que se le anegase en el profundo de la mar»!...

Crítica feroz es esta; pero es, á pesar de todo, perfectamente evangélica y, si no me engaño, es también social ó sociológica en el más alto grado.

Obedeciendo á las teorías que acabo de exponer, juzgo que el hermoso libro de la señora Amanda Labarca Hubertson pertenece al género de la crítica suave y carece, en algunas partes, de la necesaria «ferocidad», quiero decir, de la severidad con que debe ser tratada toda novela peligrosa para las costumbres.

En *Impresiones de Juventud* hay, según creo, pruebas de que el criterio literario de su distinguida autora es verdaderamente joven y obedece, sin sospechar quizás hasta dónde, á la célebre frase de Pascal: «Razones tiene el corazón desconocidas a menudo por la razón».

Es verdad que, en el prefacio, la autora confiesa francamente su falta de severidad crítica. «No busquéis—dice ella—en mis palabras el gesto ceñudo, ni el rigorismo académico; sólo puedo ofrecer un poco de amor hacia todos

los autores cuyos libros han endulzado mis horas y alimentado de ideales mi escasa juventud». (Pág. 10).

Pero, preguntará alguien, ¿puede con esto haber crítica, puede haber clarovidencia, cuando es propio del amor llevar una venda sobre los ojos?

En mi opinión, la señora A. Labarca Hubertson lleva una venda, pero ésta es de tul finísimo, al través del cual los principales defectos de los novelistas españoles son perfectamente advertidos por nuestra autora. Si, por otra parte, ella no los subraya con la energía que yo quisiera, menester es recordar que, en la crítica femenina escrita, una suave insinuación suele á veces valer tanto como la más franca condenación.

Tomemos por ejemplo los dos capítulos dedicados en este libro á Felipe Trigo.

Conocido es este novelista por la abundantísima cosecha de «sexualidades» con que, á imitación de muchos escritores franceses, ha querido enriquecer los graneros de la literatura española. Hay en sus novelas mucho talento, ó al menos cierto talento, mucho erotismo y un misticismo científico-sensual que forman una combinación tan desagradable como extraña.

Todo esto es, sin duda, admitido por nuestra autora. «En sus obras, dice A. Labarca Hubertson, Trigo va desarrollando metódica y cienti-

ficamente sus teorías, la observación del mundo actual y la visión de uno futuro en el cual da á la cuestión sexual la más alta importancia, creyendo que ésta y la solución que ha de tener en un sentido ó en otro, serán la base en que edificará una sociedad futura—comunista, quién sabe—el artefacto de su complejidad». (P. 89).

Unas cuantas líneas antes, nuestra autora citaba la siguiente frase de Trigo, en que parece compendiarse el sistema filosófico (si tal puede decirse) del autor español: «El amor debe ser el ideal supremo integrado por la fusión de los grandes sentimientos, pagano y cristiano, que se han repartido el imperio de los siglos, pretendiendo partir al hombre ó absorberle, mejor dicho, unas veces la intelectualidad, otras la animalidad». (Pág. 83).

¿Qué dirá de esto nuestro crítico? Podría decir de paso que el estilo filosófico de Trigo dista mucho de la perfección, y que los estudios de medicina no parecen haber preparado al autor español para generalizaciones y abstracciones. Podría, imitando á Brunetiére en una de sus mejores páginas, poner en duda la tesis sobre la supremacía del amor sexual. La humanidad, en efecto, está empeñada en resolver cuestiones mucho más graves, mucho más esenciales que «la cuestión sexual»; por ejemplo, la de comer, vestirse y otras varias, cuya relación con aquélla es, por lo menos, muy lejana.

Nuestro crítico, empero, no discute aquella tesis ni su fórmula. Dice: «Siendo Felipe Trigo un espíritu avanzado, y reflejando en sus libros sus ideas, sus sentimientos y su concepción del mundo, sus novelas deben mirarse con la misma serenidad con que leemos una tesis nueva ó atrevida de filosofía ó de ciencias». (Pág. 89).

Cualquiera creyera que esto equivale á una absolución. Pero no es así.

La frase anterior recibe en la página siguiente el necesario correctivo. Por más que el erotismo de Trigo sea «trascendental» (y excusable como dependiendo de una tesis científica); por más que su empeño sea el de «redimir el amor», «esa tarea, dice nuestra autora, es más difícil de lo que á primera vista parece, porque del erotismo á la lujuria no hay sino un paso, y porque las palabras, en cuestiones sexuales, se tornan puñales de doble filo que herirán á uno ú otro lado, según el espíritu que las juzgue». (p. 90).

Muy bien! Esto, si no me engaño, equivale á reconocer ó á insinuar lo deleznable de la tesis de Trigo y lo moralmente peligroso de su obra, Cuando las palabras de una novela son puñales de doble filo, la novela está juzgada. *Causa finita est*. Y puñales de ese filo son las novelas del autor español.

De ellas, por cierto, hay que decir con un autor frances: «Hé ahí libros cuya lectura ningún padre de familia aconsejará á su hija!»

Y con esto he demostrado que nuestra autora, aunque ame, como ella lo declara espresamente, á los novelistas estudiados en su libro, no deja de juzgarlos. Lo único que le reprochará aquí es su excesiva caridad crítica. Hay casos, en verdad (y uno de los más notables es el de Trigo), en que la justa admiración del mérito literario puede y debe hermanarse con la más franca severidad.

Con igual criterio son juzgados los demás novelistas contemporáneos, distinguiéndose, entre los más alabados y mejor analizados, Blasco Ibañez y Valle Inclán.

Sería un curioso estudio el que tuviera por objeto investigar donde principia en Blasco el «Zolaismo», y donde acaba. Temo que nuestra autora haya entrevisto el predominio del maestro de Medan en las obras de su discípulo valenciano y, por esa caridad á que he aludido, no lo haya puesto en plena luz...

En todo caso, ella no se hace ilusiones tocante al valor intrínseco de la novela modernista, puesta en parangón con la que salió á luz entre 1880 y 1900. Dice: «No cabe, paralelo alguno de valoridad entre Pérez Galdos, por ejemplo, y don Ramón de Valle Inclán. Lo que se debe apreciar es si esta literatura de hoy responde ó no á las tendencias de esa minoría intelectual que va á la vanguardia de la civilización, si el conjunto de obras modernas reflejan en verdad

y belleza de ideales los modos de ser, los sentimientos, los instintos de estos hombres actuales.

Y si los ideales, los sentimientos y los instintos de estos hombres son de seres en decadencia, si la raza va feneciendo, si este momento histórico es de crisis y de caos, ¿cómo puede pedirse que la literatura sea de resurgimiento?...» (p. 104.)

Basta este último párrafo para demostrar, una vez más, que aún careciendo del «jeto ceñudo y del rigorismo académico», la crítica de *Impresiones de Juventud* es decididamente perspicaz. En ella, según la frase bíblica, «se dan el ósculo de amor, la misericordia y la verdad», pero ésta no del todo es ahogada por el apretado brazo de aquélla. Habla al fin, y así resuenan las palabras justicieras de «crisis, decadencia y caos».

Esto no impide que nuestra autora diga en seguida: «Amo esta nueva literatura de inquietudes y refinamientos, de sutilezas é idealidades, me place verla colocando sobre todo otro ideal el de la suprema belleza, me place sentir-la abierta á todos los vientos de la civilización, á todas las palpitaciones de la vida» (p. 105).

Muy discutible es todo aquello y esas amplias afirmaciones podrían convertirse en bien poblados nidos de pleitos críticos. ¿Por qué, preguntará algún lector, no empezar ahora mismo la discusión?

Responderé por de pronto, que «para todas las cosas hay sazón y todo lo que se quiere debajo del cielo, tiene su tiempo».

¿No dice, por otra parte, nuestra autora: «Quizás cuando mis cabellos se tornen grises el entusiasmo por esa juventud intelectual no haga vibrar mi alma?»...

Demos pues tiempo al tiempo...

La señora A. Labarca Hubertson parece preparada desde luego para estas vicisitudes inevitables.

Con razón ella ha colocado (y con placer hemos leído) en la portada de su libro la frase famosa de Emerson; «Decid en términos enérgicos lo que hoy pensais y mañana haced lo mismo, aunque podais contradeciros de un día á otro».

Y ¿por qué nó? Sólo logran no contradecirse jamás los impostores sistemáticos...

Análoga es la opinión de James A. Froude. Según este célebre historiador «el cambiar es de tal modo ley absoluta de nuestro sér actual que aquello se identifica con la energía y la salud moral. Dejar de cambiar es lo mismo que perder su lugar en la gran carrera y el salirnos de este mundo con las mismas opiniones que hemos encontrado al entrar en él equivaldría á haber errado lo que parece ser el objeto de nuestra vida».

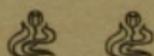
De acuerdo están, por lo visto, el historiador

ingles y el pensador americano; sólo que el primero pudo hablar con mayor claridad diciendo, por ejemplo, que él no contradecirse jamás es privilegio... de imbéciles. Pero no soy yo el que me atreveré á enmendar una frase de Froude... Nó!...

Sea lo que fuere de mis criticas, debo decir al terminar que *Impresiones de Juventud* denota en su autora dotes intelectuales y una amplitud de lectura no comunes.

En diez ó veinte años más, aún ántes que la nieve del tiempo haya tornado grises sus cabellos, la joven é intelijente escritora habrá, sin duda, puesto por obra la máxima de Emerson... ¡Ai entonces de Trigo, Blasco y Valle Inclán!...

P. D.... Por falta de espacio no he podido analizar aquí la segunda parte de este libro relativa á la poesía castellana contemporánea. Conste, sin embargo, que, en mi opinión, ella honra á su autora tanto ó más, si cabe, que la primera.





Imitadores y plagiarios

Discusión y disputa no son sinónimos en el Diccionario de la Lengua, pero, sí, en la vida práctica, por poco que los contendores se lancen á la pelea sin antes definir claramente el objeto ó la idea que discuten.

Solemos embarcarnos sin brújula, quiero decir, discutimos sin definición prévia, y esta es la razon de innumerables errores, sinsabores y «sinprovechos».

Oí últimamente formular, en medio de acalorada discusión, la siguiente «enormidad»: «La producción literaria nacional carece de valor propio, porque lo bueno, en ella, no es original, y lo original no es bueno».

Y para demostrar aquella tésis (ó más exactamente aquel despropósito), mi interlocutor me citó varios libros y artículos de revista, publicados en Chile.

Después de larga y molesta disputa llegué á comprender que el despreciador de la literatura chilena despreciaba muchas cosas más, siendo una de ellas la primera regla de Descartes: «Ante todo menester es definir...»

Según él, toda imitación es plagio... y la «originalidad», aunque para él no definida é indefinible, es «el todo» en un escritor, de tal suerte que, faltando ella, éste se convierte en plagia-rio ó en mero escriba».

Mi interlocutor ignora, por lo visto, el significado de los vocablos y... la historia literaria.

Si, en efecto, la conociera, sabría que, hablando con toda estrictez, no hay originalidad literaria.

¿No es el insigne poeta frances A. de Musset, quien dijo que «es menester ser ignorante como maestro de escuela para lisonjearse con decir una sóla palabra que álguien no haya dicho ya mucho antes?»

«C'est imiter quelqu'un que de planter des choux...»

Brunetièrre, citando este verso, agrega: «Podríamos talvez sospechar que Musset está alegando en propia defensa. Pero el insospechable filósofo americano Emerson es aún más categórico que nuestro poeta, pues dice: «Es muy posible que la gran potencia jenial consista en carecer totalmente de originalidad, en ser una

receptividad perfecta. en dejar que el mundo lo haga todo, y en permitir que el espíritu de la hora presente pase sin obstáculos á través del pensamiento».

Lo mas curioso del caso es que, al emitir semejante opinión, cuyo carácter de aparente paradoja salta á la vista, Emerson hablaba de uno de los más egregios «inventores», del más original de los poetas, Shakespeare. (1)

Brunetière no dice, sin embargo, que á Emerson pudo objetársele con igual razón que á Musset, el alegar «pro domo».

Facil sería, en efecto, demostrar que aquel originalísimo pensador, aquel *genio netamente americano* carece á su vez de originalidad.

Y si no, digan mis lectores si puede llamarse

(1) Sobre este punto hallo en *Ariel* por J. E. Rodó las siguientes consideraciones: «Todo Shakespeare puede ser reconstruido con autores que le precedieron, para quien solo atienda á los argumentos de sus obras, y en cuanto á la originalidad literal, dos mil entre seis mil versos suyos son remedos ó reminiscencias; pero no es sino Shakespeare quien, con ese material ya empleado, impone á la admiración eterna de los hombres Romeo y Julieta, Hamlet, Macbeth, Otelo» (*Ariel*, pág. 142). El argumento del eminente crítico uruguayo es incontrastable, como lo serían los que podríamos sacar de las obras de Motiére, La Fontaine, Bossuet, y, en general, de todos los grandes escritores franceses, ingleses, españoles, etc.

original, en el sentido estricto y vulgar que mi citado interlocutor da á esa palabra, el autor que pide prestado á otro los más valiosos elementos de su filosofía.

Emerson, entre otras teorías que le son propias y en las cuales parece retratarse el espíritu anglo-sajón, enseña que debemos obedecer á dos principios, el de «no-conformidad» y el de «no-persistencia».

A cada paso repite:

«Creed en vuestro pensamiento, sin cuidaros de lo que piensan los demás. No os amedrente el que se os reproche no persistir en vuestra opinión. Querer á todo trance ser siempre consecuente consigo mismo, es querer atar con sofismas lo que es á lo que fué». («*Ensayos de filosofía americana*», trad. Montégut, pág. 35, 194, etc.)

¿Quién creyera que, ese «desparpajo» tan netamente anglo-sajón, es francés de origen y, en rigor, español? En todo caso los dos principios arriba nombrados son el tema de la primera parte de la *Apologie de Raymond Sebond*, obra escrita en latín por un barcelones del siglo XV, (1) traducida al francés y comentada por Montaigne, á fines del siglo XVI.

(2) Escrita en Francia. El autor era profesor en la Universidad de Toulouse.

Es preciso, sin embargo agregar que en varias partes de sus escritos, Emerson reconoce lo mucho que debe al inmortal ensayista francés, á quien asigna el papel de padre intelectual, declarando que Montaigne fué quien le diera la vida del espíritu. (*Los Sobrehumanos*, cap. IV.)

Si, pues, Shakespeare no es original, según enseña Emerson; si éste á su vez debe lo mejor de su espíritu á Montaigne; si el mismo Montaigne debe parte de su ingenio al español Raymundo de Sabunda, y lo demás á escritores latinos y griegos, ¿quién, pregunto yo, en presencia de esos nombres inmortales, pretenderá que se le llame original?...

¿Qué significa, entonces, y qué vale el dilema citado por mí al principio de este artículo?

Original, sólo Dios lo es, pues sólo El puede (según la espresión consagrada por los filósofos), crear algo «ex nihilo».

Los escritores en quienes reconocemos espíritu de invención, ó ingenio creador, son siempre «hijos intelectuales» de algún predecesor; la materia que sirvió para sus creaciones, hubo forzosamente de preexistir y, no es, por ejemplo, el ignorar la historia y génesis de los poemas homéricos (como de hecho las ignoramos todos), lo que podrá quitarnos el derecho de asegurar que Homero tuvo maestros y predecesores á quienes imitó.

Y si esto puede con verdad decirse de todo autor, podemos y debemos decirlo igualmente de todas las literaturas y de todos los géneros literarios, sin excepción, ya que aquello es, en mayor ó menor grado, mutua imitación.

De lo dicho hasta aquí fluyen algunas conclusiones que no carecen de importancia.

En primer lugar, no obsta, para que un autor sea original, el que haya tenido predecesores y maestros.

Tampoco obsta aquella «receptividad» de que habla Emerson merced á la cual un escritor, como arpa eólia, emite sonidos al paso del pensamiento ajeno, y en seguida los fija por escrito de tal suerte, que al leer sus obras oímos ecos del pasado y contemplamos imágenes que desde los más lejanos confines del horizonte intelectual vienen á reflejarse allí como en un espejo ó en las facetas de un bien tallado diamante.

No obsta, por fin, que en libro ó en artículo de revista, firmado por autor nacional, hallemos el sello de un escritor célebre, de un Daudet, por ejemplo, ó de un Gorki.

Esto, con frecuencia, acontece en los escritos de autores jóvenes, como sucedió en el siglo pasado, con los *Cantos Epicos* de Catulle Mendés.

Barbey d'Aurevilly crítico de mal genio y de mucho ingenio, muy lejos de reprochar al entonces joven Mendés el parecido de sus cantos

con *La Leyenda de los Siglos*, de Víctor Hugo, lo explica y celebra.

«M. Catulle Mendés,—dice B. d'Aurevilly,—ha leído tanto á Víctor Hugo; lo ha amado tanto y de tal manera se ha impregnado, empapado, penetrado de su subsistencia, que se ha vuelto casi uno con él y ha concluído por parecersele como se parecen los Menecmos. Es el Menecmo del Padre de elección que él mismo se ha dado».

Quisiera traducir aquí toda la página del célebre crítico. Mas es menester, en obsequio a la brevedad, contentarnos con su conclusión.

¿Acaso semejante imitación que, según B. d'Aurevilly, llega á la «consustancialidad», hizo de aquel «prodigioso imitador» un plagiario? Nó...

Merced á ella llegó Mendés á sobrepujar á su modelo. En su *Vida y Muerte de un payaso*, imitación de *Han de Islandia* y de *Bug Jargal*, «es preciso confesarlo, el imitador, aunque posterior en más de cuarenta años al imitado, le es, en punto á ejecución, muy superior».

Así juzga B. d'Aurevilly y esto basta para demostrar, primeramente, que imitación no es plagio y, en seguida, que eligiendo á un buen maestro e imitándole con intelijencia y teson, es como se llega á la originalidad. En suma, se puede ser original de dos maneras, bien sea

dando forma novísima á ideas antiguas, ó dando á ideas nuevas una forma antigua.

Esta fué la ley á que se sometió Andres Chénier, poeta de verdadera originalidad, quien, según él mismo lo dice, se propuso y logró

«Sur des penses nouveaux faire des vers antiques.

Sus versos poseen, en efecto, la belleza griega, pura, luminosa, perfecta. Así, siendo antiguos, fueron una espléndida y fecunda «novedad».

La otra manera de ser original, viene, formulada en la conocida frase: *non nova sed nove*. Es la de la inmensa mayoría de los grandes escritores, los cuales, elijiendo temas ya tratados en parte ó entodo por sus predecesores y enriqueciéndolos con nuevas ideas y nuevas formas, han sabido renovarlos, imprimiendo en ellos su sello personal

Esto hacen, en la medida de sus fuerzas, muchos de nuestros escritores y, como entre ellos ia mayoría es de jóvenes, podemos confiadamente esperar que año tras año irá haciéndose más personal y nítido el sello de cada uno de estos autores, y más visible su progresiva originalidad.

En cuanto á los que carecen de ese sello, solo diré que ó nada son, ó son simples plagiarios.

Estos desvergonzados imitan á la hormiga,

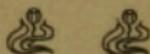
la cual, siendo por instinto ladrona, se alza con todo lo que puede robar y lo almacena en sus reposteros sin modificarlo en nada. (1)

Aquellos son como la abeja. De todas las flores olorosas y saludables, esto es, de todos los libros, sacan gotas de néctar y las convierten en miel. (2)

(1) Esta idea pertenece, si mal no recuerdo, á Chamforst escritor frances del siglo XVIII.

(2) De un curioso artículo de «*Le Mercure de France*» (Nov. 1904) sobre Guy de Maupassant y G. d'Annunzio pueden sacarse conclusiones análogas.

Se ve allí claro como la luz del día que G. d'Annunzio ha imitado á Maupassant sin plagiarlo, es decir que, como Shakespeare, ha sabido imitar y crear ó, si se quiere, crear imitando. Ver pág. 373 lo que dice J. E. Rodó sobre Shakespeare.



VII.

TRES MAESTROS



I. José E. Rodó

«Motivo de Proteo» (Montevideo 1909).

II. E. Gomez Carrillo

«Grecia» (Paris 1909).

III. Anatole France

A propósito de sus conferencias
en Buenos Aires (1909).



Un Filósofo Uruguayo

JOSÉ E. RODÓ

A propósito de «*Motivos de Proteo*»,
por J. E. Rodó.—(Montevideo 1909).

J. E. Rodó es uno de los escritores más célebres de la América Latina y, sin duda, la lectura de sus *Motivos* demostrará cuán merecida es aquella celebridad.

Pero antes de emprender tan grata y provechosa lectura, debo confesar la ignorancia en que, hasta hace pocos días, he vivido.

Por primera vez leí el nombre de Rodó en dos hermosos artículos que, en Agosto del año pasado, le fueron dedicados por el distinguido crítico de *La Unión* de Santiago, don Eleodoro Astorquiza.

En vano, sin embargo, busqué en esta capi-

tal obra alguna del célebre uruguayo, á quien E. Astorquiza llamaba crítico eminente é incansable sembrador de ideas. Hube de resignarme á hacer acto de fé en la autorizada palabra de mi colega y á esperar mejores tiempos.

Con la llegada de *Motivos de Proteo*, ha cesado, por fin, mi espectación, y hoy veo cuán acertado fué el juicio literario que acabo de referir.

J. E. Rodó es un filósofo digno de figurar en las filas de los más célebres, como William James, Boutroux y Bergson.

¿Para cuántos de mis lectores será este libro, como para mí lo ha sido, una revelación?...

Es, de todos modos, extraño que mientras llegan en abundancia libros europeos, las obras latino-americanas sean escasísimas en los escaparates de las librerías santiaguinas.

Compendiar las 450 páginas compactas de que consta esta obra es más que difícil, imposible en el corto espacio de un artículo, sobre todo cuando el autor escribe con una libertad absoluta, sin ceñirse á plan estrictamente delineado ó circunscrito y es, como lo indica el título por él adoptado, el más variado y fecundo de los *Proteos*.

Una página cuidadosamente escogida podrá darnos alguna idea de lo que hay que buscar en esos *Motivos*... Hablando de nuestra vida, Rodó dice:

«Rítmica y lenta evolución de ordinario; reacción esforzada si es preciso, cambio consciente y orientado, siempre. O es perpétua renovación, ó es una lánguida muerte nuestra vida. Conocer lo que dentro de nosotros ha muerto y lo que es justo que muera, para desembarazar el alma de este inútil; sentir que el bien y la paz de que se goce después de la jornada han de ser, con cada sol, nueva conquista, nuevo premio, y no usufructo de triunfos que pasaron; no ver término infraqueable en tanto que haya acción posible, ni imposibilidad de acción mientras la vida dura; entender que toda circunstancia fatal para la subsistencia de una forma de actividad, de dicha, de amor, trae en sí, como contrahaz y resarcimiento, la ocasión propicia á otras formas; saber de lo que dijo el sabio cuando afirmó que todo fué hecho hermoso «en su tiempo»: cada oportunidad, única para su obra: cada día interesante en su originalidad; anticiparse al agotamiento y el hastío, para desviar el alma del camino en que habría de encontrarse con ellos, y si se adelantan á nuestra previsión, levantarse sobre ellos por un «invento» de la voluntad, (la voluntad es, tanto como el pensamiento, una potencia inventora) que se proponga ó fije nuevo objetivo; renovarse, transformarse, rehacerse... ¿no es esta la filosofía de la acción y de la vida; no es esta la vida misma, si por tal hemos de sig-

nificar, en lo humano, cosa diferente en esencia del sonambulismo del animal y del vegetar de la planta?...» (pág. 21-22).

Hé ahí si no me engaño, el verdadero y completo resumen de este libro; hé ahí en cuatro palabras el objeto de la filosofía de Rodó: *Renovarse, transformarse, rehacerse, ó morir lánguidamente.*

Todo este libro está escrito para enseñarnos la necesidad de esa diaria renovación interior y señalarnos medios eficaces para alcanzarla cada vez mayor y más honda.

Libertad mental y moral dentro de los círculos concéntricos é infinitamente estensibles de la verdad y del bien; tal es el tema de los *Motivos de Proteo.*

Rodó es un psicólogo y observador de primer orden; es al mismo tiempo un moralista y un poeta. De la combinación de tan valiosos y variados elementos nace una filosofía muy humana y escrita en estilo humanísimo. Marsilio Ficino y los platónicos del Renacimiento hallarían en el escritor uruguayo más que un discípulo, uno de sus iguales: un humanista eximio.

Rodó, en su temor á la inmovilidad intelectual y moral á la cual con todo su peso (y por fatal afición á la ley del menor esfuerzo) propende nuestra naturaleza, nos predica no sólo el esfuerzo, sino la movilidad y la libertad absolutas.

A establecer esta doctrina van encaminadas sus parábolas: *La Pampa de Granito* y *La Despedida de Gorgias*.

Prescindiendo de la belleza literaria de esas páginas insuperables y estudiando especialmente la segunda, preguntaré si Rodó, en su legítimo temor á la osificación del hombre interior, no excede por el lado de la libertad.

En la *Despedida de Gorgias* dice que, condenado á muerte como Sócrates y por idénticos motivos, el anciano sofista imitando al maestro ateniense, reunió en torno suyo sus mejores discípulos y se despidió de ellos y de la vida en un banquete.

Al fin de éste y cuando ya queda apenas una hora antes que intervenga el verdugo, conmovidos los discípulos quieren jurar eterna fidelidad á la enseñanza de su maestro.

Gorgias rehusa aceptar semejante homenaje en el cual ve algo que contradice la tendencia fundamental de sus doctrinas. «Quedad fieles á mí,—dice el maestro,—amad mi recuerdo,... pero mi doctrina no la ameis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan á ser cárcel también como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas, pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu que sopla en dirección á la verdad».

Y tras breve pausa, volviéndose á Leucipo,

á aquel de sus discípulos á quien reconoce como «el más empapado en el espíritu de su enseñanza», le pregunta:

«...¿Por quién será nuestra postrera libación? ¿por quién este destello de ambar que queda en el fondo de las copas?...»

—Será, pues,—dijo Leucipo,—por quien, desde el primer sol que no has de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra;... Maestro! por quien te venza, con honra, en nosotros!

—Por ése! dijo Gorgias; y mantenida en alto la copa, sintiendo ya al verdugo que venía, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante, repitió:

—Por quien me venza con honor en vosotros!...» (pág. 376-381).

Según esto, diremos nosotros, el esfuerzo intelectual y moral del hombre es tarea de Danaídas. Por miedo á cárceles de ideas ó de fórmulas, debemos aprontarnos para revisar á cada momento, y para rechazar, tanto á éstas como á aquéllas.

Dice, en otra parte, Rodó que de todos los orgullos el más necio es el de la inmovilidad.

¿Qué hay de cierto en todo esto? En mi opinión, el orgullo de la movilidad es tan necio como el inverso, por la muy obvia razón de que es necio todo orgullo.

Y de dos orgullos el más necio será siempre

el más desprovisto de fundamento, como es el de la movilidad ó de la libertad indefinida y absoluta. Toda movilidad exige, en efecto, una base firme é inmóvil, faltando la cual no se concibe movimiento alguno, tanto intelectual como físico.

¿Qué sería del espíritu humano y de la humanidad si, en filosofía, no hubiese unas pocas verdades intanjibles é inmóviles «en sus entresijos?...».

¿Cárceles de ideas, la noción de Dios, la de responsabilidad moral ó libre-albedrío, la de inmortalidad? Nó... No son cárceles; son cimientos. Edificar palacios de ideas sin esos cimientos equivale á edificar en las nubes. Bien lo vemos en la fragilidad y nulidad de cuanto se ha edificado fuera de ellos.

Rodó es un pensador libre, mas nó un libre pensador. Quien lea sus *Motivos de Proteo*, comprenderá el alcance de esta distinción.

El libre pensador, el más ó menos vulgar «*Monsieur Homais*», es aquel cuya mente está «libre de pensamientos», así como lo está de aire respirable la campana de la máquina neumática después del funcionamiento de la respectiva bomba.

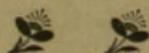
El pensador libre es un hombre como Rodó que, respetando ajenas creencias y evitando todo dogmatismo, busca la verdad por su cuenta y riesgo. Como al marino que navega en

mares desconocidos, tócale en suerte divisar á lo lejos tierras nuevas y quizás plantar en ellas la bandera de la verdad y de la ciencia; más á mucho andar, choca su nave con rocas invisibles y allí naufraga, víctima de una curiosidad y de una audacia tan estériles como nobles.

Sea lo que fuere de las cárceles y de los palacios de ideas, lo cierto es que nada tiene Rodó de carcelero ó de palaciego y en esto se aparta de muchos libre-pensadores á quienes tanto falta el pensamiento propio como el amor á la propia ó á la agena libertad.

Por más que filosóficamente no pueda yo admitir todas sus conclusiones, me es grato reconocer aquí que, como el Gorgias de que se habló más arriba, Rodó puede decir de sí mismo:

«Yo os fuí maestro de amor; yo he procura-
« do daros el amor de la verdad, no la verdad,
« que es infinita...»





La Grecia eterna

A propósito de «Grecia», por E. Gomez Carrillo; «Atenas coronada de violetas», por G. Ancey; y «La Grecia del sol y de los paisajes», por Luis Bertrand (París, 1909).

Grecia y Atenas, por un lado, y la Umbría con Asis por el otro, he ahí dos temas de eterna y preeminente actualidad. Por ámbas tierras y ámbas ciudades viértese hoy en día, raudales de tinta tipográfica...

Cuanto á Grecia tenemos una^a nueva prueba de ello en los tres libros apuntados en nuestro sumario.

Llegando después de Chateaubriand, Lamartine, Schliemann, Barrés y tantos otros, no pretenden Gomez Carrillo, Ancey y Bertrand deslumbrarnos con grandes novedades, pues si en alguna parte del mundo es cierto el dicho de Salomón, en ninguna lo es más que en Grecia

donde, en verdad, nada hay de nuevo, de verdaderamente nuevo, debajo del sol.

Pero á falta de descubrimientos puede un autor nuevo interpretar los de sus predecesores y, siendo poeta, dar á su interpretación de la *Grecia eterna* una forma novísima, personal y digna de ella.

Y esto es lo que nuestros tres autores han logrado, acreditando así la sutileza de su ingenio, la originalidad é intensidad de sus sensaciones y su amor por la belleza griega, la cual, siendo divina, es siempre antigua y siempre nueva.

Ese amor, esas sensaciones y esa penetración no se adquieren viajando «á la Cook» y con sólo el gasto de un Baedeker ó un Joanne. Exigen cierta formación intelectual, moral (y hasta añadiré: religiosa) que ningún progreso moderno pone al alcance del público vulgar.

En mis tres autores no son iguales esas dotes, como tampoco lo es la libertad de criterio.

El más independiente de todos es sin duda, Bertrand en quien se echa de ver la «blague» y el escepticismo del artista parisiense siempre temeroso de excederse en admiración ó en respeto. Al polo opuesto de Bertrand hallamos á Ancy, en quien se hermanan la fé en el Helenismo, el amor á la belleza griega y una devoción casi mística por todo lo que es ateniense.

Gomez Carrillo, aunque más vecino de An

cey que de Bertrand, guarda cierta moderación en sus admiraciones y amores, merced al amigo que, acompañándole en su peregrinación helénica, desempeña, por decirlo así, el papel de Angel Custodio y lo guarda de caer en excesos líricos ó de estremarse en la idolatría.

Mauricio es para Gomez Carrillo lo que la conciencia para el corazón. En compañía con el primero alcanza el segundo á poner por obra la máxima de uno de los siete sabios: «*Ne quid nimis*»; «cuidado con excederse!»

Leyendo á *Grecia*, he advertido á cada paso la lucha empeñada en Gomez Carrillo entre la razón y el corazón.

Sin la crítica, presente ó ausente, pero siempre temida, de Mauricio, habríase dejado vencer por la luz ática, por la elocuencia griega, por las Venus antiguas que acechan al poeta en los museos y por las Antígonas actuales que pasean en el «Stade» su belleza hispano-francesa. Venceríale, en una palabra, la «Grecia Eterna» y, en lugar del hermoso libro que leemos y que tanto estimula á la inteligencia del lector, tendríamos una de tantas rapsodias en las cuales Grecia es mero pretexto para abrir las cataratas de la verbosidad poética.

Gomez Carrillo estudia la Grecia antigua y la moderna, pero, si los misterios de Eleusis, el palacio de Orestos ó el santuario de Epidauro le inspiran páginas en que predominan la poe-

sía y la filosofía, nada le inspira mejor que el «mar de la Odisea», «el cielo de Atica». «las calles ó la mujer de Atenas».

Las páginas dedicadas á la Grecia viva son las más vivas de este libro.

Bien lo vemos en el humorístico retrato del griego moderno en quien ve nuestro autor á un hijo de Ulises, una re-encarnación del protagonista de la Odisea.

Astuto, elocuente, embustero, maquiavélico y más despejado aún que su cielo, el griego moderno merecería que la diosa Palas le dijera como á Ulises: «¡Oh sutil, embustero, inventor de mentiras! sólo un Dios puede superarte en sutileza!»

Y en verdad nadie vence, hoy en día, al hijo de Ulises en aquellos quehaceres en que es soberana la sutileza. En el comercio, por ejemplo, nadie le iguala, ni siquiera el judío.

«El judío mismo que engaña al turco, que explota al europeo, que saquea al árabe, se aleja, —dice nuestro autor,— de las ciudades helénicas como de un erial improductivo. De todos los países orientales, sólo el reino de Grecia no tiene población israelita. ¿Qué irían á hacer allí los hijos de Moises? Para engañar á un ateniense es necesario ser ateniense.» (pág. 85.)

El espíritu comercial no mata, sin embargo, el sentido estético en los descendientes de aquellos que dieron al mundo los tipos eternos de la belleza artística.

Comerciantes y poetas, los griegos de hoy pretenden dar sucesores á los clásicos, y creen que su actual literatura es un piso más agregado al viejo edificio del helenismo.

Todo puede ser, aunque, por decir verdad, las páginas de autores modernos, citadas por Gomez Carrillo, en poco ó en nada se asemejan á la literatura clásica.

Al amor por las letras (en el sentido estético y... comercial de esa palabra) hay que agregar el amor a la política que hace soñar á los griegos con la conquista de Constantinopla.

¡Lo que es el poder sugestivo de los recuerdos! Y ¡cuán cierta nos parece la palabra de Comte cuando vemos á los griegos de hoy, á los vivos de 1909, gobernados por los muertos de Maratón, y por aquellos que cayeron defendiendo á Constantinopla en 1453, año del derrumbe final del helenismo!

Inspirados por los muertos inmortales esperan los vivos contra toda esperanza *in spe contra spem*...

Al contarnos la epopeya de la libertad helénica y los ensueños políticos del pueblo griego, Gomez Carrillo sabe aunar oportunamente el escepticismo y la simpatía. Pero en presencia del Acrópolis, la calma cede el lugar al entusiasmo.

Confiesa nuestro autor que el arrebató poético de Renan es un cuento... Sabe, en efecto,

que el hermoso y famoso himno del escritor francés, *La Prière sur l'Acropole*, no nació sobre la sagrada colina ni siquiera pudo nacer allí. «Yo de mí sé asegurar, dice G. C., que aún sin leer las notas íntimas de Gebhart, estaba ya enterado de la verdad, pues sé que si existe un santuario en el mundo que no impresione con la brusca exaltación, es el Acrópolis,» (p. 354). Todo es, por ende, artificial en esa tan famosa oración, y el sello de la «artificialidad» se echa de ver pronto, bastando para ello advertir que esa obra maestra de literatura místico-pagana es un «centon» en el cual, filosofía griega, mitología pagana, teología cristiana, liturgia (y hasta las fórmulas de los modernos devocionarios católicos) se combinan en una mezcla curiosísima... La operación de alquimia poética que le dió origen no pudo ser hecha al pié del altar de Atenas, en la meseta del Acrópolis. Hízose en París, á dos pasos del jardín de Luxemburgo y en la vecindad del Colegio de Francia.

¿Cómo es, pues, que sorprendemos á nuestro desengañado autor «renanzando» con fervor y rezando su plegaria á Athenê?...

Lleno sin duda de gratitud por tanta emoción artística experimentada en ese templo de la belleza, despídese de la Grecia y de su divina personificación, diciendo en voz baja á Minerva: «Diosa de los ojos verdes, bendita seas!...»

Con esa «jaculatoria» de Renan termina este libro, del cual es menester decir que, tanto en su texto castellano como en su traducción francesa, es la obra maestra de Gomez Carrillo. Aunque no falten allí páginas discutibles, éstas son muy hermosas y dignas del «Helas». *Grecia*, por fin, demuestra que no es París, como suelen creerlo algunos escritores españoles, la ciudad en que todo se pierde: el criterio estético y la pureza del... castellano.

*
* *

Jorge Ancey, en el *Atenas coronada de violetas*, atiende más á la ciudad antigua y á la Grecia de los tiempos clásicos. Su devoción helénica puede darse por expresada sustancialmente en estas líneas: «El pequeño pueblo griego que vivió un período histórico de siete siglos... recibió de sus dioses la curiosa misión de crear, para uso de las futuras civilizaciones, verdaderos «étalons» (modelos) ó tipos de virtudes, así como también de flaquezas humanas. Todos los gestos principales (que fueron después los gestos de la humanidad) fueron hechos allí (en Grecia) con mayor perfección que en otras tierras y salieron de ese estrecho rincón del mundo esbozados ya y dotados de su forma más general...

Creo que, sin daño para el mundo, pudo un

cataclismo acaecer, á raíz de la batalla de Queronea, en la cual Grecia halló su fin. Estaba ya dicho todo y, muerta ó callando la Grecia, nada le hubiese faltado ya á la humanidad.»

Es mucho decir!... Fuera del cristianismo, elemento fundamental de nuestra civilización, hay muchas cosas de primer orden y de imprescindible necesidad cuya falta sentiríamos hoy si tan sólo de Grecia hubiera el mundo recibido lecciones de vida. Faltaríanos, entre otras cosas esenciales, la noción de la dignidad personal, muy agena, por cierto, al embustero genio de Ulíses; la de la libertad individual desconocida en Grecia pero practicada en los bosques del centro de la Europa por gentes llamadas en griego «bárbaras» que más tarde nos la enseñaron; la del respeto á la muger, tan universal hoy en día entre civilizados é ignorado en la capital intelectual del mundo antiguo, cuyos jueces permitieron á una «hetaira» (hablemos griego!) presentarse desnuda en pleno tribunal de Atenas...

Mucho debemos á la «Grecia eterna»: libros, estatuas, ideas, gérmenes de evolución y de revolución en filosofía, política, sociología y simientes de eternas cuestiones (cuando no de heregías) en teología... Es mucha la herencia, confesémoslo, pero en ella hay más violetas que virtudes, más flores que frutos.



Hoy en día, como lo hace notar el escéptico Luis Bertrand, hay en nuestra admiración de la vida griega y del ideal helénico mucho «snobismo» y un tanto de envidia.

Envidian algunos de nuestros contemporáneos la libertad de costumbres y la vida despreocupada de los contemporáneos de Pericles.

Fuera de que semejante ideal es inasequible, faltándonos la colaboración forzosa y gratuita del esclavo, (plaga y ruina de las Repúblicas griegas) es menester confesar que aquella envidia no honra á quien la abriga en su alma.

Dice Bertrand: «Imagínanse (los modernos « adoradores de aquel ideal) á esa tierra helénica no ya como á templo austero sino como á lupanar sagrado, á jardín semi-voluptuoso y semi-devoto. Bailarinas, cantoras y cortesanas desnudas y aderezadas como «damas de letras» parisienses, en traje de «soirée» literaria... ocupan allí el lugar de las canéforas y de Helena, «la de los brazos níveos»... Jóvenes libertinos coronados de rosas y vestidos de raso «Liberty»... etc., etc...» (Más vale cortar aquí la cita...)

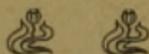
Esto imaginan y envidian los adoradores de la Grecia, olvidándose de que los ideales de la

civilización moderna están en plena y perfecta contradicción con aquella vida... (1)

Por otra parte, ¿qué sabemos de ella? ¿No es ese ideal helénico mera creación de nuestros cerebros alucinados por unas cuantas páginas eróticas que desentonan en el concierto de la literatura griega?

Mal harán los escritores futuros en pintar á Francia, por ejemplo, tomando datos sólo en Zola, en Laeolos, ó en Diderot. Peor, sin embargo, hacemos nosotros, al forjarnos, sobre unas cuantas páginas eróticas, una imágen de la Grecia y peor que peor sí, por esas mismas páginas, envidiamos á aquellos que las escribieron.

(1) Ver en *Les Contemporains* por J. Lemaitre un capítulo del tomo I sobre el «Nuevo Helenismo». Aunque escritas hace ya un cuarto de siglo, las páginas del eminente crítico nada han perdido de su actualidad.





Les opinions de
M. Jérôme Coignard

Sur le voyage et le séjour de M. Anatole
France à Buenos Aires.

(Extrait du Tome II, encore inédit,
des mémoires de Jacques Tourne-
broche).

Cette après-dinée, M. l'abbé Jérôme Coignard fit visite, comme il avait accoutumé, à M. Blai-zot, libraire, rue Saint-Jacques, à *l'Image Sainte-Catherine*. Avisant sur les tablettes une revue d'allure étrangère, il se mit à en épeler le titre *Revista de Derecho, historia y letras* et fit une moue de parfait déplaisir. (1).

(1) Publicada en Buenos Aires. En el número de Junio publica esta importante revista tres cartas en francés, firmadas por «Graziella», seudónimo de una señora porteña. A ellas alude el señor Gerónimo Coignard

—«Drôle de titre!» dit-il en regardant Monsieur Blaizot.—«C'est tout un poème, en effet, que ces trois mots!... Se peut-il qu'en un siècle aussi éclairé que le nôtre il se trouve des gens qui osent donner au droit le pas sur l'histoire et, suprême injure, mettent les lettres à la queue de tout?...»

—«Toutefois, hasarda M. Blaizot, la revue que vous parcourez, Monsieur l'abbé, n'est pas sottie. Je dirai même que, tout en venant de fort loin, elle vous touche de très près.»

—«Quel est ce mystère, Monsieur Blaizot?» demanda mon bon maître, de son ton ironique et solennel...

«Voyez plutôt»; répondit le libraire,—vous trouverez un article qu'on dirait écrit pour vous».

Monsieur Coignard parcourut aussitôt le sommaire de la *Revista* et tomba sur l'article indiqué. «Ah! Ah! s'ecria-t-il, voilà qui est bien... Nous avons des nouvelles de notre ami Monsieur France... C'est donc cela qui vous a fait penser, avec raison d'ailleurs, que la revue argentine me toucherait des près. En vérité, cher M. Blaizot, je crois bien qu'Anatole France me tient plus à cœur que le reste de nos

en estas páginas y de ellas hemos tomado pretexto y ocasión para escribir las que reproducimos aquí. Fueron estas publicadas en *El Mercurio* de Santiago.

écrivains, non pas, comme vous le pourriez croire, à cause des flatteries qu'il me prodigue en ses écrits, mais parce qu'il aime et fait aimer ces lettres humaines qu'à Buenos Aires on met au dessous du mythe appelé le Droit et du mensonge qu'est l'Histoire.

— «Mais quel français parle donc cette Graziella!...» Mon bon maître parcourait d'un œil amusé ces pages écrites en un français baroque et bientôt un sourire ilumina sa face rouge...

Plus il avançait dans sa lecture et plus il se laissait envahir par la joie, si bien qu'il ne tarda guère à éclater de rire et nous dit: «Messieurs, « voilà qui est bien... Anatole est servi selon « ses mérites. Qu'allait-il donc faire dans cette « galère?...»

El s'adressant à moi, à cause de ma particulière amitié pour M. A. France, l'abbé Jérôme Coignard me dit d'un ton grave: «Tournebroche, mon fils, voilà donc où en arrive un homme de plus d'esprit que de réflexion: il franchit des milliers de lieues, paie son tribut à l'Océan et expose à des dangers sans nombre une vie précieuse pour qu'un public de marchands de bœufs et d'épiciers (c'est Graziella qui le dit) récompense de son mépris un effort vraiment heroïque... Ah! Tournebroche, en voilà assez pour nous prouver que nous ne saurions jamais être trop avares de notre esprit ni excéder en prudence dès qu'il s'agit de semer nos perles!»

— «On dit pourtant, hasarda M. Blaizot, que Buenos Aires est un autre Paris. Quelqu'un d'autorisé m'assure même que cette ville est la capitale [intellectuelle de l'Amérique du Sud].

— «Erreur, cher M. Blaizot. Erreur!... Cet article de revue prouverait plutôt le contraire...»

— «D'ailleurs, ajouta-t-il, s'adressant de nouveau à moi, Anatole á oublié qu'il en est des esprits comme des corps. Il leur faut une nourriture appropriée à leur âge, à leur force ou à leur faiblesse, à leur goût, je dirai même: à leur appétit. Que penseriezvous, Tournebroche mon fils, d'un rôtisseur qui, au lieu de me servir un fin chapon gras à point, s'aviserait de me régaler d'un vénérable coq vieux de dix ans? Vous diriez: il est fou... et Monsieur Coignard jettera par la fenêtre le rôti avec le rôtisseur... Vous raisonnez juste, Tournebroche mon fils, et c'est ce que n'a pas fait Anatole.

Ignorait-il vers quels parages il allait porter ses pas et son esprit? Ne savait-il point qu'il n'aurait là-bas pour auditeurs que quelques «bas-bleus» («des beautés», dit la belle Graziella, ou des «caillettes», comme on dit à Paris) quelques épiciers, des maquignons et peut-être une ou deux douzaines d'«estancieros?»

Il eut dû choisir un autre sujet. Que penseriez-vous, Tournebroche, d'une série de conférences sur le *De Re Rustica* de Columelle? Voilà un sujet agricole qui eut enchanté les

richissimes seigneurs des *latifundia* transatlantiques».

—Comme je manifestais quelques doutes sur l'opportunité d'un tel choix, mon maître, étonné d'une indépendance à la quelle je ne l'ai pas accoutumé, me dit: «Qu'avez-vous donc à sourire, Tournebroche?... Oseriez-vous me soupçonner d'erreur ou, ce qui serait pire, d'un manque de goût?»

—«Maître, répondis-je aussitôt, votre goût est aussi sûr que votre science est vaste. Je crois cependant que mon ami France pouvait choisir un sujet plus moderne. J'imagine, en effet, monsieur l'abbé, qu'un vieil auteur latin n'a rien qui intéresse des gens chez les quels la langue de Cicéron est un objet de mépris. Ignoreriez-vous, monsieur, qu'en l'Université de Buenos Aires on n'enseigne aucune des langues de l'antiquité?»

—Raison de plus, interrompit mon maître, pour baptiser cette école du nom d'université!... Mais, je l'avoue, votre argument n'est pas fort.

—Pardon, répliquai-je, il est probant et s'il démontre qu'Anatole eût mal fait de choisir Columelle, il prouve aussi qu'il s'est trompé en prenant Rabelais».

—«En effet, répondit mon bon maître... Selon vous, Rabelais exige une profonde connaissance des langues et des littératures anciennes; ce n'est donc pas la nourriture intellectuelle qu'il

faut servir à Buenos Aires. Je n'en disconviens point. Mais vous, mon fils, quel sujet auriez-vous choisi? Quel est, entre tant d'écrivains anciens et modernes, celui qui charme l'intellect de mon fidèle Tournebroche?»

—Je dois dire que les paroles et surtout le ton de mon maître m'intimidaient quelque peu. Toutefois le voyant curieux de connaître mes préférences littéraires, j'osai dire: «Maître, mon ami Anatole n'avait qu'à laisser Rabelais pour prendre Zola et, dans l'œuvre de celui-ci, *La Terre...*»

—Dieux Immortels!... Je crus à cette heure qu'une attaque d'apoplexie emporterait mon maître. Chacun sait que jamais M. l'abbé Jérôme Coignard ne transige sur le sujet de la religion et qu'en morale, les principes, à tout le moins, lui sont sacrés. Aussi n'est-il pas étonnant qu'il ne puisse souffrir le mon de Zola....

Après s'être indigné à loisir et m'avoir gratifié d'épithètes peu flatteuses encore qu'imméritées, mon bon maître reprit son sourire narquois et me dit: «Voilà bien de vos coups, Tournebroche, voilà où vous conduit l'amour de la gaudriole!... Je vous ai pourtant donné de bonnes leçons, et parfois même, de bons exemples d'orthodoxie, de morale et de goût. Comment avez-vous pu penser à ce pornographe?»

—Maitre, déclarai-je, on y pense beaucoup à Buenos Aires. Cet auteur y est très goûté...

— Je le crois, dit mon bon maitre, mais n'oubliez pas, Tournebroche, que Zola est lu en cachette et qu'il est aussi mal famé que Rabelais... Je tiens donc pour Columelle...

—Et s'exaltant, selon sa coutume, M. Coignard me démontra que ce vieil agronome est un sujet de tout repos.

En effet, dit-il, l'auteur latin n'a contre lui que sa langue, tandis que les deux auteurs français ont contre eux, outre leur langue, l'irréligion qu'il ne cachent pas assez et l'immoralité qu'ils professent ouvertement.

Non, Tournebroche, votre ami a beau s'intituler philosophe et psychologue, il ne connaît ni son âme ni celle de son prochain. Si non, expliquez—moi, je vous prie, comment, après avoir oublié que Buenos Aires est une ville catholique, Anatole a pu commettre un oubli plus grave encore.

Il a oublié que cette ville est espagnole. On dit, je le sais, que des malheureux appelés immigrants y affluent comme les eaux d'un déluge. Mais ces gens là s'hispanisent vite, si je puis ainsi dire, tout de même que les Francs se gallicisèrent ou, si vous préférez parler comme notre ami, se pingouinisèrent en se mêlant aux gaulois vaincus.

Le qui dit espagnol dit «hidalgo», c'est à dire

quelqu'un qui peut bien se parer de démocratie comme d'un pourpoint ou d'un manteau, mais qui au fond est un pur aristocrate, sans le vouloir, peut-être même sans le savoir.

Aussi quelle idée eut donc Anatole en s'allant loger chez un employé de police!... oh psychologie!..... Cela suffit à expliquer l'isolement ou l'ont tenu les deux mondes de Buenos Aires, (l'officiel et... l'autre) et aussi nos excellents démocrates français... Ah! que n'a-t-il consulté Graziella!...

Et puis, croyez-en mon sentiment de l'honneur littéraire. Je vous avoue, Tournebroche, qu'en voyant Anatole France évoluer en Gaudissart, j'ai rougi de cette déchéance...

Non! Non!... J'ai beau avoir la manche large; et vous en connaissez la largeur, ô mon fils, jamais je n'accepterai de telles mœurs...

D'après Anatole, (1) je suis plus ferré sur les principes de la morale que fidèle à ses règles... Hélas! tout homme est pécheur, mais, par la grâce efficace dont je suis, vous le savez, un des plus fermes partisans, j'ai toujours évité le péché d'avarice.

La Plata est très belle; le nom en est aussi sonore qu'une livre sterling ou qu'un louis-d'or, mais l'ombre des ormeaux qui bordent la Sei-

(1) Voir «Les opinions de Monsieur Jérôme Coignard» par Anatole France, p. 10 et suiv.

ne, et la paix de ce sanctuaire dont M. Blai-zot est le prêtre valent pour moi tout l'or que charrient les fleuves Américains».

Fatigué de ce long discours et pris de soif, selon sa coutume, l'abbé Coignard porta la main d'un geste instinctif vers son gobelet... Hélas! il oubliait que nous étions chez M. Blai-zot le libraire et non au *Petit Bacchus* où le vin est si frais.

L'abbé fit aussitôt un pas vers la porte et voyant M. Glaizot qui plaçait aux bons endroits de son étalage quelques volumes d'Anatole France et un superbe Rabelais, il lui dit: «Le commerce avant tout, n'est-ce pas... Mais n'oubliez point, monsieur, la *Revista* de Buenos Aires. Elle sera utile aux futurs imitateurs d'Anatole. Et sur ce, adieu».

Je suivis mon bon maître et d'un pas tranquile et lent, comme il sied à un homme revêtu d'un caractère sacré, il me guida vers le «Petit Bacchus...» Où trouverait-on à Paris un vin plus frais que celui qu'on y boit?... Et y a-t-il au monde un endroit plus propice aux méditations d'un philosophe qui a soif?.....

Pour copie conforme:

OMER EMETH.

Nota:—Nous laissons à M. J. Coignard la responsabilité de ses opinions.



Indice Alfabético

A

<i>Agorafobia</i>	187,	188
Allan Samadhy.....		3
Amunátegui Solar (D.).....		258
Amunátegui (Dr. G.).....		267
Amunátegui (M. L.)		267
<i>Anarquía crítica</i>		113
<i>Anarquismo</i>	6,	8
Ancey (G.).....		391
Annunzio (G. d').....		379
Astorquiza (Eleodoro).....	8, 65, 73, 135, 353,	383
<i>Atenas coronada de violetas</i> , por G. Ancey...		391

B

Ballesteros (M. E.)		267
Bandier (Carlos).....		222
Barbey D'Aurevilly.....		376
Barra Orella (E. de la).....		117
Barros Arana		241
Berkeley		165
Bertrand (L.).....		391
<i>Biblia Profana</i> por Leonardo Penna.....		89

Blasco Ibañez	104,	366
Bourget (Paul).....	95,	104
Bouty (Edmond).....		339
Brandau (Valentín).....	311,	318
Brunetière.....	357, 364,	372

C

<i>Canciones de Arauco</i> , por Samuel A. Lillo	64,	73
<i>Caracteres mentales de la Mujer, según la Si- cología contemporánea</i> , por V. Brandau.		311
Carlyle.....	23,	104
<i>Cartas y Cuentos</i>		199
<i>Cartas de la Aldea</i> , por Manuel J. Ortiz....		199
<i>Casa Grande</i> , por L. Orrego Luco.....		127
Celis M. (Víctor).....		206
<i>Comentarios y comentadores</i>		23
<i>Conquista de Chile en el Siglo XX</i> , por T. Pi- nochet Lebrun.....		303
<i>El Conquistador Francisco de Aguirre</i> , por el Pbro. D. Luis Silva Lezaeta.....		249
Coppée.....		10
<i>Correa</i> (el señor).....		128
<i>Critica</i>		359
<i>Critica verbal</i>		41
<i>Critica real</i>		42
<i>Critica y poesia</i>		41
C. S. V. (=Carlos Silva Vildósola).....		200
<i>Cuentos Chilenos</i>		175
Chesebrough (Juan A.).....	41,	47
Chevillon (André).....		127
<i>Chile en 1908</i> , por E. Poirier.....		266

<i>Chile Invadido</i>	304
<i>Chilenismos</i>	345

D

Dante.....	50
<i>Darwinismo</i>	335
Daudet (León).....	355
Derval (Susano).....	206
Diaz Garcés (Joaquín).....	187
<i>Diccionario de Chilenismos</i> por el Sr. Canó- nigo D. M. A. Roman.....	345
<i>Difusión del Genio Italiano</i> , por C. Silva Vil- dósola.....	52
Disraeli.....	151
Dornis (Jean).....	110
Dostoyewski.....	8, 80
<i>Drama en Talca</i>	209
Drummond (Henry).....	341
Duarte Enriquez (el Judio).....	221
Ducci (Dr.).....	267
Dumas hijo (Alejandro).....	8

E

<i>E. A.</i> =(Eleodoro Astorquiza).....	383
<i>Efectismo</i>	66
<i>E. G.</i> (=E. García Guerrero).....	85, 87, 185
Emerson.....	368, 374
<i>Las Encomiendas de Indijenas en Chile</i> , por D. Amunátegui Solar.....	258
Ercilla.....	219

Errázuriz (Crescente).....	231
<i>Escenas de la Vida Campesina</i> , por R. Ma- luenda.....	175
<i>Estudio de la Historia de Chile</i> , por L. Gal- dames.....	241
<i>Expiación</i> , por M. T. Vargas y Vargas.....	209

F

<i>Fantasio</i>	20
<i>Feminismo</i>	311
Fénelon.....	100
Ficino (Marsilio).....	386
<i>Filosofía científica, etc.</i>	281
<i>Flora Chilena</i> , de I. Parraguez.....	33, 36
<i>Flores de Cardo</i> , de P. Prado.....	11, 17
<i>Frailes en Chile</i> , por Guñazú.....	268
France (Anatole).....	83, 217
Froude (James A.).....	368

G

Galdames (L.).....	241, 267
García Guerrero (E.).....	85, 185
<i>Gastambide</i>	143
Gatica Martínez (Tomás).....	136, 157
Gautier (Teófilo).....	79
<i>Genio</i>	101
Gervinus.....	261
<i>Gioconda</i>	97
Gogol.....	81
Gomez Carrillo (E.).....	391

<i>Gran Mundo</i> , por Tomás Gatica M.....	136
Grasset (Dr.)	81
<i>Grecia</i> , por E. Gómez Carrillo	391
<i>Grecia Eterna</i> (La).....	391
<i>Grecia del sol y de los paisajes</i> por Luis Ber- trand	391, 399
Guerrero B. (M.).....	267
Guiñazú (H. R.)	268, 273
Guzmán (Ernesto A.)	17, 25

H

Havelock Ellis.....	81
Hegel.....	104
<i>Heredia</i> (Angel).....	129
Herrera (Esperidi6n).....	279
<i>Historia</i>	215
<i>Historia de Chile durante los Gobiernos de</i> <i>García Ramon, etc., por el R. P. Cres-</i> <i>cente Errázuriz</i>	231
<i>Homais</i> (Monsieur)	389
<i>Horas Perdidas</i> , de A. Samadhy	3, 10
Hugo (Victor).....	377
Hume.....	165
Huneus (Roberto).....	155

I

Ibsen	80
<i>Imitadores y plagiarios</i>	371
<i>Impresiones de Juventud</i> , por Amanda Labar- ca Hubertson.....	359

<i>Infantiles</i> , por E. Valenzuela Olivos.....	57
<i>Inquisición</i> (La)	220-252, 293
<i>Iris</i> (Sra. Inés Echeverría de Larraín).....	107
<i>Italia</i>	49

J

Jara (Max.).....	117
------------------	-----

K

<i>K.</i> («Unión», 4 de Julio).....	119
Kelvin (Lord)	329
Kropotkine.....	80
Kraft-Ebing.....	81

L

Labarca Hubertson (Amanda).....	359
Lagarrigue (J. E.)	283
Lanessan (J. J. de).....	327
Larraín (Juan)	258, 266
Latorre Court.....	187
Launay (L. de).....	337
Lea (H. C.)	223
León XIII y la historia.....	253
Leonardo de Vinci.....	50
<i>Leroy-El Doctor</i> por G. Silva	167
<i>Libertario</i> (anarquista).....	52
<i>Libre albedrio</i>	320
Lillo Samuel A.	64, 73
<i>Literatura francesa</i> , por Eleodoro Astorquiza	353

<i>Literatura Patológica</i>	77
<i>Locuras</i> (las siete—del amor) por Leonardo Penna.....	89

M

Macaulay	246
Maeterlinck	19, 80, 104
Mallarmé	19
Maluenda (R.)	65, 67, 175, 182
Marco Aurelio	101
Marín Vicuña (S.)	267
Maturana (El P. Víctor)	232, 270
Maupassant	128, 129, 139, 175, 183, 379
Mazzini (Dr. G.)	52
Medina (J. T.)	217, 253
<i>Melancolias</i> de G. Mora	36, 39
Melegari (Dora)	109
Mendes (Catulle)	377
Merlant (J.)	163
Miguel Angel	50
Molina (Enrique)	289
Monge Wilhems (E.)	175
<i>Monna Lisa</i>	97
Montaigne	375
Mora Pinochet (Gustavo)	36, 39
<i>Motivos de Proteo</i> , por J. E. Rodó.....	383
Musset (Alfredo de)	20, 372

N

Napoleón.....	50
Nietzsche	80, 131

<i>Novela, Cuento y Teatro</i>	125,	214
<i>Novela</i>		361

O

<i>Oda á Italia de B. Vanini S.</i>	49,	52
Oña (Pedro de).....		225
Orrego Barros (A.).....		37
Orrego Luco (Luis)		127
<i>Ortega</i> (M. J. Ortiz).....		187
Ortiz (Manuel J.).....	187, 199,	297

P

<i>Páginas Sentimentales</i> , por Juan M. Rodríguez		
guez	53,	57
<i>Palpitaciones de vida</i> , por F. Santivan.....		181
Palmerston.....		165
Paraf		23
Paredes (Josías)		206
Pascal	81, 206,	362
Penna Leonardo (=Perez Kallens)		77
<i>Peñalver</i> (el Senador).....		128
Perez Kallens (Ign.).....		77
Perraud (Cárlos).....		110
<i>Personajes reales en novelas</i>		150
<i>Pesimismo y poesía</i>		3
Pezoa Veliz		183
Philippi (Dr. F.).....		267
Picard (Emile).....		338
<i>Pino</i> .— <i>Angel</i> (Joaquín Díaz Garcés).....		187
Pinochet Lebrun (T.)..		303

Pío IX.....	121
Piwonka (R.).....	175
Platon.....	100
Poenisch (R.).....	267
<i>Poesía</i>	1
<i>Poesías Infantiles</i> , de I. Parraguez 27, 31, 33,	36
<i>Política Criminal Represiva</i> , por V. Brandau.	318
Ponson du Terrail.....	80
Porter (C.).....	267
<i>Positivismo</i>	283
<i>Prosas Rimadas</i> , de J. A. Chesebrough.....	41
<i>Prudhomme</i> (Monsieur).....	80

R

<i>Rameras</i> (idealización de las).....	8
Ramirez (A. J.).....	267
<i>Raskolnikof</i>	9
<i>Realismo</i>	147
Reiche (C.).....	267
<i>Remordimiento</i> (Un), por Mariana Cox-Stuven	95
Renan.....	395
<i>Repeliendo la Invasión</i> , por J. Saavedra.....	303
<i>Responsabilidad moral</i>	323
<i>Revista Nacional</i>	77
Ribot.....	316
Rodó (J. E.).....	373, 383
Rodriguez (J. M.).....	53
Rohrbacher.....	252
Roman (M. A.).....	345
<i>Romanticismo</i>	138

Ross (Luis).....	77
Rousseau (J. J.).....	90

S

Saavedra (J.).....	303
Salas (El Obispo), por Esperidi3n Herrera...	279
Samadhy (Allan).....	3, 10
Sandoval (Gabriela).....	129
Santa Mar3a (V.).....	267
Santivan (F.) (=F. Santiba3nez).....	116
Schopenhauer.....	80
<i>Semi-locos y semi-responsables</i> , por el doctor Grasset.....	77
<i>Sentimentales 3 Infantiles</i>	53, 63
Shakespeare.....	373
<i>Sicologia</i> (nota).....	317
Silva (Gustavo).....	167
Silva Lezaeta (Luis).....	249
Silva Vild3sola (Carlos).	52, 114, 117, 121. 200
<i>Simbolismo en Chile</i>	25
<i>Simbolismo decadente</i>	19
<i>Socialismo Revolucionario</i> , por B. Vicu3a Su- bercaseaux.....	297
<i>Sonia</i>	9
Stuart Mill.....	315
Sundt (L.).....	267
<i>Svolgimento dell'arte in Italia</i> , por G. Mazzini	52

T

Taine.....	24, 127, 188
------------	--------------

<i>Temblor de Lima en 1609</i> , por P. de Oña. edición de J. T. Medina.....	225
Tennyson.....	27
Trigo.....	187, 363

U

Unamuno (Miguel de).....	304
--------------------------	-----

V

Valdés Cange (el Dr.).....	231
<i>Vanard</i>	128
Vanderwelde.....	316
Vargas y Vargas (M. T.).....	209
Verlaine.....	19, 80
<i>Verismo</i>	147
Vicuña Subercaseaux (B.).....	297
<i>Vida Interna</i> , de E. A. Guzmán ..	19, 25
Vielé-Griffin.....	19
<i>Visualidad</i>	55
Voltaire.....	81

W

Walter Scott.....	138
<i>Ward</i> (Lester F.), por Enrique Molina.....	289

Y

<i>Yo</i> , por Leonardo Penna.....	77, 84
<i>Yo y la critica</i>	84

Z

Zárate (Cristobal)	189, 192,	194
Zola	139,	357
Zorrilla de San Martín (J.)		91



